
O´CONNOR
BAJO SU PROTECCIÓN
Hugo Sanz

O´CONNOR

BAJO SU PROTECCIÓN

Hugo Sanz

Primera edición.

O’Connor. Bajo su protección

©Hugo Sanz

©febrero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Capítulo 1



Valentina

Desde fuera, mi vida parecía perfecta.

Lo pensaba mientras alguien me ajustaba el último botón del vestido y otra persona, a la que no conocía de nada, me pedía que no me moviera porque estaba a punto de pincharme con un alfiler.

El *backstage* del desfile era un organismo vivo, caótico y maravilloso, como siempre. Un enjambre de cuerpos, telas, perfumes caros mezclados con laca barata, órdenes gritadas en tres idiomas distintos y música demasiado alta para las ocho de la mañana.

Era uno de esos momentos en los que, si te detenías a mirar desde fuera, todo parecía un milagro perfectamente coreografiado. Pero desde dentro era supervivencia pura.

—¡Valen, cariño, mírame! —la voz de Camila atravesó el ruido como un cuchillo caliente en mantequilla.

Giré la cabeza despacio, con cuidado de no deshacer el recogido impecable que me habían hecho. Camila estaba frente a mí con una Tablet en una mano y el móvil en la otra, vestida de negro de pies a cabeza, zapatillas incluidas, el uniforme no oficial de cualquier persona que mandaba sin que nadie se atreviera a discutirlo.

—No parpadees —añadió—. Si parpadeas ahora, se cae el mundo.

Sonreí.

—Buenos días para ti también —murmuré.

—Son las once y veinte, no es mañana desde hace horas —replicó sin levantar la vista—. Leo está molestando al diseñador, el fotógrafo quiere cambiar el orden de salida y una modelo acaba de llorar en el baño porque dice que ese vestido "no representa su energía".

—¿Y la representa? —pregunté.

Camila levantó la mirada, me miró durante dos segundos y luego negó con la cabeza.

—Representa una factura muy cara, así que sí. Venga, céntrate.

Eso hice. O al menos lo intenté.

Respiré hondo. El aire olía a nervios y a éxito, a todo lo que había construido durante los últimos quince años y a lo que aún temía perder. Cerré los ojos un segundo, solo uno, y pensé en lo mismo que pensaba siempre antes de salir a una pasarela: "Camina como si nada pudiera tocarte".

—Valentina Moreau, la mujer que no suda —anunció Leo a mi espalda.

Sabía que era él incluso antes de girarme. Solo Leo Bernstein podía decir mi nombre completo con ese tono burlón que no ofendía, porque venía cargado de cariño.

—¿Te han dicho alguna vez que hablas demasiado? —le pregunté.

—Todos los días —contestó, ajustándose las gafas de pasta—. Pero mírate. Si no supiera quién eres, pensaría que te has despertado así.

—Claro que se ha despertado así —intervino Camila—. Con dos horas de sueño y un café intravenoso.

Leo se rio.

—Icono generacional.

Me miré en el espejo de cuerpo entero que alguien había colocado estratégicamente frente a mí, y la imagen me devolvió exactamente lo que el mundo esperaba ver: una mujer de treinta y dos años, alta, elegante y segura. El vestido caía perfecto sobre mi cuerpo, marcando lo justo, insinuando sin gritar. La piel luminosa, los ojos verdes maquillados con precisión, los labios en una sonrisa tranquila.

Nada de miedo. Nada de grietas.

—Cinco minutos —gritó alguien.

Camila dio una palmada.

—Vale, chicos. A sus puestos. Valen, recuerda: sales tercera. Paso largo, mirada al frente, no mires al fotógrafo del final; ese siempre quiere más de lo que puede pagar.

—Siempre tan poética —le dije.

—Siempre tan necesaria —corrigió, encogiéndose de hombros.

La abracé rápido antes de que pudiera decir algo más. Camila olía a su perfume de siempre, algo cítrico, limpio. Hogar en estado puro.

Leo me guiñó un ojo.

—Nos vemos en el otro lado, estrella.

El “otro lado” era la pasarela. El lugar donde todo se volvía silencio.

Cuando salí, las luces me cegaron durante una fracción de segundo. Luego todo encajó. El murmullo del público, los flashes, la música marcando el ritmo de mis pasos. Caminé como me habían enseñado, como sabía hacer desde que era casi una niña: espalda recta, mentón ligeramente elevado, expresión serena.

Cada paso era una mentira bonita. Porque mientras el mundo veía a Valentina Moreau, la modelo que nunca fallaba, yo sentía algo raro en el pecho. Una presión leve, como si una cuerda se hubiera tensado de repente.

No era la primera vez que me pasaba. Pero aquel día, uno de febrero, fue distinto.

El desfile terminó horas después tras varios cambios de ropa, entre aplausos, sonrisas, abrazos y felicitaciones rápidas. Volví al *backstage* con el corazón aún acelerado y la sensación de haber cumplido, otra vez, con lo que se esperaba de mí.

—Ha sido perfecto —dijo alguien.

—Impecable —añadió otro.

Yo asentía, agradecía y sonreía.

En mi camerino me esperaba el silencio. Era minúsculo comparado con el ático en el que vivía, pero igual de impersonal. Un espejo con luces alrededor, una silla, una mesa con botellas de agua y fruta que nunca tocaba. Me quité los tacones despacio, como si al hacerlo pudiera desprenderme también del personaje.

Fue entonces cuando la vi. Una carta. Blanca. Sin remitente. Apoyada sobre la mesa, justo al lado de mi bolso. El corazón me dio un vuelco. La reconocí al instante. El mismo tipo de sobre. El mismo papel grueso. El mismo escalofrío recorriéndome la espalda.

Cerré la puerta con cuidado, como si alguien pudiera estar escuchando. Me acerqué despacio y cogí la carta entre los dedos. Pesaba más de lo que debería. O quizá era yo la que ya estaba demasiado cansada. No la abrí.

La guardé en el bolso, entre la agenda y el móvil, y me miré en el espejo. La mujer que me devolvió la mirada parecía tranquila, incluso satisfecha. Nadie habría adivinado que algo acababa de romperse por dentro.

No era la primera carta. Y sabía, con una certeza amarga, que no sería la última.

Me cambié de ropa rápido, casi mecánicamente. Vaqueros, jersey ancho, botas planas. Me solté el pelo y lo dejé caer sobre los hombros. Volví a ser yo. O la versión más cercana a ella que me permitía ser en público.

Al salir del camerino, Camila me lanzó una mirada evaluadora.

—¿Todo bien?

—Perfecto —respondí.

Leo apareció por detrás.

—La crítica está babeando. Literalmente. Uno ha dicho que eres "etérea". No sé qué significa, pero suena caro.

Reímos, como siempre, porque Leo era, simplemente, Leo. Desde fuera, mi vida seguía siendo perfecta.

Y quizá lo era, si uno se quedaba en la superficie. Tenía un ático de lujo en Tribeca con vistas al Hudson, ventanales de suelo a techo, una terraza que parecía sacada de una revista. Tenía una carrera sólida, respeto en la industria, amigos leales. Una familia que me adoraba.

Mis padres, Jean y Claire Moreau, abogados brillantes, ahora jubilados y pasando largas temporadas en la Toscana, viviendo una segunda juventud entre viñedos y cenas largas. Mi hermana Isabelle, cuatro años mayor, impecable, inteligente, recién divorciada y más libre de lo que admitía en voz alta.

Y yo. La pequeña. La que nunca daba problemas. Tal vez por eso nadie notaba cuando algo no iba bien.

Mis relaciones sentimentales habían sido… funcionales. Hombres correctos, educados, atractivos. Ninguno había durado demasiado. Siempre encontraba una excusa: el trabajo, los viajes, la falta de tiempo. La verdad era más incómoda. Nunca había dejado que nadie se quedara lo suficiente como para ver mis miedos.

El miedo a no ser suficiente sin las luces. El miedo a decepcionar. El miedo a que, si alguien se acercaba demasiado, viera las grietas.

Salí del *backstage* con la sonrisa puesta, saludando, agradeciendo. Las cámaras seguían ahí, esperando. Yo seguía cumpliendo.

Pero dentro, muy dentro, la carta quemaba como un secreto demasiado pesado. Y por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que mi vida perfecta estaba a punto de dejar de serlo.

Cuando el desfile terminó de manera oficial y los aplausos del público se fueron apagando, me sentí más ligera y, al mismo tiempo, más observada que nunca.

Camila ya estaba junto a mí, revisando mentalmente la agenda de los próximos días, mientras Leo me seguía con la mirada, como un guardián, siempre dispuesto a intervenir en el momento justo.

—Vamos a tomar algo rápido —dijo Camila—. Tu hermana no tardará en unirse a nosotros; la vi antes, durante el desfile. Y sí, también te traje la copa de siempre —añadió, señalando la mesa con un gesto teatral.

El plan era sencillo: unas copas, risas, un rato para desconectar. Pero yo sabía que, detrás de cada sonrisa y cada brindis, algo permanecía sin resolver. La carta seguía en mi bolso, no podía tocarla ni verla, pero ahí estaba, como tantas otras, y respiré hondo, intentando que no se notara mi inquietud.

—Perfecto —dije, dejando escapar un suspiro que Camila interpretó como entusiasmo—. Vamos.

Capítulo 2



Valentina

Nos dirigimos a un *lounge bar* cercano al edificio del desfile, donde las luces eran más cálidas y el bullicio menos insoportable. Isabelle ya estaba allí, elegante, con su abrigo oscuro perfectamente ajustado y esa mirada intensa que siempre parecía analizar cada detalle antes de reaccionar.

—Valen —dijo, sonriéndome mientras me abrazaba—. Has estado maravillosa, como siempre.

—Gracias —respondí, abrazándola de vuelta—. Pero eso lo dices porque eres mi hermana mayor y me ves con muy buenos ojos.

—Es verdad. Si fueras fea como un troll, seguiría diciéndote que eres preciosa.

—Tener hermana para esto —resoplé, y acabamos las dos riendo.

Leo se unió al abrazo de manera exagerada, haciendo un gesto cómico de reverencia que hizo que ambas riéramos de nuevo. Camila, por supuesto, comentó:

—Ya, ya, dramáticos los tres, vamos a por esa copa antes de que el lugar se llene de fotógrafos hambrientos.

Nos sentamos en un rincón apartado, con copas de champán y un par de canapés que nadie tocó realmente. Isabelle suspiró, se acomodó y me miró

directamente.

—El divorcio… ha sido más complicado de lo que pensaba —dijo—. Pero me siento… más yo que nunca.

—Sí, lo sé —comenté, con una sonrisa sincera—. Lo noto. Estás diferente. Libre.

Camila volteó los ojos y levantó su copa.

—¡Eso hay que celebrarlo! —dijo—. Isabelle, tu divorcio merece una despedida de casada en toda regla. Que ahora se lleva mucho, y tranquila, que yo me encargo de todo.

—Camila… —Isabelle y yo dijimos casi al mismo tiempo, riendo.

—No hace falta exagerar, que solo me he divorciado.

—¿Exagerar? —Camila levantó ambas cejas—. Para nada. Vas a tener la mejor despedida de casada de la historia. Mañana por la noche, y os advierto: no hay marcha atrás.

Isabelle y yo intercambiamos una mirada cómplice, una mezcla de diversión y resignación. Sabía que, con Camila, cualquier promesa se convertía en una realidad inmediata y espectacular. Leo soltó una carcajada desde su silla, moviendo la cabeza como quien contemplaba un fenómeno natural.

—¿De verdad vais a dejar que haga esto? —preguntó, divertido.

—Claro que sí —contesté—. Ya la conoces. Si le decimos que no, va a estar con la dichosa despedida de casada todo el mes.

—También es verdad —dijo Leo con un suspiro.

Nos volvimos a reír los cuatro y, por un momento, la tensión del desfile desapareció, reemplazada por la sensación cálida de familia y amistad. Isabelle nos habló de algunos contratos nuevos que había firmado con un

proveedor local, y Camila comentó sobre los próximos eventos y desfiles, haciendo que todo sonara menos pesado y más divertido.

Pero mientras hablábamos, noté otra vez esa sensación extraña: alguien o algo me observaba. No podía ver a nadie en particular, solo un sentimiento en la nuca, una leve presión en el pecho. Intenté ignorarlo, concentrarme en la conversación, en el sonido del cristal al chocar suavemente de nuestras copas. Intenté recordarme que todo estaba bien. Que estaba rodeada de personas leales y afectuosas. Que nada ni nadie podía romper ese momento.

—Valen, ¿estás bien? —me preguntó Isabelle, inclinándose hacia mí con suavidad.

—Sí, sí, todo perfecto —respondí—. Solo estaba pensando en la próxima sesión de fotos.

Ella asintió, satisfecha, pero no pude evitar sonreír débilmente. No mencioné la carta, ni la sensación de ser observada. No era momento ni lugar. No podía mostrar ninguna grieta, no delante de ellos. Nadie debía ver que algo se rompía en mí. Nadie debía saber nada sobre esas cartas; no quería que se preocuparan por algo que, seguramente, sería algo sin importancia.

Seguimos la tarde entre risas, anécdotas, planes de viajes y pequeños comentarios sobre hombres fallidos, alguno de los cuales hizo que Camila riera con esa carcajada que hacía que los hombros le temblasen. Me sentía viva, incluso alegre, aunque una parte de mí permaneciera alerta.

Leo nos entretuvo con historias de *backstage* y comentarios sobre los fotógrafos, logrando que, por un momento, olvidara la carta, los miedos y la sensación incómoda que me había acompañado durante el desfile. Pero incluso en medio de la diversión, el peso de la carta seguía allí, incómodo y silencioso, como una sombra que no se atrevía a separarse.

La tarde dio paso a la noche, los cristales de las copas brillaban bajo la luz cálida, y me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba dejando que alguien más compartiera mi mundo perfecto. Incluso con la carta en el bolso, incluso con la sensación de ser observada, la risa fluía natural y sincera.

Y, aun así, mientras brindábamos, me juré para que estaba lista. Lista para todo. Para la vida que tenía y la que se avecinaba. Pero también lista para enfrentar lo que fuera que viniera con esa carta.

Porque por mucho que el mundo me viera sonriente, perfecta, impecable… yo sabía que no todo estaba bajo control. Y esa noche, con Camila, Isabelle y Leo a mi lado, comprendí que el lujo y la fama no protegían de todo. Solo ofrecían compañía mientras uno enfrentaba sus propias grietas.

Salimos del bar con las risas todavía flotando en el aire y el frío de la noche neoyorquina pegándose a la piel a través de mi abrigo. Isabelle caminaba a mi lado, elegante y firme, mientras Camila y Leo discutían algún detalle del desfile que ya parecía lejano. La ciudad vibraba alrededor nuestro: taxis amarillos, luces de neón, el inconfundible bullicio que siempre me hacía sentir viva y, al mismo tiempo, diminuta.

Al llegar a la acera, un grupo de fotógrafos nos detectó de inmediato. No había escapatoria. Flash tras flash iluminaba la escena. Respiré hondo, recordándome a mí misma que todo esto formaba parte del juego. La fama, el lujo, la atención constante: todos esperaban que respondiera con una sonrisa y poses estudiadas. Y yo sabía hacerlo a la perfección.

—¡Valentina! ¡Una pregunta! —gritó una voz entre el caos de los flashes.

Me giré ligeramente, manteniendo la compostura, con la espalda recta y la sonrisa impecable que el mundo quería ver. Los reporteros se amontonaban, cámaras y micrófonos al frente. Una pregunta inevitable surgió casi al instante:

—¿Hay alguien especial en tu vida?

Sonreí, ligera, natural, como si no me sorprendiera. El corazón me dio un leve vuelco. No era una pregunta nueva, ni incómoda realmente, pero llevaba meses esperando no tener que dar una respuesta que no tuviera. No había nadie. Y no había llamado a mi puerta ningún amor que mereciera ser nombrado frente a decenas de cámaras.

—Todavía no —dije, dejando que mi sonrisa iluminara el rostro—. Parece que el amor todavía no ha decidido presentarse.

Un murmullo de complicidad recorrió la pequeña multitud. Flash tras flash capturó el momento, y yo giré ligeramente, ofreciendo perfil y ángulo para las fotos, respondiendo a algunas preguntas más sobre el desfile y futuros desfiles a la vista, saludando con la mano como si me despidiera de un público invisible. Cada movimiento estaba calculado, era natural y perfecto. Como siempre.

—Gracias, chicos —añadí, con la sonrisa intacta—. Buenas noches.

El grupo se dispersó lentamente, y la ciudad volvió a ser solo nuestra. Isabelle me miró con una mezcla de orgullo y complicidad mientras caminábamos hacia la calle, alejándonos de los flashes y de las preguntas inevitables.

—Siempre sabes cómo manejarlo —dijo—. Como si nada pudiera tocarte.

—Solo hago lo que hay que hacer —respondí—. Es parte del trabajo, de la vida que he elegido.

—Y, aun así, pareces cansada —replicó con suavidad, observándome detenidamente.

—No es nada —mentí, como siempre—. Solo… mucho trabajo, mucha gente. Nada grave.

Llegamos al coche negro que nos esperaba. Mi chófer nos sonrió educadamente y abrió la puerta. Me acomodé en el asiento trasero, dejando que la ciudad pasara veloz por la ventanilla. El frío de la noche, los ruidos lejanos, los anuncios luminosos: todo parecía distante desde el interior cálido y silencioso del coche. Isabelle se despidió con un abrazo rápido y palabras suaves que prometían un café y un almuerzo en los próximos días cuando llegamos a su casa. La dejé ir, quedándome con la sensación de que, a pesar de todo, estaba bien rodeada.

El chófer arrancó, y yo recosté la cabeza contra el asiento, cerrando los ojos por un momento. Mis pensamientos se dispersaron, pero inevitablemente volvieron a la carta que guardaba en el bolso. Pesada, anónima, silenciosa. No, no era la primera y tampoco sería la última. Las había recibido antes, cartas

que nadie más debía conocer. Y aunque nunca dejé que alteraran mi mundo exterior, siempre dejaban una pequeña grieta dentro de mí.

El lujo, la fama, las luces, los aplausos: todo era una mascarada perfecta para ocultar lo que nadie debía ver. La parte vulnerable, la grieta que se escondía tras sonrisas calculadas y poses impecables.

Miré las manos apoyadas sobre mi bolso. Allí estaba la carta, esperando. No la abrí. No podía. No quería que nadie más supiera. Era mío ese secreto, mi miedo, mi sombra.

Pensé en todo lo que conllevaba mi mundo: las cámaras, los fotógrafos, los aplausos, los desfiles, los viajes, los contratos, los agentes, los amigos que eran familia y la familia que era soporte. Todo lo que brillaba a ojos ajenos tenía un precio invisible, uno que solo yo pagaba en silencio.

El coche giró hacia Tribeca y, a lo lejos, las luces de mi ático se distinguían entre los demás edificios. Mi refugio. El lugar donde podía dejar caer la máscara y ser solo Valentina, sin pasarela, sin flashes, sin nadie observando. Aun así, sabía que dentro de mí algo había cambiado esa noche. La carta, la sensación de ser observada, la certeza de que el mundo que parecía perfecto no podía protegerme de todo.

Recostada, cerré los ojos y respiré hondo. La ciudad continuaba su ritmo a mi alrededor, impasible, indiferente. Y yo, Valentina Moreau, estrella en la pasarela, hija, hermana, amiga, modelo perfecta, guardaba un secreto que prometía cambiar todo.

Y ese… Ese era solo el comienzo.

Capítulo 3



Valentina

La noche había caído sobre Nueva York y, por una vez, no había desfiles, cámaras ni flashes. Solo nosotras: Isabelle, Camila y yo, a punto de sumergirnos en lo que prometía ser una locura organizada por nuestra amiga inseparable.

Mientras el coche avanzaba por las calles iluminadas de Tribeca hacia el hotel donde se celebraría la despedida de casada de Isabelle, sentí una mezcla de emoción y curiosidad. Camila, sentada frente a mí, estaba como siempre: impecable, con esa sonrisa pícara que parecía anticipar problemas o diversión en cualquier momento.

—¿Estás segura de que es aquí? —pregunté, intentando no dejarme contagiar demasiado por los nervios.

—Tranquila, Valen —respondió Camila, cruzando las piernas y apoyando la mano sobre mi brazo—. Confía en mí. No hay manera de que esto salga mal. Solo deja que te sorprenda.

—¿Me sorprenderá a mí o a Isabelle? —pregunté con tono cauteloso, divertida y a la vez expectante.

—A las dos —contestó sin pestañear—. Pero sobre todo a ti.

Al llegar al hotel, nos recibió el portero con una sonrisa educada y la confirmación de nuestra reserva en la suite presidencial. Camila prácticamente

saltó fuera del coche, arrastrándome detrás.

La suite era impresionante: ventanales enormes con vistas a la ciudad iluminada, muebles modernos, una iluminación cálida que invitaba a la relajación y un minibar lleno de tentaciones.

—Vale —dijo Camila, corriendo hacia la sala principal—. Aquí empieza la diversión.

—¿Diversión? —repetí, arqueando una ceja mientras me quitaba el abrigo —. ¿Qué has preparado, Camila?

—No seas impaciente, Valen. —Me lanzó una mirada llena de misterio—. Ya lo verás.

No podía evitar sonreír ante su aire dramático. Mientras Camila abría cajas, sacaba guirnaldas, copas de colores y pequeñas botellas de licor, me uní a ella. Repartíamos globos por el suelo, colocábamos guirnaldas de luces sobre la lámpara principal y preparábamos la mesa con todo lo que parecía innecesario, pero que Camila juraba que era imprescindible para “el efecto sorpresa completo”.

—¿Qué más quiere que haga? —pregunté, mientras recogía unas serpentinas que estaban por el suelo.

—Pon más guirnaldas, que se note que estamos de fiesta. Esto es una despedida de casada, no un picnic en el parque —respondió, riendo mientras colocaba unos confetis metálicos sobre la mesa.

Entre risas y bromas, la decoración avanzaba con rapidez. Colocamos copas de colores, servilletas brillantes y pequeñas velas aromáticas que desprendían un aroma dulzón, casi embriagador. Camila me enseñó cómo doblar los pequeños abanicos de papel que iban a servir de accesorio para la fiesta y me hizo practicar varias poses ridículas frente al espejo mientras decía:

—Esto da para una sesión de fotos, yo ahí lo dejo.

Me reí tanto que casi me caigo del taburete. Camila tenía esa habilidad: convertir cualquier actividad en algo absurdo y memorable.

—¿Y esto es todo lo que has preparado? —pregunté, sentándome en el sofá mientras observaba cómo colocaba unos cojines de colores por toda la suite.

—No, no, no —dijo, frunciendo el ceño con dramatismo—. Esto es solo la introducción. Todavía faltan los disfraces, los juegos, la música, los cócteles… todo lo que hará que esta noche sea inolvidable.

—Vale, pero explícame algo —dije, arqueando una ceja—. ¿Hasta dónde llega lo de "inolvidable"?

—No preguntes demasiado, Valen. La sorpresa pierde efecto si conoces todos los detalles —respondió, guiñándome un ojo mientras colocaba un discreto cartel de neón que decía: "Despedida épica".

Mientras nos movíamos por la suite, ajustando luces y colocando pequeños detalles, sentí que la noche prometía mucho más de lo que cualquier desfile o evento había logrado. Era un tipo de libertad distinto: sin cámaras, sin flashes, solo nosotras, risas, bromas y la certeza de que Camila tenía todo bajo control, o al menos eso creía ella.

—Creo que esto va a ser un desastre que no olvidaremos nunca —dije entre risas, mientras colocábamos la última guirnalda sobre la lámpara.

—Perfecto —contestó Camila, cruzando los brazos con satisfacción—. Eso es exactamente lo que buscaba.

Por un momento, me senté en el sillón mirando la ciudad iluminada por los ventanales. Pensé en Isabelle, en lo que esta noche significaba para ella: un adiós definitivo a un capítulo que había dejado atrás con valentía, y un hola a algo nuevo.

—Va a ser épico —susurré, más para mí misma que para Camila.

—Te he escuchado —rio ella—. Y sí, Valen, lo será.

Y así, entre risas, confeti, luces y globos, la suite se convirtió en un lugar donde el tiempo parecía detenerse, y yo entendí que aquella noche no sería solo divertida: sería memorable.

Todavía estábamos colocando las últimas serpentinas y ajustando las luces cuando llamaron a la puerta. Camila lanzó un gritito de emoción y me miró triunfante.

—¡Ahí está la estrella de la noche! —exclamó—. Prepárate, Valen, porque lo que viene ahora no tiene vuelta atrás.

Abrí la puerta y allí estaba Isabelle, como siempre impecable, con su abrigo elegante y la sonrisa que se había vuelto más relajada tras el divorcio. Entró en la suite y sus ojos se iluminaron al ver todo lo que Camila había montado.

—Pero ¿qué habéis hecho? —dijo Isabelle, riendo mientras dejaba caer el abrigo sobre una silla.

—Lo que ves —respondió Camila, con su típica sonrisa pícara—. Tu noche. Tu despedida de casada. Y no te preocupes, ya solo falta lo más divertido.

Mientras nos abrazábamos y reíamos, un camarero entró con bandejas. Habíamos pedido un surtido que parecía un festín de locura. Sushi variado de *nigiri* de salmón, atún y anguila, *makis* de aguacate y tempura, *gyozas* al vapor, mini rollos de cangrejo, brochetas de pollo teriyaki y una selección de canapés sofisticados. Estos van desde tartaletas de queso de cabra con mermelada de higo hasta mini hamburguesas *gourmet*. Camila prácticamente gritaba de emoción mientras desembalaban todo.

—¡Madre mía, qué pinta tiene todo! —dije, mientras observaba los platos —. Me muero de hambre.

—¡A comer! —exclamó Isabelle, cogiendo un sushi y levantándolo como si fuera un trofeo.

Brindamos con las copas de champán que había colocado Camila, celebrando la soltería recién estrenada de Isabelle. Camila levantó su copa y

dijo, con tono dramático:

—¡Por Isabelle, que ya no tiene que cargar con ese ladrón! Ahora empieza una etapa mejor en su vida. Y con lo buena que está, seguro que le llueven pretendientes para un poco de sexo sin compromiso.

—¡Te has vuelto loca! —dijo Isabelle, entre risas y sonrojándose ligeramente—. ¡No digas eso en voz alta!

—¡No importa! —grité, riendo y chocando mi copa con la de ambas—. ¡A brindar por la libertad!

La comida se convirtió rápidamente en una batalla de risas y anécdotas. Camila inventaba juegos imposibles, nos hacía cantar canciones improvisadas con cubiertos como micrófonos y nos obligaba a bailar sobre la alfombra mientras yo trataba de no romper ningún jarrón. Isabelle se dejó llevar; riendo, hasta dijo que le dolía hasta la mandíbula, y yo me sentía feliz de verla así: libre, despreocupada y disfrutando de cada momento.

—¡Vamos! —dijo Camila de repente, levantando su copa—. ¡Ahora hacemos un brindis por la amistad, por librarnos de los indeseables y por todos los locos que han pasado por nuestra vida!

—¡Salud! —respondimos, y brindamos de nuevo, entre carcajadas y algún que otro comentario subido de tono de Camila sobre exnovios y relaciones fallidas.

Después de la primera ronda de comida y risas, la música empezó a sonar más fuerte. Camila había traído un altavoz portátil y nos pusimos a bailar: desde canciones pop que conocíamos de memoria hasta algún tema ochentero que nos obligaba a inventar coreografías imposibles en la alfombra de la suite. Cantamos, bailamos y nos empapamos de la locura que solo la noche y la complicidad entre nosotras podía crear.

—Isabelle, hoy eres la reina de la noche —dijo Camila, dándole un empujón para que girara y bailara más rápido—. ¡Ya no hay límites!

—¡Que viva la soltería! —grité, cogiendo una botella de agua y dándosela a Isabelle como si fuera un micrófono—. ¡Y que nadie nos diga cómo

divertirnos!

Nos reímos tanto que nos dolían las mejillas. Cada broma de Camila era más absurda que la anterior: desde inventarse historias sobre un ex que había intentado colarse en la suite hasta simular que el sushi era oro puro y que solo los dignos podían comerlo. Isabelle se entregaba por completo, y yo la observaba feliz, disfrutando de la magia de tener a esas dos mujeres en mi vida, la mejor compañía que alguien podía desear.

—¡Y ahora, a cantar! —dijo Camila, y de repente estábamos las tres entonando una canción pop mientras bailábamos y reíamos hasta quedarnos sin aire.

En medio del caos, la suite parecía un lugar donde el tiempo se detenía: luces, globos, música, risas, brindis y sushi volando de manera absurda. Aquella noche no era solo una despedida de casada: era una celebración de nosotras, de la libertad, de la amistad y de la locura que nos hacía sentirnos vivas.

Mientras seguíamos cantando y bailando sobre la alfombra, de repente se escuchó un golpe en la puerta. Las tres nos quedamos congeladas unos segundos, mirándonos entre risas y sorpresa.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó Isabelle, arqueando una ceja mientras miraba la puerta.

—No —dijo Camila, con una sonrisa traviesa—. Solo somos nosotras tres… Pero igual el camarero que ha traído todo esto ha pensado en unirse a la fiesta.

Isabelle suspiró, divertida y cautelosa a la vez, y se levantó para ir a la puerta. Yo la seguí con la mirada, curiosa, mientras Camila hacía un gesto exagerado de que mantuviéramos la calma. Al abrir, apareció un hombre con uniforme de policía, impecable y educado, con una expresión seria, pero tranquila.

—Buenas noches —dijo, con una voz sorprendentemente amable—. Hemos recibido quejas por parte de otros huéspedes de que están haciendo mucho escándalo.

Isabelle se sonrojó ligeramente y comenzó a disculparse:

—Oh… lo siento mucho, no queríamos molestar…

Pero antes de que pudiera seguir, Camila se acercó, extendió la mano y dijo con una sonrisa de oreja a oreja:

—No se preocupe, señor policía. Prometemos ser buenas… pero solo si se toma una copa con nosotras.

—¡Camila! —le grité—. No le digas eso, ¡está de servicio!

El hombre nos miró con calma y luego sonrió:

—En realidad, ya he acabado mi turno. Estaba cerca y cogí el aviso.

Camila gritó y dio un brinco de alegría:

—¡Ole por él! —exclamó, mientras yo contenía la risa—. Esto va a ser épico.

Antes de que pudiéramos reaccionar, Camila sacó cuatro chupitos de licor del carrito y los repartió entre nosotros, con el policía inclinado para recibir uno también.

—¿Están celebrando el cumpleaños de alguna de ustedes? —preguntó el hombre, arqueando la ceja.

—No, no —respondí, todavía riendo—. Es la despedida de casada de mi hermana Isabelle. Una locura que se le ocurrió a Camila.

Las tres nos echamos a reír de nuevo, y el policía miró a Isabelle con una sonrisa cálida:

—Así que estás soltera.

Isabelle se sonrojó visiblemente, pero no pudo evitar sonreír:

—Sí… libre como el viento —dijo, riéndose y girando un poco sobre sí misma.

Y entonces, de manera inesperada, el hombre comenzó a bailar con ella. Al principio tímidamente, pero pronto se movía con confianza, haciendo que Isabelle se riera sin parar. Camila aplaudía y gritaba comentarios absurdos sobre la suerte de mi hermana y la "injusticia" de ver a un policía bailar tan bien.

Pero la verdadera sorpresa llegó cuando nos dimos cuenta de que no era un policía: era un *stripper* que Camila había contratado. Isabelle se quedó boquiabierta y ruborizada mientras él la sentaba suavemente en una silla y comenzaba su espectáculo. Camila gritaba y animaba como una loca, yo no podía parar de reír, y mi hermana Isabelle se movía entre la vergüenza y la diversión total.

—¡Disfruta de tu soltería! —gritó Camila, mientras yo aplaudía—. ¡Esto es lo que te mereces, Isabelle!

El *stripper* terminó su actuación, se inclinó con una reverencia exagerada y se retiró, dejando un silencio eléctrico y un montón de risas. Isabelle se recostó en el sofá, entre sonrojos y carcajadas, mientras Camila no dejaba de gritar y hacer comentarios absurdos sobre cada movimiento del "policía".

—¡Estás loca, Camila! —dijo Isabelle, todavía riéndose, mientras me miraba para compartir su incredulidad—. ¡Loca para que te encierren!

—Sí —dijo Camila, apoyándose en el respaldo del sofá—. Pero mira lo divertida que ha sido la noche. Anda que, tendrás queja de las pedazo de vistas que has tenido de ese "poli" —sonrió al poner las comillas.

Brindamos de nuevo, levantando nuestras copas, riendo hasta que nos dolieron las mejillas. Por nosotras, por la amistad, por Isabelle, por la libertad y por librarnos de indeseables que nunca nos quisieron bien.

Aquella noche fue una locura perfecta: luces, risas, sushi, bailes improvisados, bromas y un *stripper* vestido de policía que se convirtió en el centro de nuestro propio caos privado.

Y mientras la ciudad seguía brillando ahí fuera, en nuestra suite nosotras éramos dueñas de nuestro propio universo: salvaje, divertido y completamente nuestro.

Capítulo 4



Valentina

Había pasado una semana desde la locura de la despedida de casada de Isabelle, y por fin me encontraba sola en mi ático de Tribeca aquella noche de sábado.

La ciudad zumbaba debajo de mis ventanales, un murmullo constante de coches y luces, mientras el silencio dentro de mi apartamento era casi absoluto. El contraste con la vorágine de la semana anterior era evidente: desfiles, reuniones, sesiones de fotos, compromisos que parecían interminables y llamadas a cualquier hora del día y de la noche. Ahora, sola, podía permitirme respirar, aunque solo fuera por unas horas.

Me senté frente a mi ordenador, revisando las fotos de la sesión de la tarde anterior. El fotógrafo me había enviado varias tomas para que comprobara si alguna no me convencía. Mi ojo crítico, acostumbrado a la perfección de cada gesto y detalle, se movía de una imagen a otra, deteniéndome a analizar cada luz, cada sombra, la curva de mi cuello, la postura de mis manos. La perfección me era familiar, pero buscaba, sobre todo, naturalidad.

—*Perfecto… este sí, este no… este quizá…* —susurré, haciendo clic con decisión, anotando mentalmente cuáles habría que repetir si hacía falta.

De pronto, el sonido del teléfono interrumpió mi concentración. Era Isabelle. Su voz, cálida y serena, me relajó inmediatamente.

—Hola, Valen, ¿cómo estás? —preguntó.

—Bien, tranquila, revisando unas fotos. ¿Tú qué tal? —respondí, acomodándome mejor en la silla, estirando la espalda.

—Bien. Te llamo porque te necesito el lunes temprano —continuó—. Tenemos que hacer una sesión para los cosméticos y perfumes de la nueva campaña. ¿Podrás estar a las ocho?

—Claro que sí —contesté, sonriendo mientras pensaba en los colores y luces que acompañarían los productos—. A las ocho estaré allí.

—Perfecto. Y después, desayunamos juntas, ¿te parece? —dijo, y en su tono se percibía entusiasmo—. Hace mucho que no tenemos un desayuno de hermanas.

—Hecho —dije, despidiéndome con un beso al aire.

Colgué, y por un instante me recosté en el respaldo de la silla, dejando que la sensación cálida de mi hermana me acompañara unos segundos.

Abrí el portátil y, casi sin pensar, entré en mis redes sociales. Las fotos que había subido esos días habían recibido un aluvión de comentarios positivos: halagos, emojis sonrientes, mensajes de admiración. Cada uno me hacía sonreír, aunque había un hilo inquietante en mi mente: ¿sería alguna de esas personas la que me enviaba las cartas anónimas?

La idea me hizo sonreír nerviosa. Por dentro, un escalofrío recorría mi espalda. Las cartas no eran amenazantes directamente, pero dejaban un eco extraño, una sensación de vigilancia que me hacía sentir observada incluso cuando estaba sola. Aun así, cerré el portátil y me levanté, caminando hacia el sofá con el té en la mano, intentando que la rutina del ritual nocturno disipara el nerviosismo.

Me acomodé entre mantas y cojines, encendiendo la televisión para ver un episodio de mi nueva obsesión: una comedia romántica donde la protagonista sufría situaciones absolutamente desternillantes. Reí sola varias veces mientras imaginaba que yo también podría verme atrapada en alguna de esas escenas, aunque mi realidad fuera más glamurosa y controlada.

Mientras me servía otro sorbo de té, el teléfono vibró. Era un mensaje de Leo, mi agente.

Leo: *Valen, el diseñador italiano confirma sesión para el lunes por la tarde. Te paso agenda de pruebas de vestuario. ¿Puedes echarle un vistazo?*

Le respondí rápidamente.

Valentina: *Claro, ya lo veo. ¿Quieres que prepare algo especial para maquillaje?*

Leo: *Sí, trae los tonos de otoño y los nuevos labiales. Y la idea de las texturas para pieles maduras, quiero mostrar la versatilidad. Nos vemos el lunes.*

Nos intercambiamos varios mensajes más, entre bromas y comentarios profesionales. Su sarcasmo habitual me hizo sonreír incluso frente a la pantalla.

Leo: *Recuerda, Valen, que en la foto no puedes sonreír demasiado o parecerás una de esas modelos de calendario barato. Hazlo natural.*

Valentina: *Tranquilo, Leo. No me sale la sonrisa falsa ni aunque me paguen millones.*

Me recosté en el sofá, dejando que el aroma del té y la comodidad del espacio me envolvieran. La ciudad brillaba ahí fuera, pero aquí dentro, el tiempo parecía ralentizarse. Por un momento, todo parecía normal, demasiado tranquilo.

Y entonces, un golpe seco en la puerta me hizo incorporarme de golpe.

—*¿Quién será a estas horas?* —murmuré, acercándome con cautela.

Miré por la mirilla y vi a un hombre con uniforme de policía. Alto, fuerte, hombros anchos, pelo castaño oscuro, ojos azules intensos que me hicieron arquear una ceja. Fruncí el ceño, pero suspiré enseguida, pensando que era cosa de Camila: seguramente me había enviado un *stripper* para animarme porque, según ella, me había visto un poco bajita de ánimo estos días.

Abrí la puerta, manteniendo la compostura y esbozando una sonrisa traviesa.

—Buenas noches… ¿Qué desea? —pregunté, intentando sonar segura.

El hombre se inclinó, gorra en mano.

—Buenas noches, señorita. Hemos recibido un aviso por un posible escape de gas en el edificio. Estamos informando a todos los vecinos para que evacúen.

Una idea traviesa me cruzó la mente. Sonreí y arqueé una ceja.

—Claro que sí, señor agente. Pase usted y vayamos al grano —dije, cogiéndole del chaleco suavemente y arrastrándolo hacia el interior de mi ático.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. Intentó apartarme ligeramente, pero era imposible: yo estaba en control y él parecía desconcertado.

—Eh… pare… ¿Qué está haciendo? —preguntó, tratando de mantener la voz firme.

—No necesitamos música ni que me caliente —respondí con tono juguetón —. Yo misma me encargo.

Le quité la gorra de la mano mientras él murmuraba algo que no llegué a escuchar del todo. La chaqueta y el chaleco desaparecieron pronto de su cuerpo. Yo jugaba, provocando sin miedo, sintiendo cómo su tensión aumentaba con cada movimiento.

—Sí que parece de verdad —comenté en voz baja al ver la pistola.

—Porque lo es —contestó con el ceño fruncido.

—Uy, las esposas. ¿Las usa mucho? —pregunté, balanceándolas delante de él.

—Las uso cuando debo.

Mis manos rozaron suavemente su torso, recorriendo la musculatura sin exagerar. Él frunció el ceño y dijo:

—Pare… estoy de servicio, esto no es normal.

—Vamos, déjate de tonterías —dije con un tono atrevido y una sonrisa pícara—. Sé que Camila te ha enviado para hacerme un *striptease* y, si nos animamos, tener un poco de sexo.

Su sorpresa fue evidente. Quiso apartarme, pero cada intento se topaba con mi firmeza y confianza. Sentí el cosquilleo del control y de la provocación, y la risa se me escapó entre labios.

De repente, dos golpes fuertes en la puerta interrumpieron nuestro pequeño juego, y una voz masculina gritó:

—O'Connor, ¿todo bien? ¿Hay escape de gas ahí dentro?

Miré hacia la puerta y luego a él. Sus ojos azules me sostenían la mirada con la intensidad de alguien que no esperaba esto. Suspiré y arqueé una ceja.

—No me jodas… ¿Eres policía de verdad?

—De mentira no lo soy, desde luego —respondió con media sonrisa.

Mi corazón latía más rápido. Me levanté, algo avergonzada, y le devolví la gorra y las esposas.

—Deberías ir al hospital por si has inhalado gas —dijo, serio.

—No he inhalado nada —contesté, resoplando—. Solo pensé que mi amiga había enviado un *stripper* porque… bueno, Camila está loca y contrató uno para la despedida de casada de mi hermana y pensé que esto era una de sus gracias.

Volvimos a escuchar la puerta sonar. Él terminó de abrocharse la camisa y me dirigió una mirada con esa mezcla de seriedad y diversión que me volvió a desarmar.

—En esta planta no parece haber gas, pero tenga cuidado y, a la mínima que note algo extraño, avise a la policía —dijo, dirigiéndose hacia la puerta, la abrió y miró al hombre que esperaba fuera.

Cuando la puerta se cerró, apoyé la espalda contra la pared y suspiré, divertida y aliviada a la vez.

—*Por culpa de Camila, cualquier día me vuelvo loca* —murmuré, sonriendo para mí misma.

Mis pensamientos flotaban entre la diversión, el descaro y la sensualidad del momento. Esa noche, entre té, mensajes con Leo, los capítulos de esa comedia romántica y la inesperada visita del "policía", había algo en el aire que prometía caos y diversión, y todo en un sábado por la noche cualquiera.

Cuando les contara a mi hermana y a Camila lo que había pasado con ese hombre, iban a flipar. Hasta yo estaba flipando por cómo me había lanzado a por él y no le dejaba escapar. Pobre hombre, qué cara tenía; estaba claro que estas cosas no le ocurrían todos los días.

No debía ser normal que una loca le metiera en su casa y le empezara a desnudar.

Por Dios, si es que ahora que lo pensaba… ¿Qué se me había pasado por la cabeza para hacer aquello? Y porque él se lo había tomado más o menos bien, que, si llega a querer detenerme o a saber qué, por manosearle de ese modo.

¿O es que lo había disfrutado? Ay, Dios, esto de tener a la loca de Camila en mi vida me estaba pasando factura. Solo esperaba no acabar como ella, más loca de lo que ya estaba.

Capítulo 5



Daniel

Era lunes por la mañana, y el turno había empezado de manera tranquila, como me gustaba. Aunque la ciudad nunca dormía del todo, en la comisaría todo parecía seguir un ritmo pausado después del caos del fin de semana.

Me encontraba en mi despacho, revisando el parte de avisos menores de la madrugada, cuando Ethan irrumpió en la sala con su habitual sonrisa socarrona y el café en la mano.

—¡Buenos días, comandante del orden mundial! —dijo mientras dejaba el vaso frente a mí—. ¿Preparado para salvar la ciudad o solo para beber café y mirar el ordenador?

—Depende de qué café me traigas —respondí, cogiendo el vaso con la sonrisa más neutral que pude—. Si está potable, salvaré la ciudad. Si huele a cartón mojado, me limitaré a mirar.

Ethan se sentó a mi lado, dejando que el aroma del café invadiera mi despacho. No habíamos tenido grandes incidentes durante el fin de semana, solo avisos menores: vecinos que se peleaban por el ruido, perros extraviados, algún coche mal aparcado… nada que realmente nos pusiera a prueba.

—Bueno, Daniel, hoy parece un lunes tranquilo. Aprovéchalo, que ya sabes lo que dice tu madre: algún día tendrás que formar una familia y se acabaron las noches de sueño reparador —bromeó Ethan, levantando las cejas.

—Ah, sí, la típica frase que me repite desde que tengo memoria —contesté, esbozando una sonrisa irónica—. Pero tranquilo, Ethan, que mi vida sencilla me va bien.

—Sencilla, dice —replicó Ethan, riéndose—. A mí me parece que tu "sencilla" incluye defender a la ciudad, lidiar con locos y tener una hermana adolescente que te adora y que probablemente te hará correr hasta que cumplas los sesenta.

—Lucy es un caso aparte —dije, suspirando—. Adoro a esa niña. Es como… casi como una hija para mí, aunque la pobre no deje de fastidiarme a diario.

—Mi madre también me recuerda a diario que tendría que sentar cabeza, tener hijos, y bla, bla, bla —volteó los ojos—. Te juro que a veces pienso que lo mejor sería que nos casáramos tú y yo. Al fin y al cabo, los dos somos policías y sabemos lo que le puede pasar al otro; la tensión de que un día llamen a nuestra puerta con una noticia inesperada no nos pillaría por sorpresa. Somos compañeros y vamos juntos casi hasta al cuarto de baño.

Me reí de buena gana. Ethan tenía un humor que a veces rozaba lo absurdo, pero siempre conseguía sacarme de la rigidez del trabajo.

—No tendríamos buena convivencia —le respondí entre risas.

—¿Cómo que no? Nos conocemos desde el jardín de infancia. Nos hemos visto desnudos más veces de las que puedo contar, sabemos nuestras manías, nuestros defectos… y, aun así, aquí seguimos, uno al lado del otro, guardándonos las espaldas. Eso sí —continuó Ethan, guiñándome un ojo—. El nuestro sería un matrimonio abierto, ¿eh? Porque te quiero mucho, Daniel, pero follar contigo… no va a pasar. Me gustan más las rubias.

Ambos estallamos en carcajadas. Ese tipo de bromas entre nosotros era habitual, y no podía evitar sentirme agradecido de tener a alguien así en el trabajo. Alguien que conocía todos mis defectos y aun así permanecía a mi lado.

Mientras terminábamos de beber el café, mi mente vagaba hacia mi familia. Mi padre, Patrick O'Connor, era el comisario. Alto, fuerte, con esa

mirada firme que parecía atravesarte y evaluar cada detalle de tu vida. Siempre había admirado la rectitud de mi padre, su sentido del humor seco y directo. La relación con él era de respeto mutuo, pero también de cariño profundo. A pesar de su carácter serio, sabía que me apoyaba en cada decisión y eso era suficiente para mí.

Mi madre, Margaret, fallecida hacía veinte años, había sido una mujer brillante, dulce y cariñosa, cardióloga reconocida, dedicada a su familia como pocas. Su muerte había dejado un vacío inmenso, pero también había forjado en mí la necesidad de proteger a quienes amaba. Su recuerdo siempre estaba presente, como un faro silencioso que me guiaba.

Aquella noche venía del trabajo, estaba lloviendo y un conductor borracho no la vio. El impacto fue tal que mi madre murió en el acto.

Evelyn Moore, la segunda esposa de mi padre, había sido para mí una especie de ángel inesperado. Inteligente, empática, cálida y con una habilidad innata para comprender a mi familia sin invadirla. La apreciaba como a una madre, y sabía que ella también me consideraba casi como a un hijo.

Y luego estaba Lucy, mi hermana pequeña. Espigada, bonita, llena de energía, alocada y soñadora. La veía crecer y la adoraba de manera incondicional. A veces me preguntaba cómo podía alguien con tan poca experiencia en la vida tener tanta fuerza y confianza para imponerse al mundo, y siempre terminaba sonriendo ante su entusiasmo.

Ethan, como siempre, rompió mis pensamientos.

—Oye, Daniel, ¿te das cuenta de lo aburrida que suena tu vida si lo cuentas así en voz alta? —dijo, aún con esa sonrisa de desordenado encantador—. No digo que esté mal, pero hay que animarla un poco.

—Aburrida no, Ethan —respondí, riendo—. Sencilla, estable. Y eso está bien. A veces, lo sencillo es lo que más paz te da.

—Claro, claro —dijo, con sarcasmo—. Hasta que una mujer te confunde con un *stripper* y te mete en su ático para… bueno, ya sabes, diversión nocturna.

Mi mente se detuvo un segundo. Sonreí para mis adentros, recordando aquel momento surrealista de hacía solo un par de noches. Una mujer que me confundió con un *stripper*, atrevida, sonriente, con un humor descarado y una seguridad que me había dejado sin palabras por un instante.

—Sí, sí… —dije, sin añadir más. Ethan no necesitaba explicaciones.

Nos detuvimos un momento mientras revisaba los avisos menores. Nada urgente, todo tranquilo, pero sabía que en cualquier momento la rutina podía romperse. Esa sensación de calma antes de la tormenta me resultaba familiar.

—Bueno, vamos a ver si conseguimos que la ciudad no arda hoy —dije, levantándome para estirar la espalda.

—O al menos que no se queme tu café, comandante —bromeó Ethan.

Riendo, me acerqué a la ventana de la comisaría y miré la ciudad. Me gustaba este trabajo, esta rutina, esta vida con sus momentos de humor y tensión. Sí, mi vida era sencilla, ordenada, con familia, amigos y trabajo que valía la pena. Y así estaba bien.

—A veces me pregunto si mi madre estaría orgullosa de mí —dije, más para mí mismo que para Ethan.

—Claro que sí, Daniel —contestó él, con una sonrisa—. Aunque seguro que te recordaría que tienes que sonreír más, que estás más guapo. Pero mientras tanto… bueno, aquí estamos, salvando el mundo a nuestro modo.

—Sí —asentí, con una ligera sonrisa—. Salvando el mundo.

El interludio de tranquilidad no tardaría en romperse, pero antes de eso, me permití unos minutos más para organizar papeles, reírme de los comentarios absurdos de Ethan y disfrutar de la rutina de un lunes que parecía demasiado fácil.

Llevábamos un par de horas patrullando cuando hicimos una parada. Mientras Ethan salía a buscar un par de cafés, me quedé sentado en el coche patrulla, esperando a que regresara. La ciudad respiraba tranquila a esa hora de

la mañana, con apenas tráfico y algunos peatones apresurados camino del trabajo.

Aproveché el silencio para ordenar mis pensamientos y, como siempre que tenía un momento de calma, mi mente se desvió hacia aquel extraño incidente de hacía un par de noches.

No podía evitarlo. Esa mujer… había sido imposible de olvidar.

Valentina. La reconocí al instante: alta, esbelta, atlética sin ser excesivamente delgada, con unos ojos verde grisáceo que parecían capaces de atravesar la mentira y la verdad de cualquier persona con solo mirarlas. Su sonrisa, luminosa y confiada, había sido la primera en desconcertarme.

Había visto su rostro en anuncios, en campañas de cosmética y perfumes que inundaban la ciudad, y en alguna que otra pasarela que mi hermana seguía con obsesión. Lucy, mi hermana, la mencionaba constantemente, la seguía en sus redes y se refería a ella casi como a un mito viviente, deseando algún día parecerse a ella. Por eso, aunque había estado confundido al principio, no me sorprendió tanto reconocerla.

Recordé cómo me había confundido con un *stripper* que, según dijo, seguramente le había enviado una amiga suya para animarla. Por dentro pensé que esa mujer estaba bromeando, o que había inhalado gas y desvariaba. Pero no. No era una broma. Su actitud era atrevida, segura, con un toque de picardía que me había desarmado completamente. Ese gesto con el chaleco, el modo en que había tomado el control de la situación… era imposible no fijarse.

Sonreí levemente, recordando cómo me había mirado mientras me quitaba la gorra, la chaqueta y el chaleco del uniforme, con una confianza y un descaro que pocas personas poseían.

No había exageración ni artificio en ella; todo parecía natural, medido, con ese equilibrio entre sensualidad y humor que te atrapaba sin darte cuenta. Su risa todavía resonaba en mi cabeza, clara y franca, y me sorprendía admitir que me había provocado más nervios de los habituales.

Y por primera vez en años desde que supe de su existencia por mi hermana de dieciséis años, debía admitir que muchos periodistas tenían razón y era

mucho más impactante y preciosa en persona.

Capítulo 6



Daniel

—Daniel… —dijo Ethan desde fuera, sacándome de mis pensamientos—. ¿Te pasa algo? Estás más callado que un domingo por la mañana en misa.

—Nada, nada… solo estaba recordando algo —respondí, girándome hacia él mientras le veía entrar al coche y sentarse.

Ethan me miró con esa sonrisa de medio lado que siempre indicaba que había captado mi distracción.

—Ah, claro… "Recordando algo". ¿Qué será, un caso pendiente o una mujer? —bromeó, dándome el café—. Espera. No me digas que sigues pensando en la mujer que te metió en su ático la otra noche.

—Puede ser —respondí, encogiéndome de hombros mientras aceptaba el vaso—. Solo que… no es cualquier mujer. Era distinta. No solo físicamente, que sí, es impresionante, sino también en cómo se maneja. Tiene presencia.

Ethan se rio, claramente disfrutando mi incomodidad.

—Presencia, dice —replicó—. Vamos, Daniel, te estás poniendo romántico en medio de la mañana. Yo que tú la dejaría fuera de tu cabeza y me concentraría en los cafés antes de que se enfríen.

—No es solo eso —insistí, sonriendo—. Tiene algo que… no sé cómo explicarlo. Confianza, descaro, inteligencia. Y, además, su actitud no es falsa.

No hay nada exagerado en ella. Cuando ríe o te mira, es real.

—Mmm, me estás describiendo a toda una diosa —dijo Ethan, guiñándome un ojo—. No me digas que te va a pasar lo mismo que con todas las chicas famosas que ves en los anuncios que Lucy no deja de enseñarte.

—Lucy la sigue con obsesión —dije, divertido—. Y sí, la conozco de los anuncios, de las campañas de perfumes, maquillaje, ropa… la he visto en todas partes, pero eso no explica cómo me dejó sin palabras con solo mirarme.

Ethan bufó con exageración.

—Y aun así eres el tipo más tranquilo que conozco. No se me ocurre nadie que se quede así ante una mujer sin perder la compostura… excepto tú, claro.

—Es que no perdí la compostura —repliqué, riendo—. Solo estaba sorprendido.

—Hermano, que comenzó a desnudarte. Eso no nos pasa todos los días.

—Por eso me quedé sorprendido. Porque al reconocerla, no pensé que fuera a hacer aquello.

Nos sentamos un momento en silencio, disfrutando del café mientras las luces de la ciudad se reflejaban en el parabrisas. La rutina, los avisos menores, todo parecía tan normal y, sin embargo, la imagen de ella seguía presente, rondando mis pensamientos.

Ethan volvió a hablar, con ese tono irónico que siempre utilizaba.

—Bueno, después de esta intensa charla romántica, ¿qué te parece si quedamos el viernes a tomar unas copas? Podríamos invitar a Mike. No le vemos hace semanas; con todas sus noches en urgencias, ese pobre no tiene vida social.

—Me parece bien —dije, dejando que la idea me relajara un poco—. Necesitamos desconectar después de estas semanas. Necesito un descanso de todo.

Y mientras charlábamos, no pude evitar pensar de nuevo en ella. Su cuerpo esbelto y atlético sin ser excesivamente delgado; su piel clara con un tono dorado natural que brillaba bajo cualquier luz; esos ojos verde grisáceo que parecían entenderlo todo; su sonrisa luminosa que era un arma silenciosa de seducción. El cabello castaño oscuro, largo y con ondas naturales, caía sobre sus hombros con una elegancia despreocupada; su actitud, su descaro… todo se mezclaba en mi memoria, haciendo que cada gesto suyo pareciera calculado y, al mismo tiempo, espontáneo.

—Daniel… ¿Me estás escuchando? —dijo Ethan, sacudiendo la mano frente a mi rostro.

—Sí, sí, perdona… solo estaba pensando —admití, sonriendo con un leve toque de diversión y nerviosismo—. Esta mujer… tiene algo que me desconcierta. No sé si es su mirada, su risa o cómo se mueve…

—O todo a la vez —bromeó Ethan—. Y no es para menos. Esa modelo es de las que te deja sin palabras.

—Sí —dije—. No puedo dejar de pensar en cómo controlaba la situación. Sin miedo, sin nervios, totalmente segura de sí misma.

—Definitivamente, un peligro para tu corazón —replicó Ethan, con sarcasmo—. Pero oye, mejor para ti. Te mantiene alerta.

Mientras seguía pensando en ella, me di cuenta de lo afortunado que era con mi vida. Sí, tenía mis días complicados, pero mi familia estaba bien, mi hermana pequeña me adoraba, tenía amigos como Ethan y un trabajo que me llenaba y me hacía sentir útil. Y, aun así, cada vez que aparecía Valentina en mi mente, algo se removía dentro de mí. Un recuerdo, una chispa, una sensación que me hacía sonreír involuntariamente.

Di otro sorbo de café, dejando que el calor calmara los nervios que, de repente, parecían aparecer cada vez que la recordaba. La rutina, la comisaría, la vida tranquila… todo parecía estar bien, pero ahora, con la imagen de ella rondando, también sabía que algo nuevo y excitante podía irrumpir en mi mundo.

—Bueno, qué, ¿nos ponemos en marcha? —dije, dejando el vaso a un lado —. No quiero que la ciudad nos espere demasiado mientras charlamos sobre mujeres, cafés y teorías de matrimonio.

—Vamos, comandante —dijo él, con su habitual sonrisa socarrona—. Pero recuerda: el viernes, copas, risas y posiblemente historias que no creerías.

Con eso, arranqué el coche y nos preparamos para el resto del turno. Pero la imagen de Valentina seguía presente, clara y nítida, como si el tiempo se hubiera detenido por un instante aquella noche y su presencia me hubiera marcado más de lo que podía admitir.

Acabábamos de discutir los planes del viernes y todavía reíamos por alguna broma tonta de Ethan, cuando la radio emitió un aviso urgente que nos hizo tensarnos al instante.

—*Atención, a todas las unidades, atraco en curso en tienda del barrio chino, posible rehén, se solicita presencia inmediata* —dijo la voz de uno de los agentes de la comisaría.

Ethan miró hacia mí, con la mezcla de diversión y adrenalina que siempre aparecía en sus ojos en estas situaciones.

—¿Estamos cerca? —preguntó, mientras yo ya giraba la llave de contacto.

—Sí —dije, pisando el acelerador—. A apenas cinco calles. Vamos.

—Aquí unidad doce, estamos de camino —dijo Etan para avisar por radio.

—*Recibido, unidad doce*.

El tráfico de la mañana se volvió un obstáculo menor comparado con el pulso que sentía en el pecho. Cada segundo contaba. Mi mente repasó todo lo que podía necesitar: la escena, los posibles caminos de escape, la ubicación del rehén. Ethan ya estaba revisando su equipo mientras yo calculaba la ruta más rápida.

Cuando llegamos, vimos a varias personas asomadas a las ventanas y algunos transeúntes curiosos retrocediendo ante la llegada de nuestro coche. El

atracador estaba en la entrada de la tienda, empuñando un cuchillo y reteniendo a una mujer joven que gritaba en chino, claramente aterrada. Su voz resonaba por toda la calle, llena de pánico.

—¡Tranquila! —grité hacia ella, tratando de proyectar calma—. No te pasará nada, solo respira hondo.

Ethan se colocó a mi lado, con la pistola preparada y los ojos fijos en el hombre armado.

—Suelta a la mujer —dijo Ethan, firme, pero sin precipitar la acción.

El atracador nos miró con desconfianza, pero seguía apuntando, nervioso, con la rehén tensa en sus brazos. No dejaba de gritar que nos fuéramos, que no iba a soltarla, que esa puta no le quería dar el dinero y que la iba a matar. Varias patrullas más llegaron, bloqueando la calle.

—Daniel, le tengo a tiro —susurró Ethan, señalando con discreción la posición del hombre—. Espera mi señal.

Asentí, manteniendo la calma y hablando suavemente con la joven:

—Está bien, estamos aquí para ayudarte. Solo necesito que te quedes tranquila, ¿de acuerdo? —intenté transmitirle seguridad, mientras notaba cómo la tensión en su cuerpo se traspasaba a mí.

—Sí… sí… —murmuró, con lágrimas en los ojos y un hilo de voz.

Ethan me dio un golpe leve en el hombro, señal de que estaba listo para actuar. Observé la escena con precisión: el atracador empezaba a inquietarse, y la joven se movía con miedo. Respiré hondo y calculé el ángulo de intervención.

—Tranquila… un paso a la vez —le repetí a la mujer mientras me colocaba delante de la puerta, abriéndole paso para que pudiera escapar—. Voy a sacarte de aquí.

De repente, el hombre hizo un movimiento brusco y Ethan disparó rápidamente en la pierna del atracador. El hombre soltó a la rehén y cayó al

suelo, gritando. La mujer salió corriendo hacia mí, y yo la cogí en brazos casi instintivamente, sacándola de la tienda mientras sentía el calor de su miedo y la adrenalina recorriéndome el cuerpo.

—Ya está… tranquila —le dije suavemente mientras la depositaba detrás de las patrullas, asegurándome de que estaba segura.

Ethan se acercó al hombre armado, esposándolo mientras el hombre seguía gritando:

—¡Me estoy desangrando!

—Vamos, hombre, solo es un rasguño —dijo Ethan, con su humor negro característico—. Ahora, fuera de aquí.

Vi cómo lo arrastraban fuera de la tienda y respiré profundamente. El corazón aún me latía con fuerza, y mis manos temblaban un poco por la tensión acumulada. Miré a Ethan, que me lanzó una sonrisa rápida.

—Todo bajo control —dijo, relajándose solo un poco—. Buen trabajo, compañero.

Asentí, mientras miraba alrededor. La mujer estaba segura, los transeúntes retrocedían y la policía controlaba la escena. Todo estaba finalmente en calma.

Mientras caminábamos de regreso a la patrulla, mis pensamientos se centraron en la sensación de haber hecho lo correcto, de haber protegido a alguien, de estar en mi elemento. Este era mi mundo: la adrenalina, la responsabilidad, la certeza de que podía marcar la diferencia. Aquí, en la calle, cada decisión contaba. Cada movimiento era crucial. Y sí, estaba bien con ella.

Este era exactamente el lugar donde debía estar. Este era mi mundo, y me gustaba.

—Y ahora, a desayunar, que me muero de hambre —dijo cuando llegamos al coche.

Mientras arrancaba la patrulla, no pude evitar pensar en Valentina otra vez. La adrenalina aún corría por mi cuerpo, pero su imagen seguía presente. Alta,

atlética, segura, con esa sonrisa que me desconcertaba, y a pesar de todo, sabía que podía manejar cualquier cosa, incluso un encuentro inesperado con un policía.

Sí, este era mi mundo, con sus riesgos, con su caos y con momentos de pura locura. Y estaba bien con él.

Capítulo 7



Daniel

La noche del lunes llegó y, tras un día largo entre la comisaría y las calles, me dirigía a la casa de mi padre para cenar con él, Evelyn y Lucy.

El tráfico de Nueva York era denso como siempre a esas horas, pero el pensamiento de pasar un par de horas en familia me daba una especie de alivio. La rutina de la policía podía ser agotadora, pero esta cena, como siempre, prometía ser un respiro de adrenalina y caos controlado.

Al llegar, aparqué el coche en la calle de siempre y respiré hondo antes de subir. La luz cálida que salía por la ventana del salón me recordó por qué siempre me había sentido cómodo aquí, aunque ya no viviera en la casa familiar.

Evelyn estaba en la cocina, probablemente terminando de preparar algún plato, mientras mi padre y Lucy hablaban en el salón sobre algo que había hecho esa mañana en sus estudios.

—¡Daniel! —gritó Lucy cuando me vio entrar, dejando caer una revista de moda sobre el sofá—. ¡Llegas tarde otra vez!

—¿Yo? —dije, haciendo un gesto dramático—. Si acabo de salir hace media hora de la comisaría… ¿Qué es media hora para un héroe?

Evelyn rio desde la cocina, y mi padre levantó la vista de su periódico.

—No, Daniel —dijo mi padre con su tono seco pero cariñoso—. Media hora para un héroe es suficiente para que se pierda el postre.

Me quité el abrigo y lo colgué mientras Lucy se acercaba corriendo, tirándome del brazo para que me sentara.

—Papá tiene razón. La próxima vez que llegues tarde a cenar, me aseguraré de que mamá no te deje postre —dijo, entre risas.

—Tu madre no es tan cruel como para dejarme sin postre.

—No, ella no, pero yo, sí —se encogió de hombros y giró sobre sí misma, y me eché a reír.

Dieciséis años, y no quedaba nada de aquella bebé que mi padre puso en mis brazos cuando yo tenía veintidós años. Ni rastro de la niña que a sus cinco años corría detrás de mí con un pintauñas en la mano porque quería que le hiciera de clienta. Sonreí al pensar en todos esos momentos que había vivido con Lucy y que no cambiaría por nada del mundo.

Evelyn salió de la cocina con una fuente de verduras asadas y me ofreció la mitad de una sonrisa maternal.

—Ven, Daniel. Espero que tengas hambre —dijo mientras dejaba la bandeja en la mesa—. He preparado algo ligero, pero sabroso.

Me senté y Lucy ocupó el otro extremo de la mesa, como siempre, revolviendo su plato con entusiasmo. La conversación empezó con los temas habituales: los estudios de Lucy, mis anécdotas en la comisaría y las bromas inagotables entre nosotros.

—Hoy tuvimos un aviso menor —conté—. Nada que un par de cafés y una conversación sarcástica con Ethan no pueda solucionar.

—¿Cafés y sarcasmo? —replicó Lucy—. Eso suena exactamente como vosotros dos.

—Lo es —admití, sonriendo mientras veía cómo mi hermana volteaba los ojos—. Pero funciona.

Lucy me lanzó un trozo de pan.

—¡Eso es violencia culinaria! —grité, fingiendo horror—. ¡Te denuncio ante tu madre!

—Demasiado tarde, señor héroe —dijo Evelyn, desde su sitio—. La violencia ya ha comenzado.

La cena transcurrió entre risas, anécdotas de la comisaría, historias de Lucy en el instituto y comentarios de Evelyn sobre la vida cotidiana. Cada bocado, cada gesto, cada mirada era familiar, reconfortante. Esta era mi realidad fuera del uniforme, donde podía relajarme y ser simplemente Daniel.

—Daniel, ¿cómo está Ethan? —preguntó Evelyn mientras servía un poco de puré de patatas—. Hace días que no le veo.

—Como siempre —dije, recordando la broma de la mañana—. Ese hombre es un peligro constante, pero de alguna manera me hace reír incluso en los días más largos.

—¿Y cómo vas con tu vida amorosa? —preguntó mi padre, con esa mezcla de curiosidad y humor que siempre tenía.

—Papá —dije, arqueando las cejas—. La vida amorosa está en pausa mientras el crimen se mantiene ocupado en Nueva York. No puedo permitirme distracciones.

Lucy suspiró dramáticamente.

—Qué aburrido eres. ¿Nunca te enamorarás de nadie?

—Lucy… —dije, sonriendo con ironía—. Primero, no necesito enamorarme para ser feliz. Segundo, no estoy en la edad de perder la cabeza por alguien todavía.

—Claro, claro —respondió Lucy—. Eres casi un viejo como papá y no estás en la edad de perder la cabeza. —Volteó los ojos.

—¿Perdona? —dijimos mi padre y yo a la vez.

—Y aquí vamos de nuevo —suspiró Evelyn.

—¿Cómo que soy casi un viejo como papá?

—Eso, que yo estoy hecho un chaval —protestó mi padre.

—Daniel, tienes treinta y ocho años, eres un viejo.

—Lo que me faltaba por oír.

—Cariño, tu hermano es un hombre adulto que aún no tiene ni los cuarenta años —dijo Evelyn con una sonrisa.

—Un viejo, mamá, mi hermano es un viejo. Podría ser mi padre.

—Pero no lo soy.

—Y, aun así, te portas como si lo fueras —rio mi padre.

—Solo digo que algún día tendrás que conocer a alguien que te robe el corazón —me dijo Lucy.

—Sí, algún día —contesté con una sonrisa, recordando a Ethan esta mañana y la conversación absurda que tuvimos sobre matrimonios abiertos—. Pero no hoy.

La velada siguió con más bromas y risas. Lucy no dejaba de hablar sobre algunos de sus compañeros de clase y yo, aunque cansado, me dejaba arrastrar por su energía arrolladora. Evelyn nos miraba con paciencia y cariño, y mi padre simplemente asentía, disfrutando de la vida familiar.

Después de la cena, nos acomodamos en el salón mientras Lucy no paraba de contarnos sus planes para la semana. Yo estaba medio recostado en el sofá, con una taza de café que Evelyn me había servido, pensando en lo sencillo que era perderse en estos momentos.

—Oye, Lucy —dije mientras ella se acomodaba a mi lado con una de sus revistas de moda—. El otro día estuve en un aviso, un caso rutinario,

aparentemente… hasta que llegué al ático y en uno de los apartamentos encontré a esa modelo a la que sigues.

Lucy me miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Valentina Moureau? —preguntó, con la sorpresa instalada en su rostro.

—Sí. Exactamente ella. Estaba allí porque alguien había reportado un escape de gas, y yo fui a asegurarme de que todo estaba bien.

Lucy se inclinó hacia mí, con los ojos brillantes y la boca abierta.

—¿¡Has visto a Valentina Moureau?! —dijo, agarrándome del brazo—. ¿Sabes dónde vive y no me has llevado a verla?

—Lo que le faltaba a esa pobre mujer —dijo Evelyn sonriendo—. Otra fan enloquecida en la puerta de su casa. Como si no tuviera suficiente gente siguiéndola y a los paparazzi buscando una foto suya todo el día.

Lucy frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¡No! —protestó, con un tono defensivo pero entusiasta—. Yo no sería una fan loca. Solo le diría lo mucho que la admiro y que me gustaría ser como ella.

—Sí, sí —dijo mi padre con paciencia—. Primero, céntrate en tus estudios y termina una carrera, Lucy. La que sea. Luego ya verás si te interesa el mundo del modelaje. Porque sí, serías buena y podrías llegar lejos, lo sé, pero no olvides que muchas modelos también han estudiado algo antes.

—Vale… —replicó Lucy, aunque con una sonrisa soñadora—. No todas han estudiado una carrera, pero vale. Yo estudiaré algo que me llame la atención y mientras tanto practicaré mi pasión por ser modelo.

—Eso está mejor —dije, sonriendo mientras la miraba—. No hace falta que imites a nadie, Lucy. Hazlo a tu manera. Y quién sabe… quizá algún día llegues a ser tan buena como Valentina Moureau… pero con tus propias reglas.

Lucy asintió, feliz, y abrazó la taza de chocolate que Evelyn le había servido.

—Entonces, ¿no te has vuelto loco al verla en persona? —preguntó mi hermana, con esos ojos enormes que siempre conseguían sacarme una sonrisa.

—No, Lucy —contesté, intentando sonar serio, pero riéndome por dentro —. Solo pensé: "Vaya, esta mujer realmente existe y es tan impresionante como parece en las fotos". Nada más.

—Pues serás el único hombre que no ha perdido la cabeza al verla. Te aseguro que esa mujer tiene millones de admiradores.

—Lamento decirte que no estoy entre ellos —sonreí.

—Bien, me alegra que hayáis tenido esa conversación civilizada. Aunque no estoy tan segura de que los adolescentes actuales entiendan lo que significa "civilizado".

—Tranquila, Evelyn —dije—. Lucy tiene la cabeza muy bien puesta, aunque a veces sueñe demasiado. Y créeme, si algún día se mete en el mundo del modelaje, será con cabeza y talento.

Lucy me abrazó el brazo con fuerza y me susurró:

—Gracias, Daniel. Tú siempre me entiendes.

—Claro que sí —dije, sonriendo y acariciándole el cabello—. No solo porque eres mi hermana pequeña, sino porque me gusta ver que luchas por tus sueños.

Por un instante me quedé mirando a los tres: Evelyn, con su sonrisa cálida; mi padre, con esa mirada firme pero llena de orgullo; y Lucy, con los ojos brillantes y llenos de entusiasmo por el futuro. Me sentí afortunado de tener esta familia y esta vida, donde el trabajo podía ser exigente y peligroso, pero siempre había un refugio seguro al que regresar.

—Daniel —dijo Lucy de repente, con un brillo travieso en los ojos—. Si por casualidad vuelves a encontrarte con Valentina Moureau… ¿Le pedirías un

autógrafo para mí?

—Lucy… —dije, arqueando una ceja mientras sonreía—. Con la cantidad de gente que vive en Nueva York, ¿crees que realmente volveré a coincidir con esa mujer? Eso requiere bastante, pero… —Me acerqué a ella y le di un beso en la frente—. Por ti, si se diera el caso, lo haría.

—¡Sí! —exclamó Lucy, feliz—. Gracias, Daniel. Eres el mejor hermano mayor del mundo.

—¿Aunque sea casi un viejo? —sonreí.

—Eres un viejo molón —contestó haciéndome un guiño y me eché a reír.

Evelyn y mi padre me lanzaron miradas cómplices y sonreí ante la combinación de ternura y locura que siempre traía Lucy.

—Bueno, Daniel —dijo mi padre finalmente—. Es hora de que te marches. Mañana será otro día largo en la comisaría y no quiero que llegues agotado.

—Qué manera más sutil de echar a tu hijo de casa, Patrick —protestó Evelyn y sonreí, porque mi padre, a pesar de que yo ya era un hombre hecho y derecho, seguía mandándome a casa para descansar cada noche que venía a cenar con ellos.

—Tranquila, Evelyn, que de todos modos ya estaba pensando en irme —dije, levantándome del sofá y estirándome—. Gracias por la cena. —Le di un abrazo a Evelyn y ella sonrió y me lo devolvió tan maternal como siempre.

—Siempre —respondió Evelyn con una sonrisa—. Y cuidado en el trabajo, ¿de acuerdo? No quiero que nos hagan “la llamada”.

—Descuida —dije, guiñando un ojo mientras me dirigía a la puerta.

Antes de salir, Lucy me agarró de la manga y me miró con ojos enormes.

—Daniel —dijo con esa voz entre ilusionada y regañona—, en serio, si vuelves a encontrarte con Valentina Moureau, no se te ocurra olvidarte de mi autógrafo.

—Tranquila, que no me olvidaré de ti. Me portaré como un fan enloquecido y le diré que quiero un autógrafo para mi hermana que la admira y la sigue.

—Como un loco no, por Dios, que esa mujer tiene mucha clase y es un encanto. Tú sé normal, y ya.

—Teniendo en cuenta que con el uniforme tu hermano impone mucho, no creo que la pobre Valentina se sintiera tranquila.

—Mamá, no digas que Daniel impone con el uniforme, que al final no le va a pedir el autógrafo.

—Es que, hija, mira que tiene fe en que tu hermano vuelva a verla con lo grande que es Nueva York —rio Evelyn.

—Este tipo de conversaciones me mata —dijo mi padre, con esa mezcla de paciencia y humor seco que siempre tenía—. Concéntrate en que tu hermana estudie y haga algo con su vida… y deja que los ídolos sigan siendo ídolos.

—Tranquilo, papá —le contesté, todavía sonriendo—. Lucy sabe lo que quiere y tiene los pies en la tierra, aunque a veces se le escape la cabeza a las nubes.

—Bueno, eso espero —replicó él, arqueando una ceja mientras volvía a su café.

Me despedí de mi hermana con un beso y un abrazo, y cuando me estaba poniendo el abrigo, mi padre se acercó a mí.

—Hasta mañana, hijo. Y cuida de ti mismo. Nada de meterte en líos innecesarios… aunque eso sé que no va a pasar.

—Lo intentaré —respondí, guiñándole un ojo—. Nos vemos mañana en comisaría —dije, cerrando la puerta suavemente detrás de mí.

Mientras caminaba hacia mi coche, pensando en volver a la rutina, no podía evitar sonreír al recordar la conversación con Lucy. Su entusiasmo, su admiración por Valentina y la manera en que veía el mundo con tanta pasión

me recordaban lo importante que era tener a alguien que creyera en ti sin condiciones.

Encendí el motor y respiré hondo, dejando que el ruido de la ciudad me envolviera. La noche estaba tranquila, las luces de Nueva York parpadeaban a lo lejos y la brisa fresca me despejaba la cabeza. Pensé en Valentina, en Lucy y en todas las pequeñas conexiones que tejían mi mundo, y supe que, aunque mi vida podía ser complicada a veces, estaba donde quería estar.

Mientras conducía por las calles iluminadas, una sensación de calma me acompañaba: sabía que volvería a verla algún día, quizá por accidente, quizá por casualidad… pero mientras tanto, mi vida seguía llena de personas importantes, momentos sencillos y pequeñas locuras familiares que siempre me recordaban lo afortunado que era.

Y con esa idea, aceleré un poco, dejando atrás la casa de mi padre y pensando en lo que el mañana me traería: más trabajo, más desafíos, pero también más momentos que realmente importaban.

Porque esa era mi vida, mi mundo, y sí… estaba bien así.

Capítulo 8



Valentina

El miércoles amaneció gris, con ese cielo bajo tan típico de Nueva York que parecía aplastar los edificios y hacerlos aún más conscientes de su propia grandeza.

Desde la cama, antes incluso de abrir los ojos, supe que Camila ya estaba despierta. Siempre lo sabía. No hacía ruido a propósito, pero su energía era inconfundible, como si el aire cambiara cuando ella estaba cerca.

Abrí los ojos despacio y miré el techo blanco de mi dormitorio. Eran las siete y cuarenta y cinco. Demasiado temprano para alguien que se había acostado pasada la una y media, pero lo suficientemente tarde como para que Camila ya hubiera tomado café, revisado el correo y decidido que mi vida sentimental seguía siendo un desastre digno de intervención.

Me incorporé despacio y dejé que la luz suave que entraba por los ventanales me envolviera. Desde allí se veía el río Hudson, tranquilo, casi inmóvil, como si también estuviera despertándose. A veces pensaba que mi ático tenía demasiado espacio para una sola persona. Demasiado silencio. Esa mañana, al menos, no estaba sola.

Me puse una bata ligera de algodón y caminé descalza hacia la cocina. El suelo de madera estaba frío, pero me gustaba esa sensación: me anclaba al presente.

—Buenos días, Bella Durmiente —dijo Camila sin girarse, desde la encimera—. He estado a punto de llamar a una ambulancia por si habías caído en coma durante la noche.

—Buenos días para ti también —respondí, apoyándome en la isla central —. ¿Siempre eres tan dramática antes de las ocho?

—Siempre soy dramática. Antes y después de las ocho. Es parte de mi encanto.

Camila llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca básica y una sudadera gris, el pelo recogido en un moño improvisado y unas zapatillas desgastadas que solo usaba en mi casa. Estaba sirviendo café en dos tazas grandes, de esas que Isabelle decía que parecían más un cubo que una taza.

—He hecho tostadas —anunció—. Integrales, porque aparentemente somos mujeres responsables. Y aguacate, porque vivimos en Nueva York y es obligatorio.

—Gracias, mamá —dije, sonriendo.

Se giró por fin y me miró de arriba abajo con gesto crítico.

—Bata bonita. Muy "modelo internacional que finge ser humana". Pero tienes cara de haber dormido poco.

—Dormí lo justo.

—Eso no es dormir, Valen. Eso es sobrevivir.

Me senté frente a ella y cogí la taza de café entre las manos. El calor me reconfortó al instante.

—¿Qué tenemos hoy en agenda? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Sesión de fotos en… —consultó su Tablet— …dos horas y doce minutos. Firma importante, campaña de trajes de noche, fotógrafo con ego grande, pero talento real. Y tú, espectacular, como siempre.

—Qué novedad.

—No seas modesta, que no te queda bien —replicó—. Además, hoy tienes que estar especialmente brillante.

—¿Más todavía?

—Mucho más.

Le di un mordisco a la tostada y la miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

Camila sonrió de una forma que no me gustó nada.

—Porque llevas treinta y dos años siendo espectacular, exitosa y monísima… y sigues soltera.

Casi me atraganté.

—¿Perdón?

—Lo que oyes. Treinta y dos años, Valentina Moreau. Cero novios oficiales. Cero historias largas. Cero dramas interesantes. Esto empieza a ser preocupante.

—Mi vida no es una telenovela.

—Exacto. Ese es el problema.

—Estoy muy bien así —dije a la defensiva.

—Claro que estás bien —replicó—. Tan bien que cenas sola, duermes sola y tienes conversaciones profundas con tu cafetera.

—Mi cafetera me entiende.

—Eso es triste.

Reí, porque con Camila siempre acababa riendo, incluso cuando me decía verdades incómodas.

—No tengo tiempo para una relación —argumenté—. Viajo constantemente, trabajo sin parar…

—Excusas —me cortó—. Isabelle también trabaja sin parar y mira, se casó, se divorció y ahora está más viva que nunca.

—Isabelle es diferente.

—No, no lo es. Simplemente se atreve más.

Ese comentario se quedó flotando en el aire unos segundos. Bebí otro sorbo de café para evitar responder.

—Además —continuó Camila, implacable—, no digo que te cases mañana. Digo que igual podrías dejar que alguien se quede más de dos semanas.

—Dos semanas es mucho tiempo.

—Para una gripe, sí. Para una relación, no.

—No todos los hombres merecen acceso ilimitado a mi vida.

—Correcto —admitió—. Pero alguno habrá que merezca al menos una visita guiada.

—Te recuerdo que tuve dos relaciones largas, y mira cómo acabaron.

—Acabaron, sí, pero es que esos hombres no eran para ti.

Antes de que pudiera replicar, el timbre sonó. Nos miramos las dos al mismo tiempo.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Camila.

Negué con la cabeza.

—¿A estas horas? No.

—¿Un mensajero?

—No tengo nada pedido.

Camila arqueó una ceja.

—Interesante.

Me levanté y caminé hacia la puerta. El sonido de mis pasos resonó en el espacio abierto del ático. Al abrir, me encontré con un repartidor sosteniendo un ramo enorme de flores. Rosas blancas, peonías y algo que no supe identificar, todo perfectamente arreglado.

—¿Valentina Moreau? —preguntó.

—Sí, soy yo.

—Firme aquí, por favor.

Firmé automáticamente y cogí el ramo. Pesaba más de lo que esperaba. Cuando cerré la puerta y me giré, Camila ya estaba de pie, observándolo como si fuera una escena del crimen.

—Vaya, vaya —dijo—. Flores. Sin previo aviso. ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga?

Tragué saliva.

—Serán de la firma —dije rápido—. A veces lo hacen antes de una campaña importante.

Camila me miró fijamente.

—¿Sin tarjeta?

Bajé la vista. No había tarjeta. Ni logo. Nada.

—Quizá se les olvidó.

—Ajá.

Dejó escapar un suspiro exagerado.

—Valen, cariño… cuando una firma manda flores, lo hace con su nombre bien grande. Marketing básico.

—No empieces.

—No empiezo, solo observo.

—Son flores —insistí—. No una declaración de amor.

—Todavía —añadió.

Dejé el ramo sobre la mesa y fui a por un jarrón. Notaba el pulso ligeramente acelerado. No sabía por qué, pero algo en esas flores me inquietaba. Demasiado bonitas. Demasiado anónimas.

—¿Seguro que no quieres contarme algo? —preguntó Camila, más suave esta vez.

—No hay nada que contar.

—Valentina…

—Camila.

Nos miramos, y como en muchas otras ocasiones, ella fue la primera en ceder.

—Vale —dijo—. Pero conste que, si resulta que tienes un admirador secreto multimillonario y no me lo dices, me ofenderé profundamente.

—Lo tendré en cuenta.

Coloqué las flores en el jarrón y las llevé a la terraza, como si necesitara poner distancia entre ellas y yo.

—Bueno —dijo Camila, retomando su tono habitual—. Terminemos el desayuno. En menos de dos horas tienes que ser la mujer más elegante de Nueva York.

—Otra vez.

—Siempre.

Me senté de nuevo, pero ya no tenía hambre. Mi mirada volvía una y otra vez hacia la terraza, hacia ese ramo silencioso que parecía observarme.

—Después de la sesión —añadió Camila—, podríamos hacer algo. Cenar fuera. Conocer gente. Vivir.

—Ya veremos —respondí.

—Eso es un "no" disfrazado.

—Eso es un "estoy cansada antes de empezar".

Camila sonrió.

—Por eso te quiero. Porque eres un desastre emocional con una cara preciosa.

—Gracias por el piropo —volteé los ojos.

—De nada.

Terminé el café y respiré hondo. Dentro de un par de horas estaría posando, sonriendo, brillando, como siempre. Pero algo en mí ya estaba alerta. Las flores, sin tarjeta, sin nombre, eran demasiado parecidas a las cartas. Y esa coincidencia me puso la piel de gallina.

Aun así, sonreí. Porque eso era lo que hacía. Porque nadie debía notar nada. Ni siquiera Camila.

La sesión de fotos iba a ser en uno de esos escenarios que solo Nueva York podía ofrecer sin pedir perdón: el interior del Cipriani. Situado en el corazón

de Midtown, el Cipriani era un salón para eventos de estilo renacentista italiano, con sus techos altos, columnas imponentes y ese aire de lujo clásico que no necesitaba presentación. Todo allí hablaba de historia, de dinero bien llevado y de noches largas con copas de cristal fino y conversaciones susurradas.

Cuando llegué, el equipo ya estaba prácticamente montado. Focos, reflectores, cables perfectamente organizados, asistentes caminando deprisa con *walkie talkies* colgados del cinturón y una mesa larga llena de café, botellas de agua y bollería que prometía más de lo que nadie acabaría comiendo.

—Buenos días, estrella —me saludó el fotógrafo en cuanto me vio.

Se llamaba Aiden Blake, y era exactamente como Camila lo había descrito: ego considerable, sonrisa fácil y un talento indiscutible. Alto, pelo ligeramente despeinado de forma estudiada, camiseta negra y vaqueros caros que fingían ser normales.

—Buenos días —respondí, acercándome a darle dos besos—. ¿Listo para hacerme parecer aún más alta?

—Eso es imposible —replicó—. Pero lo intentaremos.

Camila apareció a mi lado, Tablet en mano y mirada profesional activada.

—Ella está perfecta, tú estás inspirado y yo no pienso dejar que se alargue más de siete horas —dijo—. Así que, a trabajar.

—Me encanta esta mujer —comentó Aiden—. Debería venir a todas mis sesiones.

—No podrías pagarme —replicó Camila sin pestañear.

Reímos, y con eso se rompió cualquier atisbo de tensión. Me gustaba cuando una sesión empezaba así, sin rigidez, sin silencios incómodos. Me permitía relajarme y ser yo misma.

El primer vestido que me pusieron era negro, largo, de satén, con una caída impecable y una abertura lateral que dejaba ver la pierna justo lo necesario. La espalda, completamente descubierta, caía en una línea elegante que me obligaba a mantener una postura perfecta.

—Este vestido es un crimen —dijo Camila, observándome mientras la estilista ajustaba los últimos detalles—. Literalmente, un atentado contra la soltería mundial.

—Eso no ha funcionado hasta ahora —murmuré.

—Paciencia —replicó—. El universo es lento, pero cruel.

Sonreí, porque así era mi mejor amiga, siempre aprovechando cualquier ocasión para decirme que la vida me debía mi propio “Felices para siempre”.

Capítulo 9



Valentina

Salí al set y el murmullo se apagó ligeramente. Me coloqué frente a la cámara, con una copa de champán en la mano, apoyada de forma casual contra una de las columnas. La música comenzó a sonar, jazz suave, elegante, casi cinematográfico.

—Vale, Valentina —dijo Aiden—. Quiero sofisticación sin rigidez. Como si acabaras de llegar a una fiesta en la que sabes que eres la persona más interesante de la sala, pero no necesitas demostrarlo.

Asentí. Eso lo sabía hacer.

Dejé caer ligeramente el peso sobre una cadera, relajé los hombros y elevé la barbilla apenas un centímetro. Mirada directa a cámara. Luego desviada. Luego una sonrisa mínima, casi inexistente. El champán se convirtió en un complemento más, un gesto, una extensión de mi mano.

—Perfecto —dijo Aiden—. No te muevas. Eso. Exacto.

Los flashes comenzaron a sucederse, uno tras otro, sin pausa. Yo respiraba despacio, marcando cada movimiento. Girar el cuerpo. Cruzar la pierna. Inclinar la cabeza. Todo fluía.

—Eres peligrosa —comentó Aiden—. La cámara te adora.

—Tiene buen gusto —respondí, sin perder la pose.

Camila soltó una carcajada desde detrás del monitor.

Después vino el segundo vestido: un azul noche, con brillo sutil, palabra de honor y una falda vaporosa que se movía con cada paso. Me colocaron esta vez en el centro del salón, bajo una de las lámparas de araña, con la luz cayendo justo sobre mis hombros.

—Quiero movimiento —dijo Aiden—. Camina. Gira. Juega con el vestido.

Y eso fue lo que hice. Caminé despacio, dejando que la tela me siguiera, giré sobre mí misma, dejé que la falda se abriera como una ola silenciosa. Reí en uno de los giros, una risa real, espontánea.

—¡Eso! —exclamó Aiden—. Esa es la foto.

El ambiente era ligero, divertido. Cada cierto tiempo alguien hacía un comentario absurdo, y las risas se mezclaban con el sonido constante de la cámara.

El modelo masculino llegó a media mañana. Se llamaba Lucas, y llevaba traje gris oscuro, camisa blanca y sin corbata. Era atractivo, educado y profesional. Nos presentamos con un apretón de manos y una sonrisa.

—Encantado —dijo—. Prometo no pisarte.

—Gracias —respondí—. Eso siempre se agradece.

La idea era sencilla: dos personas elegantes, copa de champán en mano, compartiendo un momento íntimo en medio de una gran celebración. Cercanía sin exceso. Química sin exagerar.

—Acercaos más —indicó Aiden—. Como si os conocierais desde hace años.

Lucas apoyó ligeramente la mano en mi espalda. Yo giré el rostro hacia él, sonriendo levemente.

—Perfecto —dijo Aiden—. Ahora mírale. Tú, Valentina, como si estuvieras a punto de decir algo que solo él va a escuchar.

Lo hice. Y por un segundo, olvidé todo lo demás. No había cartas. No había flores. Solo la luz, la música, el momento.

—Muy bien —añadió Aiden—. Ahora los dos a cámara. Copa en alto. Noche eterna.

Hicimos varias tomas así. Elegantes. Atemporales. Podía imaginar perfectamente esas fotos en marquesinas, revistas, escaparates.

El tercer vestido fue mi favorito: blanco roto, con un diseño minimalista, espalda estructurada y una caída limpia que parecía esculpida. Me sentía poderosa, casi intocable.

—Este vestido eres tú —susurró Camila cuando me vio—. Sin adornos.

La sesión continuó durante horas. Cambios de vestuario, ajustes de luz, nuevas composiciones. En una de las fotos estaba sentada sobre una mesa de mármol, cruzando las piernas con naturalidad; en otra, apoyada contra una ventana enorme con la ciudad difusa al fondo.

Hicimos una pausa para comer algo rápido. Ensaladas, sándwiches, café. Me senté en el suelo un momento, con la espalda contra la pared y sin tacones.

—Estás impresionante —me dijo Aiden, acercándose—. Esta campaña va a ser un bombazo.

—Gracias —respondí—. El equipo ayuda.

—No seas humilde ahora —dijo, y sonreí.

Cuando retomamos, la luz exterior ya empezaba a cambiar. El dorado de la tarde se colaba por los ventanales, y Aiden decidió aprovecharlo.

—Últimas fotos —anunció—. Esto es magia pura.

Y lo fue.

Cuando todo terminó, estaba cansada, pero satisfecha. Esa sensación agradable de haberlo dado todo.

Mientras me cambiaba, Camila entró en el vestidor improvisado.

—Ha sido brutal —dijo—. Y no has coqueteado con nadie. Estoy decepcionada.

—Estoy orgullosa de mí —respondí.

—Eso también me decepciona —suspiró y nos reímos.

La sesión se alargó más de lo previsto, como casi siempre. Cuando salí finalmente del Cipriani, el cielo ya estaba oscuro y las luces de Nueva York habían tomado el relevo del sol con esa facilidad insultante que siempre me había fascinado. Era como si la ciudad nunca necesitara descansar. Yo, en cambio, sí.

El coche me esperaba en la puerta. Me acomodé en el asiento trasero, dejé el bolso a mi lado y me quité los tacones con un suspiro largo y sincero, de esos que no me permitía delante de nadie. Apoyé la cabeza contra el cristal frío de la ventanilla y observé cómo los edificios pasaban uno tras otro, difuminados, irreales. Sentía el cuerpo cansado, pero la mente seguía despierta, demasiado despierta.

Habíamos hecho una pausa a media tarde para un café rápido. Sentados en cajas, riendo por tonterías, comentando fotos que todavía no existían más que en las pantallas de las cámaras. Fue un momento casi doméstico dentro de un día que, desde fuera, habría parecido extraordinario. Me gustaban esos instantes. Me recordaban que, detrás de todo el artificio, seguíamos siendo personas.

Después volvimos a empezar. Más luz, más cambios, más poses. El cansancio se fue acumulando de forma silenciosa, como una marea que subía sin avisar. Cuando Aiden dio por terminada la sesión, aplaudimos todos, como si acabáramos de salir de una función de teatro. Me abrazaron, me felicitaron, me prometieron enviarme avances pronto.

Sonreí agradecida, y me despedí, como siempre.

Ahora, de camino a casa, sentía cómo el día empezaba a pesarme de verdad. No solo en el cuerpo. También en el pecho.

El edificio de Tribeca apareció finalmente ante nosotros. Mi refugio. Mi burbuja. Entré en silencio, saludé al portero con una sonrisa cansada y entré en el ascensor. Cuando las puertas se cerraron y el reflejo me devolvió mi propia imagen, cara impecable, pelo recogido con descuido y un abrigo caro, sentí una punzada de algo parecido al hastío.

Cuando llegué al ático, lo primero que me recibió fue el silencio. Un silencio limpio, casi reverencial. Dejé el bolso sobre el mueble del recibidor, me quité el abrigo y lo colgué con cuidado. Las flores de la mañana seguían en la terraza, visibles desde el interior, perfectamente colocadas, igual de hermosas… e igual de inquietantes.

Fui directa al dormitorio y luego al baño. Encendí la luz tenue, dejé correr el agua de la ducha y me desnudé despacio, como si cada prenda que dejaba caer al suelo fuera una capa menos que sostener. El agua caliente me golpeó los hombros y cerré los ojos. Por fin.

Me apoyé contra la pared de mármol, dejando que el vapor me envolviera. El sonido del agua ahogó mis pensamientos durante unos minutos. No había flashes. No había preguntas. No había expectativas. Solo yo, respirando.

Me lavé el pelo con calma, masajeando el cuero cabelludo, disfrutando de un gesto cotidiano que me devolvía algo parecido a la normalidad. Dejé que el agua se llevara el cansancio, la tensión acumulada en la espalda, la rigidez de tantas horas de postura perfecta.

Cuando salí de la ducha, me sequé el pelo sin demasiada dedicación y me puse el pijama. Algodón suave, gris claro, ancho, cómodo. Nada que ver con los vestidos de la sesión. Nada con lo que impresionar a nadie.
Eso era lo que más me gustaba de estar sola.

Fui a la cocina y me preparé una taza de té con un poco de miel. Siempre tomaba lo mismo cuando necesitaba bajar el ritmo. Me llevé la taza al sofá y me senté, recogiendo las piernas bajo el cuerpo. Desde allí veía la ciudad a través de los ventanales, viva, brillante, indiferente.

Y entonces, como si hubiera estado esperando su momento, pensé en la carta.

El bolso seguía en el mueble, exactamente donde lo había dejado. No me levanté de inmediato. Di un sorbo al té, caliente y reconfortante, e intenté convencerme de que no tenía por qué leerla otra.

Aun así, me levanté y cogí el bolso. Lo abrí despacio, como si temiera que hiciera ruido. La carta estaba allí. El mismo sobre blanco, sin remitente, sin marca alguna. Perfecto. Demasiado perfecto.

Me senté de nuevo en el sofá y la dejé sobre la mesa baja. La observé durante unos segundos, alargando el momento. Parte de mí no quería volver a leerla. Otra parte necesitaba hacerlo.

Finalmente, abrí el sobre y saqué el papel. Reconocí al instante la letra. Pulcra. Elegante. Personal.

Respiré hondo y volví a leer lo que ya sabía, pero, de algún modo, necesitaba leer de nuevo para tratar de entender quién estaba detrás de estas cartas.

«Valentina.

Sé que probablemente leas esto a solas. Siempre lo haces. Me gusta pensar que este momento es solo nuestro, aunque tú no sepas aún quién soy.»

Sentí el mismo escalofrío de la noche del desfile recorrerme la espalda.

«Hoy estabas preciosa. No es una palabra que suela usar a la ligera, pero contigo se queda corta. Hay algo en la forma en que te mueves, en cómo miras al mundo sin permitir que el mundo te toque del todo… que resulta hipnótico.»

Tragué saliva. ¿Quién era ese hombre?

«Te observo desde hace tiempo. Más del que imaginas. No desde la distancia fría del admirador cualquiera, sino desde un lugar mucho más cercano. Conozco tus gestos pequeños, los que nadie comenta. La forma en que te muerdes el labio cuando estás cansada. Cómo inclinas la cabeza apenas unos grados cuando algo te incomoda. Tu sonrisa educada… y la real. No son la misma.»

Mis dedos se cerraron con más fuerza alrededor del papel. Me observaba, claro que lo hacía.

«Admiro tu disciplina. Tu elegancia. Tu manera de sostener un mundo que a veces pesa demasiado para una sola persona. Sé que te dices que no necesitas a nadie, que así estás a salvo. Pero también sé que te sientes sola en ese ático tan bonito.»

Levanté la vista un instante, como si alguien pudiera verme.

«No quiero asustarte. No quiero invadir. Solo quiero que sepas que alguien te ve. De verdad. No a la Valentina de las portadas, ni a la mujer perfecta que sonríe para las cámaras. A la otra. A la que llega a casa por la noche y se quita los zapatos con un suspiro. A la que bebe té en el sofá y piensa demasiado.»

Un nudo se me formó en la garganta. Volví a mirar hacia el ventanal, contemplando la ciudad, dejando que mis ojos vagaran de un edificio a otro, preguntándome dónde estaría ese hombre para saber tanto de mí.

«Podría decirte que estoy enamorado de ti, pero sería simplificar algo mucho más profundo. Lo que siento va más allá del deseo o de la admiración superficial. Es una conexión silenciosa, constante. Como si nuestras vidas llevaran tiempo rozándose sin tocarse del todo.»

Apoyé la espalda contra el sofá, sintiendo el corazón acelerado. Alguien me observaba y vigilaba, alguien sabía tantas cosas de mí, que no era normal.

«No te pido nada, aún. Solo que no ignores esta carta. Que no la descartes como una locura o un capricho. Hay cosas que llegan cuando una está preparada, incluso aunque no lo crea.»

La última línea era breve, casi íntima.

«Cuídate esta noche, Valentina, aunque yo también lo haré.»

Me quedé inmóvil, y noté el papel temblando ligeramente entre mis manos. El silencio del ático se me hizo ensordecedor. Aquello no era una amenaza. Tampoco una broma. Era… demasiado personal. Demasiado preciso.

Dejé la carta sobre la mesa y me llevé la taza de té a los labios. El líquido ya estaba casi frío. No me importó.

Pensé en las flores. En la ausencia de tarjeta. En la forma en que ese hombre conocía mis rutinas, mis silencios. En cómo había descrito exactamente ese momento.

No me sentía halagada. No del todo. Tampoco aterrada. Era algo más complejo. Una mezcla incómoda de vulnerabilidad y exposición. Como si alguien hubiera entrado en una habitación de mi vida que yo mantenía cerrada incluso para mí misma.

Miré alrededor. Mi salón, impecable. El sofá amplio. La luz tenue. Todo seguía igual. Y, sin embargo, algo había cambiado.

Doblé la carta con cuidado y la guardé de nuevo en el sobre. No sabía qué iba a hacer con ella. No sabía si debía contárselo a Camila. A Isabelle. A alguien. Por primera vez, dudé.

Me recosté en el sofá y cerré los ojos. La ciudad seguía ahí fuera, ajena a mis pensamientos. Yo, en cambio, sentía que una línea invisible acababa de cruzarse.

No sabía quién era. No sabía qué quería ni qué buscaba de mí. Solo esperaba que no resultara ser una amenaza.

Suspiré, me cubrí un poco más con la manta que tenía en el respaldo del sofá y, mientras mi respiración se iba calmando poco a poco, sentí como el cansancio pesaba un poco más de lo habitual. Hasta el punto de que el cuerpo cedió, la mente cedió y el sueño finalmente venció.

Capítulo 10



Daniel

Los viernes por la noche en Nueva York tenían dos versiones: la que salía en las películas y la real.

La real olía a café recalentado, a asfalto húmedo y a cansancio acumulado. Y solía venir acompañada de llamadas por ruido, discusiones de pareja y vecinos con demasiadas copas encima y muy poca paciencia.

Ethan conducía con una mano apoyada en el volante y la otra sosteniendo un café que ya debía estar frío desde hacía media hora. La radio de la patrulla murmuraba en segundo plano, una mezcla constante de códigos, direcciones y voces cansadas como la nuestra.

—Viernes por la noche —dijo Ethan, negando con la cabeza—. El día favorito de los imbéciles con altavoces nuevos.

—Y de los vecinos que llaman a la policía porque su gato está estresado —respondí.

Ethan sonrió.

—Eh, no subestimes al gato. Puede ser sensible.

—Tú eres sensible —repliqué.

—Eso es porque tengo alma. Tú la perdiste en la academia.

Le lancé una mirada de reojo y ambos sonreímos. Era nuestro idioma. Llevábamos demasiado tiempo patrullando juntos como para necesitar algo más.

El aviso entró de pronto, claro y conciso.

—*Unidad doce, aviso por ruido. Edificio residencial en Tribeca. Queja reiterada. Posible fiesta.*

Ethan levantó las cejas.

—Tribeca, ¿eh? Eso suena a gente guapa con problemas de primer mundo.

—O a alguien que no sabe cuándo bajar el volumen —dije, cogiendo la radio—. Unidad doce, recibido.

Giramos en una esquina y el tráfico empezó a espesarse. Taxis, luces, gente arreglada entrando y saliendo de bares como si el mundo no fuera a acabarse nunca. Nueva York en estado puro.

—Apuesto diez dólares a que es una despedida de soltero —dijo Ethan—. O una fiesta temática absurda.

—Yo digo que es una pelea de pareja —respondí—. Siempre lo es.

—¿Ves? Por eso yo soy el optimista.

Aparcamos frente al edificio indicado. Alto, elegante, de fachada limpia y discreta. De esos que no presumían, pero dejaban claro que el alquiler mensual no era precisamente barato.

—Espera, ¿este es el edificio? —pregunté frunciendo el ceño.

—Eso ha dicho la central. ¿Por qué?

—Porque es el mismo del aviso de posible escape de gas.

Bajamos del coche y entramos al portal. Efectivamente, era el mismo edificio de unos días atrás. Mármol, iluminación cálida y un portero nocturno

medio dormido detrás del mostrador.

—Buenas noches —dije—. Policía. Aviso por ruido.

El hombre suspiró, como si ya supiera lo que venía.

—Ático dos —respondió—. Otra vez.

Ethan me miró.

—¿"Otra vez" suena a historial?

—Suena a "prepárate" —respondí.

Nos dirigimos al ascensor y el cartel fue lo primero que vi.

"FUERA DE SERVICIO. DISCULPEN LAS MOLESTIAS."

Ethan soltó una carcajada seca.

—Claro que sí.

—¿Cuántos pisos? —pregunté al portero.

—Once —respondió—. Los áticos están arriba de todo.

Ethan me dio una palmada en el hombro.

—Te toca, héroe. Yo me quedo aquí por si baja alguien.

—Ni de coña —dije—. Subimos los dos.

—¿Y perderme la oportunidad de verte sudar? Jamás. Si resulta ser un DJ borracho y le detienes, te invito a la cerveza, por el esfuerzo de subir once pisos —me dijo el muy capullo.

Suspiré y empecé a subir las escaleras, solo. El edificio era silencioso, demasiado. Solo mis pasos y la respiración acompasada rompiendo la calma. A partir del cuarto piso, el uniforme empezó a pesar más de lo habitual.

Seguí subiendo. Sexto. Séptimo. Fue entonces cuando algo me llamó la atención. El aviso decía que era una queja por ruido, pero no se escuchaba nada desde allí.

Al llegar al octavo piso, el aire cambió. No sabría explicarlo de otra manera. Un murmullo lejano. Música amortiguada. Risas.

Subí el último tramo de escaleras notando cómo el corazón me latía con un ritmo extraño, que no tenía nada que ver con el esfuerzo físico. Cuando llegué al rellano de los áticos, lo confirmé.

La música venía claramente de uno de ellos.

Me acerqué despacio, identificando el número de la puerta. Y entonces lo vi. El nombre en el buzón, discreto y elegante. “V. MOREAU”

Me quedé quieto un segundo.

—No puede ser… —murmuré.

Claro que podía ser. El mismo edificio. El mismo ático. La misma inicial. El mismo apellido que llevaba días rondándome la cabeza sin permiso. Valentina Moreau. La modelo. La sonrisa que no se me había ido de la memoria. La mujer que tomó el control de un modo que jamás habría esperado. Tragué saliva.

La música seguía sonando. Risas femeninas. Ambiente de fiesta. Nada peligroso. Nada grave. Pero algo en mi pecho se tensó. Ajusté el chaleco, respiré hondo y levanté la mano para llamar a la puerta.

Y mientras los nudillos golpeaban la madera, pensé que aquel viernes por la noche acababa de torcerse de una forma que no había visto venir.

La música seguía sonando al otro lado, una canción marchosa, con ritmo latino, de esas que invitaban a mover las caderas aunque no quisieras. Se escucharon risas, pasos desacompasados y una voz femenina diciendo algo que no entendí, seguida de una carcajada general.

Durante un segundo pensé que quizá no me oirían, y volví a llamar. Esta vez, los pasos se acercaron con más decisión. La puerta se abrió de golpe, y tuve que parpadear.

Valentina Moreau estaba descalza, apoyada con una cadera en el marco de la puerta, vestida con un pijama negro que debería estar prohibido por ley. Pantalón corto, ligero, y una camiseta de tirantes finos de seda que se ajustaba a su cuerpo de una forma… indecente. No sugerente. Indecente.

El pelo lo llevaba recogido en un moño desordenado, con algunos mechones sueltos enmarcando el rostro. Las mejillas sonrojadas. Los labios brillantes. En la mano derecha, un mojito a medio beber.

Olía a menta, ron y algo más cálido. Ella.

Durante una fracción de segundo, me olvidé de respirar. Sus ojos verdes me reconocieron casi al instante, y se iluminaron con una diversión descarada.

—Anda —dijo, y se le escapó una risa—. Pero si es el poli de hace unos días.

Se apoyó un poco más en el marco, ladeando la cabeza.

—¿Hoy sí vienes a hacerme un *striptease*?

Se rio abiertamente. Como si aquello fuera lo más normal del mundo. Yo, en cambio, me quedé completamente en blanco durante un segundo eterno.

—Señora —conseguí decir al fin, carraspeando—. Hemos recibido un aviso por ruido.

Ella arqueó una ceja, divertida, y miró por encima de mi hombro, como si esperara ver a alguien más.

—¿Ruido? —repitió—. ¿En serio?

Dio un sorbo a su mojito con toda la calma del mundo.

—Déjame adivinar —añadió—. ¿Ha sido la del séptimo?

No respondí. Intenté mantener la mirada donde debía. Sí, intenté, porque, joder, era imposible no mirarla.

—Porque no sería la primera vez —continuó, ya lanzada—. Esa mujer es una cotilla profesional. Siempre sube hasta aquí para ver qué hago y qué no hago.

Hizo un gesto vago con la mano.

—Está amargada. No folla y le jode que yo tenga vida, amigos y música.

Cerré los ojos un segundo. Solo un segundo.

—Señora…

—Valentina —me corrigió—, por favor. Señora, me hace sentir de sesenta años.

En ese momento, una voz femenina sonó detrás de ella.

—¿Quién es?

Una mujer apareció por detrás, también en pijama, rubia, con una copa en la mano. Me miró de arriba abajo y abrió los ojos como platos.

—¿Has llamado a un *stripper*?

Valentina soltó una carcajada tan contagiosa que casi me hizo sonreír.

—No —dijo—. Este es poli de verdad.

Me miró de nuevo, evaluándome sin pudor.

—Aunque creo que debería plantearse lo de sacarse un dinerillo haciendo de *stripper*, señor agente.

Suspiré. Un suspiro largo y profundo.

—Estoy de servicio —dije—. Y esto es un aviso oficial.

Antes de que pudiera continuar, otra mujer apareció en escena con camisón. Y joder. Era prácticamente igual a Valentina. Un poco más alta. Más sobria. El mismo gesto decidido. El mismo rostro en versión un poco más mayor.

—¿Por qué tardáis tanto? —preguntó—. ¿Quién es?

Valentina se giró hacia ella.

—La amargada del séptimo se ha quejado del ruido.

La mujer resopló.

—Me voy a cagar en…

Salió del ático directamente, en camisón, decidida, como un huracán con muy poca ropa. La rubia la siguió al instante.

—Voy contigo —dijo—. Esa mujer necesita que alguien le diga cuatro cosas.

—Señoras… —empecé a decir.

Valentina se apoyó en el marco de la puerta, riéndose.

—El ascensor no funciona —les gritó—. Tendréis que bajar por las escaleras.

La mujer del camisón se detuvo en seco.

—Joder, es verdad.

Valentina volvió a reírse, apoyando la cabeza contra la puerta, mientras yo observaba a las dos mujeres alejarse hacia las escaleras. Descalzas. En pijama. Bastante bebidas.

Esto iba a acabar mal. Muy mal.

—Disculpa —dije rápidamente, llevándome la mano a la radio—. Dame un segundo.

Me giré lo justo para hablar.

—Ethan —dije en voz baja—. Necesito que subas corriendo por las escaleras hasta el séptimo.

—¿Qué? —respondió—. ¿Por qué?

—Luego te cuento —dije—. Pero evita que dos mujeres en pijama monten un escándalo. Y súbelas de vuelta al ático.

Hubo un silencio.

—Daniel… —dijo Ethan—. Esto suena interesante.

—Ethan.

—Ya voy, ya voy.

Corté la comunicación y me giré hacia Valentina. Ella estaba observándome con una sonrisa ladeada, divertida y peligrosa.

—¿Quieres un mojito? —preguntó—. Están buenísimos.

—Estoy de servicio —respondí—. Y tú deberías dejar de beber.

Resopló.

—Eso no es una opción.

Se dio la vuelta y entró en el ático sin esperar respuesta. Suspiré… y la seguí.

Dentro, el ambiente era cálido, acogedor. Luces tenues. Música alta. Cojines por el suelo. Botellas medio vacías. El ático era precioso incluso en ese caos improvisado.

La canción cambió y comenzó a sonar algo aún más bailable. Valentina empezó a moverse casi sin darse cuenta. Caderas suaves. Hombros relajados. El mojito marcando el ritmo en su mano.

Yo la observaba. No podía evitarlo. Era… explosiva. Viva. Una fuerza que llenaba el espacio sin pedir permiso. Cuando volvió a mirarme, nuestros ojos se encontraron y sentí ese chispazo otra vez. El mismo de la primera noche. Inconfundible.

Ella se acercó a mí. Demasiado. Antes de que pudiera reaccionar, me agarró del chaleco y me atrajo hacia ella. Y me besó.

Mi mente se quedó en blanco. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Le rodeé la cintura con una mano. Pensé, fugazmente, que ese beso era un error… y que no quería que terminara.

Ella dio un leve salto, apoyando una mano en mi hombro para que la cogiera, y rodeó mi cintura con las piernas. El beso se volvió casi salvaje y ahí supe que estaba perdido.

Cuando se apartó, me miró con los labios entreabiertos y la respiración agitada.

—¿Usted podría ayudarme a olvidar, agente? —susurró, y tragué saliva perdido en el brillo de su mirada.

Escuché risas en el rellano, pasos acercándose, y la dejé en el suelo de inmediato, con cuidado, justo cuando la realidad volvió de golpe.

Pensé, con una certeza incómoda, que cuando ella recordara esto al día siguiente se iba a mortificar.

Y yo también.

Capítulo 11



Valentina

Me desperté con la certeza absoluta de que había cometido varios errores vitales la noche anterior, y que hoy cometería algunos más.

El primero fue abrir los ojos. El segundo fue mover la cabeza.

Un latigazo de dolor me atravesó el cráneo de lado a lado, como si alguien estuviera tocando el tambor dentro de mi cerebro con una saña personal. Gemí bajito y me quedé quieta, esperando que el mundo dejara de dar vueltas. Pero no lo hizo.

Tenía la boca pastosa, seca, con ese sabor indefinible que solo aparecía cuando has bebido demasiado y has dormido peor. Intenté tragar saliva y casi me arrepentí. Sentía la lengua como si fuera de cartón.

Respiré hondo… o lo intenté. Fue entonces cuando me di cuenta de que algo no cuadraba.

Abrí los ojos otra vez, despacio, y lo primero que vi no fue el cabecero de mi cama, sino mis propios pies. O, mejor dicho, la punta de las sábanas y, más allá, el suelo del dormitorio.

Parpadeé.

—*Joder…* —murmuré.

Estaba tumbada… al revés. Con la cabeza donde deberían estar los pies. Eso ya era una pista bastante clara de cómo había acabado la noche.

Giré la cabeza con cuidado, ignorando la protesta inmediata de mi cuello, y entonces lo vi todo.

Camila dormía atravesada en diagonal, ocupando medio colchón, con un brazo estirado por encima de la cabeza y el otro abrazando una almohada como si fuera un salvavidas. Tenía la boca ligeramente abierta y el ceño fruncido, como si incluso dormida estuviera juzgando al mundo.

Al otro lado, Isabelle estaba medio incorporada, apoyada contra el cabecero, con las piernas dobladas de forma imposible y el pelo completamente enmarañado, nada que ver con la mujer impecable que solía ser. Tenía una marca roja en la mejilla, seguramente de haberse quedado dormida sobre su propia mano.

Estábamos las tres en mi cama como un puzle mal resuelto y ni siquiera sabía cómo ni en qué momento de la noche llegamos allí. Cerré los ojos y resoplé.

—*Somos un desastre* —susurré.

Me quedé unos segundos más, intentando recomponer recuerdos entre el dolor de cabeza y el mareo. Música. Risas. Mojitos. Muchas risas. Demasiadas botellas. La amargada del séptimo. Policías. Un policía en concreto. Joder.

Una imagen cruzó mi mente con una nitidez incómoda. Sacudí la cabeza de inmediato. No. No era el momento; no me venía nada bien recordar según qué cosas. Luego… Quizás.

Con un cuidado extremo, me incorporé. Cada movimiento era una negociación con mi cuerpo. Me deslicé fuera de la cama intentando no despertar a ninguna de las dos, algo casi milagroso teniendo en cuenta el estado general del dormitorio.

Fui al baño primero, me lavé la cara con agua fría y me miré en el espejo. Tenía los ojos ligeramente hinchados, el pelo hecho un desastre y una expresión que mezclaba resaca y arrepentimiento a partes iguales.

—*Nunca más* —me dije.

Era mentira. Lo sabía. Pero me hizo sentir mejor durante dos segundos.

Salí del baño y fui directa a la cocina. Necesitaba una pastilla para el dolor de cabeza y café. Mucho café. Del fuerte. Del que te devolvía a la vida o te remataba definitivamente.

Abrí un cajón, saqué el ibuprofeno y me lo tomé con un vaso enorme de agua. Luego puse la cafetera en marcha y me apoyé en la encimera mientras esperaba, con la frente apoyada en la madera fría.

El silencio del ático, normalmente tan reconfortante, esa mañana era atronador.

Cuando por fin tuve la taza entre las manos, aspiré el aroma como si fuera oxígeno puro y di el primer sorbo. Bendita cafeína. Estaba a punto de dar el segundo cuando el timbre sonó y di un leve respingo.

—Pero ¿quién demonios…? —protesté en voz alta.

El sonido me atravesó la cabeza como un cuchillo. Caminé hacia la puerta arrastrando los pies, maldiciendo a la humanidad en general, y abrí sin mirar por la mirilla.

—*Como sea otro policía, prometo portarme bien el resto de mi vida* —murmuré.

No era un policía. Era Leo, que sonreía como si el mundo fuera un lugar maravilloso y llevaba dos bolsas de papel en las manos.

—Buenos días, Bella Durmiente —dijo—. He traído donuts y croissants recién hechos. Y sí, me debes la vida.

Parpadeé.

—Leo… —dije con voz ronca—. Eres oficialmente la mejor persona del planeta.

—Lo sé —respondió, entrando sin pedir permiso—. Pero he olido el desastre desde el rellano.

En ese momento aparecieron Camila e Isabelle detrás de mí, ambas con cara de haber sido atropelladas por un tren.

—¿Quién hace ruido un sábado por la mañana? —se quejó Camila, llevándose una mano a la sien.

—Mi cabeza va a explotar —añadió Isabelle—. Lo aviso.

Leo las miró y luego señaló con la barbilla hacia el salón.

—No me extraña —dijo—. Con la colección de botellas vacías que tenéis ahí.

Las tres giramos la cabeza al unísono. El salón parecía el escenario de una batalla. Botellas de ron, vodka, vino, copas abandonadas, restos de hielo derretido. Un auténtico desastre, vaya.

—Sí —dije al fin—. Igual nos pasamos un poco.

—Un poco —repitió Camila.

—Bastante —corrigió Isabelle.

Leo dejó las bolsas sobre la mesa y negó con la cabeza, divertido.

—Sois un peligro para vosotras mismas.

Y, por alguna razón, las tres asentimos al mismo tiempo.

Nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa de la cocina como pudimos. Leo repartió café como si fuera un médico de urgencias y dejó los donuts y los croissants en el centro, aún calientes. El olor a azúcar y mantequilla me hizo salivar y arrepentirme al mismo tiempo.

—Esto es una trampa —murmuró Camila, mirando un donut con recelo—. Mi estómago está en huelga.

—El mío también —dijo Isabelle—, pero voy a ignorarlo.

Yo di un mordisco pequeño, prudente, y confirmé que Leo era oficialmente un santo.

—Vale —dijo él, después de dar un sorbo a su café—. Ahora contadme. ¿Qué se suponía que estabais celebrando?

Nos miramos las tres.

—Nada —dije al principio.

Camila me lanzó una mirada.

—Eso es mentira.

Suspiré.

—Camila quería que me despejara un poco —admití—. Que saliera, que me riera, que dejara de ser una ermitaña emocional.

—Y funcionó —añadió ella—. Solo que… se nos fue un poco de las manos.

—Un poco —repitió Isabelle, masticando un croissant.

Leo sonrió, divertido.

—Eso ya lo he deducido por el campo de batalla del salón.

Asentí y di otro sorbo al café.

—Recuerdo que apareció la policía —dije, frunciendo el ceño.

Camila levantó la cabeza de golpe.

—¡Es verdad! —exclamó—. Yo pensaba que era un *stripper*.

Isabelle y Leo se giraron hacia ella.

—¿Cómo? —preguntó Leo.

—Un *stripper* —repitió Camila, muy seria—. Alto, uniforme, serio… Pensé que era parte de la fiesta.

—Era policía de verdad —dije, sintiendo cómo me subía el calor a las mejillas—. El mismo al que confundí con un *stripper* hace una semana.

Los tres se quedaron mirándome.

—¿Perdona? —dijo Leo.

—Y al que desnudé —añadí.

Silencio. Luego Leo apoyó la espalda en la silla y se rio.

—Da gracias de que no te detuviera por acoso —dijo—. O por atentado contra la dignidad pública.

Camila soltó una carcajada.

—Tenía un cuerpo espectacular —se defendió—. No me arrepiento.

—No hablaba de ti —replicó Leo.

Isabelle se llevó la mano a la sien.

—Necesito más café.

Yo cerré los ojos un segundo, y entonces los recuerdos empezaron a ordenarse solos.

—Vosotras bajasteis a decirle cuatro cosas a la del séptimo —dije, mirando a mis amigas.

—Oh, sí —respondió Camila—. Con toda la intención del mundo.

—Pero otro policía nos hizo subir —añadió Isabelle—. Fue muy educado. Y estaba buenísimo —remató—. No me habría importado nada que me cacheara.

Los tres se rieron. Yo también… pero más despacio. Porque entonces recordé el beso.

El momento exacto en el que le cogí del chaleco. Su sorpresa. Su rigidez inicial. Y luego… cómo me devolvió el beso. Cómo su mano se posó en mi cintura con una firmeza que no era solo profesional.

Recordé su mirada. Oscura. Contenida. Como si quisiera más y no pudiera permitírselo. Sentí un vuelco en el estómago.

—Yo… —Empecé, pero me quedé callada.

Camila me miró con atención.

—¿Qué?

Negué con la cabeza.

—Nada.

Mentira. Porque lo cierto era que me sentía atraída por ese policía. De una forma inesperada, intensa, casi absurda. Y me sorprendía reconocer que me preguntaba qué habría pasado si no nos hubieran interrumpido. Si no hubieran aparecido en ese momento.

—Oye —dijo Camila de pronto—. Tengo una foto.

—¿Una foto de qué? —preguntó Leo.

Camila sacó el móvil con una de esas sonrisas de niña traviesa y nos lo enseñó.

Era una imagen de los dos policías, uno al lado del otro, con esa postura formal, profesional y dura que se veía en la televisión cuando estaban alerta y vigilando algo.

Leo se inclinó para mirar mejor.

—Estos dos… —dijo—. Sí. Son policías de esta zona desde hace años.

Levanté la vista.

—¿Los conoces?

—De vista —respondió—. De cuando vivía aquí antes de mudarme a Central Park. Siempre estaban patrullando.

Mi corazón dio un pequeño salto, inexplicable. No eran solo un recuerdo de una noche borrosa. Eran reales. Patrullaban por la zona, lo que quería decir que podría encontrármelos cualquier día. Y eso… lo complicaba todo.

Terminamos de desayunar entre bromas, café recargado y risas un poco más suaves, de esas que dejaban claro que aún teníamos resaca. Camila seguía empeñada en que aquel policía tenía madera de *stripper* de los buenos.

—Yo lo veo —decía, gesticulando con el donut—. Sesiones privadas. Uniforme opcional.

—Camila —dijo Leo—, algún día te van a denunciar.

—Que me quiten lo bailado —se encogió de hombros y nos reímos.

Isabelle sonrió, más relajada ya, apoyada en la silla.

—Si ese policía hubiera aparecido en mi vida hace años, Richard no habría tenido ninguna oportunidad.

—Eso tampoco era muy difícil —murmuré.

Los tres se rieron. Yo también, pero por dentro mi mente iba por otro camino. Volvía una y otra vez a la sensación de sus manos, a la forma en que me había sostenido sin apretarme, como si incluso en ese momento estuviera midiendo hasta dónde podía llegar. Demasiado control para alguien que besaba así.

El timbre volvió a sonar. Esta vez no me sobresalté, solo suspiré.

—¿Esperas a alguien más? —preguntó Leo.

Negué con la cabeza.

—No.

Me levanté y fui hacia la puerta, aún descalza, con la taza de café en la mano. Abrí esperando encontrarme con algún repartidor medio dormido, pero no había nadie, solo una pequeña caja en el suelo. Sencilla. Sin logotipo. Sin remitente.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es? —preguntó Camila desde la cocina.

—No lo sé.

La recogí y no pesaba casi nada.

—¿No pone quién lo envía? —insistió Isabelle.

Negué otra vez.

—Nada.

Cerré la puerta y dejé la caja sobre el mueble de la entrada. No la abrí. No delante de ellos.

—¿No vas a ver qué es? —preguntó Leo, curioso.

—Luego —respondí—. Después.

No sabía por qué, pero una parte de mí necesitaba hacerlo sola.

Seguimos hablando unos minutos más, comentando la noche anterior, exagerando detalles, riéndonos de nuestra propia falta de dignidad. Yo asentía, sonreía, participaba… pero mi atención estaba anclada en la entrada. En la caja.

Cuando por fin se fueron, no sin antes de que Camila me prometiera volver más tarde y que Leo me dijera “descansa, estrella”, el ático volvió a quedarse

en silencio. Demasiado silencio.

Me acerqué despacio al mueble y me senté en el suelo, apoyando la espalda en la pared. Cogí la caja y la abrí por fin.

Dentro había una bufanda. La reconocí al instante. Era idéntica a una que había perdido semanas atrás. Mismo color, mismo tejido suave, mismo patrón discreto que tanto me había gustado. La había buscado durante días sin éxito.

Se me encogió el estómago. La saqué con cuidado, pasé los dedos por la tela. No había nota. Ni una palabra. Nada. Solo la bufanda.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Porque aquello ya no era una casualidad. Ni un gesto bonito. Ni siquiera algo romántico. Era atención. Demasiada atención.

Alguien estaba pendiente de mí. De mis gustos. De mis pérdidas. De mis rutinas.

Tragué saliva, guardé la bufanda de nuevo en la caja, la cerré y la metí en uno de los muebles de la entrada, como si esconderla pudiera hacer desaparecer la sensación que me oprimía el pecho.

Me levanté despacio y miré el ático, tan precioso y tan grande, y por primera vez en mucho tiempo no me sentí sola. Me sentí observada.

Y ese pensamiento, aunque intenté apartarlo, se quedó conmigo el resto del día. Como una sombra silenciosa.

Capítulo 12



Daniel

El martes por la mañana siempre tenía algo de engañoso. No era lunes, así que el cuerpo ya no protestaba tanto, pero tampoco era viernes, así que la promesa de descanso quedaba demasiado lejos como para ilusionarse.

Nueva York despertaba a trompicones, con ese ruido constante que nunca se apagaba del todo, ni siquiera al amanecer.

Ethan y yo patrullábamos el distrito con dos cafés demasiado grandes entre las manos y la radio sonando de fondo con avisos rutinarios. Tráfico, algún pequeño altercado, nada fuera de lo normal.

—Si algún día me da un infarto, que conste que será por este café —dijo Ethan, levantando el vaso como si brindara—. Esto no es café, es queroseno.

—Te lo bebes igual —respondí.

—Porque necesito seguir vivo mientras trabajo, ironías de la vida.

Sonreí sin mirarle, atento al tráfico. Conducir por la ciudad a esa hora era casi terapéutico. La gente iba con prisa, pero aún no estaba del todo despierta. Los semáforos parecían más largos. Las calles, menos hostiles.

—Por cierto —añadió Ethan, de pronto—, lo del sábado no te lo voy a perdonar jamás.

Suspiré, sabiendo exactamente por dónde iba a salir.

—Buenos días para ti también.

—Siete pisos —continuó—. Siete. Con chaleco, botas, equipo completo. Y cuando llego al séptimo…

—Y luego cuatro más —puntualicé.

—Y luego cuatro más —repitió, señalándome con el café—. Me encuentro a dos mujeres en pijama, una en camisón, planeando activamente cómo arruinarle la vida a una vecina.

No pude evitar reírme.

—No parecían muy peligrosas.

—No, claro que no. Peligrosísimas no eran. Pero una de ellas llevaba una zapatilla y la otra, una copa de vino. Eso en Nueva York es un arma blanca potencial.

Me reí más fuerte.

—Tuviste suerte.

—¿Suerte? —me miró—. Cuando llegamos al ático, una de ellas me pidió hacerse fotos con nosotros.

—Camila —dije sin pensar.

Ethan frunció el ceño.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Intuición.

—Pues Camila —continuó— decía que éramos “muy fotogénicos para ser polis” y que si queríamos quedarnos a tomar algo.

—Y tú, por supuesto, rechazaste educadamente.

—Yo intenté —se defendió—. Pero entonces pusieron música.

Le lancé una mirada de reojo.

—Claro.

—Y empezaron a bailar —añadió—. Y a reírse. Y una de ellas se tambaleó…

—Y tú la cogiste.

Ethan se quedó en silencio un segundo.

—Sí.

Noté cómo cambiaba el tono. Ya no era solo broma.

—Para que no se diera con la mesa —añadió—. Y cuando la sujeté… joder, Dan. Todavía recuerdo su perfume.

Solté una carcajada.

—No empieces.

—No me río —me miró serio—. Te hablo en serio.

—Estás hablando del perfume de una mujer medio borracha a la que evitaste que se rompiera la cabeza.

—Estoy hablando de cómo me miró —insistió—. Fue como… no sé. Un jodido flechazo.

—Venga ya.

—No te rías.

Lo miré un momento más. No estaba exagerando. Eso era lo inquietante.

—Se parecía mucho a Valentina —dije, intentando restarle hierro.

Ethan chasqueó la lengua.

—Como que es su hermana. La llamó así un par de veces.

Asentí.

—Eso explica cosas.

—Explícame tú por qué desde entonces no me la quito de la cabeza.

No respondí enseguida. Me limité a conducir, a observar cómo la ciudad seguía despertando, ajena a conversaciones así.

—Porque fue una noche rara —dije al fin—. Mucha adrenalina, risas, alcohol.

—O porque tenía algo —replicó—. Algunas personas lo tienen.

No dije nada. Porque, sin quererlo, mi mente había ido a otro sitio. A otra mujer. A unos ojos de color verde grisáceo. A una risa descarada. A una promesa medio en broma de que sería buena el resto de la noche.

Y a un beso que no debería haber ocurrido.

—Al final bajaron la música —dijo Ethan, retomando el tono ligero—. Y prometieron no hacer más escándalo.

—Valentina prometió ser buena —dije sin pensar.

Ethan sonrió.

—Eso dijo, sí.

Y sin darme cuenta, yo también sonreí.

No sabía por qué, pero recordarla así, descalza, riéndose, completamente fuera del personaje público, tenía algo que se me había quedado grabado. Como una imagen que no se borraba, aunque no la mirases directamente.

La radio crepitó, devolviéndonos a la realidad.

—*Unidad doce, aviso en curso…*

Ethan y yo nos miramos.

—Se acabó la tertulia —dijo.

Asentí, volviendo a concentrarme.

El turno seguía. Y la ciudad no esperaba a nadie.

El aviso llegó cuando aún estábamos ajustando la ruta de patrulla. "Altercado en la calle cerca de Central Park", decía la radio. Ethan frunció el ceño y yo noté su entusiasmo apenas disimulado.

—Venga, vamos a ver qué pasa —dijo, arrancando el motor con más energía de la habitual.

El tráfico a esas horas de la mañana era caótico, como siempre, y no ayudaba que la zona de Central Park estuviera abarrotada de turistas y corredores matutinos. Hacíamos *zigzag* entre taxis y bicicletas, manteniendo la calma, pero conscientes de que la situación podía complicarse en cualquier momento.

Cuando llegamos al lugar, ya había un pequeño grupo de personas alrededor de un hombre al que otros dos sujetaban mientras este intentaba soltarse con fuerza. Su pantalón arrugado y la chaqueta mal puesta delataban que había huido a toda prisa. Una mujer mayor, con el rostro marcado por el susto, sostenía su bolso con firmeza mientras el tipo gritaba y gesticulaba.

—Tranquila, señora —dijo Ethan mientras yo me acercaba—. Todo está bajo control.

El tipo estaba siendo retenido por dos jóvenes que no podían mantenerlo quieto. Cuando me acerqué, lo reconocí: un ladrón recurrente de la zona. Intentó zafarse, forcejeando, y en cuanto le puse las esposas, protestó como si no supiera cómo funcionaban las leyes de Nueva York.

—¡Esto es un abuso! —chilló mientras yo le ajustaba las esposas—. ¡No he hecho nada!

—Sí, sí —respondí—. Tampoco eres quien le robó el bolso a una señora hace unas semanas, ¿verdad?

El hombre bufó y trató de escupir excusas mientras lo empujaba suavemente hacia el lateral del coche patrulla. Ethan ya estaba gestionando la parte de los testigos, asegurándose de que la señora estuviera bien y de que recuperara todo su bolso y pertenencias.

—Gracias a Dios —dijo ella, respirando hondo—. Gracias por estar aquí.

Ethan asintió, con su sonrisa irónica de siempre, y me lanzó un vistazo que parecía decir: “Otro día más en el paraíso”.

—Vamos, vamos —dije al ladrón—. Movámonos hacia la comisaría antes de que decidas hacer otra acrobacia.

El hombre continuó protestando durante todo el trayecto hasta el coche, pero no tenía opción. Una vez asegurado dentro, observé a la señora recoger sus cosas con un suspiro de alivio.

—Esto sí que es satisfactorio —murmuró Ethan mientras subía al asiento del copiloto—. Que alguien te dé las gracias de verdad por hacer tu trabajo no tiene precio.

—Sí —respondí—. Aunque no sé si a todos les importa tanto que devolvamos bolsos robados.

—Para mí, sí —dijo Ethan—. Cada vez que veo a alguien tranquilo después de que alguien como este idiota intente fastidiar a alguien más, siento que sirve para algo.

No pude evitar asentir. Teníamos días buenos y días horribles, pero momentos así eran los que hacían que todo el estrés valiera la pena.

—Vamos a la comisaría —dije finalmente—. Papeles, informes y… café de nuevo.

Ethan rio.

—Sí, porque después de esto necesito otro litro.

Arrancamos, y mientras conducíamos, la ciudad nos envolvía con su ritmo constante. Gente corriendo, taxis pitando, turistas con mapas y cámaras; Nueva York nunca dormía, ni siquiera a estas horas. Me resultaba curioso cómo podías sentirte parte de algo inmenso y, al mismo tiempo, tener la sensación de que solo eras una pieza más en el engranaje.

Las calles seguían llenas, pero el tráfico de Central Park empezaba a despejarse un poco. Era un día más, un martes rutinario con un toque de adrenalina inesperado.

Mientras avanzábamos, sentí esa extraña mezcla de cansancio y satisfacción que solo daba un turno que empezaba con un altercado, pero terminaba con todo bajo control.

Cuando llegamos a la comisaría, todo el papeleo, la entrega de detenidos y los informes nos esperaban. Sabía que aún quedaban horas de rutina, pero había algo en la ciudad, en nuestra patrulla, que hacía que hasta los martes grises tuvieran su brillo particular.

El familiar olor a café, papeles y desinfectante nos dio la bienvenida, mezclado con ese ambiente pesado de gente que siempre tenía prisa, pero que a la vez se tomaba su tiempo para mirar a todos como si evaluara si hoy sería un buen o un mal día. Ethan soltó un bufido mientras nos estacionábamos y me miró con esa sonrisa que siempre llevaba implícito un comentario sarcástico, aunque nunca dejaba de ser cierta la preocupación detrás de ella.

—Uf, necesitaba volver al terreno seguro —dijo, estirándose—. Aunque el "terreno seguro" aquí es relativo.

Asentí, mientras nos acercábamos a la entrada principal. El tipo que habíamos detenido en la calle no dejaba de protestar cada vez que pasaba alguien cerca de la ventanilla, y más aún cuando lo sacamos y lo llevamos hasta la comisaría.

El papeleo fue rutinario: informes, declaraciones, control de evidencias, sellos y firmas que parecían multiplicarse a medida que pasaban los minutos.

Mientras yo rellenaba la ficha del detenido, Ethan ya estaba charlando con un par de compañeros, que se habían reunido en la sala de descanso con un bote de cristal medio lleno. Me di cuenta de que estaban haciendo una colecta para la familia del compañero que había fallecido unos días atrás en un atraco. Todos se movían con la solemnidad que la ocasión requería, pero también con esa camaradería que solo se encontraba entre policías que sabían lo que era enfrentarse a lo imprevisible cada día.

Cuando terminamos, y Ethan y yo quedamos solos en el pasillo, me apoyé en la pared y suspiré, sintiendo cómo el ritmo frenético del turno se mezclaba con la tensión acumulada de la mañana. Ethan se apoyó a mi lado, cruzando los brazos y mirando hacia el suelo, como si midiera cada palabra antes de decirla.

—Sabes… me encanta este trabajo —dijo, con un suspiro que no era de alegría, sino de conciencia—. Pero no quiero que mis padres reciban nunca esa llamada. Jamás.

Le miré, y por un instante el sarcasmo habitual desapareció de sus ojos, reemplazado por algo más vulnerable, más real. Su voz era firme, pero cargada de esa sinceridad que raramente mostraba.

—Yo tampoco —respondí, dejando que mis palabras se deslizaran con calma—. Ni mis padres ni los tuyos deberían estar nunca en esa situación. La sensación de impotencia… de no poder protegerlos… no la soporto.

Ethan asintió, con la mirada fija en un punto indefinido del pasillo. Por un momento, todo lo demás dejó de importar: las calles, los ladrones, el papeleo, la ciudad. Solo quedaba esa certeza compartida de que la vida podía ser frágil, incluso para alguien como nosotros, entrenados para manejar el caos.

—A veces me pregunto si es lo que nos mantiene aquí —murmuró, finalmente—. Saber que podemos hacer algo, aunque sea un ladrón o un accidente, aunque sea devolver un bolso a una señora… nos da un poco de control sobre lo que pasa a nuestro alrededor.

Sonreí levemente. Había algo de verdad en lo que decía, algo que resonaba conmigo más de lo que esperaba.

—Sí —dije—. Hacemos lo que podemos. Y a veces, eso es suficiente.

Permanecimos en silencio unos segundos, compartiendo esa conexión silenciosa que solo los que enfrentaban el mismo riesgo día a día podían comprender. Después, Ethan volvió a sonreír, esa sonrisa que parecía una armadura para todo lo demás.

—Bueno —dijo, levantando un hombro—. Hora de seguir con la mañana. Llamadas, patrullas, informes… el ciclo sigue. Pero al menos hoy empezamos con éxito.

Asentí, mientras sentía esa mezcla de cansancio y satisfacción que solo daba el trabajo bien hecho. A veces la ciudad era implacable, a veces injusta, pero también había momentos como aquel: pequeños, reales, que recordaban por qué habíamos elegido esto y por qué seguíamos allí, patrullando, observando, protegiendo.

—Vamos —dije finalmente—. Que la ciudad no espera a nadie.

Ethan rio y nos dirigimos al despacho central. Estábamos listos para el siguiente aviso y el siguiente incidente. Sabíamos que el mundo seguía girando fuera de las paredes de la comisaría. Mientras estuviéramos allí, al menos dos personas intentaban mantener algo de orden en medio del caos.

Y mientras caminábamos por los pasillos, con los sonidos familiares de teléfonos, radios y conversaciones lejanas, pensé que, a pesar de todo, este era nuestro lugar. Donde la vida real, con sus riesgos y sus alegrías, nos encontraba siempre listos para enfrentarnos a ella, juntos.

Capítulo 13



Valentina

El avión aterrizó en París con una puntualidad casi milimétrica, y mientras el tren de aterrizaje tocaba la pista, no pude evitar soltar un suspiro de alivio. Había sido un vuelo largo y, aunque estaba acostumbrada a viajar, el *jet lag* siempre se hacía notar, sobre todo cuando había trabajado hasta tarde la noche anterior.

Camila, a mi lado, estaba igual de entusiasmada que yo, revisando su agenda en la Tablet y repasando mentalmente todos los detalles de la logística para el desfile. Leo, sentado frente a nosotras, parecía más relajado de lo habitual, con esa media sonrisa que siempre me hacía sentir protegida, aunque él no lo dijera en voz alta.

Cuando salimos del aeropuerto y nos montamos en el coche que nos esperaba, no pude evitar mirar por la ventana y respirar hondo. París tenía algo que me sobrecogía cada vez que llegaba: una mezcla de historia, arte y sofisticación que no se parecía a nada en Nueva York. El Sena, los puentes, los edificios de piedra con balcones de hierro forjado… todo parecía un escenario de película, y, por un momento, sentí cómo se activaba una especie de magia en mí, como si la ciudad misma me diera la bienvenida.

Mi padre era francés, pero nació en Nueva York, al igual que su padre, puesto que mi bisabuelo se fue allí en busca de una vida mejor para él y su esposa embarazada. Él y mi madre habían viajado aquí para conocer la ciudad, y cuando se casaron pasaron aquí la luna de miel, pero sus vidas estaban en América.

Llegamos al hotel y, al atravesar la puerta, un vestíbulo enorme y lujoso nos recibió con un aroma delicado y envolvente. Las paredes, de un blanco impoluto, estaban adornadas con cuadros modernos, y el suelo de mármol reflejaba la luz de los grandes ventanales. Una escalera de caracol con barandilla dorada nos guiaba hacia las suites, y mientras subíamos, no pude evitar pensar en lo afortunada que era de poder estar allí, en primera fila para uno de los desfiles más importantes de la temporada.

Subí a la suite y cuando abrí la puerta, lo que encontré me dejó sin palabras: un espacio enorme, con ventanales del suelo al techo que daban a la ciudad. La decoración era minimalista y elegante, con tonos neutros, madera clara y detalles de arte contemporáneo que le daban personalidad sin recargarlo. Una alfombra enorme y suave cubría el suelo del salón, y un sofá amplio y cómodo estaba orientado hacia una televisión de última generación.

La cama, vestida con sábanas blancas inmaculadas y cojines cuidadosamente dispuestos, parecía un trono de confort. En un rincón, una pequeña zona de trabajo con escritorio y silla me esperaba, junto a una cafetera que olía a café recién hecho, aunque sabía que probablemente no tendría tiempo para usarla antes de vestirme.

Dejé la maleta en el suelo y comencé a deshacerla. No llevaba demasiado equipaje porque volveríamos a Nueva York en unos días, pero en cada viaje siempre metía ropa de más.

Una vez con todo organizado, me cambié rápidamente y me puse algo cómodo pero elegante para salir a comer: un vestido ligero de algodón gris, mis botines de pelo y un bolso pequeño donde guardé solo lo imprescindible.

El restaurante estaba a solo unas manzanas del hotel, un lugar con mesas al aire libre y una decoración moderna que conservaba la esencia clásica parisina. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, con vista a la ciudad, y pedimos lo primero que nos llamó la atención en la carta. Mientras esperábamos la comida, Leo comenzó a bromear sobre nuestro *jet lag* y las horas de vuelo, intentando arrancarnos alguna sonrisa a Camila y a mí.

—París siempre exige respeto —dijo, con ese tono entre divertido y protector que tenía—. Y un café doble antes de salir de la suite nunca viene mal.

Camila rio, sacando su Tablet para revisar la agenda del desfile. Yo me limité a mirar por la ventana, intentando absorber cada detalle de la ciudad antes de sumergirme en el ajetreo del evento. Sabía que estos días iban a ser intensos, llenos de ensayos, entrevistas, cambios de vestuario y luces que brillaban demasiado para descansar. Pero por un momento, solo quería disfrutar de la calma de la comida y de la compañía de mis amigos más cercanos.

Mientras compartíamos risas y algunas anécdotas, mi mente volvía a los vestidos que llevaría esa noche. Podía imaginarlos en mi mente: el corte, la caída de la tela, los colores… Todo debía ser perfecto, cada detalle medido al milímetro. París no era solo una ciudad; era un escenario que me exigía dar lo mejor de mí, y yo estaba lista, aunque mi corazón latiera un poco más rápido de lo habitual por la mezcla de nervios y emoción.

Después de la comida, me levanté para recoger mi bolso y, mientras nos dirigíamos hacia la salida, vi a lo lejos una figura familiar: mis padres, Jean y Claire, caminando hacia nosotros. Sentí cómo se me encogió el corazón de emoción. Corrí hacia ellos y los abracé con fuerza, sintiendo su calor, su olor y esa tranquilidad que solo su presencia me daba. No pude evitar llenarles la cara de besos mientras ellos me abrazaban con fuerza, sonriendo como siempre, orgullosos y felices de verme.

—Queríamos verte —dijo mi madre entre risas, con los ojos brillantes—. Camila nos envió las reservas de vuelos, el hotel y las invitaciones en primera fila para el desfile de hoy.

Sentí un nudo en la garganta y las lágrimas asomaron.

—Gracias… gracias por estar aquí —dije, intentando no romperme del todo mientras ellos me rodeaban. Era un recuerdo que se grabaría para siempre, ese momento en que la familia, el amor y el apoyo se combinaban en una emoción pura y sincera.

Nos despedimos con sonrisas y abrazos prolongados, y mientras ellos se alejaban para no estorbar, yo me sentí un poco más fuerte, aunque la emoción seguía vibrando dentro de mí. Camila y Leo me miraban, sonriendo con complicidad, sabiendo que esos pequeños instantes eran los que realmente contaban en medio del caos de nuestra vida profesional.

Subimos de nuevo al hotel, listas para continuar con la jornada, y sentí que, por primera vez en días, estaba lista para enfrentar todo lo que París y el trabajo me tuvieran preparado.

La calma al entrar en mi suite me envolvió como un abrazo silencioso. Todo allí estaba pensado para que uno se sintiera en un oasis de lujo, pero yo apenas tuve tiempo de apreciarlo antes de concentrarme en lo que me esperaba esa tarde.

Abrí mi bolso con cuidado y saqué los documentos que necesitaba: invitaciones, programas del desfile, apuntes sobre los cambios de vestuario y horarios de pruebas. Colocando todo en orden, sentí cómo la ansiedad y los nervios empezaban a crecer dentro de mí, esa mezcla de emoción y responsabilidad que siempre me acompañaba antes de un evento importante.

—*Vamos allá* —susurré para mí misma mientras me ponía de pie frente al espejo, ajustando mi ropa y repasando mentalmente mi agenda.

Cuando estuve lista, me encontré con Camila y Leo en el pasillo y salimos del hotel hacia el lugar del desfile. París se movía con su ritmo elegante y caótico a la vez: los coches, los turistas, el aroma a café recién hecho y pan recién horneado en cada esquina, y la luz cálida de la tarde que iluminaba los edificios con un tono dorado. Respiré hondo, intentando centrarme.

Al llegar al recinto, el ambiente ya era frenético. Bastidores llenos de modelos, diseñadores que corrían con listas en la mano, estilistas ajustando el maquillaje y peluquería, fotógrafos que se movían como nómadas profesionales entre la multitud. Me sentí parte de ese mundo que amaba, y a la vez pequeña frente a la magnitud del evento.

—Tranquila, Valen —me dijo Camila, notando mi tensión—. Lo tienes todo controlado. Solo concéntrate en ti y en los trajes.

Asentí, aunque el nudo en el estómago no desaparecía del todo. Me llevaron a un espacio privado donde los vestidos que luciría esa noche estaban preparados sobre perchas: tres cambios, tres mundos distintos que debía encarnar con cada salida a la pasarela.

El primero era un vestido corto en seda azul noche, con un corte asimétrico que caía suavemente sobre mi cintura y resaltaba mis hombros. Me lo imaginé bajo las luces cálidas del escenario, moviéndose con cada paso, elegante y ligero.

El segundo cambio era un conjunto de pantalón y chaqueta de lino blanco con bordados dorados, moderno, pero con un toque sofisticado que reflejaba la audacia del diseñador francés. Me imaginé caminando entre las miradas de los asistentes, proyectando confianza y fuerza, y noté que mi corazón se aceleraba con solo pensarlo.

Finalmente, el último vestido era el que cerraría el desfile: un vestido largo en tono carmesí, con escote sutil y caída hasta los pies, confeccionado en terciopelo y adornado con detalles de cristal que brillaban con la luz de los focos. Ese vestido era impactante, imponente, y sabía que marcaría la culminación de toda la velada.

—Increíbles, como siempre —dijo Leo, observando los trajes con admiración—. Vas a arrasar, Valentina.

Camila asintió con una sonrisa pícara.

—Y recuerda, este es tu momento. Nada de nervios, solo tú, los trajes y la pasarela.

Respiré hondo y dejé que la adrenalina empezara a llenar mi cuerpo. Me cambié primero al vestido azul, ajustando cada detalle con ayuda del equipo de estilistas. El maquillaje estaba perfecto, el pelo recogido de manera elegante, pero con un toque suelto que me permitía moverme sin rigidez. Cada mirada en el espejo me devolvía a la realidad: estaba lista, preparada y emocionada.

—Recuerda, sonríe —me dijo Camila mientras me ajustaba los últimos detalles—. No solo se trata de caminar, se trata de transmitir.

Asentí con determinación, y con Leo a un lado, vigilando cada detalle logístico, nos dirigimos hacia el *backstage* para esperar nuestro momento. Cada paso que daba hacía que los nervios se mezclaran con la emoción: podía

sentir el corazón latiendo a un ritmo acelerado, la respiración más profunda y el pulso vibrando con anticipación.

Miré a los otros modelos, hombres y mujeres por igual, cada uno concentrado en sus preparativos, y respiré profundo, recordándome que este era mi terreno, mi espacio. París y su elegancia no me intimidaban: yo había trabajado para estar aquí, y nada ni nadie podía quitarme eso.

El desfile estaba a punto de empezar. El murmullo del público, el clic de cámaras y flashes, el olor a maquillaje y telas finas me rodeaban mientras esperábamos nuestro turno. El primer cambio, el vestido azul, brillaría bajo las luces, y yo debía ser el lienzo perfecto para que el diseñador francés mostrara su arte.

Capítulo 14



Valentina

El murmullo del público se intensificaba mientras nos alineábamos detrás del telón. La luz cálida del *backstage* me acariciaba el rostro, y sentí esa mezcla de nervios y emoción que siempre me recorría antes de salir a la pasarela.

Camila me dio un último vistazo de complicidad, y Leo ajustó algo en la organización del escenario con su típica sonrisa sarcástica, como diciendo "Todo controlado, Valen".

El diseñador francés apareció a mi lado, elegante, con su inconfundible porte: cabello oscuro cuidadosamente despeinado, traje impecable, sonrisa orgullosa. Me cogió suavemente del brazo y me susurró:

—Recuerda, Valentina, eres tú la que manda en la pasarela. Disfruta.

Asentí y me concentré. La música comenzó a sonar, primero una melodía suave y etérea. Caminé por la pasarela con el vestido azul noche, sintiendo cómo la tela se movía con cada paso, ligera y elegante, siguiendo mi silueta sin esfuerzo. Los focos iluminaban el corte asimétrico del vestido, destacando mis hombros y mi cintura, y la energía del público me envolvía como un halo cálido.

Salí, giré en la punta de la pasarela, sonreí al público y regresé hacia el *backstage*, donde un cambio rápido me esperaba. Los estilistas fueron precisos y veloces: en minutos estaba lista con el conjunto de pantalón y chaqueta

blanca con bordados dorados. Esta vez, la música cambió a un ritmo delicado y elegante, pero con un toque animado que hacía que mis pasos fueran firmes, seguros, casi con un leve contoneo. La chaqueta, ligeramente entallada, resaltaba la fuerza del conjunto, y los bordados dorados captaban la luz de los focos como pequeños destellos que brillaban al compás de mi caminar.

El público aplaudía con suavidad, admirando la mezcla de modernidad y sofisticación del diseño. Giré, posando con naturalidad y dejando que cada movimiento contara la historia que el diseñador quería mostrar: audacia, elegancia, libertad. Mi corazón latía con fuerza, pero el nerviosismo se había transformado en pura energía, y eso me hacía sentir viva.

Finalmente, el momento culminante: el vestido carmesí. La música se tornó majestuosa, con *"La Vie en Rose"* de Édith Piaf en versión instrumental orquestal, creando un ambiente romántico y poderoso a la vez. Sentí que cada paso que daba hacía que la tela de terciopelo se moviera con una gracia casi etérea, mientras los cristales incrustados reflejaban la luz en mil destellos. Caminé con la seguridad que me daba la experiencia, pero también con esa chispa de emoción que me recordaba por qué amaba la pasarela: era mi momento de brillar, de ser yo misma en la forma más pura y elegante.

El diseñador apareció junto a mí para el cierre, caminando orgulloso mientras yo seguía con la mirada fija en el público. Vi a mis padres en primera fila, y no pude evitar sonreír mientras mi madre me lanzaba besos y mi padre asentía con orgullo. Fue un instante perfecto, lleno de amor y reconocimiento silencioso, y su presencia me dio una fuerza extra que se reflejó en cada movimiento.

Al llegar al final de la pasarela, giré con un ligero vuelo de vestido, saludé y bajé la mirada hacia Camila y Leo, quienes me aplaudían con entusiasmo. El público estalló en aplausos y vítores, haciéndome sentir un subidón indescriptible. La elegancia del vestido, la música, la iluminación, la energía de la gente… todo encajó de manera perfecta, y supe que ese momento quedaría grabado en mi memoria para siempre.

De vuelta al *backstage*, Camila me abrazó con fuerza, mientras Leo soltaba un comentario sarcástico pero divertido:

—Valentina, impresionante como siempre. Ya podrías enseñarle esto al resto de la ciudad, que se enteren de lo que es talento real.

—Gracias… —susurré, todavía con la adrenalina corriendo por mis venas.

Mis padres se acercaron rápidamente, y mi madre, entre lágrimas de emoción, me abrazó con fuerza.

—Has estado magnífica, hija —dijo mi madre.

—La mejor, sin duda. No me extraña que el diseñador te quisiera para la apertura y el cierre a su lado —comentó mi padre.

No pude contener la emoción y lloré un instante, agradecida por tenerlos a mi lado, mientras Camila me guiñaba un ojo con complicidad. Después de unos momentos de abrazos y felicitaciones, nos dirigimos a un área reservada para celebrar con una copa de champán.

—¡Por ti! —brindó Camila, chocando su copa con la mía—. Has estado perfecta, de verdad.

—Absolutamente impresionante —dijo Leo, sonriendo con orgullo—. No hay nadie que pudiera hacerlo mejor.

Mis padres asintieron, con la emoción todavía palpable, y sentí que todo el esfuerzo, los nervios y las horas de preparación habían valido la pena. Fue un cierre glorioso, elegante y lleno de amor, un momento que parecía sacado de un sueño. París, mi desfile, mi familia y amigos, todos reunidos para compartir ese instante.

Cuando la celebración terminó, recogimos nuestras cosas, nos despedimos del equipo y subimos al coche que nos llevó de regreso al hotel, con la ciudad brillando a nuestro alrededor bajo la luz de la noche parisina. Yo, aun con el corazón acelerado, sonreía al recordar cada paso, cada mirada, cada aplauso que había recibido esa noche. Había sido perfecto.

Al llegar al hotel, me di una ducha, me puse el pijama y me preparé para un merecido descanso. Sin embargo, al abrir la puerta de la suite, algo me

llamó la atención: una nota sobre la mesa, nueva, diferente, con una caligrafía conocida que comenzaba a inquietarme.

«Siempre vuelves más frágil de París.»

Un escalofrío me recorrió la espalda. El *jet lag*, el cansancio acumulado y esa frase inquietante hicieron que mi corazón diera un vuelco. No era la primera carta, pero esta vez algo en ella era distinto: una amenaza velada, un aviso que no podía ignorar. Sentí miedo real por primera vez desde que recibía estos mensajes, aunque me obligué a mantener la calma y no contar nada a nadie.

Me senté en la butaca frente a la nota y respiré hondo, intentando pensar con claridad. París había sido maravilloso, pero esta nota dejaba una sensación extraña, inquietante, que no podía quitarme.

Sabía que necesitaba estar alerta. Y aunque quería pensar solo en la emoción de la pasarela, la verdad era que algo se avecinaba, algo que me observaba y me seguía de cerca.

El *jet lag* me golpeaba con fuerza: mis párpados pesaban como si llevaran años cerrados, la garganta reseca, los músculos doloridos por la tensión acumulada durante el desfile y los preparativos. Intenté concentrarme en algo positivo, pero la frase de la carta seguía girando en mi cabeza: *"Siempre vuelves más frágil de París."*

Me recosté, mirando la ciudad desde los ventanales de suelo a techo, las luces brillando a lo lejos sobre el Sena. París, con su magia, su luz y su historia, me parecía de repente un lugar demasiado grande y desconocido.

¿Quién podría enviarme estas cartas? ¿Por qué alguien estaba tan pendiente de mí? Hasta el día del desfile en Nueva York, los regalos y las notas me habían parecido detalles sorprendentes y encantadores, pero ahora… ahora había algo inquietante en todo ello.

Me levanté y fui a por una botella de agua, intentando despejar la cabeza. Mientras bebía, mis dedos acariciaron la nota otra vez. La caligrafía era delicada, casi familiar, como si quien la escribía quisiera que la reconociera, y eso me hacía sentir una mezcla de curiosidad y miedo.

Me dejé caer de nuevo en el sofá, abrazándome las piernas, y traté de recordar cada detalle de la jornada: la emoción del desfile, los aplausos, las miradas de mis padres… Todo había sido perfecto, casi demasiado perfecto. Y eso me hizo pensar en cómo había reaccionado mi cuerpo, cómo el corazón me latía todavía al recordar cada paso, cada giro, cada sonrisa que había mostrado al público.

Un cansancio profundo me invadió, pero no lograba dormir. La mente me bullía de pensamientos, y cada sombra en la suite parecía crecer bajo la luz cálida de las lámparas. Me levanté y caminé despacio hasta la ventana para mirar de nuevo la ciudad. París era hermosa, pero de pronto me sentí pequeña, vulnerable.

Decidí guardar la nota en el bolso, fuera de la vista. No quería que Camila, Isabelle, Leo o mis padres se preocuparan y por eso nadie sabía nada al respecto. Sin embargo, mientras lo hacía, un escalofrío me recorrió la espalda: la sensación de que alguien estaba observando cada uno de mis movimientos, aunque no hubiera nadie a la vista.

Volví al sofá, me acurruqué con la manta ligera que había sobre el respaldo y respiré hondo. Intenté recordar las palabras de Leo y Camila, los abrazos de mis padres… todo lo que me daba seguridad. Pero la frase seguía retumbando en mi cabeza, y la ansiedad comenzó a mezclarse con el cansancio: *"Siempre vuelves más frágil de París."*

¿Era solo paranoia por el *jet lag* y la presión del desfile y los días que aún tenía por delante, o había un mensaje más profundo detrás de la carta? Cerré los ojos, intentando ignorar el miedo, pero incluso con los párpados cerrados, podía sentir la presencia de esa amenaza invisible.

Finalmente, me dejé caer de lado, abrazando la manta como un escudo, y respiré despacio. Necesitaba dormir, aunque fuera solo para recuperar fuerzas. Tenía que enfrentar los días que me esperaban: reuniones, sesiones de fotos, ensayos, desfiles… y ahora, con esta sensación de peligro, cada paso se sentía más pesado, cada decisión más crucial.

Mientras la ciudad brillaba bajo mis pies y los últimos ecos de París entraban por la ventana, supe que algo había cambiado. No era solo el desfile, ni el *jet lag*, ni la emoción del reencuentro con mis padres… era la certeza de

que alguien me estaba observando, y que no podía confiar completamente en la seguridad que creía tener.

Me acurruqué, respirando hondo, y me repetí que mañana sería otro día, que las luces del hotel y la ciudad me protegerían. Pero en el fondo, un pensamiento no dejaba de dar vueltas: “¿Y si no lo hacen?”

Con ese escalofrío recorriéndome la espalda, finalmente cerré los ojos, intentando encontrar un sueño que me arrancara por un momento de la realidad inquietante que comenzaba a rodearme.

Capítulo 15



Valentina

Era lunes por la mañana y yo estaba frente a la comisaría, bajo el frío de finales de febrero, con las manos entrelazadas y un nudo en la garganta.

Había pasado todo el fin de semana dando vueltas a lo que iba a hacer, preguntándome si era una locura presentarme allí, buscando a un policía cuyo nombre completo desconocía, pero que recordaba que la primera vez que apareció en mi edificio, el otro agente le había llamado "O'Connor". Con eso, esperaba poder encontrarle y hablar con él, aunque fuera solo un instante.

Respiré hondo y empujé la puerta de la comisaría, entrando en el amplio vestíbulo. El olor a café y a papeles antiguos me golpeó de inmediato, y el sonido de teléfonos, pasos y murmullos de oficiales creando un trasfondo constante me recordó que estaba en un mundo totalmente distinto al mío, el de la ley y el orden. Me acerqué al mostrador donde un policía uniformado atendía los expedientes.

—Buenos días —dije, tratando de sonar tranquila—. Estoy buscando a un policía apellidado O'Connor.

El hombre me miró por encima de las gafas y arqueó una ceja.

—¿Pregunta por el comisario? —inquirió, con voz neutral.

Negué rápidamente.

—No, no. No creo que un comisario salga con uniforme para ir a un aviso. Busco a un policía uniformado.

Mientras hablábamos, se escucharon un par de voces masculinas detrás de mí, seguidas de una carcajada. El hombre del mostrador echó un vistazo por encima de mi hombro y, con una sonrisa, dijo:

—Daniel, creo que esta señorita pregunta por ti.

Me giré y ahí estaba. Uniforme completo, la cazadora y el chaleco colocados con precisión, la gorra ligeramente inclinada y esos ojos azules que se abrieron de par en par con sorpresa al verme. Mi corazón dio un vuelco; no pude evitar sonreír con mezcla de nervios y alivio.

Daniel se acercó, firme y seguro, y me preguntó con voz clara:

—¿Para qué me busca?

Mi mirada se desplazó instintivamente hacia el hombre que estaba a su lado.

—Me gustaría hablar con usted en privado —dije, con un hilo de voz.

Daniel miró al compañero, que asintió con una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes —dijo—. Me voy a tomar un café, y si me necesitas, estoy en la sala de descanso.

Daniel asintió y me pidió que le siguiera.

Caminamos por los pasillos de la comisaría, y yo trataba de absorber cada detalle: las paredes llenas de tablones con avisos, los casilleros metálicos, los compañeros pasando de un lado a otro con informes y radios. Llegamos a los ascensores, entramos en uno de ellos y subimos hasta la segunda planta.

Al salir, la escena era un contraste entre orden y actividad constante: policías en sus escritorios, algunos uniformados, otros en traje, teléfonos sonando, el zumbido constante de impresoras y ordenadores. Todo estaba lleno de energía, pero había un ritmo casi silencioso, controlado.

Daniel me condujo hasta una puerta y la abrió para cederme el paso. La sala era pequeña pero acogedora: un escritorio de madera oscura, estanterías con carpetas, una lámpara de escritorio y un ventanal que dejaba entrar luz natural sobre la ciudad. Daniel cerró la puerta tras de sí y me ofreció asiento.

—¿Quiere un café o algo de beber? —preguntó con voz calmada.

—No, gracias —dije, inclinando la cabeza.

Se sentó frente a mí y me miró con curiosidad.

—Bien, ¿qué necesita de mí?

Suspiré y, con un hilo de voz, empecé:

—Quiero disculparme… por las dos veces que nos hemos visto. Por el modo en el que le confundí con un *stripper* y le quité la ropa… y por cómo le besé la otra noche.

Daniel sonrió de medio lado, esa sonrisa que podía desarmarte en segundos.

—Créame, me han pasado muchas cosas a lo largo de mi carrera. Infinitas anécdotas que algún día contaré a mis nietos… pero desde luego, nunca me habían confundido con un *stripper* ni me habían besado estando de servicio.

Me horroricé, sintiendo cómo mi cara se calentaba.

—Lo siento de verdad —susurré—. Nunca me he metido en medio de un matrimonio. Si hubiera sabido que estaba casado, jamás le habría besado.

Él arqueó una ceja y su sonrisa se volvió ligeramente traviesa:

—Me alegro de no estarlo, para que lo hicieras —dijo, dejando a un lado las formalidades y pasando a tutearme.

Me sonrojé de inmediato y no pude evitar fijarme en el brillo en sus ojos. Daniel, serio pero cercano, volvió a preguntar:

—Entonces, ¿qué te ha traído hasta aquí?

Suspiré de nuevo con un nudo en la garganta, y me lancé a contarle lo que me había traído: mi vida como modelo, los desfiles, las giras… y luego, lo más preocupante. Las cartas anónimas y los regalos que había empezado a recibir.

—Soy Valentina Moreau, modelo.

—Lo sé —asintió—. Te reconocí la primera noche, pero no dije nada para que no pensaras que era un fan loco o un acosador. Mi hermana te sigue en redes y habla mucho de ti.

—¿Tienes una hermana?

—Una hermana adolescente, para ser exacto —sonrió.

—Siempre he recibido cosas así —continué—, pero… Estas cartas —empecé, temblando un poco al tocar el papel—… no son como las otras que he recibido antes. Siempre llegan discretamente, pero estas tienen algo que me hace sentir… observada. Siento que quien las escribe me conoce de verdad.

Abrí el bolso y de una de las cremalleras saqué el montón de cartas cuidadosamente guardadas. Se las ofrecí a Daniel, que las cogió con cuidado y preguntó si podía leerlas.

Asentí, y mientras él hojeaba algunas de las cartas, me quedé de pie frente al ventanal, abrazándome a mí misma. Observaba la ciudad y sentía cómo la ansiedad se mezclaba con el alivio de haber hablado con alguien que, por primera vez, parecía comprender la gravedad de la situación.

—Está claro que alguien te está siguiendo —dijo—. Y no me refiero solo a tus fans, sino a alguien que sabe mucho de ti y que tiene acceso a tu vida más privada. ¿Sospechas de alguien? —preguntó.

—No —admití con un hilo de voz—. No sé quién podría ser. Tengo muchos seguidores, pero no sé si será alguno de los que me siguen en redes.

—A veces esa gente utiliza perfiles falsos para estar al tanto de tu día a día —dijo él.

—Lo sé —susurré—. Pero hay detalles que nadie sabe, excepto Camila, mi asistente… como lo que dice una de las últimas cartas, sobre un vestido que aún no he estrenado y que sigue colgado en el armario.

Lo miré y le conté lo que me había sucedido en París. La nota que dejaron en la suite del hotel me había hecho sentir miedo de verdad. Nunca me habían dejado una carta en una habitación de hotel, solo en mi camerino o por debajo de la puerta de mi ático.

Algo en los ojos de Daniel me hizo suspirar, y su presencia me dio una inseguridad inesperada. Sentí que quizá no debería haber ido a molestarle con todo esto… pero ya estaba allí. Recogí las cartas y las guardé nuevamente en el bolso.

—Gracias por escucharme… —susurré—. Y disculpe…

Me dirigí a la puerta, preparándome para salir; caminé de nuevo entre aquellos escritorios y justo cuando estaba esperando el ascensor, Daniel se acercó.

—Has hecho bien en contármelo —dijo—. Si quieres ayuda, puedo ayudarte.

Sentí un nudo en la garganta y cómo las lágrimas empezaban a acumularse en mis ojos. Entré en el ascensor en cuanto se abrieron las puertas, y Daniel entró con discreción detrás de mí.

Solo ahí me permití romperme. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas mientras él me pedía que me calmara y me abrazaba con firmeza. Me dejé abrazar y sentí su mano acariciando mi espalda, y luego, con voz baja, me preguntó:

—¿A esto te referías cuando me preguntaste si podía hacerte olvidar?

Suspiré, avergonzada, y me aparté un poco, pero él no se movió. Con cuidado, me secó las lágrimas con los pulgares y, sin pensarlo más, se inclinó

y me besó.

Fue un beso cálido y suave, pero cargado de emoción contenida, de esas que te hacían sentir viva, protegida y, al mismo tiempo, vulnerable.

Sentí cómo todo a mi alrededor desaparecía por un instante: la comisaría, el ruido, las cartas, los miedos… Solo existíamos él y yo, y esa sensación inesperada, delicada y peligrosa a la vez.

Capítulo 16



Daniel

El ascensor era un pequeño espacio de metal y luz fría, pero en ese momento me parecía más íntimo que cualquier despacho o sala de descanso.

Valentina estaba cerca de mí, aferrándose a mi cuerpo como si sostenerse a él fuera la única manera de mantenerse firme. Sentí cómo su temblor recorría todo su cuerpo, y cuando incliné la cabeza, pude ver las lágrimas que aún surcaban sus mejillas, mojando la solapa de su chaqueta.

La besé con delicadeza, notando cada pequeño movimiento suyo, cada respiración entrecortada. Sus manos se enredaron en mi camisa, y por un instante todo lo demás desapareció: el mundo exterior, la comisaría, incluso la amenaza que la había traído hasta mí. Solo existíamos nosotros dos, suspendidos en ese momento que, por algún motivo, se sentía perfecto y peligroso a la vez.

Cuando el timbre del ascensor sonó, anunciando que habíamos llegado a la planta baja, nos separamos un poco, respirando con rapidez. Me recompuse lo mejor que pude, intentando recuperar la compostura profesional, aunque la mirada que me dirigió Valentina me decía que ninguno de los dos había olvidado lo que acababa de suceder.

—Creo que… —dije con un hilo de voz—, te invito a un café. Necesito que hablemos.

Ella asintió, y por primera vez desde que la vi frente al mostrador de comisaría, sonrió con un atisbo de complicidad mezclado con timidez.

Salimos juntos del ascensor y nos dirigimos a la calle. La ciudad nos recibió con su habitual bullicio, coches pasando, peatones apresurados, el olor a café recién hecho y bollos recién horneados de las cafeterías cercanas. Cogí su brazo suavemente para guiarla hasta la cafetería que estaba justo al lado de la comisaría, un local discreto con ventanales grandes que dejaban ver el interior cálido y acogedor.

—Aquí estamos —dije, abriendo la puerta para que entrara primero—. Tranquila, nadie nos molestará.

El aroma a café recién hecho me golpeó en cuanto entramos, mezclado con el olor dulce de la bollería. Me senté frente a ella en una de las mesas de madera, apoyando los brazos sobre la superficie mientras la observaba. Valentina se acomodó en la silla, entrelazando los dedos alrededor de su taza en cuanto nos trajeron los cafés y mirándome con esos ojos verde grisáceo que podían ser cálidos y seguros en un instante y vulnerables al siguiente.

—Bien… —empecé, buscando las palabras correctas—. Quiero entender todo lo que está pasando. ¿Desde cuándo estás recibiendo estas cartas?

Ella bajó la mirada a la taza de café, como si eso la ayudara a concentrarse en la respuesta.

—Desde hace unos meses —dijo finalmente—. Al principio pensé que eran como las otras, de algunos admiradores, pero se convirtió en una rutina. Empezaron a aparecer en cada desfile, incluso en algunas sesiones de fotos. Siempre con detalles que solo alguien que me conoce bien podría saber.

Asentí, frunciendo el ceño mientras procesaba la información.

—¿Quién tiene acceso a esos lugares? —pregunté—. A los camerinos, al *backstage*…

—Solo el personal autorizado —dijo—. Siempre llevan distintivos de las empresas o servicios, y ni siquiera la prensa puede acercarse. —Suspiró y me

miró—. No se lo he contado a nadie. No quiero preocupar a mi familia ni a mis amigos.

El peso de su confesión me golpeó más de lo que esperaba. Comprendía su miedo; conocía suficiente de la ciudad y de su mundo como para saber que alguien que se obsesionara con ella podía ir muy lejos.

—Si tuviera un nombre, podríamos poner una denuncia concreta —le dije —. Pero así solo podemos denunciar que tienes un acosador. Podrían asignarte un par de agentes para los desfiles, o podrías contratar a una empresa de seguridad privada.

Ella negó con la cabeza rápidamente.

—No quiero llamar la atención. No quiero que nadie se entere. —Sus ojos buscaban los míos—. Y no quiero que se convierta en un circo.

Asentí, entendiendo su necesidad de discreción.

—Está bien —dije—, pero algo debemos hacer. No podemos dejar que alguien se acerque a ti sin más.

Valentina me miró, evaluándome, y por un instante vi en su expresión algo más que miedo: había una chispa de esperanza, de confianza, que me hizo sentir la responsabilidad de protegerla aún más intensa.

—Daniel… —susurró—. ¿Tú podrías… ser mi seguridad privada? Te pagaría bien. No me importa cuánto pidas.

La miré con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Sonreí suavemente, inclinándome un poco hacia ella.

—Soy policía a tiempo completo —dije—. Pero los días libres… bueno, esos puedo aprovecharlos para ayudarte.

Ella suspiró, visiblemente aliviada y un poco avergonzada por haberme pedido algo así.

—Siento haberte pedido esto… pero hubo algo en ti que me hizo pensar que podrías ayudarme.

—Valentina, quiero que me prometas algo.

—¿El qué? —preguntó, temblando ligeramente.

—Que si vuelves a recibir algo extraño, lo traes a comisaría de inmediato. No intentes enfrentarte a esto sola.

—Está bien… lo prometo.

—Hay algo más —dije, y volvió a mirarme.

—¿Qué?

Me incliné ligeramente hacia ella y, de manera casi instintiva, mi mano rozó la suya sobre la mesa.

—No estás sola en esto.

Nos quedamos un momento en silencio, mirándonos, con el bullicio de la ciudad de fondo y el sonido típico de la cafetería a nuestro alrededor.

—Gracias… de verdad —dijo, bajando la mirada—. No sé cómo explicarlo, pero… me siento más segura solo con hablar contigo.

—No hace falta explicar nada —sonreí—. Solo confía en mí.

No sabía qué, pero estaba claro que había algo más detrás de esas cartas, algo más siniestro, y ahora yo estaba involucrado de manera inevitable.

—Si alguna vez necesitas hablar, incluso si es a medianoche, solo llama. —Le apunté mi número en una servilleta y se la di; ella asintió y la guardó en su bolso.

La observé mientras sostenía la taza entre sus manos, frágil, vulnerable, nada que ver con la mujer fuerte y segura que todo el mundo veía en las

entrevistas y desfiles. Vi cómo se limpiaba disimuladamente una lágrima y supe que no podía dejarla sola con esto.

—Bien —dije, tomando mi decisión—. Te acompañaré a la comisaría. Pondremos la denuncia de que alguien te está acosando y que temes por tu seguridad. Hablaré con el comisario para ver si puede asignarme personalmente a tus vigilancias en los desfiles.

Ella me miró, con una mezcla de alivio y gratitud, y sonrió débilmente.

—Gracias… por al menos intentarlo —dijo suavemente.

La observé unos segundos, pensando en ella, en su fuerza y vulnerabilidad a la vez, y luego añadí:

—Si lo consigo, me deberás una. Y te lo voy a poner fácil. Mi hermana quiere un autógrafo tuyo. —Me encogí de hombros, intentando quitarle importancia.

Valentina rio, y respondió con complicidad:

—Le daré un autógrafo, e incluso iré a conocerla y hacerme algunas fotos si de verdad consigues ayudarme.

—Si haces eso, si te atreves a pasar una sola hora con mi hermana… —dije sonriendo con malicia—, te advierto que no te la podrás quitar de encima nunca.

Ella se rio con ganas, y ese sonido me caló hondo.

—Siempre es bueno contar con fans incondicionales que me defenderían con uñas y dientes en redes —dijo y esa sonrisa… me desarmó por completo.

Nos levantamos de la mesa, y mientras caminábamos de nuevo hacia la comisaría, no podía evitar pensar que, si mi padre no me asignaba esas vigilancias, sería la primera vez que me enfrentaría a él por una razón que no era estrictamente laboral: la necesidad de proteger a Valentina Moreau.

Valentina iba a mi lado, con esa mezcla de nervios y confianza que me provocaba una sensación extraña en el estómago. La ciudad seguía su ritmo habitual, pero para mí, todo parecía moverse en cámara lenta. Cada paso que daba a su lado me recordaba que, aunque fuera mi trabajo protegerla, había algo más en juego. Algo que no podía explicarme del todo.

Al entrar en la comisaría, el zumbido de las luces fluorescentes y el murmullo de los policías y administrativos nos recibió como un recordatorio de que aquí era donde realmente podía ayudarla. La llevé directamente a mi despacho, evitando a la mayoría del personal, cerré la puerta tras nosotros y me preparé para redactar la denuncia mientras me preguntaba cómo de cerca podría estar el hombre que le enviaba esas cartas para entrar en detalles tan íntimos como lo del vestido o que Valentina tomase un té por las noches sentada en el sofá.

Demasiado cerca, sin duda, y aunque ella pudiera creer que no era nadie de su entorno, yo como policía no iba a descartar a nadie. Necesitaría nombres y direcciones de todos ellos para investigarles, para llegar a quien estaba tras cada paso que ella daba, haciendo que, ahora sí, el miedo se apoderara de ella.

Porque podría no decirlo en voz alta, podría no ponerle nombre, pero sabía que tenía miedo, que ahora sí había visto el peligro real que podría correr si no ponía remedio.

No era la primera ni sería la última modelo, actriz o cantante que recibía cartas y regalos de un admirador anónimo, pero cuando la admiración pasaba a ser obsesión podía ser realmente peligrosa, y no quería que Valentina fuera una más de la larga lista de víctimas que, por desgracia, aparecían asesinadas por un admirador misterioso.

No, Valentina Moreau no sería una más, no ocuparía esa lista negra ni llenaría titulares en periódicos y noticias por su repentino fallecimiento. Ella seguiría llenando esos titulares, apareciendo en portadas y marquesinas de todo el mundo con sus campañas publicitarias porque tenía talento para ello.

Valentina Moreau aún tenía mucha vida por delante y, mientras confiara en mí, nadie le privaría de seguir viviéndola.

Capítulo 17



Valentina

El viernes por la tarde siempre tenía algo de tregua engañosa. Nueva York seguía rugiendo ahí fuera, implacable, pero en mi ático de Tribeca el tiempo parecía moverse con otra cadencia, más lenta, casi educada. Demasiado silenciosa, pensé una vez más.

Estaba sentada en la mesa larga del salón, con el portátil abierto y una taza de café ya frío a mi derecha. En la pantalla se sucedían las fotografías de la sesión del jueves por la tarde: luz baja, fondos oscuros, primeros planos pensados para vender misterio y piel. Perfume. Siempre perfume.

Conocía a esa firma desde hacía años. Conocía a su dueña mejor aún. Confiaba en mí de una forma que me halagaba y, a veces, me pesaba.

—*Elige tú, Valentina* —me decía siempre—. *Nadie sabe mejor que tú qué funciona.*

Pasé de una foto a otra, inclinando ligeramente la cabeza, observándome como si no fuera yo. Analizaba la caída del hombro, la tensión en el cuello, la forma en la que la luz atrapaba el hueso del pómulo. Demasiado dura. Demasiado perfecta. Esa no. Esa tampoco.

Había una en particular que me hizo detenerme. No era espectacular. No era evidente. Pero había algo en la mirada, una grieta mínima, una vulnerabilidad que no siempre dejaba ver. Esa sí. La marqué con una estrella y suspiré.

El ático estaba bañado por la luz anaranjada del atardecer. Los ventanales, de suelo a techo, reflejaban el río Hudson como una plancha de metal líquido. La terraza esperaba intacta, plantas perfectamente cuidadas, el sofá exterior impoluto, la chimenea apagada. Un lugar precioso para estar sola. Demasiado.

Me levanté para estirarme, caminando descalza sobre la madera clara. Llevaba el pelo suelto, aún con las ondas suaves de la sesión, y una camiseta gastada que no combinaba con nada de lo que me rodeaba. Me gustaba así. Era mi pequeña rebeldía doméstica.

Volví al portátil, descarté tres fotos más y entonces sonó el timbre.

El sonido fue limpio, breve… y aun así sentí cómo algo me recorría la espalda de arriba abajo. Un escalofrío rápido, instintivo, de esos que no se razonaban.

Miré el reloj, porque no esperaba a nadie, y el timbre volvió a sonar.

—Ya voy —dije, mientras me levantaba.

Me acerqué a la puerta despacio, intentando convencerme de que estaba exagerando. Nueva York no se detenía porque yo tuviera un mal presentimiento. Miré por la mirilla y vi un repartidor. Uniforme neutro, gorra y una caja pequeña en las manos.

Mi estómago se encogió. Abrí solo lo justo, manteniendo la cadena puesta.

—¿Valentina Moreau? —preguntó, y asentí, incapaz de fingir una sonrisa.

—Tengo un paquete para usted.

—Creo que debe de haber un error —dije, demasiado rápido—. No espero nada.

El repartidor miró su dispositivo, luego la etiqueta.

—Está a su nombre. Entrega estándar.

La caja era pequeña. Demasiado pequeña. Sentí cómo mi cuerpo se tensaba, como si cada músculo hubiera decidido ponerse en guardia sin pedirme permiso.

—Puede devolverlo —dije.

Él arqueó una ceja, sorprendido.

—Señora, yo solo entrego. Si no lo acepta, constará como rechazo.

Tragué saliva. Rechazo. Dejar constancia. No aceptar. Durante un segundo pensé en cerrar la puerta. En dejarlo ahí fuera, en no saber qué contenía.

Pero el silencio volvió a pesarme. Y la curiosidad, esa traidora, empujó con más fuerza. Solté la cadena.

—Está bien.

Firmé con mano firme, aunque no lo estaba, y cogí la caja. Pesaba poco. Nada en exceso. Aun así, al cerrar la puerta, sentí como si hubiera introducido algo ajeno en mi refugio.

Dejé la caja sobre la mesa del salón y me quedé de pie frente a ella, observándola. Cartón liso. Sin logotipo. Sin remitente.

El atardecer terminó de caer y el reflejo del río Hudson desapareció, dejando la habitación envuelta en un azul frío. Respiré hondo. No la abrí. Todavía no podía.

Me acerqué al ventanal y apoyé la frente un segundo contra el cristal. Desde allí, la ciudad parecía lejana, ajena. Millones de personas, millones de historias, y, aun así, esa sensación absurda de ser observada.

—*No pasa nada* —me dije en voz baja—. *No pasa nada.*

Pero no me moví de donde estaba.

La caja seguía allí, muda, esperando. Y yo supe, con una certeza que no me gustó nada, que aquel viernes tranquilo acababa de romperse.

Me quedé varios minutos de pie, sin tocar la caja, como si al hacerlo fuera a confirmar algo que todavía podía negar. El salón estaba en silencio absoluto, roto solo por el zumbido lejano del tráfico y el leve *tic-tac* del reloj que colgaba en la pared, una pieza minimalista que había comprado por pura estética y que ahora me parecía absurdamente ruidosa.

Finalmente, me senté.

Arrastré la caja hacia mí con dos dedos, como si pudiera morder. El cartón cedió con facilidad cuando levanté la tapa. No había relleno excesivo. Solo una pequeña bolsa de terciopelo color marfil, colocada con un cuidado casi íntimo.

La reconocí incluso antes de tocarla. El corazón empezó a latirme más deprisa.

Abrí la bolsa despacio y la gargantilla apareció entre mis dedos: oro fino, delicado, nada ostentoso. El colgante era una estrella pequeña, de líneas limpias, exactamente del tamaño que yo solía llevar. Elegante. Discreta. Demasiado acorde a mí.

—*No…* —susurré, sin saber a quién.

Debajo de la bolsa había una nota doblada en dos. Papel grueso, blanco, sin perfume. La cogí y la abrí con cuidado, como si el mensaje pudiera quemarme.

«Para que lo uses con los pendientes que te regaló tu hermana el otro día.»

En ese instante, el silencio se hizo aún más pesado.

Dejé caer la nota sobre la mesa, como si ya no pudiera sostenerla. El gesto fue automático, instintivo. Noté un nudo cerrándoseme en el pecho, apretando despacio, sin prisa.

Los pendientes. Mi hermana. El miércoles.

Me llevé la mano al cuello, consciente de repente de lo vulnerable que era ese gesto. Respiré hondo una vez, dos. No funcionó.

Cogí el móvil, y mi Instagram se abrió casi sin que lo pensara, como si mis dedos ya supieran adónde ir. Entré en mi perfil y busqué la foto. Ahí estábamos mi hermana y yo, abrazadas, riéndonos. Yo girada ligeramente hacia la cámara, enseñando uno de los pendientes dorados con forma de estrella irregular.

El texto seguía ahí, intacto:

"Gracias, hermanita. Te quiero de aquí a las estrellas".

Sentí un escalofrío lento, desagradable. Bajé hacia los comentarios. Había miles. Corazones, estrellas, mensajes cariñosos. Empecé a leerlos sin un orden concreto, como si buscara algo que no sabía definir.

"Estás preciosa como siempre". "Esa sonrisa no ha cambiado desde París hace cinco años". "Te sigo desde tu primera campaña, Valentina, qué orgullo verte ahora". "Las estrellas siempre vuelven a ti".

Reconocí nombres. Muchísimos. Clara, que me seguía desde que desfilé por primera vez en Milán. Lucía, que siempre comentaba fotos antiguas y decía que había crecido conmigo. Un chico cuyo usuario apenas había cambiado en años, siempre respetuoso, siempre presente.

Pasé el dedo más despacio. No había nada explícito. Nada amenazante. Nada que gritara peligro. Y, aun así, lo sabía. Lo sentía en el estómago, en la nuca, en esa parte primitiva que no entendía de lógica.

Quien estaba detrás de las cartas, de los regalos y de las notas me seguía.

Suspiré, larga y temblorosamente, dejando el móvil sobre la mesa junto a la gargantilla. El contraste era cruel: belleza y miedo compartiendo el mismo espacio.

—*Alguien me observa* —murmuré—. *Alguien que cree conocerme.*

Me pasé una mano por la cara, intentando pensar con claridad. No era la primera vez que recibía algo extraño, pero esto era distinto. Esto no era una fantasía genérica. Era concreto. Personal. Demasiado atento.

Miré la gargantilla otra vez. Era preciosa. Y eso la hacía aún peor. El silencio volvió a aplastarme.

Entonces recordé su voz, firme, tranquila. Recordé cómo me había mirado el lunes, sin juzgar, sin minimizar nada. "Puedes llamarme cuando quieras, Valentina. Da igual la hora."

Cogí el móvil de nuevo y busqué su nombre en la agenda. Daniel O'Connor. Mi dedo se quedó suspendido un segundo sobre la pantalla.

Tragué saliva. Y llamé.

El tono de llamada sonó una vez. Dos. Cada segundo me parecía una concesión demasiado generosa al silencio.

—¿Valentina?

Su voz llegó clara, grave, ligeramente sorprendida, pero sin rastro de molestia. Ese simple detalle hizo que se me aflojaran un poco los hombros.

—Soy yo —dije—. Perdona que te llame así, sin avisar.

—No tienes que disculparte. Te dije que lo harías si pasaba algo.

Cerré los ojos un instante. Tenía razón. Y, aun así, me sentía extrañamente expuesta, como si al marcar su número hubiera admitido en voz alta que ya no podía manejar esto sola.

—Ha vuelto a pasar —continué—. Otro regalo.

Noté cómo su tono cambiaba al instante. No fue brusco, pero sí más atento, más centrado.

—¿Estás bien?

—Sí. Creo que sí —me apresuré a decir, aunque no estaba del todo segura —. Es… es una gargantilla. Con una nota.

—¿Qué dice la nota?

Miré la mesa, la letra limpia, casi elegante.

—Hace referencia a una foto que subí el miércoles. Una con mi hermana. Menciona unos pendientes que me regaló ella. Detalles muy concretos.

Hubo un breve silencio al otro lado que no me resultó incómodo, sino profesional.

—Entonces no es alguien al azar —dijo finalmente—. Es alguien que te sigue. Que presta atención.

—Eso es lo que me da miedo —confesé, bajando la voz—. No hay amenazas. No hay nada violento. Pero… sabe cosas. Cosas íntimas.

—¿Dónde estás ahora?

—En el ático. Estoy sola.

—¿Hay alguien contigo?

—No.

—¿La puerta está cerrada?

Miré hacia ella por pura inercia, como si pudiera haberse abierto sola.

—Sí. Está cerrada.

—Bien. Acabo turno en una hora —dijo—. Si te parece bien, me paso y lo vemos con calma. La caja, la nota. Todo.

El alivio fue inmediato, casi vergonzoso.

—Gracias, Daniel. De verdad.

—Para eso estoy —respondió, con una naturalidad que me desarmó—. ¿Te importa esperar despierta?

Una sonrisa breve, tensa, se me escapó sin querer.

—Creo que hoy no voy a dormir mucho.

—Perfecto entonces —dijo—. En una hora estoy ahí.

Colgamos y dejé el móvil sobre la mesa, junto a la gargantilla y la nota. Tres objetos pequeños que ocupaban demasiado espacio en mi cabeza.

Me levanté despacio y caminé hasta el ventanal. La noche ya había caído del todo. Las luces de la ciudad se reflejaban en el cristal, devolviéndome una imagen duplicada de mí misma. Por un instante me pareció ver movimiento detrás de mi reflejo y el corazón me dio un salto ridículo.

No había nadie. Aun así, no pude evitar pensarlo.

¿Dónde estaba ese hombre ahora mismo? ¿En qué punto de la ciudad? ¿Estaría mirando esa misma foto? ¿Convencido de que me conocía?

Me abracé a mí misma, notando cómo el frío me subía por los brazos. No era la temperatura. Era otra cosa. Una certeza incómoda.

Me separé del cristal y fui hacia la cocina. Minimalista, impecable, casi inútil. Encendí la luz y puse agua a hervir para un té que no sabía si me ayudaría en algo, pero necesitaba hacer algo normal. Doméstico. Terrenal.

Mientras esperaba, mis ojos volvieron una y otra vez a la mesa del salón, a la caja abierta.

¿Corría realmente peligro? La pregunta se me quedó clavada en la cabeza. No tenía respuesta clara. Y eso era lo peor. No saber dónde empezaba la amenaza ni dónde terminaba la admiración torcida.

Pensé en la semana siguiente. En el desfile. En Nueva York. En las luces, la pasarela, el público. Y supe, con una certeza incómoda, que él estaría allí. Observándome.

Capítulo 18



Valentina

El timbre sonó cuando el reloj del salón marcaba las nueve y cuarto. Me levanté casi de un salto, con una mezcla absurda de alivio y nervios que no quise analizar demasiado.

Abrí la puerta… y me quedé mirándole. Daniel no llevaba uniforme.

Vaqueros negros, jersey beige que le marcaba los hombros de una forma indecente y una chaqueta de cuero negra que le daba un aire peligrosamente atractivo. El pelo ligeramente despeinado, la barba de un par de días. Muy lejos del policía serio que había visto tantas veces.

—¿Estás bien? —preguntó, arqueando una ceja al notar que no decía nada.

Parpadeé.

—Es solo que… —le señalé vagamente—. Me resulta raro verte así. Sin uniforme.

Daniel soltó una carcajada franca, de esas que llenaban el espacio.

—¿Raro? —dijo—. La primera noche que nos conocimos me viste sin medio uniforme.

Me llevé las manos a la cara al instante.

—Por Dios, no me lo recuerdes.

—Eh, eh… —sonrió, inclinándose hacia mí—. No te mortifiques más por eso. Yo lo recuerdo como una anécdota divertida.

Me dio un beso suave en la frente y me guiñó un ojo. Noté cómo algo se me aflojaba por dentro.

—Pasa —dije, apartándome.

Le llevé directamente a la cocina. Encendí la luz, demasiado consciente de cada uno de sus movimientos.

—¿Te apetece beber algo?

—¿Tienes cerveza?

—Sí —respondí—. Leo siempre deja algunas cuando viene.

La saqué de la nevera y se la ofrecí. Daniel dio un sorbo largo y luego me miró con atención renovada.

—¿Dónde está el paquete?

Cogí la caja del salón y se la di. Su expresión cambió al instante. Se puso unos guantes de látex antes de tocar nada, profesional hasta la médula. Leyó la nota en silencio y luego la guardó con cuidado en una bolsa de pruebas.

—El lunes se lo llevo a los de la científica —me explicó—. Harán lo mismo que con las cartas. Huellas, fibras, lo que sea.

Asentí.

—Gracias por ayudarme con todo esto.

—No tienes que agradecerme nada.

Me miró entonces de una forma distinta. Menos policía. Más Daniel.

—Tengo buenas noticias —añadió.

—Ah, ¿sí?

—El comisario ha aceptado que me asignen tu vigilancia.

Me quedé mirándole, incrédula.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

No lo pensé. Me abalancé sobre él y lo abracé con fuerza.

—Gracias, gracias, gracias…

Daniel se rio, rodeándome con los brazos.

—Me ha costado lo suyo convencerle —admitió—. Pero al final ha cedido.

Se separó un poco y añadió, divertido:

—Eso sí, me debes un autógrafo para mi hermana.

Me reí.

—Si quieres, voy a verla mañana. Tengo todo el fin de semana libre.

—Vaya —sonrió—. Yo también.

Nos quedamos mirándonos demasiado cerca.

Pensé en lo que me hacía sentir ese hombre solo con estar ahí. En cómo mi cuerpo parecía reaccionar antes que mi cabeza. Daniel levantó la mano despacio y me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja. Su pulgar rozó mi mejilla.

Cerré los ojos un segundo, estremeciéndome. Cuando los abrí, ya estaba inclinándose hacia mí.

El beso fue inmediato. Intenso. Como si lleváramos conteniéndonos demasiado tiempo. Me aferré a su jersey, sintiendo cómo me levantaba con

facilidad y me sentaba sobre la encimera de la cocina.

Todo se volvió urgente. Sus manos, su boca, mi respiración descontrolada. El mundo reducido a piel, calor y deseo acumulado. Y supe, sin margen para la duda, que ya no había vuelta atrás.

El beso no se detuvo. Al contrario.

Daniel apoyó las manos a ambos lados de mis caderas, firme, seguro, y yo sentí cómo el pulso me martilleaba en las sienes. Todo en él era decisión. Todo en mí era una respuesta inmediata.

Le deslicé las manos por la chaqueta de cuero, empujándola hacia atrás con torpeza.

—Quítatela —murmuré contra sus labios.

No hizo falta repetirlo. La chaqueta cayó al suelo sin ceremonia, seguida del jersey. Mis dedos recorrieron su pecho por encima de la camiseta, notando el calor, la tensión contenida. Él gruñó bajo, apenas un sonido, pero fue suficiente para que se me erizara la piel.

Daniel se colocó entre mis piernas, que colgaban del borde de la encimera, y me besó el cuello despacio, como si quisiera memorizarlo. Cerré los ojos, dejándome hacer, dejando de pensar.

—Valentina… —susurró.

El sonido de mi nombre en su boca me atravesó de una forma peligrosa.

Mis manos buscaron su cuello, su pelo, y él respondió acercándose más, haciéndome sentir cada centímetro de su cuerpo. Me quitó la camiseta con un gesto lento, deliberado, mirándome como si ese instante mereciera toda su atención.

Sentí el aire frío en la piel… y luego su calor de nuevo.

Sus labios descendieron, recorriendo mi clavícula, mis hombros, despertando cada nervio. Un jadeo se me escapó sin permiso, incapaz de

contenerlo. Daniel sonrió contra mi piel, satisfecho, y apoyó la frente en mi pecho un segundo, respirando hondo, como si también necesitara anclarse.

Me recostó con cuidado sobre la encimera, sosteniéndome como si yo fuera algo valioso, incluso en medio de aquella urgencia. Mis piernas se cerraron instintivamente alrededor de su cintura, reclamándole.

—Daniel… —le pedí, sin saber exactamente qué.

Él respondió con besos más intensos, más profundos, con caricias que me hicieron arquear la espalda, perder la noción del tiempo y del lugar. La cocina dejó de ser cocina. Solo éramos nosotros, el roce, el deseo que llevaba demasiado tiempo acumulándose.

Daniel lamió mis pezones, los mordisqueó y gemí al sentir una leve punzada de dolor. Le observé y el brillo que había en sus ojos mientras sus labios bajaban por mi vientre dejando suaves besos me indicaba que deseaba eso tanto como yo.

En un movimiento rápido me quitó los leggins y el tanga, y tras una mirada de lo más felina y hambrienta, se inclinó manteniendo mis piernas separadas, sujetándome los muslos, y comenzó a lamer mi sexo.

Jadeé y arqueé la espalda al notar su lengua entre mis pliegues, el modo en el que lamía, rápido y con precisión, hasta que mis jadeos se convirtieron en puros gritos de placer.

Y no me podía estar quieta porque ese hombre… Dios, ese hombre sabía cómo hacer que una mujer se excitara.

Lamía una y otra vez, me penetraba con la lengua, me devoraba por completo y me miraba con una lujuria que me hacía enloquecer.

El mundo se redujo a sensaciones. A su voz baja diciéndome que estaba preciosa. Diciéndome que disfrutara, que me dejara llevar. A mis dedos aferrándose a él como si fuera lo único sólido que existía.

Y cuando mi cuerpo terminó por rendirse, cuando la tensión se rompió y me dejé llevar, sentí una oleada de algo más que placer. Sentí libertad.

Me quedé sin aliento, respirando con dificultad, intentando recomponerme. Daniel me rodeó con los brazos, fuerte, protector, y me besó la sien con una ternura inesperada que me desarmó aún más.

—Vamos —me dijo al oído—. Aquí no.

Sonreí, todavía temblando.

—Mi habitación… —murmuré—. Al fondo.

Daniel me levantó en brazos con facilidad, como si no pesara nada. Rodeé su cuello, jugando con mis dedos en su cabello, y seguimos besándonos mientras caminaba, torpemente decidido, por el pasillo.

Cada paso era una promesa. Y yo estaba más que dispuesta a cumplirla.

Daniel cerró la puerta de la habitación con el pie, sin dejar de besarme, como si temiera que al separarse de mí, aunque solo fuera un segundo, todo pudiera romperse. Me dejó sobre la cama con un cuidado que contrastaba con la urgencia de sus labios, y ese contraste fue lo que terminó de desarmarme.

La luz era tenue. Suave. La ciudad seguía ahí fuera, pero tan lejana que parecía irrelevante.

Me incorporé un poco, apoyándome en los codos, observándole. Me gustó ver cómo me miraba él también mientras se desnudaba por completo, como si no tuviera prisa ahora, como si quisiera grabar ese momento en la memoria.

—No tienes ni idea de lo que provocas —murmuró.

Sonreí lentamente, dejando que mis dedos recorrieran su pecho.

—Creo que empiezo a sospecharlo.

Daniel negó con la cabeza, divertido, y volvió a acercarse. Sus manos me recorrieron con una seguridad que no era posesiva, sino consciente. Atenta. Cada caricia parecía una pregunta a la que mi cuerpo respondía sin dudar.

Pensé en lo absurdo de todo aquello. En el miedo de los últimos días. En el caos. Y, aun así, nunca me había sentido tan presente.

—Mírame —me pidió en voz baja, y lo hice.

Sus ojos azules estaban oscuros, intensos, cargados de algo que iba mucho más allá del deseo. Noté cómo me ardían las mejillas al sentirme vista de esa manera. No como Valentina Moreau, la modelo. Sino como yo. Sin defensas.

Me besó despacio esta vez, profundo, sin prisa. Un beso que no buscaba arrasar, sino quedarse. Mis manos se deslizaron por su espalda, memorizando cada músculo, cada tensión.

—Daniel… —susurré, apoyando la frente en la suya—. Esto es una locura.

—Puede ser —respondió, sonriendo un poco—. Pero ahora mismo no me importa.

Y tampoco me importó a mí.

Volvió a besarme y noté cómo me penetraba, cómo su miembro se abría paso en mi interior. Arqueé la espalda y me agarré con fuerza a sus brazos, esos que se notaban musculosos y fuertes.

Daniel comenzó a moverse, entrando y saliendo una y otra vez, más rápido cada vez, más fuerte y profundo en cada embestida, y cuando quise darme cuenta, estaba de nuevo al borde del abismo, perdida en un mar de sensaciones entre los brazos de ese hombre que me miraba y me deseaba por quién era, y no por lo que era.

El encuentro fue intenso, sí, pero también increíblemente cuidado. Hubo risas ahogadas entre besos, miradas que decían más que cualquier palabra, susurros provocativos que me hicieron estremecer. Me sentí deseada de una forma distinta, más profunda, más real.

Pensé en cómo me hacía sentir. En cómo, con solo tocarme, conseguía que bajara la guardia. En cómo mi cuerpo reaccionaba a él como si lo hubiera estado esperando.

Cuando todo terminó, me quedé recostada sobre su pecho, escuchando su respiración acompasarse con la mía. Daniel me acariciaba la espalda despacio, dibujando líneas invisibles con los dedos, como si no quisiera romper el silencio que se había instalado entre nosotros.

Su corazón latía fuerte bajo mi mejilla. Suspiré y cerré los ojos.

Tal vez aquello fuera una locura. Tal vez no debería haber ocurrido. Pero allí, envuelta en sus brazos, me sentí libre. Viva. Presente.

Y supe que, pasara lo que pasara después, no iba a arrepentirme de haberme permitido sentirlo. Con él.

Capítulo 19



Daniel

Desperté con su peso cálido contra mi pecho.

Valentina dormía abrazada a mí, con una pierna enredada entre las mías, el pelo desparramado sobre mi hombro y parte de mi pecho. Estábamos desnudos, cubiertos apenas por la sábana, y durante unos segundos me quedé quieto, respirando despacio, intentando entender en qué punto exacto había tomado esa curva mi vida.

Suspiré. Aquello no entraba en mis planes. No así. No con ella. Y, aun así, no podía fingir sorpresa.

Desde la segunda noche que la vi. Desde aquel beso que no debería haber ocurrido y desde el momento en que sentí su cuerpo reaccionar al mío, no había conseguido sacarla de mi cabeza. Valentina Moreau tenía una forma peligrosa de quedarse.

Se removió ligeramente, buscando más contacto incluso dormida. La observé con atención, memorizando la forma de sus pestañas, la curva suave de sus labios, esa calma engañosa que escondía a una mujer valiente hasta la médula.

Abrió los ojos despacio.

—Buenos días —murmuré.

Tardó un segundo en enfocar y, cuando lo hizo, sonrió. Una sonrisa diminuta, íntima, solo para mí.

—Buenos días.

Me incliné y la besé, primero despacio, como si no quisiera despertarla del todo. Pero ella respondió al instante, acercándose más, buscándome con una naturalidad que me desarmó.

—Daniel… —susurró contra mis labios.

Ese fue el final de cualquier intento de contención.

La besé con más intención, sintiendo cómo se entregaba sin reservas, sin vergüenza, como si conmigo no necesitara protegerse. Pensé en lo peligroso que era eso. En lo adictivo que podía volverse.

—¿Sabes lo que me haces? —le dije en voz baja, apoyando la frente en la suya.

Ella sonrió, provocadora.

—Creo que sí… pero dímelo.

Me reí entre dientes y volví a besarla, recorriendo su piel con calma esta vez, disfrutando de cada reacción, de cada suspiro. Me sorprendí a mí mismo queriendo hacerlo bien. Queriendo que se sintiera deseada, cuidada, libre.

Y ella se entregó de una forma que me atravesó.

Pensé en lo sencillo que era perderse ahí. En lo mucho que me gustaba cómo pronunciaba mi nombre. En cómo me miraba, sin máscaras.

Llevé la mano entre sus piernas y gimió en mi boca cuando mis dedos se deslizaron entre sus pliegues, tocando ese punto exacto que la hacía enloquecer. Porque sí, la noche anterior descubrí que a Valentina le gustaba que la tocara justo… ahí.

—Aaahhh —jadeó arqueando la espalda y sonreí contra sus labios.

Comencé a besarla el cuello, la clavícula, el hombro. Su piel era suave, sedosa, pero con cada beso que le daba se erizaba un poco más.

La escuché reír cuando mi barba de tres días rozó su torso. Continué besándola y cuando llegué a su pezón, lo lamí despacio de manera deliberada; ella jadeó y cuando lo mordisqueé, gritó como lo hizo la noche anterior.

Me gustaba verla así, entregada y libre, sin pudor ni vergüenza, siendo simplemente ella. La Valentina mujer que pocos habrían conocido. O tal vez muchos, no estaba seguro, porque una mujer como ella era difícil de olvidar y adictiva.

Por un momento me sentí celoso, algo ridículo para un hombre como yo, y quise que se olvidara de todos los que hubiera habido antes que yo, de todos los que la hubieran tocado antes que yo. De todos y cada uno de ellos que no la merecían.

Seguí bajando con besos por su vientre y cada vez que mi barba la rozaba, se le escapaba una leve risilla. Y a mí me gustaba escucharla, me gustaba verla reír, sin miedo y sin la preocupación de que alguien la observaba.

Jadeó cuando deslicé la lengua despacio en una lamida lenta por su sexo, entre sus pliegues, jugando con su clítoris. La miré y tenía los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas y se mordía el labio inferior. El cabello desparramado por la almohada, los pezones erectos y sus manos aferradas a la sábana.

Sonreí y me centré en ella, en observarla mientras lamía sin parar, una y otra vez, mientras la penetraba con dos dedos y la llevaba a ese punto de locura que la hacía moverse contra mi boca en busca de más.

Cuando liberó el clímax, seguí lamiendo sin detenerme, alargando ese momento de liberación para ella, haciéndola sentir el placer que le provocaba y olvidar todo lo que no formara parte de ese momento.

No me molesté en esperar a que se recuperara, me acomodé entre sus piernas, la besé como deseaba hacerlo y la penetré de una profunda y certera embestida que la hizo gritar en mi boca.

Seguí moviendo rápido, entrando y saliendo, besándola, tocándola, llenándola por completo y haciendo que su cuerpo temblara bajo el mío por puro placer. Me encantaba esta mujer. Era peligrosa, sí, pero jodida e irremediablemente adictiva para mí.

Cuando todo terminó, me quedé un rato con ella entre mis brazos, respirando su olor, intentando ordenar el caos que, aunque agradable, me había dejado dentro.

—Quédate conmigo este fin de semana —dije, antes de pensarlo demasiado.

Valentina levantó la cabeza y me miró.

—¿Es buena idea? Vas a empezar a ser mi… ¿Escolta? —preguntó enterrando los ojos.

—Quiero que hablemos precisamente de eso, de lo que se viene. Quiero que me cuentes todo sobre los trabajos que tienes para la próxima semana, que nos organicemos. Mi compañero Ethan y yo seremos tus sombras, así que, cuanto más sepa, mejor.

—¿Aquí en mi ático, o dónde?

Sonreí.

—Mejor en mi piso —propuse—. Más tranquilo. Más… normal.

Ella asintió, divertida.

—Me parece bien.

La besé una última vez antes de levantarme.

—Dúchate y prepara una bolsa con lo que necesites —le dije—. Yo voy preparando el desayuno.

Y mientras me vestía, supe que, planificado o no, aquello ya era real.

La cocina de Valentina era tan impecable que imponía respeto. Todo en su sitio, superficies limpias, electrodomésticos de diseño que parecían usarse poco. Sonreí para mis adentros mientras abría la nevera; aquella mujer podía dominar una pasarela internacional, pero aquel espacio delataba que no era precisamente su reino.

Preparé el desayuno sin pensar demasiado: café, tostadas y algo de fruta. Me movía con soltura. Cocinar siempre había sido una forma de ordenar ideas, y aquella mañana lo necesitaba más de lo habitual.

Escuché pasos a mi espalda y Valentina apareció en la cocina con una bolsa de fin de semana colgada del hombro. Llevaba una camiseta amplia y el pelo aún húmedo, suelto, sin preocuparse por cómo hubiera quedado. Estaba preciosa de una forma peligrosamente sencilla.

—Huele bien —comentó, acercándose.

—Confía en mí —respondí, sirviendo el café—. No solo sé hacer arrestos.

Se rio, se sentó frente a mí y desayunamos tranquilos, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Esta semana será de mucho trabajo —me explicó—. El viernes tengo un desfile importante. Prensa, compradores… todo.

—¿Nerviosa?

—Siempre —admitió—. Pero son nervios buenos.

Asentí, escuchándola con atención, memorizando nombres, horarios, rutinas. No era solo curiosidad. Era instinto.

Cuando terminamos, cogimos las cosas y salimos del ático. En la calle, el aire frío me despejó del todo. Mi Camaro negro esperaba junto a la acera, brillante, discreto, pero con carácter.

Valentina lo miró, divertida.

—Vaya —dijo—. Así que este es el coche de un policía.

—No juzgues —respondí, abriéndole la puerta—. Me hace feliz.

Sonrió y subió. El trayecto fue corto. Conduje con una mano, la otra apoyada en el volante, consciente de su presencia a mi lado. Mi piso estaba cerca, lo bastante como para que la ciudad no se sintiera ajena.

Aparqué y subimos.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a anticipación tranquila. Como si, por una vez, no estuviera corriendo hacia el siguiente problema.

Cuando entramos en el apartamento, la vi mirar alrededor con curiosidad. Fotos familiares. El sofá gastado. Alguna planta olvidada.

—Es muy tú —dijo.

Sonreí, y, por primera vez, pensé que quizá aquel lugar podía empezar a sentirse diferente.

—Bienvenida a mi caos organizado.

Valentina sonrió mientras avanzaba despacio, observándolo todo con atención. El salón era amplio, con un sofá cómodo que había visto demasiados partidos y alguna que otra noche larga. En las paredes, fotos familiares enmarcadas sin demasiada pretensión: mi padre, Lucy de pequeña, mi madre en una imagen que siempre me costaba mirar más de la cuenta.

—Aquí vivo —dije, encogiéndome de hombros—. No es lujoso, pero es un hogar.

—Eso es lo que importa —respondió, girándose hacia mí.

Le enseñé la cocina abierta, el dormitorio sencillo y el baño. Cuando entramos en mi habitación, dejó la bolsa sobre la cama y se giró hacia mí, mirándome con esa expresión que todavía no sabía leer del todo, pero que ya me importaba más de lo prudente.

—Voy a darme una ducha y cambiarme, y nos vamos —dije; ella asintió y me besó antes de desaparecer de la habitación.

Me di una ducha rápida, dejé que el agua caliente me despejara la cabeza y me vestí con ropa cómoda. Cuando salí del dormitorio, escuché su voz en el salón.

—Sí, Isabelle… lo sé… —decía, bajando el tono—. Claro que estoy bien.

Me detuve en el pasillo sin hacer ruido. Valentina estaba junto al ventanal, con el móvil en la mano y la luz de media mañana dibujándole el perfil.

—No, no te preocupes —continuó—. Te prometo que estoy cuidándome.

Sonrió al escuchar algo al otro lado.

—Ya hablaremos luego, ¿vale? Te quiero.

Colgó y suspiró profundamente.

Me acerqué por detrás y la rodeé con los brazos. Ella se apoyó en mí al instante, como si mi presencia fuera una respuesta automática.

—Todo irá bien —le dije al oído—. Mientras esté yo, no voy a permitir que nadie te haga daño.

Valentina giró la cabeza y me miró, seria, pero agradecida. Me besó despacio y apoyó la frente en mi pecho.

Y supe que aquello ya no iba solo de protegerla. Iba de quedarme.

Capítulo 20



Daniel

Valentina iba más callada de lo habitual.

Conducía despacio, sin prisa, dejando que la carretera nos llevara hacia la zona residencial donde vivían mi padre y Evelyn. De vez en cuando, la miraba de reojo. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo y miraba por la ventanilla con una sonrisa tensa, contenida.

—Estás nerviosa —dije, sin acusar, casi con ternura.

Giró la cabeza hacia mí y suspiró.

—Un poco. Vale… bastante.

Sonreí.

—Relájate. Mis padres son gente normal. Te van a caer bien. Y tú a ellos, seguro.

Valentina soltó una leve risa, algo más relajada.

—Eso dices ahora —respondió—. Pero no todos los días conoces a la familia de alguien así.

—¿Así, cómo?

—Eres policía, vas a ser mi escolta, y hemos… ya sabes.

—Tenido sexo, sí, dos veces, lo recuerdo perfectamente. Y deja que te diga que vamos a repetir todas las veces que tú quieras.

—Eso no ayuda a mis nervios, agente O'Connor. —Volteó los ojos y me reí, pero al ver cómo cerraba las piernas…

Joder, estaba pensando en las dos veces que habíamos follado y sin duda se estaba excitando.

—Valen. Entonces déjame ayudarte —le propuse—. ¿Quieres que te hable de ellos?

Asintió enseguida, agradecida.

—Sí, por favor.

—Mi padre es Patrick O'Connor —empecé—. Comisario de policía durante más años de los que le gusta admitir. Además de mi padre, es mi jefe; puedes imaginar las comidas familiares —dije, y sonrió—. Recto, justo, con un sentido del humor seco que al principio parece borde… pero no lo es.

—Eso lo conozco —dijo ella—. Tú tienes el mismo humor a veces.

—Lo sé —admití—. Es genético.

Sonrió.

—Evelyn es su mujer. Forense. Inteligente, tranquila, con una paciencia infinita. No es mi madre, pero… —Hice una pausa—. Me quiere como a un hijo.

Valentina bajó un poco la mirada, atenta.

—¿Y tu madre?

Tragué saliva, aunque ya no dolía como antes.

—Margaret. Cardióloga. Brillante. Murió hace años. —Respiré hondo—. Por eso Lucy y yo nos llevamos veintidós años. Mi padre rehízo su vida unos años después de quedarse viudo.

Valentina asintió despacio.

—Siento que no pueda conocer a tu madre también.

—A ella le habrías gustado —dije sin pensar. Y supe que era verdad.

—¿Y Lucy? —preguntó, volviendo a sonreír—. Me has hablado de ella, pero tengo curiosidad.

Solté una carcajada.

—Lucy es… energía pura. Tiene dieciséis años, sueña despierta, habla rápido y cree que el mundo está hecho para conquistarlo. Y sí —añadí—, te idolatra.

Valentina arqueó una ceja.

—Tengo la sensación de que me voy a llevar muy bien con ella.

La miré y sonreí, de verdad.

—Conociéndoos a las dos, no me cabe ninguna duda.

A lo lejos, la casa de mis padres apareció entre los árboles. Frené suavemente y sentí cómo Valentina respiraba hondo a mi lado.

—Todo va a ir bien —le dije, estirando la mano para rozarle los dedos.

Ella me miró y sonrió. Y en ese momento supe que, pasara lo que pasara dentro de esa casa, traerla conmigo había sido la decisión correcta.

Entramos en la casa como yo lo hacía siempre, con las llaves que me habían dado mis padres hacía años. La puerta crujió un poco al abrirse y se me escapó una sonrisa al escuchar a Evelyn en la cocina.

—Patrick… ¿Puedes dejar de meter la mano en la salsa de tomate? —su voz cálida se mezclaba con el aroma a lasaña que inundaba la casa.

Valentina me cogió del brazo con discreción y suspiró suavemente.

—Huele de maravilla —murmuró.

—Vamos a saludar —dije, y avanzamos hacia la cocina.

Cuando llegamos, mi padre estaba abriendo una botella de vino y Evelyn cortaba rebanadas de pan.

—Hola —saludé.

—¡Daniel! —exclamó mi padre levantando la vista—. Justo a tiempo para comer.

Evelyn se giró, sorprendida al vernos a los dos.

—¡Vaya! —dijo, con esa sonrisa amable—. Si hubiera sabido que venías, y tan bien acompañado, habría preparado otra cosa… bueno, quizás algo más elegante.

Valentina se adelantó un poco y con entusiasmo dijo:

—No se preocupe. Esa lasaña huele de maravilla. Además, es uno de mis platos favoritos… aunque por tema de trabajo no la como demasiado.

Mi padre arqueó una ceja, divertido.

—¿A qué te dedicas? —preguntó, interesado.

Antes de que respondiera, un grito resonó desde la puerta:

—¡Me muero! ¡Es Valentina Moreau!

Evelyn giró la cabeza hacia Valentina y abrió los ojos con sorpresa. Mi padre sonrió, divertido. Y yo no pude evitar reírme.

—¿La modelo? —preguntó Evelyn.

Valentina sonrió, un poco nerviosa pero divertida.

—Sí, esa misma —dijo—. Tú debes ser Lucy, una de mis más fieles seguidoras.

Desde la puerta, la voz de Lucy sonó otra vez:

—Espera que me recupere del shock y te contesto.

Todos nos echamos a reír, incluyendo a Valentina, que parecía disfrutar de la espontaneidad de mi hermana pequeña y adolescente.

—¿Cómo estás, Valentina? —preguntó mi padre mientras nos sentábamos —. Con todo lo que estás viviendo…

—Dentro de lo que cabe, bien —respondió ella—. Recibí otra caja ayer por la tarde.

Miré a Valentina y asintió ligeramente. Yo me adelanté:

—Ya la tengo en mi piso como prueba. El lunes lo llevará la científica.

—¿A la científica? —curioseó Evelyn, con el ceño fruncido; yo suspiré y le expliqué con calma.

—Alguien le está enviando regalos y cartas, incluso en los desfiles y las sesiones de fotos. Por eso puso una denuncia. Ethan y yo vamos a estar con ella en cada trabajo.

Lucy, todavía sorprendida, preguntó con inocencia:

—¿Te están acosando?

Valentina asintió con una leve sonrisa.

—Eso parece…

—Seguro que es algún loco de los muchos seguidores que tienes, pero si mi hermano va a ser tu guardaespaldas, nadie conseguirá acercarse a ti —dijo

mi hermana, y sentí orgullo de que me valorara y admirara como policía, al igual que siempre había hecho con nuestro padre.

—Eso espero —respondió Valentina, y luego sonrió con picardía—. Daniel me dijo que si conseguía de la policía lo que yo quería, le debía un gran favor: un autógrafo para su hermana pequeña.

Lucy se sonrojó y me miró, sorprendida. Yo le guiñé un ojo mientras Valentina abría su bolso y sacaba varias fotos. Con delicadeza, comenzó a firmarlas y a escribir dedicatorias.

—¡Gracias! —dijo Lucy, abrazándola con fuerza cuando se las dio y leyó lo que había puesto.

—Si quieres —añadió Valentina—, podemos subir unas fotos de las dos a nuestras redes.

Lucy miró a sus padres. Evelyn sonrió y dijo:

—No nos mires y hazlo, hija, que esto solo pasa una vez en la vida.

Empezaron a posar para varias fotos, risueñas y cercanas. Cuando terminaron, Valentina publicó varias que a las dos les habían gustado junto a un texto.

"Emocionada al conocer a mi mayor fan. No dejes de perseguir tus sueños, Lucy."

Lucy subió las mismas con otro texto.

"Que los sueños se cumplen, esto lo demuestra. Eres increíble, Valentina. Gracias por este momento."

Se volvieron a abrazar, y pude ver cómo se formaba una conexión espontánea y única entre ambas.

La comida empezó con risas desde el primer instante. Evelyn y mi padre habían preparado una lasaña generosa, con pan recién hecho y una ensalada

como entrante, como siempre. Lucy no dejaba de comentar cada detalle, gesticulando con entusiasmo.

—En serio, no puedo creer que la mismísima Valentina Moreau esté comiendo en mi casa. Es que cuando se lo cuente a mis amigas… ¡Van a alucinar!

Valentina sonrió, divertida, y respondió con naturalidad:

—Si quieres te pellizco.

—No, no, que ya lo llevo haciendo yo un rato y… mira, tengo moratones —contestó mi hermana y ambas se rieron.

—¿Qué tal la lasaña, Valentina? —preguntó Evelyn.

—Buenísima. Mañana me culparé por haberla comido y tendré que hacer el doble de ejercicio, pero me estoy dando un capricho —sonrió.

Yo me incliné hacia ella y murmuré:

—Te estoy conquistando con la comida, no con mi belleza, ¿ves?

Valentina me lanzó una mirada entre divertida y traviesa, y yo sonreí, disfrutando del brillo en sus ojos.

Lucy empezó a hablar de los desfiles en los que había visto a Valentina, describiendo cada vestido, cada maquillaje, cada gesto sobre la pasarela, con admiración y emoción. Valentina escuchaba con atención, riéndose y respondiendo a cada comentario.

—Quiero dedicarme a la moda —dijo Lucy con entusiasmo—. Me encantaría ser modelo algún día.

Mi padre arqueó una ceja, medio divertido, medio protector, como siempre que salía ese tema en casa.

—Cuando seas mayor, Lucy, primero quiero que estudies una carrera. Lo demás vendrá después.

Valentina asintió con firmeza:

—Totalmente imprescindible. Haz algo que te guste, que te apasione. Yo estudié marketing y de vez en cuando colaboro en las campañas de mi hermana Isabelle. Todo lo que aprendí me sirve ahora para mi trabajo.

—¡Las campañas de cosmética y perfumes! —exclamó Lucy—. ¡Son increíbles! ¡Quiero hacer algo así!

—Si cuando seas mayor decides dedicarte al modelaje —dijo Valentina, sonriendo con complicidad—, no dudes en hablar conmigo. Te puedo presentar a las personas correctas.

Lucy abrió los ojos con asombro, y su entusiasmo se mezcló con emoción. Me sorprendió ver lo natural que había surgido la confianza entre ellas, lo bien que Valentina conectaba con ella.

Mientras las escuchaba, no pude evitar pensar que Valentina no era solo una cara bonita y un cuerpo espectacular. Era lista, empática y tenía un corazón enorme. Realmente enorme.

Ella me miró entonces, directamente a mí, y sonrió con suavidad. Sin poder evitarlo, cogí su mano por debajo de la mesa sin que mi familia lo viera y le di un ligero apretón. Noté cómo se sonrojaba, y sentí una corriente cálida recorrerme el pecho.

—¿Quieres ir a ver el desfile del viernes? —le preguntó Valentina a Lucy mientras tomábamos café—. Podría conseguirte una invitación.

—¡Sí! —gritó Lucy, saltando un poco—. ¡Me encantaría!

Miró a sus padres, esperando aprobación. Mi padre, con una sonrisa socarrona, dijo:

—Puede ir.

—¿En serio? —gritó Lucy, y mi padre asintió—. ¡Me muero!

Mi hermana se levantó y fue hasta mi padre, se abalanzó sobre él y le abrazó con fuerza mientras le decía que era el mejor padre del mundo.

—Ya ves, aunque me llames viejo, soy un padre moderno y enrollado —contestó él, y todos nos reímos.

—Vosotros también estáis invitados —añadió Valentina mirando a mi padre y Evelyn—. Lucy, te enviaré las invitaciones por mensaje a tus redes.

Evelyn asintió, agradecida, con esa sonrisa cálida que siempre tenía conmigo y ahora también con Valentina.

Mientras todos hablaban y reían, yo me recosté un poco en la silla y la observé en silencio. Ella estaba feliz, relajada, y su alegría llenaba la habitación. Si mi madre la hubiera conocido, seguro me habría dicho que no la dejara escapar. Que esa mujer valía la pena. Y tendría razón, porque Valentina Moreau valía mucho la pena.

Y mientras la veía interactuar con mi familia, con Lucy riéndose a carcajadas y Valentina respondiendo con ternura y naturalidad, supe que no estaba equivocado.

Ella no solo iluminaba la habitación con su presencia; iluminaba también algo dentro de mí que llevaba mucho tiempo apagado.

Capítulo 21



Valentina

El ascensor se cerró con un golpe suave y, durante los pocos segundos que tardó en subir, me di cuenta de que estaba cansada de una forma extraña. No físicamente, porque el cuerpo lo tenía entrenado para jornadas imposibles, sino por dentro. De esa clase de cansancio que no se curaba durmiendo, sino bajando la guardia.

Daniel estaba a mi lado, apoyado en la pared, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo las llaves. Me miró de reojo, como si supiera exactamente en qué punto de mi cabeza me encontraba.

—Estás en modo "Valentina silenciosa" —dijo, sin dramatismo—. Eso suele significar que o tienes hambre… o que te preocupa algo.

Sonreí, ladeando la cabeza.

—Puede ser una peligrosa combinación de ambas. —Me encogí de hombros, y Daniel sonrió.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Su edificio era tranquilo, de esos que no necesitaban demostrar nada. Subimos un tramo corto de pasillo y, cuando abrió la puerta, me envolvió esa sensación inmediata de hogar que no se compraba con muebles caros.

El piso de Daniel era exactamente como él: funcional, sencillo, acogedor sin pretensiones. El salón amplio con un sofá que invitaba a perderse en él, la

cocina abierta con la encimera impoluta pero vivida, una planta algo caída en una esquina que claramente sobrevivía por pura voluntad… y fotografías. Varias. Familiares. Sonrisas reales.

—Me sigue gustando este sitio —dije, dejando el bolso sobre una silla.

—Eso es porque no has visto el armario del baño —respondió—. Ahí sí hay caos.

Me quité los zapatos y caminé descalza hasta el salón. Él dejó las llaves, se quitó la chaqueta y, durante un segundo, lo observé sin que se diera cuenta. Era curioso cómo podía parecer relajado y alerta al mismo tiempo, como si nunca dejara del todo el trabajo fuera de casa.

Se acercó a mí y me rozó la mejilla con un beso suave, cálido.

—Vale —dijo—. Cuéntame la semana.

Suspiré y me senté en el sofá estilo indio. Daniel se apoyó en la encimera de la cocina, frente a mí, en modo escucha total.

—Empiezo el lunes con una sesión de fotos que seguramente será más larga de lo planificado —comencé—. A lo largo de la semana tengo reuniones, pruebas de vestuario para el desfile del viernes, más sesiones de fotos, una de ellas en un hotel.

—¿Quién más está allí contigo en esos casos?

—El equipo habitual en cada trabajo. Fotógrafos, estilistas, algunas modelos más, mi asistente Camila y mi representante Leo, ambos amigos de muchos años.

Asintió, serio.

—¿Qué hay de ese hotel?

—El mismo de siempre. Tiene seguridad privada, pero ya sabes cómo es.

—Demasiado público —murmuró.

—También tengo una sesión en exteriores. Jardines, luz natural… muy bucólico.

Daniel frunció el ceño.

—En exterior no me encanta.

—A mí sí —repliqué, sonriendo—. Pero habrá control. Equipo cerrado.

Se acercó un poco más.

—¿Quién estará contigo?

—La fotógrafa es Claire. Maquillaje y estilismo de confianza. Nada raro.

—Y aun así… —dijo.

—Y, aun así —repetí—, sé que vas a estar cerca.

Me miró a los ojos, con esa intensidad tranquila que me desarmaba.

—En todo momento. Yo dentro del perímetro, Ethan fuera. Estará en el coche, atento. Si algo se tuerce, no tiene ni que pensarlo.

—Me siento como una presidenta —bromeé.

—Eres más importante que muchos —respondió, sin rastro de humor.

—El viernes, día clave. Desfile, varios cambios de vestuario, muchos invitados conocidos, mucha prensa, muchos modelos.

—Ese día me quedaré especialmente cerca —dijo—. Mucha gente, muchas manos.

—¿Celoso, agente O’Connor?

—Profesionalmente preocupado —contestó—. Lo otro… lo gestiono.

Reí, negando con la cabeza.

—Eso es más o menos la semana. Aunque puede que haya algún cambio de última hora, pero te lo diría.

Daniel se acercó por fin, se sentó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros, natural, como si ese gesto llevara años ahí.

—No me gusta que estés tan expuesta —admitió—. Pero confío en ti. Y en nosotros.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Yo también. Aunque a veces me dé miedo.

Bajó la barbilla y besó mi pelo.

—El miedo no te hace débil —susurró—. Te hace humana. Y no estás sola.

Cerré los ojos un instante, respirando su olor, su calma.

—Gracias —dije.

—Para eso estoy.

Y en ese momento supe que, pasara lo que pasara esa semana, había un lugar al que volver. Y no era solo un piso cerca de la comisaría.

Daniel desapareció en la cocina mientras yo me acomodaba en el sofá, estirando las piernas y dejando que el cuerpo terminara de relajarse. Escuché el sonido familiar de sartenes, el golpe seco de un cajón, y no pude evitar sonreír.

—¿Debería preocuparme? —pregunté, alzando la voz—. Ese nivel de concentración suele ser peligroso.

—Confía —respondió desde la cocina—. Tengo una reputación que mantener.

—Eso dicen todos los hombres justo antes de quemar algo.

Y Daniel se rio. Su risa siempre me hacía sentir ese ligero nudo agradable en el estómago, como si algo dentro de mí se despertara y estirara los brazos.

Cuando volvió al salón llevaba dos platos humeantes.

—Tacos de pollo especiado, guacamole casero y… —Levantó una ceja— una cantidad razonable de picante.

—¿Razonable para quién?

—Para alguien valiente —dijo, dejándolo frente a mí.

Me incliné para olerlo.

—Si mañana no puedo posar de manera elegante y profesional porque tengo la lengua anestesiada, te hago responsable.

—Lo asumiré con dignidad.

Nos sentamos juntos, tan cerca que nuestras rodillas se tocaban. La película empezó a reproducirse en la pantalla: una comedia romántica ligera, de esas que no necesitaban atención constante para funcionar. Perfecta para hablar mientras la veíamos.

—¿Esta no es la de la chica que odia el amor y luego se enamora del vecino gruñón? —pregunté.

—Spoiler: sí.

—Qué original —volteé los ojos y se echó a reír.

—No mires así —dijo—. Tú también estás aquí por los clichés.

—Yo estoy aquí por los tacos.

Le di un mordisco y, maldita sea, estaba buenísimo.

—Odio admitirlo —murmuré—, pero cocinas peligrosamente bien.

—Lo sé —respondió—. Es una habilidad infravalorada para conquistar.

—¿Conquistar? —le miré de reojo—. ¿Eso es lo que estás haciendo conmigo?

Se llevó el taco a la boca con una sonrisa tranquila.

—Digamos que no me quejo del resultado.

Seguimos comiendo entre comentarios absurdos sobre la película y, cada vez que los protagonistas hacían algo ridículo, Daniel soltaba una observación seca que me hacía reír. Cada vez que yo me burlaba del guion, él me miraba como si esa fuera la mejor parte de la noche.

En un momento dado, sin previo aviso, se inclinó y me dio un beso rápido en la sien. Después otro, apenas un roce de labios.

—Daniel —murmuré.

—¿Sí?

—Estás distrayéndome.

—Misión cumplida.

Y me reí, porque desde luego este hombre no tenía nada que ver con el poli serio que se veía que era en el trabajo.

Sus besos eran así: inesperados, suaves, como si no quisiera interrumpir el momento, pero tampoco perderlo. Yo fingía que seguía viendo la película, pero mi atención ya estaba completamente en él. En su brazo rodeándome, en su pulgar dibujando círculos distraídos sobre mi hombro por dentro de mi camiseta.

Pensé en lo fácil que era sentirme a salvo con ese hombre. Y en lo peligroso que era querer quedarme ahí.

—Esta escena es absurda —dije cuando los protagonistas discutían bajo la lluvia.

—¿Por qué?

—Nadie habla así cuando está empapado y enfadado.

—Tú sí hablarías así —replicó—. Dramática hasta el final.

Le empujé el hombro.

—Mírate, criticando a una mujer ficticia.

—Celos profesionales.

Me giré hacia él, divertida, y fue un error. Porque nuestras caras quedaron demasiado cerca. Porque su sonrisa se volvió más lenta, más intencionada. Porque sus ojos bajaron a mis labios.

—Deja de mirarme así —susurré.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras pensando cosas.

—Siempre estoy pensando cosas —respondió, y entonces me besó.

No fue un beso robado esta vez. Fue un beso lento, profundo, de esos que siempre empezaban con calma y terminaban encendiendo algo que no estaba apagado del todo.

Su mano se deslizó hasta mi nuca, firme pero cuidadosa, y yo me aferré a su camiseta sin pensarlo.

En ese momento, el mundo, la película, los tacos, el sofá y el sonido de la ciudad que entraba a través de las ventanas dejaron de importar.

Cuando nos separamos, ambos respirábamos con dificultad, y nuestros pechos subían y bajaban más rápido de lo normal.

—Valentina… —dijo, apoyando la frente en la mía.

—Lo sé —respondí.

Pero no lo sabía del todo. O quizá sí. Sabía que ese hombre despertaba en mí cosas que había mantenido dormidas demasiado tiempo. Deseo, sí. Pero también ganas de quedarme. De confiar. De bajar la armadura.

Volvió a besarme, esta vez con más hambre, y yo me dejé llevar. Porque quería. Porque con él no sentía que estuviera perdiendo el control, sino eligiendo entregarlo.

La película seguía avanzando, olvidada, mientras nuestras risas se transformaban en suspiros y la noche, sin pedir permiso, empezaba a desbordarse.

Y por primera vez en mucho tiempo, no quise frenar.

Capítulo 22



Valentina

No recuerdo en qué momento exacto dejamos de reírnos. Solo sé que, de pronto, el aire entre Daniel y yo cambió. Se volvió más denso, más lento. Como si el mundo hubiera decidido bajar el volumen para dejarnos a solas dentro de nuestra propia burbuja.

Estábamos de pie, frente al sofá. Yo con la espalda apoyada en él, él delante de mí. Demasiado cerca. O quizá no lo suficiente.

Daniel me miró como si me estuviera viendo de verdad. No a la mujer que salía en portadas, ni a la que caminaba segura sobre una pasarela. A mí. A la que se le aceleraba el pulso sin saber muy bien por qué.

—Estás preciosa cuando te olvidas de protegerte —dijo en voz baja.

Tragué saliva.

—No me olvido —respondí—. Contigo decido no hacerlo.

Eso pareció atravesarlo. Lo vi en su mandíbula tensarse, en la forma en que su respiración cambió apenas un poco.

Su mano subió despacio, como dándome tiempo a echarme atrás si quería. No lo hice. Me apartó un mechón de pelo del hombro y sus dedos rozaron mi piel con una suavidad que me hizo cerrar los ojos.

Ese simple gesto me desarmó más que cualquier urgencia.

—Valentina… —murmuró—. Dime si quieres que pare.

—No pares —susurré—. Por favor.

Y me besó de nuevo. No lo hizo con prisa ni con hambre descontrolada. Me besó como si estuviera saboreando algo que llevaba tiempo deseando. Sus labios se movían despacio, firmes, y yo me adapté a él sin pensar, dejando que el cuerpo recordara cosas que la cabeza había mantenido a raya durante años.

Pensé que era peligroso sentir así. Que era una locura mezclar piel con miradas que prometían quedarse. Pero también pensé que ya estaba perdida.

Mis manos subieron solas hasta su cuello. Noté su calor, su pulso bajo la piel. Daniel respondió acercándome más, apoyando su frente en la mía cuando el beso se rompió por falta de aire.

—Me vuelves loco —confesó—. Y eso no me pasa fácilmente.

Sonreí, nerviosa y vulnerable a partes iguales.

—A mí me haces sentir cosas que creía dormidas —admití—. Y eso me asusta un poco.

—No tienes por qué tener miedo aquí.

Sus palabras no fueron de las que alguien diría por decir. Fueron sinceras. Y por eso dolieron un poco más de lo normal.

Me besó el cuello lentamente, dejando que cada caricia se grabara. Yo cerré los ojos, apoyando las manos en su pecho, notando cómo su corazón latía fuerte, constante. Seguro.

Cada roce era una pregunta. Cada respuesta, un paso más dentro de algo que ya no tenía marcha atrás.

Pensé en mi agenda llena, en las sesiones de fotos, en las reuniones, en las normas que siempre me imponía. Y luego pensé en él. Y dejé de pensar.

Cuando me cogió en brazos para llevarme al dormitorio, rodeé su cuello sin decir nada. Mi cuerpo entendía lo que mi mente aún intentaba ordenar.

La puerta se cerró a nuestra espalda con un clic suave. Y supe que esa noche no iba a salir indemne. Porque cuando Daniel me miraba así, yo no quería huir. Quería quedarme.

El dormitorio estaba en penumbra, iluminado apenas por la luz cálida que entraba desde el salón. Daniel me dejó en el suelo con una delicadeza que contrastaba con la tensión que le notaba en el cuerpo. Me miró como si se estuviera conteniendo, como si quisiera memorizar cada detalle antes de seguir avanzando.

—Si supieras lo difícil que es ir despacio contigo… —murmuró.

—No vayas despacio si no quieres —respondí, con una sonrisa que no reconocí como mía.

Sus manos encontraron mis caderas, pero no me apretó, me sostuvo. Como si quisiera asegurarse de que estaba ahí, que era real. Me incliné hacia él, apoyando la frente en su pecho, escuchando su respiración profunda, su corazón marcando el ritmo.

Pensé en lo absurdo que era sentirme tan conectada a alguien en tan poco tiempo. Pensé en lo mucho que me gustaba no luchar contra eso. Daniel alzó mi barbilla con un dedo.

—Mírame —pidió, y lo hice.

Y fue un error delicioso. Sus ojos estaban oscuros, cargados de una mezcla peligrosa de deseo y cuidado. De ganas y respeto. De hombre que sabía exactamente lo que provocaba y aun así preguntaba.

—Eres consciente de lo que me haces, ¿verdad?

—Lo soy —susurré—. Igual que tú sabes lo que despiertas en mí.

Sus labios dibujaron una sonrisa lenta antes de volver a besarme. Esta vez no fue suave. Fue intenso. Profundo. Un beso que hablaba de todo lo que no

estábamos diciendo en voz alta. Mis manos se perdieron en su espalda, recorriéndola, sintiendo cada músculo tensarse bajo mis dedos.

Cada caricia era una conversación. Cada suspiro, una confesión.

Me apoyó contra la cama sin empujarme, dejándome decidir cuándo sentarme, cuándo dejarme caer hacia atrás. Y lo hice. Porque quería. Porque no me sentía invadida, sino deseada.

Daniel se inclinó sobre mí, sosteniendo mi peso con los brazos, mirándome como si yo fuera lo único importante en ese instante.

—Dime si algo no te gusta —dijo.

—Todo me gusta contigo —respondí, sorprendida por mi propia sinceridad.

Me besó de nuevo, más despacio, como si quisiera alargar cada segundo. Yo cerré los ojos, dejándome llevar por las sensaciones, por el calor, por la forma en que mi cuerpo reaccionaba a cada gesto suyo.

Y poco a poco, entre besos y caricias, entre miradas cómplices y roces que no hacían otra cosa que provocarnos y excitarnos, nos fuimos desnudando el uno al otro, sin prisa, pero con las ganas de librarnos de esas barreras que nos impedían sentirnos piel con piel.

Pensé en lo mucho que había controlado siempre mis emociones. En lo bien que se me daba mantener las distancias. Y pensé en cómo, con Daniel, no quería hacerlo.

Sus palabras eran bajas, provocativas, dichas solo para mí. Comentarios suaves que me hacían sonreír, que me erizaban la piel, que me hacían sentir vista y deseada sin necesidad de exhibirme.

—Me encanta cómo me miras —le dije en un momento, sin abrir los ojos —. Como si no hubiera nada más.

—Porque ahora mismo no lo hay —respondió.

Y nos dejamos llevar por el deseo y la pasión.

Nuestros besos pasaron a ser mucho más urgentes y necesitados mientras nuestras manos exploraban al otro como si fuera la primera vez, o quizás la última.

Los labios de Daniel recorrieron mi cuerpo centímetro a centímetro mientras sus ojos me observaban con ese brillo y esa determinación que aparecía cuando me tenía entre sus brazos.

Lamió mi sexo de tal modo que me estremecí y arqueé la espalda mientras gritaba al sentirlo, mientras notaba mi clítoris palpitante y esperando más de él.

No tardé en notar de nuevo su lengua entre mis pliegues, lamiendo y torturando ese pequeño botón del placer que ahora le necesitaba más que antes.

Daniel se aferró con fuerza a mis piernas, separándolas para que no pudiera cerrarlas, y siguió lamiendo una y otra vez mi clítoris mientras me movía de manera instintiva, sintiendo cómo el orgasmo se formaba en lo más profundo de mi ser.

Seguí moviendo las caderas hacia su boca mientras él me observaba y lamía una y otra vez sin detenerse ni un segundo, mientras me penetraba con la lengua y me llevaba a ese abismo delicioso y pecaminoso en el que me dejaba caer.

El orgasmo me atravesó con una fuerza que no esperaba y me corrí entre jadeos y gritos de placer.

Antes de que pudiera recobrar el aliento, Daniel se situó entre mis piernas, me rodeó con el brazo por la cintura y entrelazó la otra mano con la mía, me miró fijamente y me penetró con una certera embestida que me dejó casi sin aliento.

Cerré los ojos y grité al sentirle llenándome tan profundamente, sonriendo incluso al pensar en lo que había dicho sobre lo mucho que le costaba ir despacio.

—No te contengas —le pedí mirándole fijamente a los ojos mientras llevaba mis dedos a su cabello—. Esta noche quiero todo de ti, Daniel.

La oscuridad que adquirieron entonces sus ojos me dejó claro que le gustaba lo que le había pedido, y que no iba a contenerse. Y no, no lo hizo.

Comenzó a penetrarme aún más rápido, más fuerte, más profundo, y mis gemidos pasaron a ser gritos que seguro estarían escuchando en todo el edificio.

Daniel se apartó apenas unos instantes, me colocó de rodillas en la cama con ambas manos apoyadas en la almohada, elevó mis caderas y me penetró desde atrás con tanta fuerza y tan profundamente que el grito que salió de mis labios lo hizo ahogado por la impresión.

Una de sus manos se aferró a mi cadera mientras la otra se detuvo en mi hombro unos segundos y comenzó a penetrarme una y otra vez, más fuerte y más profundo cada vez.

Entonces sentí su mano en mi cabello, enrollándolo en ella, y con un leve movimiento me hizo mirarle, se inclinó y me besó con una mezcla de hambre y urgencia que me encendió aún más de lo que ya lo estaba.

Y así, sin dejar de besarme, mientras me agarraba del pelo y la cadera y me penetraba con fuerza, ambos llegamos al clímax al unísono.

El tiempo dejó de tener sentido. No sé cuánto duró. Solo sé que cuando todo se calmó, cuando el pulso bajó y el silencio volvió a ocupar el espacio, yo estaba recostada sobre su pecho, escuchando su corazón latir fuerte y constante.

Daniel acariciaba mi espalda con movimientos lentos, casi perezosos, dibujando líneas invisibles con los dedos, como si no quisiera que ese momento se acabara nunca.

Apoyé la mejilla en él, cerrando los ojos, y pensé que mezclar trabajo y placer era una locura. Pensé que aquello podía complicarlo todo. Pensé que debería tener más cuidado. Y, aun así, no me arrepentí de nada.

Porque cuando estaba con Daniel, no era solo deseo. Era algo más profundo. Algo que me despertaba por dentro. Algo que había creído dormido desde hacía demasiado tiempo.

Noté cómo inclinaba la cabeza y me daba un beso en la frente.

—Buenas noches, Valentina —susurró.

Levanté la mirada y le devolví una sonrisa cansada pero feliz.

—Buenas noches.

Se recostó conmigo, colocándose a mi espalda, rodeándome con el brazo, y me acomodé contra él, encajando de forma natural, como si ese lugar siempre hubiera sido mío.

Sentí su respiración tranquila, su presencia firme. Y antes de quedarme dormida, pensé que quizá algunas locuras merecían la pena. Sobre todo cuando te hacían sentir así.

Me desperté sin saber bien qué hora ni cuánto tiempo había pasado desde que me quedé dormida.

No fue un sobresalto ni un ruido lo que me sacó del sueño, sino esa sensación extraña de plenitud que no reconocí al principio. Tardé unos segundos en ubicarme. La habitación, la luz suave filtrándose entre las cortinas, el calor a mi espalda.

Daniel seguía abrazándome, en esa posición de cucharita que había adoptado cuando nos acomodó para dormir. Su brazo rodeaba mi cintura con naturalidad, como si llevara toda la vida haciéndolo. Su respiración era profunda y tranquila, rozándome el cuello.

No me moví. Tenía miedo de romper algo.

Pensé en lo absurdo que era sentirme así de cómoda en una cama que no era la mía. Pensé en lo poco que solía permitirme ese abandono. Y pensé, también, en que con él no había fingido nada. Ni fuerza, ni indiferencia, ni control.

Giré un poco la cabeza para mirarlo. Dormido, Daniel parecía distinto. Más joven. Más vulnerable. El ceño relajado, la boca ligeramente entreabierta, el pelo revuelto de una forma que no vería nadie más.

Me di cuenta de que estaba sonriendo.

—*Peligroso* —murmuré para mí misma.

Porque sabía que ese tipo de pensamientos eran el principio de algo que no se podía encajar fácilmente en una agenda ni en un contrato. Porque sabía que yo no era buena con los términos medios.

Aun así, no quise apartarme.

Sus dedos se movieron sobre mi piel, lentos, inconscientes, como si incluso dormido necesitara asegurarse de que seguía ahí. Ese gesto sencillo me apretó el pecho.

Pensé en la semana que me esperaba. En lo fácil que era ser Valentina Moreau cuando todo el mundo esperaba algo concreto de mí. Y en lo difícil que era ser solo Valentina.

—¿Qué hora es? —dijo de pronto, con la voz ronca, aún cargada de sueño.

Sonreí sin girarme del todo.

—Te has despertado.

—Hace un rato —admitió—. Pero estabas demasiado tranquila como para interrumpirte.

Noté cómo apoyaba la barbilla en mi hombro.

—¿En qué pensabas?

Dudé un segundo.

—En demasiadas cosas.

—Eso suena a ti.

Se incorporó un poco, apoyándose en un codo para mirarme. Yo me giré lo justo para encontrar sus ojos. Azules, despiertos, atentos.

—¿Te arrepientes? —preguntó sin rodeos.

La pregunta no llevaba reproche, solo sinceridad.

—No —respondí enseguida—. En absoluto.

Pareció relajarse, aunque ya estaba tranquilo. Me apartó un mechón de pelo de la cara con un gesto suave.

—Yo tampoco.

Hubo un silencio cómodo, de esos que no necesitaban rellenarse.

—Valentina —dijo entonces—, sé que tu vida es… complicada. Y la mía no es precisamente sencilla.

—Eso es una forma elegante de decir "caótica" —bromeé, y sonrió.

—Solo quiero que sepas que no espero nada que no quieras dar.

Esa frase. Justo esa.

—Eso es lo que más miedo me da —confesé—. Que no me estés pidiendo nada… y aun así yo quiera quedarme.

No apartó la mirada.

—No voy a empujarte —dijo—. Pero tampoco voy a fingir que esto no importa.

Me besó. Un beso suave y corto. Un beso de esos que no prometía nada, pero lo decía todo. Me acomodé de nuevo contra su pecho, buscando ese lugar que ya reconocía como seguro. Él me rodeó otra vez, despacio, sin prisas, y cerré los ojos.

Quizá mezclar trabajo y placer fuera una locura. Quizá enamorarse, o lo que fuera aquello, no entrara en mis planes. Pero mientras Daniel me abrazaba así, con el corazón latiendo firme contra mi espalda, supe que no iba a luchar contra lo que sentía.

No esa noche. Y quizá… tampoco al día siguiente.

Capítulo 23



Daniel

Me desperté antes que ella.

No fue el despertador ni el ruido de la calle. Fue esa costumbre maldita de mantenerme alerta incluso cuando no hacía falta. Abrí los ojos despacio, esperando unos segundos, escuchando. Todo estaba en calma. Entonces la vi.

Valentina dormía de lado, dándome la espalda, recogida sobre sí misma con una tranquilidad que me golpeó en el pecho. El pelo castaño caía desordenado sobre la almohada, la respiración lenta, regular. Tenía el ceño relajado, los labios entreabiertos. Parecía ajena a todo.

Como si no tuviera a un acosador siguiendo sus pasos. Como si el mundo no fuera una amenaza constante. Como si nada pudiera tocarla allí. Y durante un segundo, deseé que fuera verdad.

Me acerqué despacio, con cuidado de no despertarla. Pasé la mano por su espalda desnuda, despacio, memorizando la suavidad de su piel, el calor real de su cuerpo contra el mío. Ese gesto simple me ancló.

Me incliné y besé su hombro. Su reacción fue inmediata. Se removió, murmuró algo ininteligible y luego abrió los ojos. Cuando me reconoció, sonrió. Esa sonrisa que desarmaba hasta al tipo más curtido.

—Buenos días —dijo, con la voz aún cargada de sueño.

—Buenos días —respondí.

Me miró durante unos segundos, como si me estuviera evaluando desde dentro.

—Tienes cara de haber estado vigilándome —bromeó.

—Deformación profesional. —Me encogí de hombros y ella sonrió.

Me acerqué un poco más y la besé en los labios, un beso rápido y suave.

—Es hora de levantarse, ducha y desayuno.

—¿En ese orden? —preguntó, arqueando una ceja.

—Más o menos.

No le di tiempo a responder. La rodeé con los brazos y, antes de que pudiera protestar, la levanté y me la cargué al hombro. Era tan ligera para mí. No tardó en empezar a reírse.

—¡Daniel! —exclamó entre carcajadas—. ¡Estás loco!

—Eso dicen.

Caminé hasta el baño mientras ella se reía, dándome pequeños golpes inútiles en la espalda. La dejé en el suelo frente a la ducha y abrí el grifo.

—Esto es abuso de poder —dijo.

—No sabes lo que es abuso de poder hasta que sales de aquí sin ducharte conmigo.

Su mirada cambió solo un poco, pero suficiente.

Entramos bajo el agua caliente y el mundo volvió a reducirse a lo esencial: piel, vapor, respiraciones que se aceleraban sin pedir permiso.

La besé. Lento al principio, dejando que el deseo subiera solo. Mis manos recorrieron su cuerpo con atención, con hambre contenida. Valentina

respondió sin dudas, buscándome, pegándose a mí como si no hubiera pasado ni un minuto desde la noche anterior.

Pensé en lo fácil que era perder el control con ella. Pensé en lo peligroso que era gustarme tanto.

—Me miras como si estuvieras pensando demasiado —susurró contra mis labios.

—Estoy pensando que debería parar.

—¿Y por qué no lo haces? —dijo, mordiéndose el labio inferior.

La besé otra vez. Esa fue mi respuesta.

El agua resbalaba por su espalda, por su cuello, y yo la seguía con besos lentos, provocándola, escuchando sus suspiros. Cada reacción suya me atravesaba. No era solo deseo. Era la conexión. La forma en que se entregaba sin perderse.

—Eres increíble —murmuré—. ¿Lo sabes?

—Contigo —respondió— me siento así.

Eso me desarmó más que cualquier caricia.

La giré, apoyé sus manos en la pared y elevé sus caderas. La penetré con fuerza desde atrás y ella gimió en respuesta, moviendo las caderas para sentirme aún más dentro. Joder, eso me volvió loco, y más aún cuando sus ojos, vidriosos y oscuros por el deseo, me miraron fijamente.

La besé de nuevo, un beso más posesivo de lo que hubiera imaginado nunca, y comencé a moverme sin parar, entrando y saliendo, penetrándola una y otra vez tan profundamente que no tardé en sentir que su orgasmo estaba cerca. Cuando se corrió, seguí moviéndome para alargar más su placer y, cuando no pude contenerme más, me retiré, la giré y la cogí en brazos y volví a penetrarla mientras me rodeaba con sus piernas.

Me volvía loco, esa era la verdad. Valentina me hacía perder el control como nunca antes lo había perdido con ninguna mujer.

Cuando todo se calmó, apoyé la frente en la suya unos segundos, respirando. Luego terminé de lavarla a ella y después a mí, cogí la toalla y la envolví con cuidado, secándola despacio, besando su piel húmeda sin prisa. Ella cerró los ojos, confiada.

Después me sequé yo, rápido, todavía con esa sensación de irrealidad agradable en el cuerpo.

Nos pusimos ropa cómoda y caminamos juntos hasta la cocina. Preparé café mientras ella se sentaba en la encimera, observándome como si ese fuera su sitio natural.

—El viernes —dijo— es el desfile grande.

—Cuéntame.

—Será en un espacio industrial reformado, al norte de la ciudad. Mucha prensa. Mucho movimiento.

Asentí, ya en modo trabajo.

—Estaré cerca.

—Lo sé.

La miré y pensé que no iba a permitir que nada ni nadie rompiera esa tranquilidad que había visto en su rostro al despertar. Nunca.

Valentina volvió a sentarse en la encimera mientras yo sacaba ingredientes del frigorífico. Llevaba una camiseta mía demasiado grande, el pelo aún ligeramente húmedo y esa expresión relajada que no enseñaba casi nunca fuera de casa.

Era peligrosamente fácil olvidar todo lo demás cuando la miraba así.

—Vale —dije, apoyándome en la encimera frente a ella—. Tenemos dos opciones: algo rápido y decente… o algo elaborado con riesgo real de incendio.

—¿Desde cuándo cocinar contigo implica peligro? —preguntó, divertida.

—Desde que decides "ayudar".

Bajó de la encimera con una sonrisa traviesa.

—Oye, soy perfectamente funcional en una cocina.

—Eso es lo que dicen todos justo antes de liarla.

Se colocó a mi lado y empezó a rebuscar en los cajones.

—¿Qué hacemos?

—Tortitas. Y huevos. Y lo que sobreviva al proceso.

—Ambicioso —comentó—. Me gusta.

Cocinar juntos fue exactamente lo que imaginaba… y un poco peor. Harina fuera del bol, ella robándome trozos de fruta, yo apartándole la mano con falsa severidad.

—No puedes ir picando así —le dije—. Es antirreglamentario.

—¿Según qué normativa?

—La mía.

—Ah —sonrió—. Esa me la salto siempre.

Me miró de reojo mientras batía los huevos, concentrada, con la lengua ligeramente asomando entre los labios. Pensé que podía acostumbrarme peligrosamente a ese tipo de escenas cotidianas.

—Oye —dijo de pronto—. ¿Te molesta todo esto?

—¿El caos culinario?

—No. Nosotros —contestó, y la miré.

—No —respondí sin dudar—. Me preocuparía más que no me molestara nada.

Asintió despacio, como si entendiera exactamente lo que quería decir.

Seguimos cocinando entre bromas y pequeños roces inevitables. En un momento dado, me manchó la camiseta con harina.

—Eso ha sido un ataque premeditado —protesté.

—Pruebas circunstanciales —replicó—. Además, te queda bien.

—¿La harina?

—La camiseta. Aunque sin ella también estarías bien.

La miré, arqueando una ceja.

—Provocadora.

—Observadora.

Terminamos sentados a la mesa, con los platos llenos y el café humeante entre nosotros. El ambiente era tranquilo, cómodo. De esos silencios que no incomodaban.

—La semana va a ser intensa —dijo ella, removiendo el café.

—Lo sé —respondí—. Y voy a estar pendiente en cada paso.

—No quiero que dejes de hacer tu trabajo por mí.

—No lo hago —dije con firmeza—. Mi trabajo ahora eres tú. El comisario accedió a asignarme tus vigilancias.

—Comisario, que resulta que es tu padre —arqueó la ceja.

—No creas que no me costó convencerlo.

—Es que podría estar haciendo tu trabajo en la ciudad, y no siendo mi sombra.

—Te repito que mi trabajo ahora eres tú.

—Daniel…

—No me malinterpretes —continué—. No voy a invadirte ni a controlarte. Pero no voy a permitir que te pase nada. Y menos ahora.

—Confío en ti —dijo al cabo de un momento.

Esa frase pesó más que cualquier promesa.

—Ethan estará pendiente cuando no pueda estar yo —añadí—. Y yo estaré cerca. Siempre.

Sonrió, llevándose la taza a los labios.

—Eres peligrosamente tranquilizador.

—Es una habilidad poco valorada.

Terminamos de desayunar despacio, hablando de horarios, de entradas y salidas, de lugares con demasiada gente y de otros donde habría que extremar precauciones. Ella me escuchaba con atención, pero sin miedo. Con esa mezcla de fortaleza y vulnerabilidad que la hacía única.

Cuando se levantó para llevar los platos al fregadero, la abracé por detrás sin avisar y apoyé la barbilla en su hombro.

—Todo va a salir bien —le dije—. Te lo prometo.

Apoyó las manos sobre las mías.

—Entonces… no tengo nada que temer.

Y mientras la tenía así, entre mis brazos, pensé que quizá no podía protegerla de todo. Pero sí podía asegurarme de que nunca volviera a sentirse sola.

Capítulo 24



Daniel

El apartamento olía a pizza recién hecha y a tranquilidad. Habíamos dejado el caos de la semana a un lado, aunque solo fuera por unas horas. Después de preparar una ensalada y unos filetes a la plancha con patatas asadas para comer, habíamos pasado la tarde viendo una serie que acababan de estrenar en una de las plataformas y que los dos queríamos ver.

Entre palomitas, alguna que otra broma y muchas miradas, las horas con Valentina se me habían pasado literalmente volando.

Valentina se acomodó en el sofá, con la manta apenas cubriendo sus piernas largas, mientras yo servía un par de trozos en un plato.

—Voy a tener que salir a correr temprano toda la semana —dijo ella mientras mordía un trozo—. Al menos dos horas para bajar las calorías de este fin de semana.

—¿Las de la lasaña de Evelyn también? —pregunté, arqueando una ceja, divertido.

Ella asintió, exagerando como siempre, y yo no pude evitar reír.

—Esas, sobre todo, porque en mi vida había comido una lasaña tan buena.

—No seas exagerada. —Le di un mordisco a mi pizza—. Además, con todo el ejercicio que hemos hecho estos días, entre la cama y la ducha, ya has

perdido unas cuantas calorías.

—Eso lo dices tú —replicó ella con una sonrisa traviesa, arqueando una ceja igual que yo—. Entonces tendré que quemar las de la pizza.

La forma en que lo dijo me dejó helado unos segundos. Una corriente de calor recorrió mi cuerpo. Sonreí, divertido y tentado a la vez.

—Ah, ¿sí? —pregunté con voz baja, mientras me acercaba lentamente—. ¿Y cómo piensas hacerlo?

No me dio tiempo a más. Antes de que pudiera reaccionar, me tomó por sorpresa. Nos dejamos llevar y lo que empezó como un juego terminó en un encuentro rápido, intenso y lleno de deseo. Sus manos me buscaban, sus labios jugaban con los míos, y todo el sofá parecía pequeño para la energía que nos recorría.

Cada roce, cada suspiro, me hacía perder la noción del tiempo. Podría decir que eran solo minutos, pero se sentían eternos. Y en ese pequeño espacio, éramos solo nosotros, sin mundo alrededor, sin ruido de calles ni obligaciones. Solo calor, risas cortas entre besos y esa sensación de peligro dulce que me provocaba Valentina cada vez que se acercaba así.

—Eres un desastre —murmuró entre risas y jadeos, mientras nos acomodábamos de nuevo—. Y un poco culpable.

—Culpable de qué exactamente —pregunté, arqueando una ceja mientras la miraba—. ¿De querer que quemes las calorías… conmigo?

Rio y me empujó suavemente, aunque sus manos seguían aferradas a mí.

—De todo —susurró—. Y de nada al mismo tiempo.

Nos miramos durante unos segundos, respirando, con el corazón latiendo a mil. La película seguía en la televisión, pero no podía recordar ni una sola escena. Todo estaba en ella, en cómo su sonrisa iluminaba la habitación, en cómo mi cuerpo reaccionaba sin que yo pudiera hacer nada al respecto.

—Bien —dije finalmente, apoyando la frente en la suya—. Si esta es la manera de mantenerme entretenido… no me quejo.

—No esperaba menos —replicó ella con un guiño, y nos reímos juntos, conscientes de que esa risa mezclaba complicidad y deseo en partes iguales.

Nos acomodamos de nuevo, esta vez desnudos, ella entre mis brazos, y la noche siguió tranquila después de esa tormenta breve pero intensa. Cada roce, cada caricia que todavía quedaba, era un recordatorio de que no había vuelta atrás. Y no quería que la hubiera.

Cuando la película acabó y volvimos a vestirnos, Valentina recogió sus cosas y salimos del piso para ir a su casa. Por mí la habría tenido durmiendo a mi lado una noche más. Me habría despertado con ella y la habría hecho temblar y estremecerse de placer durante horas. Sin embargo, había insistido en que necesitaba dormir bien para estar lo suficientemente descansada para afrontar la sesión de fotos del día siguiente.

El ascensor crujió ligeramente cuando subíamos al ático. Valentina estaba a mi lado, aún con la camiseta holgada mía y los pantalones cómodos, y no pude evitar mirar cómo su pelo caía sobre sus hombros, cómo se movía con naturalidad sin darse cuenta de que cada gesto mío estaba pendiente de ella.

—Aquí estamos —dije, abriendo la puerta y dejando que entrara primero —. Como te prometí, te he traído de vuelta a casa sana y salva.

—Valentina sonrió negando con la cabeza.

—Sana y salva, pero agotada, que me has tenido haciendo ejercicio extra todo el fin de semana.

—¿Te he obligado a algo que no querías? —pregunté arqueando la ceja al tiempo que me acercaba y la rodeaba por la cintura, pegándola a mí.

—No, no, ha sido usted muy… profesional, agente O’Connor.

—¿Es posible que me pongas que me llames así?

—Sí, sí es posible. Te sientes… poderoso —murmuró, y me dio un mordisquito en el labio inferior antes de besarme con esa misma necesidad que yo sentía—. Será mejor que paremos, porque yo tengo que dormir —suspiró.

—Pues vamos, a la cama. —La cogí en brazos y se echó a reír.

—¡Dormir sola! —matizó.

—Vaya, y yo que pensé que iba a tener suerte… —Suspiré, volví a dejarla en el suelo y la besé.

Ella respiró hondo, como si necesitara absorber el espacio, y luego me miró con esa sonrisa que me desarmaba cada vez.

—Gracias.

—¿Por qué? —la abracé más fuerte.

—Por todo. Pero sobre todo porque me haces sentir… segura.

Esa palabra me golpeó directo al pecho. La seguridad. Eso era todo lo que quería para ella. Que supiera que, aunque no pudiera controlar el mundo ni los peligros que lo rodeaban, conmigo siempre podría confiar.

—Mañana te recogeré temprano para la sesión de fotos —dije, bajando la voz—. Quiero que no tengas que preocuparte de nada.

Valentina asintió, la estreché aún más entre mis brazos y la miré a los ojos. Azul y verde se encontraban y me parecía que podía quedarme allí para siempre, sin hablar, solo respirando la cercanía de su aliento.

—Quiero que sepas que —dije, casi sin pensarlo—, lo que sea que pase mañana… o la semana que viene… quiero que recuerdes que estoy aquí. Que no vas a estar sola.

Ella apoyó la frente en la mía y cerró los ojos unos segundos. Cuando volvió a mirarme, había una mezcla de gratitud, nervios y algo que no supe cómo describir.

Me incliné y la besé. No hubo más palabras. Solo labios que se encontraron con fuerza y ternura al mismo tiempo, un beso profundo, largo, cargado de todo lo que no nos habíamos dicho durante la cena ni los momentos de complicidad. Uno de esos besos que dejaban el mundo fuera y hacían que el corazón golpease demasiado rápido.

—Gracias —murmuró al separarse un poco, apoyando la frente contra la mía—. Por todo —repitió una vez más.

—No hace falta darme las gracias —dije, acariciando su mejilla—. Solo prométeme que vas a dejar que te cuide.

—Lo prometo —respondió con una sonrisa, aunque pude notar cómo su cuerpo todavía temblaba ligeramente por la intensidad del momento.

Nos separamos con cuidado, porque, aunque quería quedarme allí abrazándola toda la noche, sabía que debía dejarla ir.

—Mañana temprano, entonces —dije, abriendo la puerta del ático—. Te voy a recoger —le aseguré—, y no pienso permitir que te pase nada.

—Lo sé —dijo, con una mezcla de complicidad y confianza—. Nos vemos mañana, Daniel.

Un último beso, apasionado pero suave, selló nuestra despedida. Sus manos se quedaron sobre mis brazos un instante más de lo necesario y luego, con una sonrisa y una mirada que decía más de lo que podían expresar las palabras, salí.

La vi cerrar la puerta y sentí una mezcla de deseo, alivio y protección. Alivio porque había podido abrazarla, besarla, recordarle que no estaba sola. Deseo porque cada encuentro con ella me dejaba más atrapado en algo que no quería evitar. Y protección… porque nada ni nadie podía acercarse a ella sin que yo lo supiera.

Mientras bajaba del ático y cerraba la puerta, pensé que esta semana iba a ser intensa. Pero también supe algo más: No me importaba nada. Mientras ella confiara en mí, todo lo demás podía esperar.

Capítulo 25



Valentina

La luz de la mañana se colaba por los ventanales del ático, y Hudson brillaba como un río de mercurio bajo los primeros rayos de sol.

Me senté en el borde de la cocina, con una taza de café humeante entre las manos, y respiré profundamente, dejando que el aroma me llenara. Era una mañana tranquila, y rara vez podía permitirme empezar un lunes así, sin llamadas constantes, correos, ni la presión de reuniones interminables. Por un momento, el silencio de mi ático me permitió pensar con claridad, aunque mi mente inevitablemente regresara al fin de semana y a él.

Mientras me colocaba la tostada untada de mantequilla en el plato, el teléfono vibró sobre la encimera. La pantalla brilló con el nombre de Isabelle. Sonreí sin poder evitarlo. Mi hermana siempre tenía esa mezcla de rigor y humor que podía hacerme sentir culpable y protegida a la vez.

—Buenos días, cariño —dijo Isabelle con su tono firme, elegante y ligeramente burlón—. ¿Cómo estás?

—Hola, hermanita —respondí, apoyando el brazo en la ventana y dejando que la luz me diera en el rostro—. Bien… tranquila, sorprendentemente tranquila. ¿Y tú?

—Como siempre, ocupada —rio, y pude imaginar su cabello perfectamente peinado y su postura recta—. Pero sobrevivimos. Cuéntame, ¿qué tal el fin de semana?

Una leve sonrisa se me dibujó en los labios mientras tomaba un sorbo de café.

—Lo pasé con el policía que fue a mi casa.

Hubo un silencio al otro lado, y luego un pequeño estallido de risa.

—¿Con ese al que confundiste con un *stripper*? —preguntó Isabelle, intentando contenerse.

—Sí —dije, sonrojándome un poco—. Fui a comisaría a disculparme por lo que pasó las dos veces que vino a mi ático. Terminamos tomando un café… y bueno, quedamos para vernos el viernes por la noche, y ya sabes… una cosa llevó a la otra.

Sí, estaba mintiendo a medias a mi hermana, pero no quería contarle nada de lo que estaba pasando en mi vida para no preocuparla.

—Eso sí que no me pasa a mí —dijo ella, riéndose con fuerza—. En serio, Valentina, eres un imán para lo inesperado.

—Si te soy sincera, no me siento nerviosa ni incómoda con él. Es raro, considerando todo.

—Me alegro de que estés bien —dijo Isabelle con un tono más suave—. Y ahora pasemos al modo hermanas Moreau profesional. Tenemos una campaña que planear, así que necesito que nos veamos en un par de días para ultimar la estrategia.

Asentí, aunque sabía que ella no podía verme. A veces era tan controladora como protectora, y aunque podía irritarme, también agradecía que se preocupara.

—Sí, claro. Hablamos de la campaña el miércoles y lo organizamos todo —dije, intentando sonar profesional.

—Perfecto. Ahora cuídate, Valentina. Y sobre todo… mantenme al tanto de tu "historia de amor no planificada" con el poli —rio de nuevo, un sonido que siempre me hacía sonreír.

—Prometido —contesté, sintiendo cómo mi corazón todavía latía un poco más rápido de lo habitual.

Colgué y me quedé mirando por los ventanales, contemplando los barcos que comenzaban a moverse lentamente por el río, los taxis amarillos que zigzagueaban entre las calles y el tráfico que parecía moverse con ritmo propio.

Me recosté contra la barra de la cocina, pensando en cómo cada pequeño gesto de él el fin de semana me había dejado una sensación extraña y deliciosa. La manera en que Daniel se inclinaba para colocarme el abrigo, cómo su voz se suavizaba cuando hablaba de protegerme y esa sonrisa que parecía tan natural y, al mismo tiempo, tan intencionada, todo se había quedado pegado en mi mente.

El interfono sonó, interrumpiendo mis pensamientos.

—Valentina, estamos abajo —dijo Daniel con su voz grave y tranquila, que de alguna manera me hacía sentir segura, aunque no hubiera ningún peligro inmediato.

Guardé la taza vacía, cogí mi bolso y las llaves, y caminé hacia la puerta de mi ático. Bajé al vestíbulo y allí estaban él y el que debía ser su compañero, Ethan, que lucía un aire despreocupado mientras Daniel esperaba con esa sonrisa que siempre lograba desarmarme sin siquiera intentarlo.

—Buenos días —dije, tratando de sonar casual mientras me acercaba a ellos.

—Buenos días, preciosa —sonrió Daniel—. Él es Ethan, mi mejor amigo y compañero de patrulla.

—Buenos días, señorita —bromeó Ethan, arqueando una ceja—. ¿Preparada para un día intenso de moda y poses imposibles?

—Sí, sí —respondí riéndome—. La pregunta es si vosotros estáis preparados.

—Preparadísimos —dijo Daniel con su habitual calma y esa mirada azul que me hacía sentir un calor extraño en el pecho.

El viaje hasta la sesión de fotos fue tan divertido como predecible. Ethan y Daniel se lanzaban bromas sin descanso, y yo no podía evitar reírme o poner los ojos en blanco según el momento. Sus comentarios eran absurdos, juguetones y a veces provocativos, pero me mantenían alerta y entretenida, alejando cualquier ansiedad que pudiera sentir sobre la sesión.

—Te apuesto a que no sobrevives a un cambio de vestuario sin reírte al menos tres veces teniendo a Daniel en plan guardaespaldas, con ese rostro serio y la postura de estar alerta —dijo Ethan, guiñando un ojo.

—Tonterías —respondí, aunque sabía que perdería la apuesta.

—Yo acepto —dijo Daniel, sonriendo mientras ajustaba el retrovisor y me lanzaba una mirada de complicidad.

Cuando llegamos, Ethan se quedó en el coche, vigilando, mientras Daniel y yo entrábamos al estudio. Camila y Leo ya estaban allí. Camila con su mirada pícara y Leo con su habitual sonrisa relajada, que solo revelaba su alerta mental oculta.

—¡Anda! Pero si es el poli con cuerpazo de *stripper* —dijo Camila, arqueando una ceja—. No esperaba verte aquí.

—Buenos días —dijo él con su sonrisa fácil—. Tenía la mañana libre y pensé que sería interesante ver un poco de este mundo que todos ven desde fuera. Además, quería acompañar a Valentina.

—Mira qué bien, ella te confunde con un *stripper* y tú quieres ver cómo se cambia de ropa —dijo Leo, con una sonrisa—. Entre vosotros ha pasado algo, que tú tienes el cutis más brillante —me señaló.

—Sí, sí, es verdad. Te brilla la cara que da gusto, nena. ¡Tú has follado! —murmuró Camila y me sonrojé, mientras Daniel sonreía con muy poco disimulo.

—Mira qué colores, igualitos que los de Heidi. Tú tienes mucho que contarnos, y no te vas a librar —me advirtió Leo—. Señor agente, bienvenido al glamuroso mundo de las sesiones de fotos y las pasarelas. No me la distraigas mucho, que en las fotos tiene que salir perfecta.

—Sí, porque resplandeciente ya lo está —rio Camila.

Me sentí aliviada al saber que no iban a indagar mucho más en el asunto de por qué Daniel había venido hoy. Le miré y me hizo un guiño acompañado de esa sonrisa que me ponía nerviosa a la vez que me tranquilizaba, algo raro, sí, pero es que él tenía ese efecto en mí. Tenerlo allí, aunque fuera solo como acompañante curioso, me daba una sensación de seguridad que no podía negar.

La sesión comenzó y la fotógrafa me pedía cambios constantes de postura, movimientos, miradas seductoras o suaves según la toma. Daniel estaba a mi lado, discretamente ajustando detalles o simplemente dándome confianza con su cercanía.

—Mira a la cámara como si estuvieras contando un secreto —dijo la fotógrafa.

Me giré ligeramente y Daniel me susurró:

—Ese secreto me gusta.

—Eres imposible —le susurré de vuelta, provocando que sonriera.

Entre risas y poses, la sesión se volvió intensa. Cambios rápidos de fondo, accesorios, gestos… Todo requería concentración, pero Daniel estaba allí, dándome seguridad sin interferir. Cada mirada suya me hacía sonreír y me llenaba de energía.

—¿Otro cambio? —preguntó Daniel cuando me acerqué a coger una botella de agua para dar un sorbo, y asentí.

—Sí, aún quedan tres más. ¿Estás cansado o aburrido?

—Cansado, no; estoy acostumbrado a estar de pie durante horas si me asignan un turno de vigilancia en algún concierto o algo por el estilo. Y en

cuanto a aburrido… —Se inclinó para susurrarme—. Admito que me gusta ver por la rendija de la puerta cómo te desnudas fingiendo que no me ves.

—Ah, pero, ¿me espías? —arqueé la ceja.

—No se haga la inocente, señorita Moreau, que sabe perfectamente que la observo por la puerta que usted deja abierta de manera casual.

—Creo que tengo un lado exhibicionista que no conocía —murmuré.

—Que sea solo conmigo, preciosa —dijo, mientras me acariciaba la mano con la yema del dedo y subía por el brazo desnudo, haciendo que me estremeciera.

Me mordí el labio y cuando nuestros ojos se encontraron, vi los suyos un poquito más oscuros que de costumbre.

—No me mires así, o no respondo si después de este cambio te retrasas para las siguientes fotos —me advirtió. Tragué saliva y durante un segundo, solo uno, se me pasó la idea de encerrarme en el camerino con él y dejar que me hiciera todo eso que sus ojos me decían sin necesidad de palabras.

—Valen, cariño, que tenemos que seguir —me giré al escuchar la voz de la fotógrafa, y asentí.

Cogí aire para calmarme y caminé hacia el camerino, donde entré para cambiar de ropa y sí, debía admitir que la puerta la había vuelto a dejar un poco abierta, y al mirar hacia ella…

—Cámbiate rápido, o no respondo —me advirtió Daniel. Sonreí, y le vi cerrar la puerta para evitar que ambos cayéramos en la tentación de que entrara y nos dejáramos llevar.

Capítulo 26



Valentina

Me posicioné frente a la cámara, respirando hondo y dejando que la familiaridad del estudio y la luz me ayudaran a relajarme. Daniel permanecía a mi lado, silencioso, vigilando y, al mismo tiempo, dándome seguridad con su cercanía. Cada vez que me acercaba, su mano rozaba la mía ligeramente, como un apoyo invisible, y sentía cómo el calor de su piel se filtraba a través de mí, provocando un cosquilleo que no tenía nada que ver con la moda.

—Perfecto, Valentina, sigue así —dijo la fotógrafa—. Bien, me gusta esa sonrisa.

Cada cambio de pose era un pequeño desafío: levantar el mentón, girar el cuerpo, mover los brazos de manera elegante, inclinar la cadera. Daniel estaba allí, cerca, pero sin invadir. Yo podía sentir cada movimiento suyo, cada roce accidental o intencionado, y la tensión entre nosotros crecía, mezclando profesionalidad con un deseo latente que no podía negar.

—Valentina, ahora algo más atrevido —dijo la fotógrafa, sacando un accesorio y señalando la pose—. Más dinámica, más viva.

Me incliné ligeramente hacia adelante, dejando que mi cabello cayera sobre mis hombros, y Daniel se acercó por detrás. Cuando acabamos, le miré por encima del hombro y susurró:

—Eso te queda increíble… y a mí también me distrae.

—¡Daniel! —exclamé, entre divertida y cohibida—. ¿No podemos mantenernos profesionales?

—Lo intento —dijo él, con una sonrisa que era pura complicidad—. Pero es complicado cuando estás así frente a mí.

La fotógrafa me pedía cambios de mirada, sonrisas, gestos suaves, poses atrevidas, y yo me movía mientras sentía cada respiración de Daniel cerca. Su mano rozaba mi espalda por accidente o quizás no, su mirada me seguía, y yo podía sentir cómo cada gesto nuestro se mezclaba con la energía de la sesión.

—Perfecto, esa es la toma —dijo finalmente la fotógrafa, bajando la cámara y sonriendo—. Tenemos muchas, y todas perfectas. Hemos acabado por hoy. Te mandaré las fotos para que les eches un vistazo, Valentina.

—Genial —sonreí.

Me dejé caer en la silla, respirando hondo, y Daniel se inclinó hacia mí, con sus ojos azules profundos clavados en los míos. Yo sentí un calor que no tenía nada que ver con la sesión ni con el calor de las luces.

—Lo has hecho increíble —dijo—. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias —susurré, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza—. No sé qué haría sin ti cerca.

—Solo sigo asegurándome de que nadie te moleste —murmuró él, con esa mezcla de protección y diversión que siempre conseguía desarmarme.

La complicidad entre nosotros se sentía real, eléctrica. Cada mirada, cada roce accidental o intencionado, cada sonrisa compartida durante la mañana creaba un hilo invisible que nos unía en medio del bullicio del estudio. A pesar de las cámaras y la profesionalidad, estábamos solos en nuestra burbuja, y yo no quería que ese momento terminara nunca.

Salimos del estudio con las mejillas todavía sonrojadas por la risa y la adrenalina de la sesión. Daniel caminaba a mi lado, un brazo rozando el mío de manera casual, mientras Ethan abría la puerta del coche con esa sonrisa de

“ya sé todo y me divierto con eso” que no podía dejar de provocar una carcajada.

—Vale, si no me equivoco, acabáis de pasar por cinco horas de luces, flashes y poses imposibles mientras yo estaba aquí sentado haciendo guardia —dijo Ethan, acomodándose en el asiento del copiloto—. Ahora toca alimentarnos antes de que nuestra querida Valentina se desmaye de hambre o agotamiento.

—Qué dramático eres —le respondí, metiéndome en el asiento trasero—. Yo estoy perfectamente.

—Perfectamente agotada, querrás decir —dijo Daniel, sonriendo con esa mezcla de ironía y complicidad que me hacía perder la concentración cada vez que me miraba.

—¿Y quién dice que estoy agotada? —pregunté, girando un poco la cabeza para mirarlo—. Estoy lista para otra ronda si queréis, pero esta vez con tacones más altos.

—¿Otra ronda si queremos? Valentina, por favor, dime que seguimos hablando de fotos, no vaya a ser que esté yo pensando en que quieres hacer un trío con nosotros, que solo por pensarlo Daniel es capaz de darme un… ¡Ey! —protestó cuando Daniel le dio una colleja.

—Ni en tus sueños, Ethan —le dijo Daniel—. Ni en tus sueños.

—Ahí no me ves, así que… —Ethan se encogió de hombros.

—Creo que Daniel sería capaz de entrar en tus sueños como el mismísimo Freddy Krueger para darte otra colleja —reí.

—O algo peor, te lo aseguro —comentó Daniel mirando a su compañero.

Ethan soltó una carcajada que resonó en todo el coche y me di cuenta de que Daniel también sonreía con esa mirada suave que solo él sabía ponerme. Cada vez que lo veía así, sentía que me aceleraba el corazón y que mi día se volvía más ligero, más divertido, más… completo.

Nos dirigimos a un restaurante cercano que Ethan había elegido con la excusa de que "tenía la mejor hamburguesa de la ciudad y punto". Llegamos, y aunque parecía un lugar sencillo, tenía un encanto especial: mesas de madera, luces cálidas y un olor a pan, carne y especias que me hizo suspirar de hambre inmediata.

—Bienvenidas y bienvenidos —dijo Ethan, mientras nos sentábamos—. Aquí es donde la magia ocurre. Y por magia me refiero a hamburguesas y patatas fritas.

—La magia se me va a ir a las caderas, lo estoy viendo —murmuré, y Daniel sonrió.

—Siempre puedes cambiar las patatas por la ensalada, pero eso no es para nada divertido —comentó Ethan—. Lo bueno de las hamburguesas, mi querida Valentina, es acompañarlas con patatas fritas.

—Si me viera Leo en ese momento, empezaría a planificarme una tabla de ejercicios para perder estas calorías.

—Pero Leo no está por aquí, ¿cierto? —Ethan arqueó la ceja—. Y nosotros no se lo vamos a contar, así que… ¿Hamburguesa con patatas? —sonrió al tiempo que hacía un movimiento de cejas de lo más pícaro.

—Hamburguesa con patatas. Mañana daré tres vueltas al parque.

—Daniel, creo que voy a llevar a tu chica hacia el lado oscuro de la comida grasienta.

—Eso suena a secta rara —reí.

—Y con muchos seguidores —comentó Daniel, que también rio.

Después de decirme entre varias hamburguesas que tenían una pinta buenísima, pedimos y Ethan me hizo un guiño en plan victorioso por haberme llevado al lado oscuro de las patatas fritas.

La comida llegó y no tardamos en zambullirnos en la conversación, entre risas, bromas y algunos comentarios provocativos que hacían que mi mente

divagara hacia Daniel más de lo que debería. Cada vez que nuestras manos se rozaban al pasar el kétchup o al coger nuestra bebida, sentía un cosquilleo que me recordaba lo cerca que estábamos, lo protegida y deseada que me hacía sentir.

—Vale, cuéntame algo —dijo Ethan, lanzando una mirada inquisitiva a Daniel—. ¿Cómo es pasar todo el día con Valentina fuera de peligro? ¿Es más difícil que cualquier caso policial?

Daniel soltó una risa baja, inclinándose hacia mí y susurrando:

—Definitivamente más complicado, pero también mucho más satisfactorio.

—Oh, ¡qué romántico! —exclamó, provocándolo—. ¿Te has puesto celoso en algún momento?

—No celoso, pero sí vigilante —respondió, con esa mezcla de seriedad y humor que me hacía derretirme—. Es un trabajo que me tomo muy en serio. Nadie va a tocarla ni un pelo.

Ethan volteó los ojos dramáticamente y murmuró:

—Oh, por favor, eso suena a película de acción barata… y yo quiero palomitas.

—No es ninguna película —dijo Daniel con firmeza, mirándome—. Es la realidad. Y sé que tú también estás listo para intervenir si hace falta.

—Siempre —dijo Ethan, con una sonrisa que era mitad desafío, mitad complicidad—. Nadie toca a Valentina. Nadie.

Esa seguridad me hizo sentir una mezcla de alivio y deseo. Había algo increíblemente atractivo en ver a estos dos hombres, tan diferentes entre sí, tan distintos en estilo y temperamento, pero tan unidos cuando se trataba de protegerme. Me sentí extrañamente vulnerable y segura al mismo tiempo, y la sensación era… embriagadora.

—Vale, necesito que me expliquéis algo —dije, tomando un sorbo de agua mientras miraba a Daniel—. ¿Siempre sois tan teatrales cuando protegéis a alguien? Porque esto parece más intenso que cualquier desfile que haya tenido.

—Solo cuando la persona en cuestión es irresistible —respondió Daniel con una sonrisa lenta, ladeando la cabeza hacia mí.

—¡Daniel! —exclamé, medio riendo, medio sonrojada—. No puedo…

—No te preocupes —susurró él, inclinándose un poco más cerca mientras Ethan fingía no escuchar—. No voy a dejar que te pase nada, eso es todo.

—Lo sé —dije, suspirando y sintiéndome más ligera de repente—. Pero me hace sentir… segura. Y eso no tiene precio.

Ethan soltó un silbido exagerado, lo que nos hizo reír a los tres.

—¡Ay, que esto se está poniendo cursi! —dijo Ethan—. Como en esas películas donde los héroes protegen a la damisela y todos suspiramos.

—Sí, sí, película —dije, pero no pude evitar mirar a Daniel con una mezcla de diversión y afecto—. Solo que, en esta película, el héroe es demasiado… real.

—Prefiero eso a los héroes de película —murmuró él, cogiendo mi mano discretamente y apretándola con suavidad—. La realidad es más interesante, más intensa, más… nuestra.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, y aunque traté de concentrarme en la comida, mis pensamientos seguían volviendo a él: a su tacto, a su mirada, a la seguridad y deseo que despertaba en mí.

La conversación se desvió hacia la denuncia, la seguridad y el acosador que había estado siguiéndome. Ethan fue directo, firme, pero no podía evitar que Daniel interviniera con su voz tranquila y protectora.

—No te preocupes, Valentina. Ninguno de los dos va a permitir que te pase nada —dijo, mirándome a los ojos con esa intensidad que me hacía querer

apoyarme en él y no soltarlo nunca.

—Lo sé —dije, inspirando profundamente—. Solo… es raro sentirme así, tener que depender de otros para sentirme segura.

—No es depender —dijo Daniel, acariciando suavemente el dorso de la mano—. Es cuidar de alguien que importa. Y tú importas mucho.

Ethan asintió, con esa sonrisa sarcástica que hacía que la tensión se suavizara.

—Y yo estoy aquí para asegurarme de que ningún idiota arruine la diversión.

—Ya lo sé, Ethan —dije, riendo y volteando los ojos—. Gracias a los dos.

Terminamos la comida con más bromas, risas y algunas miradas cargadas de complicidad entre Daniel y yo, pequeñas chispas que hacían que cada roce y cada gesto significara algo más. Sentí que, a pesar del estrés, la tensión y la amenaza que nos rodeaba, estaba en el lugar correcto, rodeada de las personas adecuadas, con el hombre que despertaba en mí una mezcla de seguridad, deseo y ternura que no había sentido en mucho tiempo.

Mientras salíamos del restaurante, Daniel me cogió de la mano y la entrelazó con firmeza pero con suavidad. Ethan nos seguía con la mirada vigilante y divertida, y sentí cómo mi corazón se aceleraba de manera extraña: entre la protección, la química y la complicidad, estaba completamente atrapada en ellos, pero especialmente en Daniel. Y, por primera vez en mucho tiempo, no quería escapar de esa sensación.

Capítulo 27



Daniel

Era miércoles por la mañana, y el aroma del café recién hecho me estaba devolviendo lentamente a la vida. Me recosté un instante en el sofá del piso, repasando mentalmente la jornada del martes.

Ethan y yo habíamos estado tan pendientes de Valentina como el lunes. Había pasado prácticamente todo el día con ella, asegurándome de que cada paso estuviera cubierto, desde sus reuniones con los responsables del desfile del viernes hasta las pruebas de vestuario que había tenido en su ático y en el estudio.

Me vino a la cabeza la imagen de Valentina en esos vestidos, y tuve que cerrar los ojos un instante para contener el impulso de sonreír. No solo por lo impresionante que estaba, porque lo estaba, y mucho, sino por la forma en que se movía, con esa naturalidad que hacía que cualquier tela pareciera hecha a medida solo para ella. Ethan, siempre vigilante, había estado fuera, en el coche, con la vista fija en la calle, y me había comentado que le había parecido ver un par de tipos sospechosos rondando por la acera mientras ella salía del ático para ir a sus reuniones.

Había fruncido el ceño al escucharlo. Dos hombres desconocidos, siguiendo rutas que coincidían con la salida de Valentina, aunque no habían hecho nada más que observar. Aun así, con el historial de amenazas y la denuncia que ya había presentado, no podía arriesgarme a ignorarlo.

Ethan me dijo que se mantendría alerta y que, si volvía a verlos, me avisaría inmediatamente. No podía quitarme de la cabeza la posibilidad de que el acosador estuviera intentando anticiparse a nuestros movimientos.

Recordé también cómo Valentina había reaccionado durante las pruebas de vestuario. Estaba concentrada, en su elemento, hablando con Camila y con los diseñadores sobre cortes, telas y detalles que a cualquiera menos familiarizado con la moda le parecerían insignificantes. Pero yo lo veía de otra manera: su seguridad y su inteligencia brillaban incluso cuando su atención estaba centrada en otra cosa.

Cada vez que levantaba un brazo para que ajustaran una manga o giraba para mirarse en el espejo, el efecto era hipnótico. Ethan me había lanzado una mirada desde la puerta del ático: "Está perfecta, y no voy a dejar que nadie la toque". La sonrisa que me dirigió era mitad broma, mitad advertencia, y me recordó por qué confiaba en él para estos asuntos.

Eché un vistazo al reloj, me acabé el café y fui a prepararme para otro día con Valentina en su rutina de trabajo.

A media mañana, recogimos a Valentina en su ático. Ethan y yo estábamos esperando fuera, cada uno con nuestra rutina de vigilancia discreta. Ella apareció en la calle con un abrigo ligero sobre un vestido elegante, el cabello recogido de forma casual pero perfecta, y esa sonrisa que, aunque dirigida a mí, parecía capaz de iluminar toda la calle.

—Buenos días, señorita —dije, acercándome con cuidado para ayudarla a bajar por las escaleras—. ¿Lista para otra jornada de pasarelas y flashes?

—Buenos días —respondió, divertida—. Aunque, si te soy sincera, lo que más me apetece es café. Y que alguien me asegure que no voy a chocar con un desconocido raro por el camino.

—Eso lo tenemos cubierto —dije, mirando a Ethan con un leve asentimiento—. Todo bajo control.

—Vaya, parece que no me dejas ni un minuto tranquila —dijo Valentina, subiendo al coche.

—No es cuestión de control, es cuestión de supervivencia —respondí con un toque de humor, mientras cerraba la puerta del coche tras nosotros. Ethan arrancó y nos dirigimos hacia el hotel de lujo donde tendría lugar la sesión de fotos.

Mientras atravesábamos las calles de Nueva York, no pude evitar mirar por el retrovisor cada rostro que aparecía en la calle. Tenía que estar atento, no podía dejar pasar ni un detalle. Ethan seguía atento a cada movimiento a través de las ventanas, con su mirada experta y sarcástica a la vez que preocupada, y yo no podía relajarme del todo. Aun así, cada vez que Valentina hablaba conmigo o hacía algún comentario sobre los cambios de vestuario, su risa me arrancaba un suspiro que tenía que contener. Esa mujer tenía un efecto en mí que ningún entrenamiento policial ni años de experiencia habían conseguido.

Llegamos al hotel y Valentina nos dijo que la sesión de fotos era para una campaña exclusiva, que tendría varios cambios de vestuario y compartiría espacio con otros modelos, hombres y mujeres. Mientras la ayudaba a bajar del coche y llevaba su bolso, no podía evitar escanear la sala de entrada, los pasillos, los movimientos de los empleados y los fotógrafos. Cada sombra, cada rostro desconocido era potencialmente una amenaza, y no podía evitarlo.

—Daniel, no seas paranoico —dijo Valentina, mientras se acomodaba frente a mí, consciente de mi mirada—. Sonríe un poco, que pareces un detective de esos de las películas y las series de televisión —sonrió.

—No es paranoia si tienes motivos para preocuparte —respondí, aunque una sonrisa leve se dibujó en mi rostro—. Solo estoy haciendo mi trabajo.

Ella volteó los ojos, divertida, y Ethan me dio un golpe amistoso en el hombro desde atrás que parecía decir: “Sí, héroe en acción”.

Dentro del hotel, mientras Valentina se cambiaba de ropa, mi atención no disminuyó. Había un constante desfile de asistentes, fotógrafos, maquilladores, modelos… y cada uno de ellos era un potencial riesgo. Me mantuve cerca, observando cada movimiento y anotando mentalmente los detalles que podrían ser relevantes si el acosador decidía aparecer entre ellos.

La sensación de alerta constante no me dejaba relajarme, y cada vez que Valentina se acercaba a mí para mostrarme un vestido, un gesto o un

accesorio, sentía la necesidad de protegerla con la misma intensidad con la que cuidaba cualquier operación delicada.

Ethan me susurró en un momento:

—He visto a esos dos tipos sospechosos otra vez por la calle de al lado. Parecen estar haciendo rondas como si esperaran a alguien.

Fruncí el ceño, tensándome.

—¿Tienes claro que eran ellos? —pregunté.

—Casi seguro. No estaban solos, pero coincidía demasiado con los lugares donde Valentina ha estado recientemente.

—Bien, mantente alerta —dije, mientras Valentina posaba con un vestido de terciopelo azul oscuro que realzaba su figura atlética—. No voy a permitir que se acerque nadie a ella.

Ella me miró entre poses, con una sonrisa que parecía desafiarme. Ahora no me quedaba ninguna duda de que esa mujer era imposible de ignorar, incluso cuando estaba tratando de concentrarme en algo tan serio.

El resto de la sesión transcurrió con un ritmo intenso: cambios de vestuario, poses complicadas, indicaciones de la fotógrafa y sus asistentes. Cada vez que Valentina sonreía, inclinaba la cabeza o miraba directamente hacia mí, sentía que mi concentración se rompía un poco, pero no podía permitirme apartar la atención de la seguridad.

Ethan seguía vigilante desde un lateral, con su postura relajada solo para disimular, pero sabía que cada músculo de su cuerpo estaba preparado para actuar.

A media sesión, aproveché un breve descanso para hablar con Ethan lejos de cualquier oído curioso.

—No podemos dejar que esto continúe así. Si el acosador parece saber tanto sobre ella como parece, podría anticiparse a cualquier movimiento de Valentina.

—Lo sé —respondió Ethan—. He estado revisando sus perfiles y sus eventos; la agenda de desfiles y presentaciones está visible para cualquiera. Si alguien quisiera hacer daño, tendría acceso a esa información.

—Perfecto, exactamente lo que temía —dije, frunciendo el ceño mientras miraba de reojo a Valentina, que hablaba con la fotógrafa y una de las maquilladoras—. Voy a llamar a la científica para que me envíe la lista de las cartas que recibió y sus fechas exactas. Necesito comprobar si coincide con la agenda de Valentina.

—Hazlo —dijo Ethan, mirando alrededor con cautela—. No podemos permitir que pase nada mientras ella está en estas sesiones.

Saqué mi teléfono, escribí a la científica y en pocos minutos recibí el mensaje. Eché un vistazo a cada una de ellas y a lo que me había dicho Ethan, y comprobé que todas las cartas coincidían con fechas de desfiles y presentaciones que había hecho Valentina.

La confirmación me puso los pelos de punta. Esto no era solo una coincidencia: alguien estaba usando su agenda, ya fuera pública o interna, para seguir sus movimientos.

—Tenemos que actuar —dije, mirando a Ethan—. Este tipo también ha estado en sesiones de fotos que no están en internet, solo en la agenda interna de Valentina, Camila y las firmas. Necesitamos saber hasta dónde llega.

Ethan asintió, con su mirada seria y decidida.

—Entonces la próxima parada debería ser la empresa de su hermana, ¿no? Allí podrían estar los registros de sus presentaciones internas y contactos que no están en línea.

Asentí, sintiendo el peso de la responsabilidad y la urgencia. Valentina no lo sabía, pero cada paso que daba estaba siendo observado y protegido. Y no iba a permitir que nada ni nadie se interpusiera en su seguridad, aunque eso significara que yo debía estar alerta en cada movimiento, cada instante.

Mientras miraba a Valentina desde la distancia, cambiándose para la siguiente ronda de fotos, no pude evitar pensar que esto ya no era solo trabajo,

esto era personal.

Terminada la sesión de fotos, mientras Valentina recogía sus cosas y se cambiaba a ropa más cómoda, nos apartamos Ethan y yo a un rincón del hotel para hablar sin interrupciones. Mis ojos, sin dejar de seguirla por si alguien intentaba acercarse, se clavaban en su figura elegante y tranquila, ajena a la conversación que teníamos sobre la amenaza que pendía sobre ella.

—No podemos dejar que esto continúe —empecé, con el ceño fruncido—. Ese tipo está usando la información que cualquiera puede ver y también la que solo la agenda interna de Valentina tiene. Si ha estado en las sesiones de fotos que no se hicieron públicas, significa que ha tenido acceso a información más privada.

Ethan asintió, apoyando la espalda contra la pared mientras cruzaba los brazos.

—Sí. La agenda de desfiles y presentaciones de Valentina es bastante pública, y cualquiera con un mínimo de curiosidad podría trazar un patrón. Lo que me preocupa es que también ha aparecido en lugares que solo ella, Camila y la empresa conocen.

—Daniel, ese tipo puede estar mucho más cerca de lo que ni siquiera ella imagina.

—Lo sé —asentí—. Por eso tenemos que tener cuidado con lo que le digo a Valentina. No podemos preocuparla más de lo necesario; tiene bastante con el trabajo y con la exposición que supone cada desfile o sesión de fotos.

Ethan sonrió levemente, con esa mezcla de sarcasmo y seriedad que siempre me irritaba y me tranquilizaba a la vez.

—No te preocupes, Daniel. Nadie va a tocarla mientras estamos cerca. Y si aparece alguien sospechoso, nos encargaremos de él antes de que siquiera piense en acercarse.

Suspiré, intentando relajar los hombros. Aun así, mi mente no podía dejar de recorrer cada posibilidad: dónde podría aparecer el acosador, cómo se

estaba informando, si estaba solo o con algún cómplice, si había alguna forma de predecir sus movimientos…

La seguridad de Valentina se había convertido en un tablero de ajedrez constante, y yo no podía permitir que ni una sola pieza quedara sin control.

—La clave está en la empresa de su hermana, no sé por qué —dije finalmente—. Allí podrían estar los registros internos de sus presentaciones, los contactos privados que solo Camila y la firma conocen. Si alguien está accediendo a esa información, es probable que tengamos pistas allí.

—Pues habrá que ir —respondió Ethan, con la mirada fija y determinada —. Yo me encargaré de vigilar la entrada y posibles salidas. Si aparece alguien extraño, me aseguraré de que no se acerque a Valentina.

Asentí, agradecido por tener a Ethan a mi lado. Sabía que podía confiar en él ciegamente, y eso me permitía concentrarme en la parte estratégica y en la protección directa de Valentina.

—¿Crees que este tipo sabe exactamente dónde estará? —preguntó Ethan, rompiendo mi concentración—. Quiero decir, tiene acceso a información pública, pero ¿sabe todos los movimientos internos, de las sesiones privadas?

—Puede ser —respondí, frunciendo el ceño—. Por eso necesitamos comprobar cada registro interno, cada fecha y lugar que no se haya publicado. Si encontramos coincidencias, podremos anticiparnos a sus movimientos y actuar antes de que haga algo.

—Chicos, tengo trabajo que hacer en la empresa de mi hermana —dijo Valentina cuando acabó la sesión de fotos, y ambos asentimos—. Seguro que se alegrará de verte —sonrió mirándome.

—Y todo esto sin comer nada más que un sándwich —protestó Ethan—. No podría ser modelo, de verdad que no.

—Pues tienes cuerpo para serlo, no hay más que ver cómo te queda el uniforme y cualquier prenda que te pongas.

—Ey, Daniel, que tu chica está ligando conmigo.

—¿Qué dices? —rio Valentina—. Solo era un cumplido, pero, vamos, que si quieres te digo que eres más feo que un troll.

—¿Feo yo? Lo que tiene uno que escuchar, por Dios —resopló, y no pude evitar reírme.

Mientras nos dirigíamos a la empresa de su hermana, no podía dejar de pensar en las cartas, el hecho de que quien las estuviera enviando supiera dónde estaba ella siempre, ya fuera por los desfiles que se hacían públicos o las sesiones que solo eran de conocimiento interno. Tampoco me olvidaba de esos tipos sospechosos que habíamos visto previamente. La sensación de vigilancia constante no me dejaba descansar, pero también me hacía sentir más cerca de controlarlo todo. No podía evitar que una parte de mí se sintiera frustrada. Valentina no podía vivir toda su vida bajo esta sombra, pero tampoco podía arriesgar su seguridad por su confianza en los demás.

Cada fecha, cada lugar, todo apuntaba a que el acosador tenía acceso a información que solo debería estar en manos de Valentina, Camila y las firmas. Esto significaba que la amenaza estaba más cerca de lo que pensábamos, y que cualquier descuido podría costarle caro.

Cuando llegamos a la dirección que Valentina le había dado a Ethan, bajamos y ella se adelantó un poco.

—Tenemos que actuar rápido —dije aprovechando que no nos escuchaba —. Antes de que ese tipo planifique algo que pueda ponerla en peligro.

Ethan asintió, con esa seriedad que rara vez mostraba, y murmuró:

—No se va a acercar ni un centímetro. Lo prometo.

Mientras miraba a Valentina a través de las puertas de cristal del vestíbulo, sonreí por dentro, aunque por fuera mantenía la calma que requería la situación. Sabía que no podía permitir que nada ni nadie interfiriera con su seguridad. Y sabía también que, a pesar de toda esta vigilancia, había algo más que me mantenía alerta: cada gesto suyo, cada risa, cada mirada, me recordaba por qué haría cualquier cosa por protegerla.

Capítulo 28



Valentina

Cuando el ascensor se detuvo en la planta donde estaba el despacho de mi hermana, me olvidé de las risas con los chicos y volví al modo profesional. Cuando se abrieron las puertas, respiré hondo.

Daniel y Ethan me seguían como sombras protectoras, silenciosos y atentos. No podía evitar que mi corazón se acelerara un poco cada vez que estaba cerca de Daniel; su presencia tenía esa manera de hacerme sentir segura y, al mismo tiempo, viva, como si cada latido me recordara que algo dentro de mí se había despertado de golpe.

—Vale, aquí estamos —dije, aunque mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Vamos a entrar.

Daniel me miró de reojo, con esa mezcla de diversión y seriedad que me encantaba y me inquietaba a la vez. Ethan, como siempre, mantenía esa actitud despreocupada, pero no podía engañarme: sus ojos estaban en alerta, analizando cada movimiento, cada persona que se cruzaba con nosotros.

La recepción estaba impecable, moderna y elegante, como todo lo que ella tocaba. Nada fuera de lugar, nada que pudiera distraer. La sonrisa de su secretaria fue cálida, pero breve, y enseguida nos condujo hacia el despacho de mi hermana.

—Valentina —dijo Isabelle al verme entrar, con esa mezcla de control y cariño que siempre me provocaba un escalofrío—. Por favor, dime que no te

han tenido o algo así —me reí al escucharla mientras ella miraba a Daniel y Ethan—. Son los polis de la noche que se quejó la amargada del séptimo de que estábamos haciendo ruido, ¿verdad? Esa mujer necesita un vibrador que le dibuje una sonrisa en la cara —resopló, y Ethan soltó una carcajada.

Miré a Daniel y a Ethan, y con un gesto natural, casi despreocupado, respondí.

—Bueno, Daniel y yo hemos quedado un par de veces, y hoy los dos tenían la mañana libre y querían ver un poco el mundo de la moda detrás de las campañas.

—No me digas que han pasado todo el día contigo en el hotel para la sesión de fotos.

—Sí, y solo hemos comido un sándwich —contestó Ethan, y me reí.

—Ya has comido más que yo la última vez que la acompañé a una de esas sesiones. Llegué a lo justo a coger el último canapé que dejaron esos buitres. Hay algunos modelos que comen como pirañas. —Isabelle volteó los ojos y me reí de verdad, porque mi hermana estaba siendo ella misma, sin vergüenza alguna delante de esos dos desconocidos.

—Bueno, quitando lo de la comida, la sesión ha estado bien. Valentina es toda una profesional, yo he disfrutado mucho viéndola —dijo Daniel.

Isabelle arqueó una ceja, divertida, pero no dijo nada más. Se limitó a ofrecerles algo de beber mientras esperaban; ambos se lo agradecieron, pero rechazaron el ofrecimiento y dijeron que se iban a limitar a verme seguir trabajando en mi otra faceta. Isabelle nos invitó a seguirla hasta la sala de reuniones donde la nueva campaña nos esperaba.

Mientras caminábamos, sentí que Daniel se mantenía cerca, y notaba su mano rozando apenas mi brazo de vez en cuando, un gesto sutil que me hacía sonreír por dentro. Ethan, por su parte, parecía más relajado, aunque cada cierto tiempo su mirada se desplazaba hacia la calle, asegurándose de que todo estaba tranquilo.

—¿Lista para el caos creativo? —bromeó mi hermana—. He revisado algunos de los bocetos, pero quiero que los veas con vuestros propios ojos.

—Siempre lista —sonreí.

Isabelle nos condujo a la sala y, al entrar, me encontré rodeada de muestras de maquillaje, cremas, perfumes, catálogos y pantallas con imágenes de la próxima campaña. Me sentí en casa y, a la vez, completamente consciente de que no podía bajar la guardia. A pesar de la seguridad que me brindaban Daniel y Ethan, había un hilo invisible que me mantenía alerta.

—Bien —empezó, dando una leve palmada—. Vamos a revisar la campaña. Quiero opiniones sinceras y también saber cómo podemos ajustar algunos detalles antes de que todo se finalice.

Mientras hablábamos de colores, posibles sesiones de fotos y todo lo que una buena campaña publicitaria requería, Daniel se mantenía a mi lado, observando con atención, alerta pero dándome mi espacio. Ethan, por su parte, se movía discretamente, revisando la entrada y las ventanas, asegurándose de que nadie nos observaba demasiado de cerca.

—Estos tonos funcionan mejor en exteriores —dije, señalando una pantalla con un vestido azul profundo—. Quiero que la luz refleje el contraste con el *skyline*, algo que haga destacar la elegancia, pero manteniendo la frescura de la campaña.

—Perfecto —respondió Isabelle—. Y, Valentina, ¿has considerado el complemento con los accesorios de la temporada? Necesitamos que todo encaje.

Asentí, mientras mi mente dividía la atención entre los detalles de la campaña y la sensación de seguridad que me daba Daniel. Su presencia era un escudo invisible, y, aun así, cada vez que alguien entraba en la sala o se acercaba a los pasillos cercanos, mis ojos se movían hacia él casi por instinto.

—Creo que, con los accesorios correctos, podemos lograr un equilibrio perfecto —dije—. También me gustaría probar algunas tomas más atrevidas, algo que contraste con la suavidad del fondo. Ya sabes que tus cosméticos tienen unos tonos perfectos para mostrarlos en pleno día.

Daniel inclinó la cabeza, sus ojos clavados en mí, y supe que estaba evaluando cada riesgo, cada posible escenario. Esa mirada mía, esa que a veces solo él parecía leer, me hizo sonreír levemente. No pude evitar sentir una corriente de complicidad que nos conectaba más allá de lo profesional.

—Me gusta la idea —susurró a mi lado cuando Isabelle atendió una llamada en su móvil—. Solo asegúrate de que Ethan tenga acceso rápido al plan de seguridad. No podemos permitir tener sorpresas.

—Por supuesto —asentí, aunque él ya sabía que confiaba en su juicio—. Y gracias por estar pendiente, como siempre.

Durante las siguientes horas revisamos cada detalle de la campaña. Las pruebas de vestuario con los vestidos que le había prestado la firma de ropa de confianza de mi hermana me dejaron sin aliento; cada vestido me hacía sentir elegante, poderosa y, al mismo tiempo, vulnerable bajo la mirada de todos. Daniel no dejaba de observar, pero su atención no era la de un hombre cualquiera: había algo en la manera en que me miraba que me hacía sentir protegida y deseada al mismo tiempo.

—Bueno —dije finalmente, mirando a Isabelle—. Creo que hemos avanzado mucho. Ahora solo queda ajustar unos pequeños detalles y estamos listos para pasar a la siguiente fase.

Mi hermana asintió, sonriendo, y yo sentí un ligero alivio. Era raro que trabajáramos juntas sin discusión, pero hoy, con Daniel y Ethan presentes, parecía todo más fácil, más seguro.

Al salir de la sala, no pude evitar pensar en lo mucho que había cambiado mi mundo desde que Daniel apareció en él. Lo que empezó como un policía confundido con un *stripper* se había convertido en alguien en quien confiaba completamente, alguien que estaba dispuesto a vigilar cada paso mío para protegerme, incluso cuando yo misma trataba de mantener la calma.

Mientras caminábamos hacia la salida del edificio, sentí que esta jornada no solo había servido para trabajar, sino también para reforzar un vínculo silencioso, invisible para los demás, pero muy real para mí: la certeza de que, aunque el mundo intentara complicarse, no estaba sola.

La tarde había caído suavemente sobre Nueva York, tiñendo de tonos cálidos el interior del despacho de mi hermana. El cielo se apagaba lentamente, y las luces de la ciudad comenzaban a titilar como un reflejo de estrellas en la tierra.

—Hora de irse a casa, por fin —dijo mi hermana.

—¿Y si mejor salimos a cenar los cuatro? —propuse—. A ti no te espera nadie en casa, y seguro que pensabas calentar uno de esos vasos de comida china, sopa con fideos o algo así.

—Pues sí, con una copa de vino después de una ducha.

—Esta noche no, hermanita. Esta noche cenas fuera.

—Valentina, necesito quitarme los zapatos, los tacones me están matando —suspiró.

—Prometo regalarte un masajeador de pies, si vienes a cenar con nosotros.

—A mí me parece una idea estupenda. Lo de salir a cenar los cuatro, no lo del masajeador de pies —aclaró Ethan—. Aunque si necesitas un masaje, me ofrezco voluntario para dártelo. Dicen que tengo unas manos milagrosas.

—Ni caso, que eso lo dijo solo una vez una mujer de ochenta años a la que cogió a lo justo de que no se cayera al suelo y se rompiera la cadera —dijo Daniel.

—Estás celoso porque a ti no te han dicho nunca nada de tus manos.

—Sus manos sí que son milagrosas, a mí me hacen llamar a Dios —dije, como si nada, encogiéndome de hombros.

Daniel sonrió de medio lado, Isabelle soltó una risita y Ethan se quedó mirándome con los ojos y la boca abiertos.

—Bueno, hermanita, como ahora eres una mujer soltera y no tienes a ningún marido cabrón esperándote en casa, no voy a aceptar un no por respuesta. Esta noche cenamos.

Isabelle soltó una carcajada sincera, genuina, y por un instante vi a la mujer que siempre admiré: brillante, segura y capaz de reírse de sí misma.

—Desde luego, eres igual de cabezota que papá.

—Y que tú, que la cabezonería en los Moreau es hereditaria.

Nos reímos, y por un instante, el mundo exterior desapareció. Entre risas, miradas cómplices y la sensación de seguridad que me proporcionaban Daniel y Ethan, supe que incluso en medio de todo el caos que podía traer un acosador, había espacios de calma y alegría que merecían ser vividos.

Capítulo 29



Valentina

El aire fresco de la tarde se mezclaba con el bullicio de las calles de Nueva York mientras nos acercábamos al restaurante. Daniel conducía con calma, atento a cada semáforo, y Ethan iba sentado a su lado, lanzando comentarios sarcásticos sobre lo que íbamos a cenar. Isabelle, sentada a mi lado, parecía relajada, con esa sonrisa confiada que siempre la hacía parecer imperturbable.

—¿Y a dónde nos llevan, señoritas? —preguntó Ethan, con esa sonrisa pícara que siempre lograba sacarme una risa.

—Tranquilo —le contesté—. Hoy comeremos algo digno de tu "paladar sofisticado".

—Ah, claro, porque mi paladar es tan exigente como mi sentido de la justicia —respondió, exagerando su voz, y Daniel soltó una carcajada al volante, mientras Isabelle volteaba los ojos divertida.

Llegamos al restaurante, un lugar elegante, pero sin excesos, justo al lado de la oficina de Isabelle, con ventanales que dejaban pasar la luz cálida de la ciudad. Daniel abrió la puerta y me cogió del brazo, mientras Ethan hacía lo mismo con Isabelle, y los cuatro entramos entre risas y miradas cómplices.

Nos sentamos y enseguida comenzamos a charlar sobre todo y nada, cosas sin importancia y algunas un poco más serias, pero no tardamos en pasar a temas más jugosos, sobre todo Richard. Isabelle, con esa mezcla de ironía y

desdén que la caracterizaba, comenzó a relatar alguna anécdota reciente de su exmarido, y no pude evitar reírme con cada detalle.

—¿En serio te hizo eso? —pregunté entre carcajadas—. Vaya, Richard nunca deja de sorprenderme.

—Créeme, hermanita —dijo Isabelle—. Tuvo la poca vergüenza de decirme por teléfono que si no fuera por él, mi empresa no habría llegado tan lejos. Si le hubiera escuchado papá…

—No, ese hombre no conoce la vergüenza. ¿Cómo tuvo la cara de decirte eso, cuando ha estado robándote durante tanto tiempo?

—Se ve que lo que me robó le supo a poco. Por suerte, mis clientes y proveedores no han creído ni una sola de sus palabras y no me han dejado tirada. Mi empresa ya tenía un nombre cuando él entró en ella y en mi vida.

—Ni caso, lo que le jode es no poder seguir robándote.

—¿Tu ex te robaba? —preguntó Daniel.

—Sí, eso estuvo haciendo durante mucho tiempo hasta que lo descubrí. Y eso, junto con que mirara a Valentina en plan baboso cuando estaban en la misma habitación, fue la gota que colmó el vaso y le pedí el divorcio.

En el momento en que Isabelle hizo aquel comentario, vi cómo Daniel y Ethan se miraban. No les había contado aquello de Richard porque no le dábamos importancia; él era mi cuñado y me conocía desde hacía años, por lo que nunca se me pasó por la cabeza pensar que él pudiera ser el acosador. Pero claro, por la mirada que estaba compartiendo ellos… empezaba a pensar que no tendría que haberle descartado en ningún momento.

—Valentina dice que debería haberle dado de su propia medicina y robarle yo también, pero no quería entrar en más batallas. Cuanto antes me lo quitara de encima, mejor.

—Y de debajo, hermanita —reí.

—Pues nada, un brindis por la soltería —propuso Ethan levantando su copa mientras miraba a mi hermana.

Entre bocado y bocado, la conversación se volvió más ligera. Hablamos de viajes, de planes futuros, y aunque todos disfrutábamos de la compañía, podía sentir la tensión bajo la superficie: Daniel, siempre atento a cada detalle; Ethan, observando todo con su habitual mirada alerta; y yo, intentando disfrutar sin pensar demasiado en el acosador que me enviaba cartas y regalos.

Cuando terminamos con los postres, pedimos unos cafés y seguimos hablando de todo y de nada, mientras la noche envolvía la ciudad y las luces del exterior iluminaban la calle con destellos dorados. Sentí una calidez extraña al ver a mi hermana relajada, riendo, y a la vez una sensación de tranquilidad con Daniel y Ethan cerca.

—Esto hay que repetirlo —dijo Ethan—. Uno no cena con dos mujeres tan guapas todos los días.

—Disculpadle, es que está falto de cariño.

—Serás capullo, Daniel —rio—. Solo digo la verdad. He tenido muchas citas y en ninguna me había divertido tanto como esta noche.

—Pero esto no era una cita —aclaró Isabelle.

—¿No? —Ethan abrió mucho los ojos, fingiendo estar sorprendido—. Entonces tú y yo hemos venido de sujetavelas, Isabelle, porque estos dos se han pasado toda la noche haciendo manitas por debajo de la mesa.

—Ya me he dado cuenta, ya —sonrió mi hermana, y a mí se me subieron los colores más que nunca.

Después de cenar decidimos ir a tomar una copa, algo rápido porque al día siguiente todos teníamos que trabajar.

Salimos del restaurante y la noche nos recibió con un aire fresco y vibrante. La ciudad parecía distinta bajo la luz de los faroles y los neones de los locales, más cercana y, a la vez, más misteriosa. Daniel abrió la puerta del

coche para que Isabelle y yo subiéramos, mientras Ethan se encargaba de acomodarse con su habitual sonrisa burlona.

—¿Listas para prolongar esta velada? —preguntó Daniel mientras arrancaba, con su voz tranquila que siempre parecía dar seguridad.

—Por supuesto —respondí, ajustándome el abrigo.

—Más que lista, que ahora estoy soltera y no me espera nadie en casa —rio Isabelle, y la mirada que le dedicó Ethan me dijo todo lo que yo ya sospechaba.

Nos dirigimos a un local de copas que conocía desde hacía tiempo, uno con música en vivo y espacio suficiente para bailar, pero sin perder la elegancia que Isabelle y yo apreciábamos. Nada más entrar, la música nos envolvió, un ritmo cálido y pegajoso que hizo que todos nuestros sentidos se activaran.

—Vamos, hermanita —le susurré—, deja que esta noche sea solo nuestra.

Isabelle me miró, sorprendida, y luego se permitió sonreír con naturalidad, como si una tensión invisible se hubiera disuelto de repente. Ethan, sentado un poco más lejos, la observaba con una mezcla de interés y diversión que no pasó desapercibida para mí.

—Vale… —dijo finalmente—. Está bien. Hoy me dejo llevar.

La pista de baile nos acogió. Isabelle comenzó a moverse con soltura, riendo sin preocuparse de nada, y yo sentí una felicidad inmensa al verla relajada. Ethan, por supuesto, no tardó en unirse de manera inesperada, improvisando pasos y provocando risas de mi hermana.

—Mira a Ethan —me susurró Daniel a mi oído mientras nos movíamos al ritmo de la música—. Le gusta tu hermana más de lo que le gustaría admitir.

—Me he dado cuenta durante la cena, pero lo sospechaba desde antes —le respondí, con una sonrisa traviesa.

Isabelle seguía riendo, entregándose al momento, y cada vez que Ethan la miraba, su expresión era tan evidente que no necesitaba más explicaciones. Me sentí divertida y, a la vez, satisfecha: ver a mi hermana disfrutar de algo que no fuera trabajo o preocupaciones me llenaba de alegría.

Daniel me cogió de la mano y me llevó a un rincón más tranquilo, donde podíamos observar a Isabelle y Ethan sin interferir, mientras hablábamos bajo la música. Su mano era cálida y firme, y su mirada intensa, como siempre, transmitía protección y un interés silencioso que me hacía sonreír por dentro.

—Parece que esta noche va a ser más entretenida de lo que esperaba —susurró, con esa voz baja que siempre conseguía acelerarme el corazón.

—Sí —respondí, mirándolo de reojo—. Y mi hermana también lo está disfrutando demasiado.

Daniel rio suavemente y apretó mi mano un poco más antes de soltarme, para que ambos pudiéramos volver a nuestros lugares sin perder la conexión que teníamos. Isabelle seguía bailando con Ethan, riendo y moviéndose con confianza, y no pude evitar sentir que aquel momento era perfecto: espontáneo, cálido, lleno de vida y risas.

Después de un par de canciones, la música comenzó a suavizarse y la pista de baile se vació poco a poco. Pedimos una última copa y nos acomodamos en un pequeño salón privado, donde las conversaciones se hicieron más pausadas, aunque igual de divertidas.

—Sigo pensando que alguien debería enseñarle un poco de humildad a tu ex, hermanita —dije cuando salió de nuevo el tema de Richard—. Pero, francamente, con lo feliz que te he visto esta noche, podemos olvidar que ese hombre alguna vez existió y pasó por nuestras vidas.

Daniel sonrió ante mi comentario y añadió, con tono irónico:

—A veces la mejor venganza es simplemente seguir adelante y disfrutar de la vida.

Asentí, pensando en lo mucho que había cambiado todo desde que Daniel y Ethan habían aparecido en mi vida. La noche nos envolvía con su música y

su calidez, y por un momento olvidé todos los problemas, incluso la amenaza que aún nos rondaba.

Al final de la noche, nos levantamos para irnos. Los chicos se ofrecieron a llevarnos a casa, y mientras caminábamos hacia el coche, la brisa nocturna me hizo estremecerme. Daniel abrió mi puerta y, antes de que pudiera reaccionar, me besó con suavidad, pero con intensidad, transmitiéndome la seguridad y el cuidado que siempre mostraba.

Ethan, por su parte, no dejaba de sonreír, como si todo el mundo fuera un juego divertido, mientras Isabelle parecía encantada con su nueva libertad y con la posibilidad de que alguien como Ethan pudiera estar interesado en ella.

Llevamos a Isabelle a casa y después me dejaron a mí, quedando en que pasarían a buscarme al día siguiente para seguir con mi semana de trabajo.

Cuando llegamos, Daniel y yo bajamos del coche mientras Ethan esperaba dentro. Nos despedimos con un beso después de que me dijera que le llamara si pasaba algo, y yo sentí una mezcla de satisfacción y tranquilidad que pocas veces había experimentado: una noche llena de risas, baile y complicidad, donde cada detalle parecía encajar en un puzle perfecto.

Cuando entré en el ático, sin embargo, la sensación de seguridad se desvaneció en un instante. Allí encontré un sobre que habían metido por debajo de la puerta. Lo recogí con cuidado y saqué la nota. Las palabras escritas me hicieron palidecer.

«No puedo creer que hayas follado con otro de ese modo tan desvergonzado. Cualquiera podría haberte visto por los ventanales.»

Mi corazón se aceleró y un escalofrío me recorrió. Corrí hacia los ventanales, observando cada edificio, cada ventana de la ciudad, tratando de asegurarme de que nadie me había estado observando. Pero esta carta demostraba todo lo contrario.

La intimidad que creía segura ya no lo era. Esa persona, ese loco, estaba más cerca de lo que jamás habíamos imaginado.

Me quedé un momento inmóvil, con la nota en la mano, sintiendo que toda la calma de la noche había desaparecido, reemplazada por una alarma silenciosa que me recordaba que nuestra seguridad siempre estaría en juego mientras aquel acosador estuviera suelto.

Cerré la puerta del ático con cuidado, intentando no hacer ruido. La nota seguía en mi mano, con aquellas palabras que me habían helado la sangre.

El sobre se deslizó de mis dedos y cayó al suelo con un suspiro apenas audible. La realidad se asentó de golpe: no solo me había observado a mí, sino que nos había visto a Daniel y a mí en esos momentos de intimidad.

Mi corazón latía con fuerza, con un ritmo que no podía controlar, y sentí que todo el mundo dentro del ático, incluso la vista impresionante del río Hudson, de repente se había convertido en una trampa invisible.

Cada edificio parecía sospechoso, cada ventana una posible mirada indiscreta. Las luces parpadeantes del *skyline* se convirtieron en ojos que me escrutaban, y el silencio del ático, que normalmente me daba paz, ahora era opresivo y frío.

No sabía el tiempo que había pasado desde que llegué, ni cuánto llevaba ahí parada. Respiré hondo, tratando de calmar el temblor que recorría mis brazos. Sabía que Daniel y Ethan estaban ahí para protegerme, pero el miedo no se mitigaba tan fácilmente. Este acosador había cruzado una línea, una que no podía ignorar. Había invadido mi espacio más privado, mi hogar.

Cogí el teléfono y llamé a Daniel, pero no descolgó. Me mordí el labio, frustrada. Era tarde, y sabía que él también necesitaba descansar, pero no podía quedarme sentada. Entonces llamé a Ethan. Su voz apareció al otro lado de la línea, cálida y firme, como un ancla en medio de la tormenta.

—Valentina… —dijo con calma—. ¿Qué pasa?

—Ha… ha dejado una nota bajo mi puerta —logré decir con voz temblorosa—. Dice que cualquiera podría haberme visto… desde los edificios. Me ha visto con Daniel, Ethan, aquí, en mi casa… He llamado a Daniel, pero no lo ha cogido.

Hubo un silencio al otro lado, y luego Ethan respiró hondo.

—No te preocupes, ya estoy en camino. No permitiré que nadie te haga daño. Voy a llamar a Daniel. Mantente en el ático hasta que lleguemos, y no abras la puerta a nadie.

Colgué y me senté en el sofá, abrazándome las piernas. La sensación de vulnerabilidad era abrumadora. Cada sombra que se proyectaba en la pared me parecía sospechosa. Cada sonido de la ciudad, cada coche, cada murmullo de alguien caminando, me hacía saltar. Mi privacidad ya no existía; alguien había decidido que podía invadirla.

Mientras esperaba, mi mente volvía una y otra vez al beso de Daniel poco antes. Esa sensación de seguridad, de protección… ahora parecía un recuerdo lejano, casi imposible de alcanzar en la realidad de aquella noche. Y, sin embargo, sabía que él vendría. Que Daniel estaría a mi lado. Esa certeza era lo único que me mantenía en pie.

A los pocos minutos, escuché un ruido en el pasillo. Mi corazón se disparó. Pero al abrirse la puerta, vi primero a Ethan, con su típica sonrisa burlona, aunque esta vez más seria, vigilante, y detrás de él, Daniel. Ambos entraron con la confianza tranquila de quienes sabían cómo enfrentar un peligro.

—Me ha dejado esta nota —dije, intentando sonar firme—. La metió por debajo de la puerta.

Daniel cogió el sobre y lo examinó con cuidado, frunciendo el ceño. Ethan se acercó a la ventana y comenzó a mirar la ciudad, evaluando los edificios y las posibles rutas de escape.

—No vamos a dejar que esto se quede así —dijo Daniel con firmeza—. Nadie va a invadir tu vida, Valentina.

—Lo sé —respondí, intentando calmarme—. Pero esto… esto es demasiado. Nos ha visto, Daniel, nos ha visto… juntos.

Ethan me dio un vistazo rápido, serio.

—Por eso Daniel y yo vamos a reforzar todo. Cámaras, vigilancia, rutas seguras. Nadie entra en tu ático sin que lo sepamos.

Daniel se acercó y me agarró de los hombros, con sus ojos azules intensos clavados en los míos.

—No estás sola en esto. Yo no te dejaré nunca. —Su voz era baja, grave, pero firme—. Y voy a encontrar a este cabrón antes de que haga algo más.

Un escalofrío recorrió mi espalda, pero esta vez era diferente: no solo miedo, sino también un atisbo de alivio. La sensación de vulnerabilidad seguía ahí, pero la certeza de que ellos estaban conmigo, de que no me abandonarían, me daba fuerza.

Pasamos el resto de la noche organizando medidas de seguridad, revisando posibles rutas de escape y comunicándonos con la científica para analizar la nota y buscar cualquier pista sobre el acosador. Cada detalle importaba. Cada ventana, cada calle, cada persona cercana. Mi vida, mi libertad, ya no podían darse por sentadas.

Finalmente, cuando todo estuvo controlado temporalmente, me senté en el sofá, todavía con las palabras de la nota en mente, y respiré hondo. Daniel y Ethan permanecieron cerca, vigilantes, pero permitiéndome recuperar algo de normalidad. La ciudad seguía brillando fuera, hermosa y despiadada a la vez, pero por primera vez desde que había visto esa nota, sentí que no estaba indefensa.

—Gracias… —susurré, mirando a Daniel—. Por todo.

Él sonrió, y su presencia, imponente y tranquila, llenó la habitación. Ethan me lanzó una mirada rápida, comprensiva y firme, que me hizo sentir que, aunque este acosador estuviera ahí fuera, no tenía ninguna posibilidad mientras ellos estuvieran conmigo.

La noche se cerró con un silencio relativo, lleno de tensión contenida y protección silenciosa. Sabía que no iba a dormir tranquila, que cada sombra podía ser peligrosa, pero también sabía que no estaba sola. Y eso, más que cualquier otra cosa, me dio fuerzas para enfrentar lo que viniera.

Capítulo 30



Daniel

La llamada de Ethan me despertó antes de que mi teléfono siquiera sonara. Su voz era grave y tensa, casi en un susurro.

—Daniel… Ha llegado otra nota.

Me incorporé en la cama, todavía con restos de sueño en los ojos, y mi mente se activó inmediatamente. Cada músculo se tensó, cada pensamiento centrado en una sola idea: protegerla.

Otra nota, como si la del día anterior no bastara para saber que ese tipo estaba vigilando a Valentina.

Había visto cómo su expresión había cambiado cuando me contó lo que había encontrado, cómo la tranquilidad de su ático se había convertido en una trampa invisible. Y no podía permitir que eso continuara.

—Voy para allá —respondí con voz firme—. No voy a dejar que esto quede así.

Ethan ya estaba en camino y yo también me moví rápido, vistiéndome con ropa cómoda pero lista para la acción: vaqueros, botas resistentes, camiseta y chaqueta ligera. Sabía que hoy sería un día largo y tenso. Cada minuto contaba, y cada detalle podía marcar la diferencia.

Llegué al ático en un tiempo récord y me encontré con Valentina en el salón, abrazándose las piernas, mirando los ventanales como si cada luz, cada edificio pudiera albergar al acosador. La nota estaba sobre la mesa, cuidadosamente abierta. Ethan estaba junto a ella, evaluando la ciudad desde las ventanas, con esa expresión de alerta constante que solo él podía mantener.

—Vale —dije mientras cerraba la puerta con firmeza—. Respira. Vamos a manejar esto. No vas a estar sola nunca.

Ella me miró con ojos que mezclaban miedo y alivio. Era raro verla así, tan vulnerable, cuando normalmente proyectaba una seguridad y dulzura que casi intimidaba. Me acerqué y le cogí la mano con fuerza, asegurándole con la mirada que todo iba a estar bajo control.

—No voy a dejar que nadie cruce esa línea —afirmé, casi más para mí mismo que para ella—. Nadie.

Ethan asintió y se dirigió al ventanal, como si pudiera detectar con la vista al acosador en cada sombra.

—Ya he revisado todo el perímetro —dijo—. No hay nadie visible, pero no me fío Voy a poner vigilancia extra en las calles que rodean el edificio.

Asentí, consciente de que no podíamos confiarnos. Este tipo sabía cosas que no debería. Había estado observando a Valentina, probablemente durante meses, y no teníamos idea de cómo de lejos estaba dispuesto a llegar.

Mientras me acercaba a Valentina, sentí un impulso protector que me recorrió como una corriente eléctrica. Cogí la nota con cuidado, examinando la letra, buscando cualquier detalle que pudiera delatar algo sobre el acosador: trazos, presión, estilo… Cada mínima pista podía ser útil.

En la anterior quedaba claro que la observaba porque nos había visto juntos en el ático, y en esta le pedía que para el desfile que tenía la noche siguiente se pusiera el colgante que le había regalado.

Estaba claro que iba a ir a ese desfile, y no iba a permitir que se acercara a ella ni lo más mínimo.

—Esto no se queda aquí —le dije, con voz firme y sin matices—. Vamos a descubrir quién es.

Ella asintió, pero todavía temblaba ligeramente. Me senté a su lado, la cogí del brazo con suavidad y la senté sobre mi regazo. Ethan y yo nos quedamos a su lado, formando un triángulo de protección. Cada luz de la ciudad, cada sonido del tráfico, ahora parecía un posible riesgo, pero estaba decidido a que ella se sintiera segura dentro de su propio hogar.

—Primero —dije, mientras sacaba mi teléfono—. Voy a contactar con la científica que nos está ayudando con las otras pistas. Quiero que analice todo.

—Ya lo hice —intervino Ethan, con un tono que mezclaba cansancio y determinación—. Le he enviado fotos de la nota y algunos detalles que podría ignorar un observador casual. Quiere revisar la presión de la escritura y el tipo de tinta.

Asentí, satisfecho. Cada pequeño detalle podría ser la clave para atraparlo antes de que volviera a acercarse.

—Perfecto —dije—. Y aunque todo en cuanto a seguridad está reforzado, te vienes a mi piso.

—¿Qué? No puedo hacer eso, Daniel, no puedo simplemente invadir tu espacio y…

—No era una propuesta, Valentina, era una orden. No voy a dejarte sola.

—Yo tengo una idea —dijo Ethan y le miré—. Un señuelo.

—¿Un señuelo? —Valentina frunció el ceño.

—Una agente que se parezca lo suficiente a ti como para que de lejos no sepa que no eres tú. Llama a mi padre —le pedí a Ethan—. Dile lo que ha pasado y que mande a alguien aquí.

—El comisario me va a echar a los lobos por despertarle a esta hora —resopló, pero se le escapó una leve sonrisa mientras sacaba el móvil.

Miré a Valentina y la besé, la abracé con fuerza y le acaricié la espalda. Aún temblaba un poco y eso me mataba; no quería que le pasara nada y ese tipo había vuelto a dejarle una nota. Exponerse dos noches seguidas era arriesgado. Quizás él quería dejar claro que no le gustaba que ella estuviera con otro hombre que no fuera él.

—Hecho. Tu padre va a llamar a un par de compañeras para que vengan; conoce a Valentina y dice que son las que más se parecen.

—Bien. Hay que privarle de la vista del ático hasta que estén aquí.

Ethan asintió y se dirigió a los ventanales para correr las cortinas. Saqué el mapa que había cogido de casa y lo extendí sobre la mesa del salón, señalando posibles ubicaciones estratégicas para vigilancia adicional.

—Necesitamos refuerzos —dije—. Hay que revisar los lugares donde este idiota podría aparecer si intenta acercarse a ella. También necesitamos alguien que cubra la vigilancia desde el suelo y los edificios cercanos.

—Yo me encargo. Les pediré a los de siempre que vengan cuanto antes —dijo Ethan que ya estaba marcando para llamar.

Valentina tenía la mirada perdida mientras se mordía suavemente el labio inferior. Había miedo en sus ojos, sí, pero también determinación. Esa combinación me recordó por qué la admiraba tanto, incluso en momentos de vulnerabilidad.

Ethan habló con cuatro compañeros y todos dijeron que venían para acá. Les pidió máxima discreción y sabía que no nos fallarían.

En poco más de una hora estábamos todos allí, nosotros dos, nuestros compañeros y las dos agentes que había enviado mi padre. Valentina fue quien decidió cuál de las dos se quedaría en el ático fingiendo ser ella y dejándose ver en todo momento. La otra agente dijo que se uniría a nosotros para ayudarnos en lo que necesitásemos y se lo agradecí; nunca venía mal un par de ojos más para las vigilancias.

Pasamos la mañana estableciendo medidas de seguridad, comprobando cada puerta, cada ventana, cada ángulo desde donde alguien podría observar el

ático. Ethan comprobó las cámaras de seguridad y revisó los pasillos, mientras yo ajustaba cerraduras y revisaba posibles entradas.

—Todo debe estar controlado —dije, mientras terminaba de colocar una cámara en la terraza—. Esto no es paranoia. Esto es protección. Y nadie entra sin que lo sepamos.

Valentina se quedó en el sofá, observándonos, y de vez en cuando soltaba un suspiro nervioso. Me acerqué y la sostuve del mentón con suavidad, obligándola a mirarme.

—Escucha —le dije—. No estás sola. Ni un solo paso en falso para este idiota. Lo tenemos controlado. Confía en mí.

Ella respiró hondo y asintió, pero sus ojos seguían brillando con la mezcla de miedo y rabia que sentía por la invasión de su intimidad.

—Gracias —susurró—. Por todo.

No dije nada. Solo la miré a los ojos y la dejé sentir que mi presencia era un muro impenetrable. Ethan se acercó y asintió, confirmando silenciosamente que también estaba listo para actuar.

Valentina se levantó y fue a su habitación para guardar algo de ropa en una bolsa para llevarla al piso conmigo. Hablé con la agente que se quedaría en su lugar y le dije que estuviera alerta en todo momento, que no se despegara de su arma y que tuviera alguna más escondida por si la necesitaba. Valentina le dijo cuáles eran sus rutinas cuando estaba en casa y la agente asintió cuando Valentina le dijo que si tenía alguna duda la llamara.

Después de unas horas de preparación, nuestros compañeros salieron a la ciudad para comprobar posibles ubicaciones desde donde el acosador podría haber observado el ático. Recorrieron las calles aledañas, vigilando, controlando cada ángulo. No sabíamos dónde podía estar, pero éramos conscientes de que la observaba desde muy cerca.

El tráfico, los peatones, incluso los edificios aparentemente vacíos, cobraban ahora un significado diferente. Todo era potencialmente peligroso. Y

cada minuto que pasaba, cada luz que parpadeaba, hacía que mi determinación creciera: este acosador no iba a salirse con la suya.

Sabía que no descansaría hasta tener al acosador identificado y detenido. Cada respiración, cada sonido, cada sombra podía ser la pista que necesitábamos. Y por primera vez desde que comenzó todo esto, sentí que no era solo un asunto profesional: era personal. Valentina no era solo mi amiga, ni mi protegida; era alguien por quien estaba dispuesto a cualquier cosa.

La nota que había recibido Valentina nos había puesto a todos en alerta máxima, y cada sombra en la calle parecía un presagio de peligro.

—Chicos, tenéis que hacer un barrido rápido del vecindario —le dije a uno de los compañeros por el comunicador—. Cualquier persona que haya estado rondando el ático hoy o ayer, hay que detectarla.

—Yo me encargo —dijo Smith.

Su habilidad para detectar anomalías era impresionante; llevaba años haciéndolo, y ahora su experiencia estaba al servicio de Valentina. Cada edificio, cada ventana, cada puerta cerrada era evaluada como un posible punto de interés.

Ethan y yo habíamos salido para hacer una ronda con los demás antes de irnos. Valentina estaba en el ático con la agente que ocuparía su lugar, así que sabía que estaba segura, dentro de lo que cabe.

Mientras caminaba por la calle, mis ojos se fijaron en un par de figuras sospechosas cerca de un edificio que daba a una de las calles laterales del ático. Se movían de manera calculada, casi demasiado casual para ser simples peatones. Anoté mentalmente su ubicación y se lo dije a Ethan.

—Dos personas en la esquina de la calle diecinueve con Hudson. No parecen turistas. Mantente alerta.

—Recibido —respondió Ethan—. No los pierdas de vista. Voy a seguirlos con el coche a distancia.

Volví al ático para asegurarme de que Valentina estuviera bien. La encontré frente al ventanal, examinando la ciudad con cuidado, sus manos crispadas en la barandilla. La cogí suavemente del hombro, y ella se giró hacia mí con una mezcla de miedo y confianza.

—Todo bajo control —le aseguré—. No voy a dejar que nadie te haga daño.

Ella respiró hondo, y pude ver que sus ojos se llenaban de lágrimas contenidas. No era la primera vez que alguien invadía su intimidad, pero sí la primera en que alguien se había acercado tan peligrosamente. La abracé con fuerza, y por un momento sentí que podía transmitirle algo de calma.

—Gracias —susurró—. No sé qué haría sin vosotros.

—No pienses en eso —dije, con firmeza—. Solo concéntrate en estar a salvo. Todo lo demás déjanoslo a Ethan y a mí.

Y la besé, sin importarme que la agente que estaba en el ático me viera, sin importarme que ese acosador pudiera estar observándonos en ese momento. Y si era así, que le quedara claro que no iba a dejarle acercarse a Valentina. Que supiera que no estaba sola, que me tenía a mí, que ella estaba bajo mi protección.

Capítulo 31



Daniel

A primera hora de la mañana, después de asegurarnos de que el ático estaba protegido y llevar a Valentina a mi piso, donde estaría segura y vigilada por la agente que iba a ayudarnos, decidimos revisar algunos lugares donde el acosador podría haber estado durante los últimos días.

Ethan y yo nos movimos con discreción, siguiendo nuestras sospechas y evaluando cualquier patrón que coincidiera con la nota. Era evidente que alguien estaba observando a Valentina, y la lógica indicaba que este tipo tenía información sobre sus movimientos.

—Daniel, mira esto —dijo Ethan, señalando un pequeño café en la esquina donde Valentina había tenido algunas reuniones—. Podría ser un punto de observación.

Asentí, tomando nota. Era un buen lugar para empezar a rastrear. La agenda de Valentina estaba parcialmente disponible al público, pero este tipo tenía acceso a información más interna: sesiones de fotos, pruebas de vestuario, reuniones privadas. Y eso significaba que alguien dentro de su círculo podría estar implicado, o que él era increíblemente meticuloso.

Nos fuimos a comisaría para hablar con mi padre y ponerle al tanto de todo y para planificar la siguiente fase. Mientras Ethan hablaba con nuestros compañeros, yo repasaba mentalmente los movimientos de los sospechosos y trataba de conectar los puntos.

—Tendríamos que limitar los movimientos de Valentina por ahora —me dijo Ethan—. No debería estar en riesgo mientras identificamos a este imbécil.

—Lo sé —respondí—. Pero esta noche tiene un desfile, uno importante. No puedo decirle que no vaya.

—Es verdad, el desfile —suspiró, y se volvió a quedar callado unos minutos antes de hablar de nuevo—. ¿Y si lo aprovechamos en nuestro favor?

—¿Cómo?

—Tenemos un señuelo en su ático, y está claro que ese tipo irá al desfile. Es una oportunidad perfecta para tratar de atraparlo.

No era mala idea; Ethan pocas veces tenía malas ideas, pero por primera vez en todos los años que llevaba trabajando como policía y tomando decisiones, este no me parecía un buen plan que llevar a cabo.

—Te lo estás pensando, hermano, y eso no es bueno —dijo.

—Estamos hablando de Valentina, Ethan, no de un ladrón de tres al cuarto al que podemos neutralizar con un disparo en la pierna para que suelte a un rehén.

—Lo sé, pero tú sabes tan bien como yo que esta noche es una ocasión perfecta para intentar atraparlo.

Lo era, joder, por supuesto que lo era. Pero poner a Valentina en medio del foco, que se viera envuelta en algo por lo que podría resultar herida, no me gustaba.

Era imposible no sentir una mezcla de frustración y determinación. Este tipo estaba cruzando límites que nadie debería cruzar. Cada palabra de la nota, cada insinuación sobre lo que había visto, era un ataque a su privacidad, a su seguridad. Y yo no iba a permitir que se saliera con la suya.

—Vamos a hablar con mi padre. Si hacemos algo esta noche, necesitaré a más agentes.

Ethan asintió y fuimos al despacho de mi padre; le comentó lo que había pensado y estuvo de acuerdo en asignarnos a algunos compañeros más para esa noche.

Tenía claro que la conexión que había sentido con Valentina iba más allá de lo que en un principio podría haber imaginado. No era solo protección; era algo más profundo, un vínculo que se reforzaba ante la amenaza. Sabía que este tipo no solo había invadido su privacidad, sino que había despertado algo en mí que no se podía ignorar: la necesidad de cuidarla a toda costa.

Valentina me llamó tal como le había pedido que hiciera para saber que estaba bien dos horas después de haberla dejado en mi piso, y sonreí al escuchar su voz.

—Vamos a atraparlo —le dije—. No importa cuánto tiempo lleve, ni lo que tenga que hacer. Nadie te va a hacer daño mientras yo esté cerca.

—Lo sé, Daniel, confío en ti.

Y mientras Valentina permanecía en mi piso, rodeada de medidas de seguridad, supe que no podía permitir que ese acosador rompiera su mundo, su intimidad ni su paz. Todo estaba preparado para el siguiente paso: identificarlo, confrontarlo y asegurarnos de que nunca volviera a acercarse a ella.

Y como no podíamos quedarnos quietos por mucho tiempo, Ethan y yo decidimos salir a recorrer las calles de Tribeca.

Ethan iba al volante, en su posición habitual de vigilancia a distancia, y yo revisaba la zona alrededor del ático de Valentina, siguiendo mentalmente cada posible movimiento sospechoso de las noches anteriores.

Mi padre había pedido las cámaras de vigilancia de algunos de los comercios para ver si veíamos a alguien por esa zona que pasara a la misma hora en los días en que Valentina recibía las notas. Pero sabía que tardaríamos un poco en tenerlas en nuestro poder y en revisarlas todas.

—Daniel —dijo Ethan por el comunicador—. He visto algo. Dos tipos se movían de forma sospechosa a unas calles del ático. Creo que son los mismos

que ayer.

Mi corazón se aceleró, pero mantuve la calma.

—Mantén distancia, no hagas movimientos bruscos —le respondí—. Voy a acercarme a ver si puedo confirmar algo.

Salí de mi posición, moviéndome despacio y de manera discreta, observando cada puerta, cada ventana, cada persona que pasaba. Era un juego de paciencia y concentración. No podía cometer un solo error. Cada vez que cruzaba la mirada con algún transeúnte, evaluaba su comportamiento. Mi instinto me decía que estábamos cerca de encontrar al acosador.

Finalmente los localicé. Estaban en una pequeña cafetería, como si esperaran algo o a alguien. Observé sus movimientos: gestos medidos, miradas rápidas hacia la calle, teléfonos que no dejaban de vibrar. Todo encajaba con la descripción del comportamiento de alguien obsesivo y meticuloso. Llamé a Ethan para que confirmara la posición exacta desde el coche.

—Sí, los tengo a la vista —dijo Ethan—. Son ellos.

Asentí y respiré hondo. Este era el momento de actuar con estrategia. No podía simplemente confrontarlos; había que asegurarnos de tener pruebas y, sobre todo, proteger a Valentina de cualquier intento de acercamiento.

—Daniel, creo que van a moverse —me informó Ethan, y fruncí el ceño mientras los tipos se levantaban de la mesa—. Prepárate.

Me situé detrás de un coche aparcado, evaluando la calle. Los sospechosos caminaron con cuidado, sin mirar directamente a nadie, pero su nerviosismo era evidente. Sabía que no podían estar allí por casualidad. Cada paso que daban aumentaba mi determinación de atraparlos antes de que hicieran algo más.

Decidí acercarme un poco más, manteniéndome fuera de su campo de visión directo. Ethan me cubría desde el coche, listo para actuar en cualquier momento. La adrenalina recorría mi cuerpo; cada fibra estaba alerta, cada sentido enfocado en la tarea.

—Daniel, no pierdas de vista sus teléfonos —susurró Ethan—. Si los atrapamos, cada mensaje puede ser una pista.

Asentí. Observé cómo uno de los sospechosos recibía un mensaje y miraba hacia arriba, como evaluando la calle. Ese gesto me confirmó que estábamos ante alguien que estaba siguiendo un patrón de vigilancia.

Mientras los seguíamos, recordé la vulnerabilidad de Valentina en su ático, sola aunque protegida. La sensación de que alguien había violado su privacidad, que había observado lo más íntimo de su vida, me llenaba de rabia y determinación. Este tipo no solo estaba obsesionado; era peligroso.

—Tenemos que atraparlo antes de que haga algo más —le dije a Ethan—. Y necesitamos pruebas sólidas.

—Lo sé —respondió él—. Vamos a seguirlo hasta donde sea necesario.

Nos movimos con discreción, siguiendo a los sospechosos por varias calles, observando cada gesto, cada parada. La tensión crecía, y la ciudad seguía pareciendo tranquila, un contraste inquietante con la amenaza que se movía mientras el mundo era ajeno a ella.

Finalmente, uno de los sospechosos entró en un edificio que parecía residencial. Me acerqué con cuidado, evaluando la entrada y los posibles puntos de escape. Ethan permanecía en el coche, observando desde la distancia. Era un momento delicado: no podíamos permitirnos perderlos, pero tampoco podíamos actuar precipitadamente.

—Daniel, creo que ha entrado en un apartamento —susurró Ethan—. Si es él, necesitamos entrar con precaución.

Asentí. Activé mi radio para comunicarme con la científica que nos había ayudado con las cartas, asegurándome de tener acceso a toda la información posible sobre los movimientos de Valentina y posibles coincidencias. Mientras tanto, revisé mis opciones de entrada y cobertura. Cada segundo contaba, y cada decisión podía marcar la diferencia.

Decidí esperar unos minutos, observando el edificio desde un ángulo seguro. Los movimientos dentro eran limitados, pero suficientes para

confirmar que alguien estaba allí. Mi instinto me decía que habíamos encontrado a nuestro objetivo, y que pronto podríamos confrontarlo de manera segura.

—Ethan, prepárate —dije—. Podría moverse hacia la salida en cualquier momento.

—Recibido —respondió él—. Estoy listo.

Mientras esperábamos, no podía dejar de pensar en Valentina. Su vulnerabilidad, su confianza depositada en nosotros, todo eso me empujaba a actuar con la máxima precisión. La idea de que alguien la hubiera observado de manera tan invasiva era intolerable.

Finalmente, el sospechoso salió del edificio, y Ethan y yo nos movimos con rapidez y discreción. Cada paso estaba calculado, cada gesto medido. Nos acercamos lo suficiente para tener una identificación clara, pero sin que nos detectara.

—Ahí está —dije, señalando con discreción—. Confirmado. Es él.

Ethan asintió, y juntos seguimos su recorrido, asegurándonos de no perderlo de vista. Cada calle, cada esquina, cada semáforo se convertía en una oportunidad para acercarnos a atraparlo sin alertarlo. La tensión era insoportable, pero también estimulante; la adrenalina recorría nuestros cuerpos mientras sabíamos que estábamos cada vez más cerca de resolver este peligroso juego de vigilancia.

Y mientras lo seguíamos, sabía que no había marcha atrás: nuestro objetivo era proteger a Valentina, confrontar a este acosador y asegurarnos de que nunca más invadiera su privacidad.

La ciudad seguía tranquila a nuestro alrededor, ajena a la amenaza que se movía entre sus sombras, pero para nosotros, cada segundo contaba en esta carrera contra un enemigo invisible y obsesivo.

Capítulo 32



Valentina

El piso de Daniel estaba en silencio.

No era un silencio incómodo, no del todo. Era distinto al del ático. Aquí había vida en las paredes: fotografías, libros mal colocados y una planta medio olvidada en una esquina que parecía sobrevivir por pura terquedad. Aun así, cuando la puerta se cerró tras él y la agente que me acompañaba salió para relevarse con otro compañero, sentí ese vacío pesado en el pecho que me acompañaba desde que había encontrado la primera nota… y que ahora se había multiplicado por dos.

Me senté en el sofá, recogiendo las piernas, y apoyé el portátil sobre los muslos. La tapicería era cómoda, gastada en el punto exacto que delataba que Daniel se sentaba siempre ahí. Ese pensamiento, absurdo y pequeño, me dio una sensación extraña de calma, y enseguida me enfadó conmigo misma por necesitarla.

Abrí Instagram casi por inercia. La pantalla se llenó de imágenes que conocía demasiado bien: mi cara sonriendo en una sesión de fotos, un *backstage*, un desfile antiguo en París, una imagen más reciente en Nueva York con un vestido negro ceñido y el río Hudson de fondo. Mi vida reducida a cuadrados perfectos, filtros suaves y sonrisas medidas.

Entré en la última foto que tenía miles de “me gusta” y comentarios interminables.

“Diosa”. “*Impresionante como siempre”*. “*Eres irreal”*. “*La mujer más elegante del mundo”*. “*Cásate conmigo”*.

Deslicé hacia abajo, leyendo sin procesar del todo. Era algo que hacía a menudo, pero hoy tenía otro peso. Cada palabra parecía observarme de vuelta, como si detrás de cada comentario pudiera esconderse algo más.

Abrí otra foto. Luego otra. En una, llevaba un vestido blanco con la espalda descubierta. Recordaba perfectamente ese día. Hacía calor. Me habían dicho que sonriera más. Siempre me decían que sonriera más.

—*Qué locura…* —murmuré para mí misma.

Empecé a pulsar perfiles al azar. Hombres, en su mayoría. Algunos con fotos de viajes, otros con *selfies* en gimnasios, alguno con niños pequeños, alguno con perros enormes. Perfiles públicos, privados, cuentas con apenas actividad.

Entré en uno. Treinta y tantos años, barba cuidada, fotos con amigos en bares, una imagen con una mujer abrazándolo en la playa. Nada extraño.

Salí y entré en otro. Este tenía solo tres fotos. Paisajes. Sin rostro. Seguido por miles, siguiendo a miles. Fruncí el ceño.

—*Podría ser cualquiera… o ninguno* —susurré.

Pasé a otro perfil. Demasiado normal. Otro más. Demasiado joven. Otro con demasiada exposición. Otro que parecía más interesado en coches que en mujeres.

Ninguno encajaba. Y eso era lo peor. Porque no veía al monstruo en ningún sitio… pero sabía que existía.

Cerré el portátil un segundo, apoyando la cabeza contra el respaldo del sofá. Las palabras de la nota volvieron a mí con una claridad cruel.

“Cualquiera podría haberte visto por los ventanales”.

El estómago se me encogió. Volví a abrir el ordenador y entré de nuevo en mi perfil, pero esta vez con otra idea rondándome la cabeza.

Perfiles falsos. Cuentas creadas solo para observar. Para seguir. Para mirar sin ser vistos. Tragué saliva.

—*Estás paranoica…* —me dije en voz baja—. *O no lo suficiente.*

El sonido del móvil me hizo dar un pequeño salto. Miré la pantalla y, al ver el nombre de Camila, respondí enseguida.

—Hola.

—Vale, ya con ese "hola" sé que pasa algo —dijo sin preámbulos—. ¿Dónde estás?

Sonreí levemente, aunque ella no podía verme.

—En casa… descansando.

—Ajá. Y yo soy monja de clausura. Escucha, hablemos del desfile.

Me incorporé un poco más en el sofá.

—Dime.

—Tienes que estar en el recinto a las seis y media. Maquillaje y peluquería a las siete, prueba final a las ocho menos cuarto. Sales en el tercer bloque, *look* estrella. Nada de retrasos, Moreau.

—Como si alguna vez llegara tarde —respondí, intentando sonar ligera.

—No me tientes, que te conozco. —Hubo un breve silencio—. ¿Estás bien?

Esa pregunta… Siempre directa. Siempre certera.

—Sí —respondí demasiado rápido—. Claro que sí.

Camila no dijo nada durante un segundo.

—Valentina…

Cerré los ojos.

—Estoy bien —repetí, esta vez más despacio—. De verdad. Solo… un poco cansada.

—Ajá. Cansada. —Resopló—. Vale. No te voy a sacar nada ahora. Pero te conozco, y luego no digas que no te pregunté.

Sonreí con más sinceridad.

—Gracias, mamá gallina.

—Para eso estoy. Oye, el vestido final es impresionante de verdad. Te va a encantar. Y esta noche va a salir todo perfecto, ¿me oyes?

—Te oigo.

—Bien. Nos vemos allí.

—Nos vemos en el desfile.

Colgué y dejé el móvil sobre la mesa baja.

Durante unos segundos me quedé mirando el reflejo de la pantalla apagada del televisor. Mi propia imagen me devolvió una versión tranquila de mí misma que no sentía por dentro.

Suspiré y volví a mirar el portátil. Lo cerré del todo. No iba a encontrar respuestas ahí, porque tampoco sabía a quién buscar.

El hambre llegó de golpe, como si mi cuerpo hubiera estado esperando a que mi mente se calmara un poco para recordarme que necesitaba funcionar. Me levanté del sofá y fui a la cocina.

Era… muy Daniel. Ordenada, funcional, sin adornos innecesarios. Todo estaba donde tenía que estar. Abrí la nevera y me sorprendió, una vez más, lo

normal que era todo: verduras, carne, tápers etiquetados, una botella de vino a medio terminar.

Sonreí sin querer.

—*Claro que sabes cocinar…* —murmuré.

Saqué algo sencillo. No tenía ganas de complicarme: pasta, un poco de salsa y queso. Movimientos automáticos. El sonido del agua hirviendo llenó el espacio y me ancló al presente durante unos minutos. Pero mi mente no se callaba.

El desfile. La nota pidiéndome que llevara el colgante. El hecho de que supiera cosas que no debería saber. ¿Estaría allí esta noche?

Sentí un nudo en el estómago mientras removía la pasta. La idea de caminar por esa pasarela, bajo los focos, con cientos de ojos mirándome… y uno de ellos observándome de una forma distinta, enferma, me hizo estremecer.

¿Debería decírselo a Isabelle? Mi mano se detuvo un segundo.

Mi hermana ya tenía suficiente. El divorcio, la empresa, Richard aún rondando como un fantasma molesto. ¿Qué ganaba cargándola con esto? ¿Y si se preocupaba más de la cuenta? ¿Y si intentaba controlar aún más cada paso mío?

No. Todavía no.

Me serví el plato y me senté en la mesa pequeña junto a la ventana. Comí despacio, sin mucha hambre, mirando sin ver el edificio de enfrente.

Cuando terminé, volví al sofá. El portátil volvió a mis piernas casi sin pensarlo. Esta vez no entré en mi perfil. Busqué la cuenta de la firma del desfile de esa noche. Ahí estaban.

Vídeos del *backstage*. Maniquíes vestidos a medias. Costureras ajustando bajos. Modelos entrando y saliendo entre risas nerviosas. La música de fondo, aún sin pulir.

Me detuve en uno concreto: el lugar vacío, las luces apagadas, la pasarela desnuda. Dentro de unas horas estaría ahí. Tragué saliva.

El móvil vibró y vi que era Daniel. Respondí antes del segundo tono.

—Hola.

—Hola. —Su voz sonó tranquila, firme—. ¿Cómo estás?

Miré la pantalla del portátil.

—Viendo vídeos del lugar del desfile.

—Bien. Tengo a varios compañeros ya allí. Revisando accesos, salidas, cámaras. Todo.

Cerré los ojos un instante.

—Gracias.

—No me des las gracias —respondió—. Es mi trabajo. Y… —hizo una pausa breve—. Es importante para mí.

Sonreí, aunque noté un leve calor en el pecho.

—Tengo que estar allí a las seis y media.

—Perfecto. Te recogeremos media hora antes.

—¿Te recogeremos?

—Ethan y yo —confirmó—. No te moverás sola.

—Está bien.

—Valentina —añadió, con un tono más bajo—. No va a pasarte nada esta noche. No lo voy a permitir.

Apreté los dedos alrededor del portátil.

—Lo sé.

—Descansa un poco. Come bien. Y no le des más vueltas de las necesarias.

—Intentaré hacerte caso.

—Eso ya es mucho viniendo de ti.

Reí suavemente.

—Nos vemos luego.

—Nos vemos luego.

Colgué, y me quedé unos segundos mirando la pantalla negra del móvil.

Pensé en él. En su forma de mirarme. En cómo se movía por mi ático como si fuera suyo solo para protegerme. En cómo estaba reorganizando su vida, su tiempo, su trabajo… por mí.

El miedo seguía ahí. Pero también algo más. Algo firme. Constante. Apoyé la cabeza contra el respaldo del sofá y cerré los ojos.

Esta noche iba a enfrentarme a muchas cosas. Y no iba a hacerlo sola.

Capítulo 33



Daniel

Colgué el teléfono despacio y me quedé mirando la pantalla unos segundos más de lo necesario, como si la voz de Valentina pudiera volver a surgir de allí si lo deseaba lo suficiente.

Sabía que estaba intentando sonar tranquila, que había aprendido a hacerlo demasiado bien. Pero yo podía leer entre líneas; en su silencio había más miedo del que estaba dispuesta a admitir, y eso me encendía una rabia que no podía ni debía mostrar.

Guardé el móvil en el bolsillo y respiré hondo. Mi mandíbula estaba tensa, mis manos ligeramente temblorosas mientras me obligaba a calmarme. No podía fallarle. Ni hoy, ni nunca. Nadie iba a acercarse a Valentina sin pagar las consecuencias. Y yo, como policía, como hombre que la quería más de lo que había querido a nadie, estaba dispuesto a todo para protegerla.

Al entrar en la sala contigua, el aire parecía más denso de lo habitual. Cada sonido se amplificaba: el zumbido del fluorescente, el roce del metal de la silla contra el suelo, incluso la respiración de Ethan mientras apoyaba la espalda contra la pared, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba impaciencia y seriedad. Frente a él, sentado en la mesa metálica, estaba Richard Coleman. El exmarido de Isabelle Moreau.

—Vaya —murmuré, cerrando la puerta tras de mí—. Esto sí que no me lo esperaba.

Richard levantó la vista despacio. A primera vista parecía el mismo hombre elegante, seguro de sí mismo que recordaba de las fotos y de los informes, con traje caro ligeramente arrugado y el nudo de la corbata flojo. Pero había algo en su mirada que me advirtió de inmediato que no era solo arrogancia. Había un rastro de miedo, de cálculo contenido, de alguien que sabía que se estaba jugando mucho.

—Créame, agente —dijo con esa voz que siempre parecía ensayada, suave y medida—. Yo tampoco esperaba acabar aquí.

Ethan soltó una risa seca, cargada de sarcasmo.

—Siempre es así —dijo—. Nadie espera acabar en una sala de interrogatorios.

Me acerqué a la mesa y me senté frente a él, cruzando los brazos y fijando la mirada en sus ojos, intentando leer su reacción. Sabía que Richard podría no ser el acosador de Valentina, pero necesitaba confirmarlo, necesitaba que la verdad saliera, y que él mismo admitiera lo que había observado.

—Vive por esta zona desde hace poco —dije, más como afirmación que como pregunta.

Richard asintió lentamente.

—Sí. Un piso a unas calles de aquí. Tribeca siempre me gustó.

—Curioso —intervine, notando cómo Ethan ladeaba la cabeza—. Justo donde vive tu exmujer… y su hermana.

Richard apretó la mandíbula. Sus ojos se estrecharon un instante, y por un segundo vi al hombre que había intentado manipular a Isabelle durante años, pero que ahora estaba acorralado por las circunstancias.

—Sé que Valentina vive aquí —dijo, con un tono que pretendía ser casual —. No es ningún secreto. Solo he pasado por su edificio un par de veces, tal vez tres, porque quería hablar con ella y pedirle que le diga a Isabelle que lo siento, que no debería haberle hecho daño así. Pero conozco a Valentina; esa mujer sería capaz de no escucharme y tirarme algo a la cabeza.

—Y, aun así —añadí, la rabia contenida aumentando—, la acosas y la vigilas constantemente.

Richard abrió los ojos con sorpresa genuina.

—¿Acosador?

Suspiré. No era el momento de suavizar nada.

—Ahora llegamos a eso. Antes quiero entender una cosa —dijo Ethan, inclinándose hacia adelante con los codos sobre la mesa—. Has robado a Isabelle durante años, la has engañado, la has humillado… ¿Y ahora quieres pedirle perdón?

Richard bajó la mirada, entrelazando los dedos sobre la mesa, con una expresión que intentaba ser de arrepentimiento, aunque yo veía a través de ella.

—Porque lo necesito —respondió, apenas audible—. Necesito que sepa que… que la quise de verdad. Que fui un cabrón, sí, pero que no todo fue mentira. La codicia me cegó.

Ethan negó con la cabeza, sus movimientos rápidos y cortantes como cuchillas.

—Isabelle está mucho mejor sin ti —dijo, con frialdad—. Merece a alguien que la quiera, la admire y la cuide. No a alguien que la envidie.

Richard alzó la vista de golpe, frunciendo el ceño.

—¿Está con alguien? ¿Con usted?

Ethan arqueó una ceja, claramente irritado por la curiosidad innecesaria del tipo.

—Si lo estuviera, no sería asunto tuyo.

Una sonrisa lenta apareció en el rostro de Richard, cargada de suficiencia.

—Puede que no lo esté… pero ella le gusta.

Sentí un nudo en la garganta y un calor peligroso subir por mis mejillas. La rabia contenida era difícil de controlar. Respiré hondo antes de responder.

—En cuanto a Valentina, no estoy acosándola —Richard giró la cabeza hacia mí, intentando mantener la compostura—. ¿Por qué me han detenido creyendo que era el acosador de Valentina?

Suspiré de nuevo, conteniendo la frustración. Tenía que ser claro y preciso.

—Porque alguien le envía cartas, regalos, notas por debajo de la puerta. Porque la observa. Porque no solo sabe dónde estará en eventos públicos, sino que conoce su agenda interna: sesiones privadas, pruebas, reuniones que no se publican.

El ceño de Richard se frunció, genuinamente sorprendido.

—Eso… no es normal.

—No —confirmé, dejando que cada palabra golpeara con peso.

—Valentina siempre ha tenido admiradores —dijo—. Gente que le mandaba flores, notas… Pero nada como lo que me estás contando.

—Empezó hace unos meses —añadí, con la mirada fija en él—. Coincidiendo exactamente con la fecha en la que dejaste la empresa. Cuando Isabelle te echó.

Richard negó con la cabeza con firmeza.

—Jamás acosaría a Valentina. Ni le haría daño. La miraba como mujer, sí, porque es preciosa y no estoy ciego. Pero nunca haría nada que perjudicara a las hermanas Moreau.

Lo observé en silencio. No me sonó a mentira, pero tampoco me tranquilizó. La rabia seguía ahí, ardiente, porque alguien estaba cruzando límites que no podía tolerar.

—Entonces ayúdanos —dije, bajando la voz, más frío esta vez—. ¿Conoces a alguien que pudiera estar así de obsesionado con Valentina? ¿Un fotógrafo, un periodista, un diseñador, otro modelo… alguien?

Richard se recostó en la silla, entrelazando los dedos sobre la mesa, y su mirada se perdió en algún punto del suelo. El silencio se alargó, pesado y cargado, y sentí cómo mi respiración se volvía más controlada, medida, mientras contenía el impulso de levantarme y agarrarlo por el cuello.

Finalmente habló:

—Cuando aún trabajaba en la empresa de Isabelle… había un tipo.

Ethan se incorporó de inmediato, con los ojos brillando de impaciencia.

—Sigue —le exigió.

—No era nadie raro. Un tipo normal. Agradable. Cada vez que Valentina iba por algo de trabajo… la miraba mucho. Podía ser admiración. O que le pareciera bonita.

—O que la acosara —apuntó Ethan, directo.

Richard suspiró, derrotado por la insistencia de Ethan, aunque su mirada buscaba mi aprobación.

—No tenía pinta de acosador.

—Tú tampoco —dije—. Y aun así te hemos detenido porque parecías sospechoso.

Eso pareció calarle.

—Recuerdo una vez… —continuó—. Hizo un comentario sobre Valentina y un modelo con el que había posado en un *photocall* después de un desfile. Dijo algo como que ese tipo había tocado demasiado lo que no le pertenecía. Que no tenía derecho.

Ethan y yo intercambiamos una mirada cargada de advertencia.

—¿Dónde estabais? —pregunté, con voz contenida pero firme.

—En mi despacho. Estábamos trabajando. Vio las fotos en su móvil cuando salió la noticia.

—¿Y no te pareció raro?

Richard negó despacio.

—Pensé que era admiración. Como cualquier reacción de muchos en la empresa.

Hizo una pausa antes de añadir, con un hilo de duda en su voz:

—Un par de semanas después, en otro desfile, le vi mirando con muy mala cara a un diseñador solo porque se mostró cercano con Valentina. Demasiado atento, según él.

Ethan apoyó las manos en la mesa, inclinado hacia adelante, mientras yo contenía la respiración.

—Quiero un nombre.

Richard lo miró fijamente, como buscando valentía:

—Te lo daré. Pero no lo encontrarás en la lista de empleados. Se fue poco después que yo.

Sentí un cansancio pesado instalarse en mis hombros. Un callejón sin salida. O eso parecía. Pero no iba a soltarlo.

—Aun así —dije, levantándome lentamente, dejando que la rabia contenida se filtrara en mis palabras—. Ya es algo. Y no vamos a ignorarlo.

Richard asintió, serio, consciente de que no podía retroceder.

—Hagan lo que tengan que hacer. Pero no me metan en esto más de lo necesario.

Salí de la sala con Ethan a mi lado. La tensión se disipaba ligeramente, pero el peso del caso todavía me aplastaba el pecho.

No sabíamos quién era el acosador todavía. Pero por primera vez en días, teníamos un hilo del que tirar. Y no pensaba soltarlo.

Capítulo 34



Valentina

El viernes por la tarde siempre tenía un ritmo extraño. No era del todo trabajo, pero tampoco descanso. Era ese limbo en el que el cuerpo se preparaba para brillar mientras la mente intentaba no pensar demasiado.

Estaba en la habitación de Daniel, descalza sobre la madera, con el albornoz abierto y el pelo aún húmedo, cuando el timbre sonó.

Mi corazón dio un pequeño salto que me hizo sonreír. Daniel.

No miré por la mirilla. No lo necesitaba. Caminé hasta la puerta sintiendo ya su presencia al otro lado, esa calma sólida que me desarmaba sin esfuerzo. Abrí… y allí estaba.

Chaqueta oscura, camiseta sencilla debajo, vaqueros. Ese aspecto suyo de hombre normal que escondía demasiadas cosas. Sus ojos azules recorrieron mi cuerpo sin disimulo, despacio, como si me estuvieran quitando la ropa sin tocarme.

—Hola —dijo, con esa voz grave que siempre me rozaba por dentro.

—Hola —respondí, apoyándome en el marco de la puerta.

Entró y cerró detrás de él. El silencio del piso se llenó de algo distinto, de electricidad contenida.

—Ethan ya está en el lugar del desfile —me dijo mientras dejaba las llaves sobre la consola—. Está organizando la seguridad con los demás. No tienes que preocuparte de nada.

Asentí, pero no respondí. Porque ya estaba demasiado cerca. Porque sus manos se apoyaron a ambos lados de mis caderas, sin tocarme todavía, y esa espera fue casi cruel.

—Te estás mordiendo el labio —murmuró—. Eso es peligroso.

—Para ti —respondí, alzando la barbilla, y él sonrió.

Esa sonrisa ladeada que siempre anunciaba problemas deliciosos. No hubo más palabras, simplemente me besó.

No fue suave. Fue lento, profundo, como si quisiera memorizar mi boca. Sus labios se movían con seguridad, con hambre contenida, y yo me abrí a él sin pensar, dejándole entrar, sintiendo cómo el beso se volvía más denso, más cargado de todo lo que no habíamos dicho en los últimos días.

Mis manos subieron solas, buscándolo, rodeándole el cuello, hundiendo los dedos en su pelo. Él gruñó bajo el beso, un sonido bajo que me recorrió entera.

—Valentina… —susurró contra mis labios.

Ese tono me dijo todo. Como si decir mi nombre fuera ya un acto íntimo.

Me levantó sin esfuerzo. Mis piernas se cerraron alrededor de su cintura por pura inercia, y mi espalda chocó contra la pared más cercana. Noté su cuerpo reaccionar contra el mío, firme, caliente, y un escalofrío me atravesó.

—No tendríamos que… —Empecé, sin convicción.

—Lo sé —dijo, besándome el cuello—. Pero mírate.

Sus labios descendieron lentamente, dejando un rastro de besos que me hicieron arquearme contra él. Cerré los ojos, entregándome al momento, al roce de su barba, a la manera en que me sostenía como si no pesara nada.

Me llevó hasta el dormitorio sin dejar de besarme. Me dejó sobre la cama con cuidado, como si incluso en ese momento su instinto fuera protegerme, y se quedó de pie, mirándome.

—Eres… —negó con la cabeza—. Joder.

Me incorporé un poco y dejé caer el albornoz por los hombros, muy despacio. Sentí su mirada recorrerme, detenerse en mi cuerpo y oscurecerse.

—Ven —le dije, y no me hizo esperar.

Se desnudó con movimientos seguros pero rápidos, como si supiera que yo estaba mirándolo con la misma intensidad. Cuando volvió a la cama, su cuerpo cubrió el mío, piel contra piel, y ese contacto me arrancó un gemido que no intenté ocultar.

Sus besos se volvieron más profundos, más exigentes. Sus manos exploraban, aprendían, memorizaban. Cada caricia tenía intención, como si me estuviera diciendo algo sin palabras: “Estoy aquí, te veo, te deseo”.

Me hizo olvidar el miedo. Me hizo olvidar las notas, las miradas invisibles, la sensación constante de ser observada. Solo existíamos él y yo.

Cuando se movió dentro de mí, despacio, con un cuidado que me hizo cerrar los ojos, sentí algo más que placer. Sentí conexión. Presencia. Un anclaje firme en medio de todo el caos.

—Mírame —me pidió, y lo hice.

Sus ojos no se apartaban de los míos. No había urgencia, solo intensidad. Cada movimiento era profundo, controlado, como si quisiera que lo sintiera todo, que no se me escapara nada.

Mis manos se aferraron a su espalda, mis uñas marcándolo sin querer. Él respondió con un gemido bajo, acelerando ligeramente el ritmo, haciéndome perder el aliento.

—Daniel… —Su nombre salió roto de mis labios.

—Estoy aquí —repitió.

Cuando el final llegó, fue como una ola que me atravesó entera. Me aferré a él, dejándome llevar, temblando, mientras él me seguía con un gemido grave, enterrando el rostro en mi cuello.

Nos quedamos así unos segundos. Respirando entrecortadamente, aún abrazados. Luego se apartó lo justo para mirarme, apoyando una mano a cada lado de mi cabeza.

—Será mejor que nos vayamos —dijo, con una sonrisa perezosa—. O llegarás tarde… y no quiero ser el causante de eso.

Reí, todavía con el cuerpo sensible, y me incorporé para besarle una última vez, un beso lento pero profundo, lleno de promesas de lo que vendría luego, después del desfile.

—Ya lo has sido —susurré—. De muchas cosas.

Se rio y me dio una palmada suave en la cadera antes de levantarse.

Salimos del piso unos minutos después, todavía con esa electricidad flotando entre nosotros, como un secreto compartido. Y mientras el ascensor descendía, pensé que, pasara lo que pasara esa noche, ese momento ya era mío para siempre.

El edificio donde se celebraba el desfile bullía incluso antes de cruzar la entrada. Luces, cables, voces superpuestas, tacones apresurados sobre el suelo pulido. Ese caos organizado que siempre me había resultado extrañamente reconfortante. Era mi terreno. Mi refugio.

Daniel se detuvo justo antes de la zona restringida.

—A partir de aquí ya no puedo entrar —dijo—. Pero estaré cerca.

Le sonreí, intentando que no se notara el pequeño nudo que se me había formado en el estómago.

—Lo sé.

Me inclinó hacia él y me dio un beso breve, discreto, pero cargado de todo lo que habíamos dejado a medias poco antes.

—Brilla —murmuró, y me dejó ir.

La zona de camerinos era un hervidero de actividad. Al entrar, el olor a maquillaje, laca y perfume me envolvió de inmediato. Era casi adictivo. Apenas tuve tiempo de dejar el abrigo cuando escuché una voz que conocía demasiado bien.

—Mírate. MÍRATE.

Camila apareció frente a mí con los brazos en jarras, recorriéndome de arriba abajo como si fuera un inspector de aduanas.

—No has hecho nada aún —me reí—. Dame cinco minutos.

—Cinco minutos es lo que tardas tú en provocar un infarto colectivo —replicó—. Y luego tenemos a Leo recogiendo cuerpos por el suelo.

Como invocado por su nombre, Leo levantó la vista desde una Tablet.

—Yo no recojo cuerpos —dijo—. Yo gestiono crisis de egos. Y hoy vengo preparado.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Estás radiante. Y sospechosamente feliz.

Camila entrecerró los ojos.

—Ajá.

—No empieces —le advertí.

—No he empezado nada —sonrió—. Pero luego me lo cuentas todo. Con detalles innecesarios.

Los tres reímos, y esa risa fue como una exhalación profunda. Durante unos minutos me permití olvidar todo lo demás. El miedo. Las notas. Las miradas que no veía, pero sentía.

Me senté frente al espejo mientras el equipo empezaba a trabajar en mí. Brochas, pinceles, manos expertas moviéndose con rapidez. El reflejo que me devolvía el espejo era familiar y, a la vez, distante. La Valentina de las pasarelas siempre parecía más segura que la mujer que habitaba dentro.

—Eh —dijo Camila de pronto, bajando la voz—. Hoy todo va a salir bien. ¿Vale?

La miré a través del espejo.

—Lo sé.

Y era verdad. O al menos quería creerlo.

La puerta del camerino se abrió de nuevo y, esta vez, no hubo bromas ni risas. Isabelle entró con paso seguro, impecable como siempre, pero con esa mirada suya que solo reservaba para mí.

—Hola, cariño —dijo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Hola.

Camila y Leo captaron el cambio al instante.

—Vamos a… —Empezó Camila, señalando hacia una mesa—. Comprobar cosas muy importantes y nada de cotilleos.

Nos dejaron solas con una discreción que agradecí. Isabelle se acercó despacio y me cogió las manos.

—¿Estás bien?

Y ahí fue cuando me rompí.

Las lágrimas brotaron sin aviso, calientes, silenciosas. Negué con la cabeza, incapaz de explicar nada concreto porque, en realidad, no había una sola cosa que pudiera explicar.

—Vale —dijo ella, atrayéndome hacia su pecho—. Vale, tranquila.

Me dejé abrazar. Me aferré a ella como cuando éramos niñas y yo volvía llorando del colegio por alguna tontería que entonces parecía el fin del mundo.

—¿Por qué lloras? —preguntó con suavidad.

—No es nada —murmuré—. De verdad. Son… nervios. Supongo que salen así.

Isabelle me apartó lo justo para mirarme a los ojos.

—Entonces deja los nervios aquí —dijo, secándome las lágrimas—. En este camerino. Y sal ahí fuera a hacer lo que sabes hacer mejor —sonrió—. A brillar.

Asentí, limpiándome las lágrimas, y sonreí de vuelta.

—Gracias.

—Siempre.

Me dio un beso en la frente y salió, dejándome con el corazón un poco más ligero.

El murmullo del público empezó a colarse desde fuera. La música de fondo se ajustaba, subía y bajaba mientras el desfile se preparaba para comenzar.

Respiré hondo. Era la hora.

Estaba terminando de colocarme el primer vestido cuando llamaron suavemente a la puerta del camerino.

—¿Sí? —dije, sin girarme todavía.

La puerta se abrió despacio y no necesité verlo para saber que era Daniel. Lo sentí. Esa forma suya de ocupar el espacio sin invadirlo, como si el aire se reordenara a su alrededor.

—Hola —dijo.

Me giré, y el silencio que siguió fue tan denso que casi me hizo sonreír.

Daniel se quedó inmóvil, con una mano aún apoyada en la puerta, mirándome como si acabara de olvidarse de respirar. Sus ojos recorrieron el vestido, mi cuerpo, mi rostro… y volvieron a empezar, incapaces de decidirse por un solo punto.

—Daniel —murmuré—. ¿Estás bien?

Parpadeó.

—Joder —dijo al fin, en voz baja—. Estás… impresionante.

Sentí ese calor familiar subir por mi pecho. Ese cosquilleo que solo aparecía cuando él me miraba así, sin filtros, sin reservas.

—Exagerado.

Negó con la cabeza mientras se acercaba.

—No. Esta noche… esta noche es toda tuya.

Me sostuvo la cara entre las manos y me besó sin prisa, con cuidado, como si el camerino pudiera desaparecer si apretaba demasiado. Yo me dejé llevar, subiendo los brazos y rodeándole el cuello, acercándolo más a mí.

Su cuerpo reaccionó de inmediato, y lo sentí incluso a través de la ropa.

—Valentina… —susurró contra mis labios.

Nos separamos solo lo justo para respirar. Daniel apoyó su frente en la mía, cerrando los ojos un segundo.

—Voy a estar vigilándote en todo momento —dijo—. No tienes que preocuparte. Ethan está fuera y hay más agentes repartidos por la sala.

—Lo sé —respondí, apoyando una mano sobre su pecho—. Gracias.

Abrió los ojos y me miró con seriedad.

—Si en algún momento te sientes incómoda… lo que sea… me buscas. ¿De acuerdo?

Asentí.

—De acuerdo.

Me dio un último beso, más breve, más contenido, y se apartó con esfuerzo visible.

—Si me quedo más, no respondo —dijo con una media sonrisa, y me reí.

—Vete —le ordené—. Tengo que salir a romper corazones.

—Eso ya lo haces sin salir —replicó antes de marcharse.

Cuando la puerta se cerró y me quedé sola, me giré hacia el espejo.

La mujer que me devolvió la mirada parecía segura, elegante, casi inalcanzable. El primer vestido era una obra de arte: largo hasta el suelo, de seda negra con un corte impecable que abrazaba mis curvas sin apretarlas. La espalda completamente descubierta, sostenida solo por finos tirantes que se cruzaban con delicadeza. Sobrio, poderoso. Letal.

Respiré hondo.

El segundo vestido sería radicalmente distinto: blanco marfil, corto, con movimiento, ligero como una caricia. Un diseño pensado para caminar, girar, sonreír. Para parecer intocable y cercana al mismo tiempo.

El tercero, rojo oscuro, casi burdeos. Ajustado, con una abertura lateral que dejaba ver la pierna al andar. Era el vestido del deseo, del control absoluto, de

las miradas que se clavaban sin permiso.

El cuarto… el cuarto era mi favorito. Azul noche, con pedrería sutil que captaba la luz a cada paso. Elegante, majestuoso, casi etéreo. El tipo de vestido que no se olvidaba.

Y el último. El último vestido era distinto a todos. Pero aún no quise pensar en él.

La música empezó a subir al otro lado de la pared. El murmullo del público se transformó en expectación. Era el momento. Cerré los ojos un segundo antes de salir.

Y pensé en Daniel. Pensé en su mirada. Pensé en su promesa silenciosa de estar ahí. Eso me sostuvo.

La música comenzó como un latido grave, profundo, que me vibró en el pecho incluso antes de dar el primer paso. Las luces se atenuaron, el murmullo del público se convirtió en un silencio expectante y, durante un segundo suspendido en el tiempo, solo existió ese instante previo a salir.

Inspiré. Y avancé.

El foco me atrapó de inmediato. La seda negra del vestido se deslizó sobre mi cuerpo como si hubiera sido creada únicamente para mí. Sentí cada paso firme sobre la pasarela, el ritmo medido de mis caderas, la seguridad automática que se activaba en cuanto entraba en ese espacio.

Cabeza alta. Mirada al frente. Sonrisa sutil.

Giré al final de la pasarela con una precisión perfecta. El vestido respondió al movimiento como un aliado fiel. Escuché el clic inconfundible de las cámaras, una lluvia constante que ya formaba parte del paisaje. Y aun así…

Mis ojos recorrieron al público. Rostros elegantes, miradas atentas, móviles capturando todo. Diseñadores, editores, fotógrafos, celebridades. Todos observándome. Todos admirándome.

¿Él estaría ahí? La pregunta se coló en mi mente sin permiso.

Seguí caminando, impecable por fuera, mientras por dentro algo se tensaba. Intenté recordar las palabras de Isabelle. “Deja los nervios en el camerino”. Pero no era tan fácil cuando sentía esa presión invisible entre los omóplatos.

Volví tras el telón. Manos rápidas me ayudaron a cambiarme. El segundo vestido, blanco marfil, fue como entrar en otro estado de ánimo. Más ligero. Más etéreo. La música cambió. Más suave. Más viva. Y salí de nuevo.

Esta vez sonreí más. Jugué con la mirada. Dejé que el vestido se moviera conmigo, que pareciera casi espontáneo. Giré con gracia, disfrutando del momento, del aplauso contenido, del brillo en los ojos de quienes miraban.

Pero mis pensamientos seguían buscando. Cada sombra. Cada hombre solo. Cada mirada que duraba un segundo de más.

Regresé para el tercer cambio. El rojo oscuro abrazó mi cuerpo como una declaración de intenciones. Este vestido no pedía permiso. Exigía atención. La música se volvió más intensa, más grave.

Salí, y mis pasos fueron más lentos. Más controlados. La abertura dejaba ver mi pierna con cada avance. Miré directamente a una cámara, sosteniendo la mirada un segundo más de lo habitual, sabiendo el efecto que tenía.

Y, aun así, en algún rincón de mi mente, el miedo seguía ahí. Estaba aquí, lo sabía.

El cuarto vestido, azul noche, fue casi un respiro. La pedrería captaba la luz como diminutas estrellas. Me sentí poderosa. Intocable. Por un momento, casi olvidé todo lo demás. Casi.

Cuando regresé al camerino para el último cambio, el ambiente era distinto. Más silencio. Más tensión. Entré… y me detuve en seco.

Sobre la mesa, perfectamente colocada, había una sola rosa roja. No estaba allí antes. El mundo pareció inclinarse ligeramente.

Me acerqué despacio, con el corazón golpeándome con fuerza en el pecho. Junto a la rosa había una nota doblada en dos, escrita a mano.

Mis dedos temblaron al cogerla, y aun así la abrí.

«Nadie me apartará de ti, Valentina. Nadie»

El aire se me quedó atrapado en la garganta. Sentí un escalofrío recorrerme de arriba abajo, como si alguien hubiera pasado un dedo helado por mi columna. Miré alrededor del camerino, de repente consciente de cada rincón, de cada sombra.

No grité. No lloré. Pero el miedo fue real. Crudo. Asfixiante.

Sabía que estaba con una certeza que me hizo apretar la nota hasta arrugarla. Que me podría estar mirando ahora mismo.

Tragué saliva y respiré.

Fuera, la música del final del desfile comenzaba a elevarse. El último vestido me esperaba. Y yo tenía que salir.

Capítulo 35



Daniel

Algo no iba bien.

Lo supe incluso antes de llamar a la puerta del camerino de Valentina. Demasiado silencio. Demasiado tiempo. Conocía los tiempos de un desfile casi tan bien como los protocolos de una escena del crimen, y ella ya debería estar fuera o, como mínimo, Camila tendría que haber irrumpido allí dentro a gritos.

Golpeé suavemente con los nudillos.

—Valentina —dije—. Soy yo.

Nada. Un nudo se me formó en el estómago. Empujé la puerta sin esperar respuesta y la escena se me quedó grabada a fuego.

Valentina estaba sentada en la silla frente al tocador, ligeramente encorvada, con los hombros tensos. Temblaba. En la mano derecha sostenía una nota doblada y arrugada, como si la hubiera apretado demasiado tiempo. Sobre el tocador, perfectamente colocada, había una rosa roja. Una sola.

Sentí cómo se me encendía algo por dentro. Frío. Preciso. Letal.

—Eh… —Me acerqué despacio, bajando la voz—. Cariño. ¿Qué pasa?

Levantó la cabeza y me miró. Tenía los ojos brillantes, asustados, pero también furiosos. Esa mezcla que ya había aprendido a reconocer.

—Ha vuelto a hacerlo —susurró—. Está aquí, Daniel.

Me tendió la nota con la mano temblorosa. La cogí y la leí.

«Nadie me apartará de ti, Valentina. Nadie»

Se me tensó la mandíbula hasta dolerme. Miré la rosa. Luego el camerino. Cerré la puerta tras de mí con cuidado, pero con decisión.

—Escúchame —dije, sacando el comunicador—. No estás sola.

Pulsé el botón.

—Ethan. Ha entrado alguien en el camerino de Valentina. Repito: ha entrado alguien. Quiero alerta máxima. Revisad cada puto rincón de esta sala. Pasillos, accesos, salidas de emergencia. Todo.

Las respuestas llegaron una tras otra, rápidas y profesionales.

—Recibido.

—En movimiento.

—Cubriendo zona este.

—Zona oeste despejada, seguimos.

Guardé el comunicador y volví a ella. Valentina respiraba rápido, como si el aire no le llegara del todo.

—No puedo más —dijo de pronto, con la voz rota—. No puedo vivir así. Necesito que ese hombre salga de mi vida. Ya.

Las lágrimas empezaron a caerle sin control. Se llevó una mano a la cara, derrotada por primera vez desde que la conocía. Me arrodillé frente a ella sin pensarlo. Le cogí los hombros con firmeza, obligándola a mirarme.

—Valentina. Escúchame bien —dije, despacio—. No voy a permitir que se acerque a ti. Nunca más. ¿Me oyes?

Asintió, pero seguía llorando.

—Confía en mí —continué—. Confía en nosotros. Déjanos hacer nuestro trabajo.

Le limpié una lágrima con el pulgar, con una suavidad que contrastaba con la rabia que me hervía por dentro.

—Ahora ponte el último vestido —añadí—. Sal ahí fuera. Y deja a todos impresionados. Como solo tú sabes hacerlo.

Me miró unos segundos, buscando algo en mi cara. Seguridad. Certeza. La encontró y respiró hondo.

—Vale —dijo finalmente, en apenas un hilo de voz—. Vale.

Y en ese momento supe una cosa con absoluta claridad: ese hijo de puta había cometido el error más grande de su vida.

—No te vayas —dijo de pronto.

La frase me detuvo en seco.

Valentina estaba de pie, con el vestido aún sin terminar de colocarse, mirándome como si la idea de quedarse sola le pesara más que cualquier otra cosa esa noche.

—Quédate —añadió—. Por favor.

No lo dudé ni un segundo.

—No me muevo —respondí—. Estoy aquí.

Exhaló despacio, como si hubiera estado conteniendo el aire desde que entré. Me acerqué para ayudarla con el último vestido. Era distinto a los

anteriores. Más sobrio. Más elegante. El tipo de diseño que no necesitaba llamar la atención porque sabía que la tendría.

Mientras le subía la cremallera con cuidado, mis dedos rozaron su piel desnuda y sentí cómo se estremecía ligeramente.

—Perdón —murmuré.

—No —respondió ella, girando un poco la cabeza—. No pasa nada.

Mis manos se movían con precisión, pero era imposible no notar su calor, la tensión en su cuerpo. Incliné la cabeza y, casi sin pensar, besé su cuello. Luego su hombro. Un gesto lento, protector, más que sexual… aunque el deseo estaba ahí, inevitable.

—Daniel… —susurró.

—Tranquila —dije contra su piel—. Respira.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Valen —era Camila—. Tienes que estar fuera en diez minutos.

—Ya voy —respondió ella, con una firmeza que me alivió.

Escuché cómo Camila se alejaba y terminé de ajustarle el vestido. Cuando acabé, nos quedamos los dos frente al espejo.

Mis manos descansaban en su cintura sin apretar, solo sosteniendo. El reflejo nos devolvía una imagen que me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Ella, impecable, brillante incluso después del miedo. Yo detrás, como si ese fuera exactamente mi sitio.

—Estás increíble —dije en voz baja—. Y no solo por el vestido.

Sonrió, un poco cansada, pero real.

—Hacemos buena pareja —añadí, sin pensar demasiado, y Valentina se rio.

—Ten cuidado —dijo—. O voy a pensar que quieres algo serio conmigo.

La miré a través del espejo.

—¿Y quién dice que no lo quiera ya?

Se hizo un silencio distinto. Más denso y cargado. No dijimos nada más.

Llamaron de nuevo a la puerta.

—Valentina, es el momento.

Me incliné y le di un beso rápido en la mejilla.

—Hora de dejar a todos boquiabiertos.

Sonrió. Esa sonrisa que siempre me desarmaba.

—Gracias —susurró.

Abrió la puerta y salió. Yo fui tras ella. Y mientras la veía alejarse hacia la pasarela, supe que ya no estaba jugando a protegerla por deber.

Lo hacía porque quería. Porque pensaba en ella como algo más que una relación pasajera. Como un futuro.

Me detuve a un par de metros de la entrada de la pasarela. La luz era más intensa allí, cálida, casi cegadora, y el murmullo del público me llegó como un zumbido lejano. Pero mis ojos no se desviaron ni un segundo de ella.

Cada paso suyo era una declaración de elegancia y fuerza. Caminaba con la seguridad de quien había caminado mil veces bajo los focos, pero sus movimientos también estaban cargados de vulnerabilidad; podía sentirlo incluso desde donde estaba.

Los hombros rectos, la cabeza erguida, pero el leve temblor de sus manos revelaba que todavía estaba alerta, que todavía temía. Y eso me partió el corazón un poco.

Giró con naturalidad al llegar al final de la pasarela y volvió hacia el público, y mi pecho se tensó. La luz se reflejaba en su piel y en el vestido, creando un halo que hacía que todo lo demás desapareciera. Me vi imaginando mil futuros con ella: cenas, paseos, noches tranquilas en casa. No era algo pasajero lo que sentía; era real y potente, como un ancla que se hundía en lo profundo de mí.

Y entonces lo vi.

Un movimiento en un lateral de la pasarela llamó mi atención. Al principio pensé que era algún miembro del equipo, pero no. Era un hombre. Alto, delgado, caminando entre las sombras hacia la parte trasera del recinto. Instintivamente, levanté el comunicador.

—Ethan —dije, controlando la voz—. Tengo movimiento sospechoso a la derecha de la pasarela. Alto, cabello claro, entra por las sombras hacia la zona trasera. Mantén la vigilancia.

—Recibido —contestó Ethan—. Estoy en posición, lo tengo a la vista. Lo voy a seguir.

—Yo también —añadí, ajustando la posición de mis pies, sin perder de vista a Valentina. —No lo pierdas de vista.

Nos separamos, cada uno con un ángulo distinto, asegurando cobertura. Ethan se movía con la discreción de siempre, invisible a cualquier ojo que no fuera el nuestro. Yo, mientras tanto, mantuve la mirada fija en Valentina. Cada giro, cada leve inclinación de la cabeza, cada sonrisa hacia las cámaras y flashes… y cada momento en que no estaba del todo concentrada en la pasarela me hacía desear que pudiera protegerla más allá de la comisaría, más allá de cualquier regla.

Su vestido giraba con ella, fluyendo sobre su silueta, y yo tuve que recordarme respirar. Sabía que esa noche no solo tenía que deslumbrar al público; también tenía que estar lista para cualquier cosa que pudiera aparecer de la nada.

El hombre avanzaba con calma, calculando cada paso, y yo no podía apartar la vista. Mis dedos se apretaron alrededor del comunicador.

—Ethan —susurré—. Es él. Sí, el de la foto que nos dio Richard.

—Lo tengo —dijo Ethan con voz baja, casi divertida—. No se va a escapar. Voy detrás.

Asentí, aunque sabía que él no podía verme.

—Mantén contacto. No lo pierdas.

El tipo desapareció momentáneamente entre la sombra de un lateral y la estructura del escenario. Mi corazón latía con fuerza, y al mismo tiempo que intentaba mantener la calma, un pensamiento se repitió una y otra vez: "No voy a dejar que se acerque a ella. Nunca".

Al mirar de nuevo a Valentina, vi que no había rastro de miedo en su rostro, aunque su cuerpo sí estaba alerta. Sonreía a la cámara, giraba con la soltura que le había enseñado la pasarela, pero en mi mente veía cada pequeño detalle: la tensión en sus manos, la ligera rigidez de sus hombros. La conocía demasiado bien.

—Todo bien ahí, Daniel —me dijo Ethan por el comunicador, como si leyera mi mente—. Estoy en posición. Lo voy a seguir por la parte trasera.

Asentí de nuevo y ajusté mi postura. Esa noche no era solo un desfile. Era una prueba. Una prueba de que podía protegerla incluso cuando estaba en su mundo, en su elemento, donde nadie más podía tocarla.

El hombre avanzaba. Cada paso suyo me parecía calculado, meticuloso. Ethan lo tenía bajo control, pero yo sentí la presión de cada segundo que pasaba. Sabía que un error, por mínimo que fuera, podía cambiarlo todo.

Mientras tanto, Valentina giraba y volvía a mirar al público. Su sonrisa me atravesó, y por un instante todo lo demás desapareció. Pero esa única fracción de segundo me recordó que estaba allí, que alguien la estaba observando por razones que yo no podía permitir.

Me aseguré de que todos los ángulos estuvieran cubiertos. Ethan seguiría al tipo, yo cubriría a Valentina y la seguridad estaba lista para actuar. Esta

noche no solo era un desfile. Era una declaración: nadie podía meterse con ella sin pasar por nosotros.

Me separé de la pasarela y me moví con pasos medidos hacia la zona de salida. Ethan y yo habíamos decidido cubrir ángulos distintos, pero la atención nunca se desviaba de Valentina ni un segundo. Cada giro de su figura en el escenario me mantenía alerta, pero también me recordaba por qué estábamos aquí. No era solo un desfile: era protegerla de alguien que creía que podía acercarse a ella impunemente.

Desde mi posición, vi cómo el hombre desaparecía en un lateral, acercándose al camerino de Valentina. Un escalofrío me recorrió la espalda. No podía permitir que entrara allí. No esa vez.

—Ethan, está entrando al camerino de Valentina —dije por el comunicador, con la voz baja pero firme.

—Lo tengo —contestó él.

Los movimientos precisos de Ethan me daban confianza, pero yo no podía apartar la vista. Me había entrenado para esto, sí, pero no era la adrenalina de un atraco o una persecución lo que me tenía tenso. Era que mi mujer, mi Valentina, estaba al otro lado de esa puerta, vulnerable a alguien que se creía con derecho a estar ahí.

Di órdenes rápidas a los agentes más cercanos:

—Dos de vosotros se quedan vigilando a Valentina en todo momento. Otros dos al camerino. Dawson, tú también —le dije a la agente que se parecía a Valentina—. El resto, atentos a la salida asignada. ¿Recibido todo?

—Recibido —contestaron todos al unísono, en una coordinación impecable.

Ethan y yo nos posicionamos, cada uno en un extremo, asegurando que nada escapara a nuestra vista. La agente que fingía Valentina en el ático era nuestra pieza clave. Necesitábamos que apareciera justo cuando los aplausos del final del desfile comenzaran, para que el hombre no sospechara nada hasta que fuera demasiado tarde.

Cada segundo contaba. La tensión era casi física, como si la electricidad del aire estuviera cargada con cada latido de mi corazón.

El desfile se acercaba a su final. Desde donde estaba, podía escuchar los aplausos incrementarse, el murmullo del público elevándose, y eso era nuestra señal. La agente debía entrar primero, como lo habíamos planeado, y después nosotros, Ethan y yo, cada uno por nuestro lado, preparados para interceptar al intruso.

—Preparados para entrar en cuanto comience el final —dije cuando Dawson apareció por el pasillo.

La presión aumentaba, pero me concentré en Valentina. Tenía que asegurarme de que estuviera tranquila, de que no sospechara nada. Cada movimiento debía ser preciso, perfecto. Cada paso del intruso debía ser anticipado y controlado.

Esperamos minutos que parecían horas. Los aplausos comenzaron, crecieron en intensidad. Era la señal.

—Ethan, ya —susurré.

La agente apareció primero, como habíamos ensayado, caminando con seguridad hacia el camerino. Mi mirada se cruzó con la de Ethan, un leve asentimiento. Cada uno sabía su papel. Cada uno sabía qué hacer.

Vi al hombre acercarse a la puerta, la tensión palpable en sus movimientos, la concentración en sus ojos. No parecía nervioso, solo confiado en que nadie lo descubriría a tiempo. Pero se equivocaba.

—No os mováis hasta que os dé la orden —dije a los agentes que estaban cubriendo a Valentina—. Esperad.

La agente se colocó estratégicamente frente a la puerta, mientras Ethan y yo nos preparamos para actuar. Cada músculo en mi cuerpo estaba tenso, pero controlado. No había margen de error. Nadie podía tocar a Valentina. Nadie.

El hombre avanzó un paso más, y pude ver cómo extendía la mano, como si estuviera a punto de abrir la puerta. Entonces hablé:

—Alto, policía.

Su reacción fue inmediata: giró la cabeza sorprendido con los ojos abiertos al máximo. Justo cuando intentaba retroceder, la agente que imitaba a Valentina lo sujetó firmemente del brazo con una llave perfecta, haciéndolo caer de rodillas.

—Se acabó el juego de las cartas y los regalos —dije, acercándome, con la voz firme y sin titubeos.

El hombre intentó mantenerse erguido, con una sonrisa que intentaba ser segura, casi arrogante.

—No era ningún juego —replicó, con voz calmada pero cargada de obsesión—. Valentina es mía.

—Sí, claro —intervino Ethan, con una sonrisa seca—. En tus sueños.

El hombre se quedó rígido; la tensión era evidente en su cuerpo. Sabía que estaba atrapado, que su intento de manipular y controlar había fracasado.

Y ahí, mientras lo manteníamos controlado, mi mirada se desvió a Valentina. Su rostro estaba blanco, pero sus ojos… sus ojos confiaban en nosotros. Y eso era suficiente. Todo lo demás podía esperar.

Capítulo 36



Valentina

Llegué al camerino con los dos agentes que me habían acompañado desde la pasarela. El ambiente era denso, cargado de tensión, y la adrenalina seguía golpeando mis sentidos como un tambor insistente. Respiré hondo, intentando calmarme, aunque sabía que mis manos aún estaban temblorosas. Uno de los agentes, con el comunicador pegado a la oreja, murmuró algo:

—Estamos fuera —dijo, con voz ronca y profesional.

Instantes después, Daniel apareció y abrió la puerta. Mi corazón dio un vuelco. Frente a mí, arrodillado en el suelo, estaba un hombre que no reconocía. Era alto, delgado, con el cabello castaño claro perfectamente peinado y unos ojos grisáceos que tenían algo inquietantemente tranquilo. Tenía un porte educado, casi noble, y aunque su rostro mostraba serenidad, había algo en la forma en que se sostenía que me hizo retroceder un paso.

—¿Es él? —pregunté, mientras levantaba la mirada hacia Daniel.

Él asintió, serio, sin apartar los ojos de ese hombre.

En ese instante, Isabelle, Camila y Leo entraron en el camerino. La escena era desconcertante: el hombre arrodillado, Daniel firme frente a él, armado, al igual que Ethan y otros agentes, y ellos, un grupo que no entendía del todo qué estaba pasando. Isabelle frunció el ceño, mirando con desconfianza.

—¿Qué pasa? —preguntó, con voz firme—. ¿Por qué están armados?

—¡Valentina! —exclamó Camila, con una mezcla de alivio y alarma—. ¿Qué demonios…?

Suspiré, intentando encontrar la calma que necesitaba para explicar lo inexplicable.

—Lo siento —empecé, sintiendo cómo cada palabra se me encogía en la garganta—. Alguien ha estado enviándome cartas y regalos. Anónimos. Siempre sabía dónde estaba. No sé cómo ni desde dónde… pero me observaba, me vigilaba incluso en mi ático.

Leo arqueó una ceja, incrédulo y preocupado al mismo tiempo. Isabelle se acercó, examinando al hombre con una mezcla de reconocimiento y desconfianza.

—Lo conozco —dijo, con un hilo de voz, como si aún no pudiera creérselo —. Trabajaba con Richard en la empresa… le ayudaba.

Miré a Daniel y luego a Ethan; ellos asintieron con firmeza, dándome la seguridad que necesitaba para continuar.

—¿Por qué hacías todo esto? —pregunté con voz temblorosa, intentando mantener la compostura mientras el miedo todavía se anidaba en mi pecho.

El hombre respiró hondo, como si hubiera estado esperando esta pregunta toda su vida. Su mirada era intensa, pero extrañamente calmada, como si todo su mundo se hubiera reducido a ese momento.

—Porque te amo —dijo con una serenidad que me heló la sangre—. Quería que supieras que, cuando estuvieras lista para dar el paso, seríamos felices juntos.

Leo soltó un bufido, casi como un rugido de incredulidad.

—Está loco —dijo, cruzando los brazos y negando con la cabeza—. No hay otra forma de decirlo.

Daniel se adelantó, firme, y colocó una mano en mi hombro para tranquilizarme mientras me hablaba con voz baja:

—Nos lo llevamos a comisaría para interrogarlo —dijo, y su tono no dejaba margen a la discusión.

Isabelle lo miró, aún impactada, pero asintió. Camila frunció los labios y me lanzó una mirada de preocupación mezclada con apoyo.

—Valentina —dijo Leo, acercándose un poco más—. ¿Estás bien?

Asentí lentamente, aunque mi corazón aún latía como un tambor. El hombre frente a nosotros parecía tan seguro de sí mismo, tan meticuloso y preciso en cada gesto, que era difícil imaginarlo como la fuente de todo este caos.

—Julian… —susurró mi hermana—. Lo recuerdo. Trabajabas con Richard.

El hombre la miró, sus ojos fijos en los suyos, y por un instante, casi parecía arrepentido. Luego desvió la mirada hacia Daniel y Ethan, que permanecían tensos y vigilantes.

Aquel momento, con todas las emociones mezcladas, fue casi insoportable. Por un lado, miedo, rabia y desconcierto; por otro, la extraña sensación de alivio al saber que estaba a salvo. Respiré hondo, dejando que Daniel me sostuviera mientras los agentes preparaban al hombre para trasladarlo.

Isabelle miraba con severidad y desaprobación, Camila estaba lista para intervenir ante cualquier movimiento sospechoso, y Leo permanecía a mi lado, vigilante, aunque preocupado por mi reacción. La tensión era palpable, y el silencio solo era interrumpido por las órdenes precisas de Daniel y Ethan mientras organizaban la salida del acosador.

Observé cómo los agentes se llevaban a Julian fuera del camerino, con la misma calma calculada que él mostraba, como si estuviera asistiendo a un paseo y no a la detención por algo que había cruzado límites peligrosos. Cada paso suyo era elegante, meticuloso, hasta cierto punto asfixiante. Lo vi cruzar la puerta y desaparecer de mi vista, pero no pude evitar sentir un escalofrío: había estado tan cerca, demasiado cerca, de mí, y por un instante, mi cuerpo tembló de miedo e incredulidad al mismo tiempo.

Daniel se giró hacia mí, su mirada seria pero cálida, y me cogió suavemente del brazo, guiándome hacia un lado del camerino donde había un

poco más de privacidad. Sentí cómo mi corazón se desbordaba con una mezcla de alivio y agotamiento, y él, con su calma habitual, acercó su rostro al mío y dijo con una voz grave pero suave:

—Se acabó, Valentina.

No necesitó añadir más. Sus palabras eran como un bálsamo que intentaba calmar todo el caos que se había instalado en mi interior en los últimos meses. Me acercó ligeramente hacia él, y sus labios encontraron los míos en un beso firme, protector y lleno de ternura. La sensación de seguridad que transmitía era abrumadora, como si todo el miedo que había sentido desapareciera en ese instante.

—Has estado magnífica esta noche —susurró contra mis labios—. Estoy orgulloso de ti, de la entereza que has mostrado, aun sabiendo que ese tipo podría estar aquí, delante de ti.

Sonreí débilmente, dejando que su cercanía me envolviera.

—Estoy acostumbrada a mostrarme así —le dije, con una mezcla de orgullo y vulnerabilidad—, pero por dentro… tenía miedo de que pudiera intentar algo.

Su beso se profundizó un poco, y me sostuvo por las mejillas con ambas manos, obligándome a mirarle a los ojos. Sus pupilas eran un refugio seguro, y por un momento olvidé todo lo demás.

—Quiero estar allí cuando le interroguéis —dije.

Daniel me miró, sopesando mis palabras; después asintió y me dio un último beso.

—Llevadla a comisaría —le pidió a los dos agentes que habían estado conmigo desde el final del desfile—. Te ve allí.

Y sin más, se marchó con Ethan, seguido del resto de agentes que habían estado con él.

Tras cambiarme sola y pensando en lo que había ocurrido, salí del camerino y todavía sentía el temblor en las manos, el eco de todo lo que había sucedido resonando en mi pecho. El aire del pasillo era denso, cargado de adrenalina y de la sensación de que todo había estado al borde del límite, y yo había sobrevivido a ello. Antes de ir a comisaría, tuve que enfrentarme a un momento que había retrasado durante demasiado tiempo: hablar con Camila, Leo e Isabelle sobre lo que había estado ocurriendo.

Nos acomodamos en un rincón más tranquilo del hall del teatro, lejos de miradas curiosas y del personal que todavía se movía apresurado entre luces y vestuarios. Camila fue la primera en hablar, y su expresión era una mezcla de preocupación y reproche contenido.

—Valentina… ¿Por qué no nos dijiste nada? —preguntó, con voz suave pero con ese filo de verdad que siempre tenía—. Llevamos semanas preguntándonos qué te pasaba, porque a veces parecías distante o nerviosa, y tú, callada.

Suspiré profundamente, sintiendo la mirada de Isabelle y Leo clavada en mí al mismo tiempo. Isabelle tenía esa postura recta y elegante, los brazos cruzados, la expresión grave pero protectora, mientras que Leo mantenía ese gesto ligeramente sarcástico que siempre utilizaba para disimular que estaba preocupado hasta los huesos.

—No quería preocuparos —dije finalmente, con un hilo de voz—. Pensé… pensé que podía manejarlo sola, que si nadie lo sabía, nadie tendría miedo por mí.

Camila frunció el ceño, caminó un par de pasos y me agarró por los hombros, obligándome a mirarla.

—¡Valentina, por Dios! —exclamó, mezclando incredulidad y cariño—. No puedes cargar con esto sola, aunque seas fuerte. Y lo eres, lo sé, pero… ¿Por qué ibas a soportarlo sin contárnoslo a nosotros?

Leo añadió, con ese tono suyo directo y algo irónico, aunque su preocupación se filtraba:

—Sí, Valentina, estamos hablando de un acosador. No es algo que uno pueda ignorar o minimizar. Lo que te hizo este tipo no es normal. Ni romántico. Ni adorable.

Isabelle, siempre la voz de la razón y la firmeza, intervino:

—Hermanita —dijo con ese tono que combinaba autoridad y cariño—, lo que ha pasado es grave. Cualquier otra persona se habría sentido aterrada. Que hayas soportado todo esto sola es… admirable, sí, pero también imprudente. No quiero que vuelvas a pasar por algo así sin que estemos contigo.

Me sentí pequeña frente a ellos, vulnerable y agotada, pero a la vez reconfortada. Sus palabras no eran solo reproches; eran una demostración de que me querían, de que mi bienestar les importaba más que cualquier otra cosa. Sentí cómo una lágrima se escapaba y se deslizaba por mi mejilla. Camila, rápida como siempre, me limpió la lágrima con la manga de su chaqueta mientras sonreía con suavidad.

—Venga, Valentina… —susurró—. Respira. Ya está. Ya pasó.

Asentí, intentando recomponerme, y miré a Leo, que me dedicó una sonrisa calmante.

—Has sido increíble —dijo—. De verdad. Que estés así de serena, después de todo lo que ha pasado… eres una máquina, Valentina. Pero también humana, ¿vale? No lo olvides.

Y luego miré a Isabelle, cuya mirada era más compleja, llena de orgullo y de preocupación a partes iguales.

—Nunca imaginé que pudiera pasarte algo así —dijo con voz suave, casi quebrada—. Pero me alegra que estés bien. Esa es la única prioridad.

Me sentí tan arropada, tan cuidada por estas personas que siempre habían sido mi familia, que por un momento todo el miedo y la tensión se diluyeron. Sus palabras me hicieron comprender que no tenía por qué llevar sola el peso de lo que había estado ocurriendo.

—Gracias —dije, con voz apenas audible—. Gracias por preocuparos, por estar aquí. No quería asustaros, ni preocuparos… solo quería protegeros de todo esto.

Camila me abrazó, y yo correspondí al abrazo, sintiendo su fuerza y su calor. Leo se acercó y me dio una palmada ligera en el hombro, e Isabelle me dedicó una media sonrisa, llena de complicidad.

Fue un momento intenso, lleno de emociones que hasta entonces había contenido. Lloré un poco más, pero esta vez no eran lágrimas de miedo, sino de alivio y gratitud. Su presencia, sus palabras, me hicieron sentir que, aunque el mundo fuera peligroso y confuso, tenía un refugio, y ese refugio eran ellos.

Cuando conseguí recomponerme, me senté de nuevo y respiré hondo. Tenía que concentrarme, porque lo que nos esperaba en la comisaría no sería fácil. Quería ver el interrogatorio, aunque sabía que enfrentarlo iba a ser duro, pero también necesario.

—Estoy lista —dije finalmente, con firmeza—. Vamos —me dirigí a los agentes y ambos asintieron.

Capítulo 37



Valentina

Mientras avanzábamos por las calles de Nueva York, sentí que finalmente podía empezar a respirar de verdad, aunque el miedo y la ansiedad todavía acechaban en mi interior.

Cuando llegamos a la comisaría, sentí un escalofrío recorrerme la espalda. El edificio siempre tenía ese aire serio, frío y autoritario que hacía que incluso la gente más segura se sintiera pequeña. Pero esta vez no estaba sola.

Los dos agentes me llevaron hasta donde me esperaba Daniel, que sonrió al verme.

No, no estaba sola; él estaba a mi lado, con su mano cálida rodeando la mía, y eso, por sí solo, me daba fuerza. Sus dedos entrelazados con los míos eran un ancla, un recordatorio de que alguien cuidaba de mí y de que nada podría sorprendernos sin que estuviéramos preparados.

—Respira —me dijo, suavemente, al notar que apretaba su mano con fuerza—. Estoy aquí. Todo va a salir bien.

Asentí, aunque todavía sentía un nudo en el estómago. Caminamos a través de los pasillos, y el sonido de nuestros pasos resonaba en las paredes metálicas, un recordatorio del lugar en el que nos encontrábamos: un sitio de autoridad, de verdad y de justicia.

Al llegar a la sala contigua a donde estaba Julian, Daniel me detuvo y me miró a los ojos.

—Desde aquí podrás ver todo —dijo, y asentí tragando saliva, mientras él abría la puerta y me hacía pasar a una pequeña sala de observación con un espejo que daba hacia la sala de interrogatorio.

El reflejo invertido mostraba a Julian sentado, con las manos entrelazadas sobre la mesa, aparentemente tranquilo, pero con un brillo extraño en los ojos que me erizó la piel. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, recordándome que, aunque ya no tenía miedo físico, la tensión emocional era intensa.

—Quédate aquí —me dijo Daniel—. Cuando todo acabe, vendré a por ti.

Asentí de nuevo, y él me sostuvo ambas mejillas suavemente, besándome en la frente antes de salir hacia la sala de interrogatorio. Sentí una mezcla de alivio y ansiedad al verlo marcharse, sabiendo que confiaba plenamente en él para manejar todo aquello, pero también deseando estar allí, enfrentando directamente al hombre que había irrumpido en mi vida de manera tan invasiva.

Respiré hondo, intentando concentrarme, mientras mis ojos no podían apartarse de Julian. Su expresión seguía siendo la de un hombre tranquilo, educado y calculador, pero yo sabía, o más bien lo sentía, que había mucho más bajo esa fachada.

Poco después, Daniel y Ethan entraron en la sala de interrogatorios. La escena que se desplegaba delante de mí era intensa: Ethan adoptó una postura casi despreocupada, pero se veía que estaba alerta y en tensión, mientras Daniel mantenía una postura firme, respetuosa pero autoritaria. Julian los miraba con calma, con esa sonrisa apenas perceptible que me había puesto los pelos de punta cuando me la dedicó a mí al verme.

—Julian Ashford —comenzó Daniel con voz clara—. Queremos que nos cuentes todo. Desde el principio. ¿Por qué acosabas a Valentina? ¿Por qué la seguías?

Julian suspiró, como si llevara años esperando ese momento.

—No hay nada que ocultar —dijo, con voz tranquila—. Todo lo que hice, lo hice por amor. Por ella. Valentina… yo… la amo.

Sentí un escalofrío recorrerme, mezclado con indignación, miedo y una extraña fascinación por lo que estaba escuchando. Me pregunté cómo alguien podía confundir un comportamiento tan obsesivo con amor verdadero. Ethan intervino, con esa voz suya directa y sin filtros.

—Eso no es amor, Julian. Es una insana obsesión. Has invadido la vida privada de una persona, la has seguido, observado y manipulado. Eso no es amor.

Julian inclinó ligeramente la cabeza, con los ojos grisáceos fijos en Daniel, como buscando comprensión.

—No lo entienden. No comprenden que yo solo quería que ella supiera que cuando estuviera lista… seríamos felices juntos. Nunca quise hacerle daño. Nadie la va a amar jamás que yo.

—Estás obsesionado con ella.

—No —negó mirando a Ethan—. La amo porque ella me vio, me vio de verdad. Hace tres años, durante una gala benéfica de la empresa de Isabelle Moreau, yo estaba como auditor invitado. Valentina asistió solo unos minutos; llegó tarde porque venía de un desfile y se la veía agotada. Aun así, sonrió, habló con la prensa y posó para las fotos. Fue instante nada más, nos cruzamos en una de las puertas cuando se marchaba. Me miró y me sonrió, me dio las gracias por sostenerle la puerta y se marchó. Ella me vio. No es como las demás, ella sí me vio.

—Lamento romper tu cuento de amor y perdices al fina, pero creo que para ella aquello no significó nada, simplemente fue amable y educada contigo porque tú lo habías sido —dijo Ethan.

—¿Por qué te acercas a Richard? —preguntó Daniel.

—Porque descubrí que robaba en la empresa de su mujer; yo le ayudaba a ordenar las cuentas, pero en realidad me interesaba tenerle cerca porque así podía estar al tanto de la agenda de Valentina.

—Tío, debes hacértelo mirar. ¿En serio sigues justificando esto como amor? Estás enfermo —sentenció Ethan.

—Nadie la va a amar como yo —siguió Julian—, nadie. Ni siquiera usted —miró a Daniel y lo hizo con rabia y la mandíbula apretada.

Daniel se levantó, con esa autoridad silenciosa que siempre me dejaba sin palabras. Caminó hacia la mesa, pero sin perder la calma, y dijo algo que me hizo contener la respiración.

—Valentina merece amor real, respeto, seguridad y alguien que valore cada parte de ella. Ningún hombre, Julian, ni siquiera tú, mientras hagas esto, merece a Valentina.

El silencio que siguió fue absoluto. Pude sentir cómo Julian, por primera vez, parecía comprender la magnitud de sus actos, aunque no completamente. Su expresión cambió, una mezcla de sorpresa y frustración contenida.

En ese momento, un nudo se me formó en la garganta. Sentí lágrimas acumularse, pero no por miedo, sino por la emoción de escuchar a Daniel defenderme con tanta claridad, con tanta intensidad. Nunca había sentido algo así de alguien, y mi corazón latía con fuerza, lleno de gratitud y de un afecto profundo que iba más allá de la simple atracción.

—Nunca amaré a otra —dijo Julian, con voz firme—. Solo a Valentina.

Daniel lo miró fijamente, con esa mezcla de autoridad y emoción contenida, y respondió:

—Puede que pienses que eso es amor, pero lo que Valentina merece es algo más grande: alguien que la respete, que la cuide y que la haga sentir segura sin invadir su vida. Tú no eres esa persona.

Sentí cómo se me escapaban unas lágrimas que no pude contener. La intensidad del momento me desbordaba, pero también me daba una claridad que no había sentido antes: estaba protegida, segura, y al lado de alguien que realmente entendía lo que valía.

Minutos después, escuché cómo Daniel salió de la sala de interrogatorio y se acercaba a mí. Entró en la sala de observación, me miró a los ojos y me abrazó con fuerza. Sentí cómo su calor me envolvía, cómo su presencia disipaba cualquier resto de miedo que aún pudiera quedar.

—Valentina… —susurró, apoyando la frente contra la mía—. Se acabó, ya no te molestará más.

—No debería haber pasado —dije, entre lágrimas y sollozos contenidos—, pero… me he enamorado de ti.

Daniel sonrió con ternura, y en ese instante nuestras miradas se encontraron en un momento de completa sinceridad y conexión.

—Pues ya tenemos algo en común —dijo—. Porque yo también me he enamorado de ti.

Reímos, entre lágrimas y alivio, y nos besamos, un beso que sellaba no solo nuestro afecto, sino la seguridad de que estábamos juntos frente a cualquier obstáculo. Miré hacia la sala de interrogatorios, donde Ethan estaba vigilando cómo un agente se llevaba a Julian esposado. Sentí una mezcla de satisfacción y liberación: este capítulo había terminado, y yo estaba a salvo.

—¿Qué va a pasar ahora con él? —pregunté, todavía con la voz entrecortada.

—Seguramente pasará una temporada en la cárcel —respondió Daniel, con voz firme—, pero no creo que sea mucho tiempo, no como si hubiera cometido un asesinato. Saldrá, sí, pero nos aseguraremos de que jamás vuelva a acercarse a ti.

Asentí, dejando que Daniel me abrazara con fuerza. Cerré los ojos, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía respirar tranquila. Pensé en ese hombre que había entrado en mi vida de manera tan poco convencional, y en cómo, a pesar de todo, me había hecho sentir más segura que nunca bajo su protección, bajo la protección de alguien que realmente me amaba.

Capítulo 38



Daniel

Habían pasado seis meses desde aquella tormenta de emociones que había empezado cuando atrapamos al acosador de Valentina. Seis meses que, al recordarlos, me parecían un parpadeo y a la vez una eternidad.

Media vida condensada en comidas improvisadas, cenas tranquilas en su ático de Tribeca, fines de semana que se deslizaban entre risas y caricias en mi piso, y viajes a lugares de ensueño donde su belleza y su fuerza me dejaban sin palabras. Todo había cambiado. No solo mi rutina, sino mi corazón. Mi vida.

Desde aquel día en el que la protección se convirtió en complicidad, en cariño, en algo más profundo que ninguno de los dos había querido admitir al principio, habíamos construido un ritmo propio.

Por las mañanas desayunábamos juntos en su cocina minimalista que apenas usaba, entre cafés con espuma y tostadas que ella preparaba con una elegancia natural, mientras yo me quejaba de la falta de mantequilla y ella me lanzaba miradas que derretían mi paciencia. Los fines de semana, el ático se transformaba en nuestro pequeño refugio: la terraza privada se llenaba de luz dorada, y nos tumbábamos en el sofá exterior, rodeados de plantas, charlando sobre tonterías o simplemente observando el río Hudson mientras el mundo seguía su curso sin importarnos.

Habíamos viajado por todo el mundo con motivo de su trabajo. Desfiles en París, Milán, Londres… Yo, siempre a su lado, convertido en su sombra y su

protector, vigilando discretamente, asegurándome de que nada ni nadie la molestara. En cada *backstage*, en cada pasarela, me sentía parte de su mundo, aunque nunca quisiera reconocerlo en voz alta. Y ella, con esa sonrisa luminosa que parecía iluminar cada rincón, me incluía sin esfuerzo, haciendo que los demás notaran nuestra complicidad, nuestra química, nuestra historia que, sin proponérnoslo, había empezado a hacerse viral.

Recordaba especialmente aquel desfile de primavera en Milán, cuando alguien nos fotografió mientras nos besábamos detrás del escenario. La foto se filtró y apareció al instante en todas las redes, en prensa de moda y en revistas del corazón. La imagen de nuestros labios entrelazados, nuestras manos firmemente agarradas, no solo nos delató al mundo, sino que nos convirtió en un símbolo de complicidad y ternura que todos comentaban.

Y, por supuesto, la noticia de la detención del acosador hizo que la historia se volviera aún más viral. La combinación de riesgo, pasión y justicia parecía irresistible. No era solo que nos amáramos, sino que lo habíamos hecho sobreviviendo a amenazas, a miedos, a inseguridades externas. Aquello había consolidado nuestro vínculo. El mundo podía opinar lo que quisiera, pero nadie podía separar lo que habíamos construido.

Dos meses atrás, en La Toscana, me armé de valor y le pedí a Valentina que se casara conmigo. Habíamos ido a visitar a sus padres, Jean y Claire, a pasar unos días de descanso. Unas vacaciones para desconectar de la rutina, del trabajo, de las miradas ajenas. Aquella noche, en una villa iluminada por las luces cálidas de las farolas, con la brisa mediterránea colándose por las ventanas abiertas y el aroma a jazmín flotando en el aire, le abrí el corazón como nunca antes lo había hecho.

Aún se me dibujaba una sonrisa en los labios al recordar que la saqué a la terraza, lejos de la cena que Jean y Claire compartían con nosotros, y me arrodillé. El suelo de piedra fría contrastaba con el calor que sentía en el pecho. Ella estaba tan increíblemente preciosa que por un instante olvidé respirar. Sus ojos verdes me miraban con curiosidad y esa mezcla de dulzura y desafío que siempre me dejaba sin palabras.

—*Valentina…* —empecé, con la voz temblorosa—. *No sé cómo explicar lo que siento. No hay un manual para esto. No hay reglas. Solo sé que no quiero*

pasar ni un segundo más sin tenerte a mi lado… como mi compañera, mi amiga, mi amor. Mi todo.

Ella soltó un suspiro, con una sonrisa que parecía iluminar la noche, mientras yo sacaba la pequeña caja de terciopelo azul que había guardado durante semanas. Dentro, un anillo sencillo pero perfecto, que brillaba a la luz de la luna.

—*¿Quieres casarte conmigo?* —pregunté, sabiendo que mi voz temblaba, pero con la certeza absoluta de que mi vida ya no tenía sentido sin ella.

Por un momento, Valentina se quedó en silencio. Sus ojos brillaban con lágrimas que intentaba contener, y su mano se posó sobre mi rostro, cálida y firme.

—*Sí, Daniel… sí* —susurró—. *Claro que quiero.*

Sentí que mi corazón se desbordaba. La abracé como si fuera a perderla si la soltaba, y ella se apoyó en mi pecho, riendo entre sollozos y susurros. Jean y Claire aparecieron al fondo, con sonrisas cómplices y lágrimas de orgullo. Esa noche, la Toscana nos dio un respiro, nos dio paz y nos dio la certeza de que nuestro amor era real y sólido, a prueba de todo.

Tras ese viaje, las semanas que siguieron fueron un torbellino de preparación, planificación y complicidad. Cada detalle de la boda lo organizábamos juntos, discutiendo sobre flores, invitados, música… y, sobre todo, cómo queríamos que ese día fuera nuestro reflejo: romántico, divertido y lleno de emociones auténticas.

No había prisa, no había estrés que no pudiéramos superar juntos. Cada cena en su ático, cada desayuno en mi piso, cada momento de risa y de complicidad se había convertido en una rutina de felicidad que me costaba creer que existiera.

Camila seguía siendo nuestra sombra protectora, metida hasta en los detalles más pequeños, asegurándose de que Valentina no se estresara y de que yo no la volviera loca con mis nervios. Ethan, por su parte, seguía con su sarcasmo habitual, comentando cada vestido de Valentina y cada intento mío de parecer elegante, mientras me lanzaba miradas de complicidad que me

recordaban que, aunque la boda me asustara, estaba rodeado de los mejores aliados posibles.

La prensa seguía pendiente de nosotros, por supuesto. Cada foto, cada pequeño gesto, cada historia que alguien filtraba, se convertía en viral. Y aunque al principio me molestaba, aprendí a aceptarlo. Porque nada de eso importaba comparado con lo que sentía al verla sonreír, al escuchar su risa, al sentir su mano en la mía. La fama, las miradas, las noticias… todo se desvanecía cuando estaba con ella.

Ese mediodía, mientras me vestía para la boda, me encontré frente al espejo de mi piso, ajustándome la corbata y repasando mentalmente cada detalle. Los meses habían pasado como un soplo, pero me sentía preparado, más tranquilo de lo que esperaba. Había aprendido a conocerla, a entender sus miedos, a compartir sus alegrías y a ser su apoyo incondicional. Y ahora, finalmente, íbamos a sellar todo eso frente al mundo, frente a nuestras familias y nuestros amigos, con la certeza de que no había vuelta atrás: nos pertenecíamos el uno al otro.

Miré la foto de mi madre, Margaret, sobre la estantería. Siempre me había enseñado a amar sin reservas, a luchar por lo que uno siente y a no dejar que el miedo dictara mis decisiones. Hoy, aunque ella no estuviera físicamente, sabía que de algún modo estaba allí, sonriendo, orgullosa, y eso me dio un nudo en la garganta que traté de disimular.

Me encontraría con Valentina en breve, y yo estaba listo. Preparado para verla caminar hacia mí, para escuchar su voz decirme sus votos, para estrechar sus manos y prometerle que haría de cada día juntos una historia digna de recordar. La Toscana, la foto viral, la detención del acosador… todo eso nos había traído hasta este momento. Y no había nada en el mundo que pudiera detener lo que sentíamos.

Cerré los ojos un instante, respirando hondo, imaginando su sonrisa, su cabello ondulado cayendo sobre sus hombros, su mirada verde que podía atravesar mi alma. Sentí el peso de la responsabilidad, pero también la emoción más pura que jamás había experimentado. Hoy, iba a casarme con Valentina Moreau, y nada podría arruinarlo.

La luz de septiembre entraba con fuerza por la ventana de mi piso. Era un día perfecto: despejado, con ese aire fresco que prometía tardes cálidas y noches templadas. Y, sin embargo, mi corazón latía con una fuerza descontrolada. Hoy me iba a casar con Valentina, y no había forma de calmarme del todo. Podía intentar respirar hondo, repasar mentalmente mis votos o asegurarme de que la corbata estaba perfectamente anudada, pero nada lograba apaciguar la mezcla de emoción, nervios y felicidad que me recorría de pies a cabeza.

El espejo reflejaba a un hombre trajeado, impecable, aunque incapaz de parecer realmente tranquilo. Ajusté los puños de la camisa y suspiré. ¿Por qué me temblaban las manos si llevaba años enfrentándome a peligros que habrían hecho que cualquiera entrara en pánico? Supongo que algunas cosas no se podían entrenar ni con armas ni con tácticas policiales: el amor de tu vida caminando hacia ti con un vestido que parecía hecho por los ángeles te dejaba sin estrategia posible.

Estaba revisando por tercera vez la corbata cuando escuché un golpe ligero en la puerta y, antes de que pudiera reaccionar, alguien entró con una sonrisa que lo decía todo.

—¡Dios mío, hermano! —exclamó Lucy, dieciséis años de pura energía y entusiasmo concentrados en su pequeña figura espigada—. ¡Estás guapísimo!

Me giré hacia ella, y mi risa nerviosa se escapó casi sin darme cuenta.

—Gracias, Lucy —dije, aunque mi voz traicionaba el temblor que intentaba controlar.

—Y la novia… —añadió, casi jadeando de emoción—. ¡Está aún más guapa!

—¿Cómo de guapa? —pregunté, medio en broma, medio serio, y ella se acercó, apoyando una mano en mi hombro, como si quisiera medir mi reacción.

—¿Tú estás bien del corazón, Daneil? —preguntó con dramatismo adolescente—. Porque si no, te va a dar un infarto nada más verla.

No pude evitar estallar en carcajadas. Mi hermana pequeña tenía un talento natural para exagerar, y justo hoy, justo ahora, era imposible no reír. La abracé con fuerza, sintiendo su alegría desbordante y su amor sincero, esa energía que siempre había sido capaz de iluminar incluso mis peores días.

—Eres la mejor hermana del mundo —dije, todavía riendo.

—Y tú el mejor hermano. Y me alegro de que Valentina vaya a ser mi nueva hermana mayor.

Lucy me devolvió un abrazo que me dejó sin aliento, con esa fuerza adolescente y la mezcla perfecta de travesura y cariño.

—Siempre lo he sabido —susurró, separándose ligeramente para mirarme a los ojos—. Te mereces ser feliz, y Valentina… Valentina es lo mejor que te ha pasado.

Antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió de nuevo y apareció Evelyn, mi madrastra. Su cabello rubio ceniza brillaba con la luz del sol, y sus ojos claros reflejaban esa mezcla de orgullo y diversión que siempre la caracterizaba.

—¿Qué pasa aquí, pillines? —preguntó, divertida, mientras se acercaba.

Lucy y yo nos miramos y reímos al unísono. Evelyn se inclinó para besarme la frente.

—Estás… increíble, Daniel —dijo suavemente—. Muy elegante, muy tú. Y tranquilo, no hay forma de que algo salga mal hoy.

—Gracias, Evelyn —respondí, con un nudo en la garganta que traté de ocultar con un gesto de humor—. Solo espero no desmayarme cuando la vea aparecer.

—Si te desmayas, no te preocupes —intervino Lucy con una sonrisa pícara —. Yo te reanimaré. No voy a dejar que pierdas a la novia más guapa del mundo por un infarto ridículo.

Evelyn soltó una risa suave y me guiñó un ojo.

—Tu hermana tiene razón. Prepárate para ver a la novia.

—Eso es un aviso, ¿verdad? —pregunté, tratando de mantener la calma mientras sentía que los nervios se convertían en electricidad pura—. ¿Tan guapa está?

—Sí —me aseguró Evelyn sin perder la sonrisa.

—Que se casa mi hermano, quién lo diría.

—Tu padre no, que pensaba que se quedaba soltero de por vida.

—Yo pensaba que me casaba antes que él, ahí lo dejo —dijo Evelyn y nos volvimos a reír.

Sabía que estaban tratando de calmarme y quitarme los nervios. A veces olvidaba lo importante que era para mí esta familia, lo mucho que sus palabras y su cariño podían sostenerme incluso en los momentos más intensos. Evelyn me cogió de los hombros, mirándome con ternura.

—Hoy es tu día, Daniel. Respira, sonríe y deja que ella vea cuánto la amas. No hace falta nada más.

—Lo intentaré —dije, mientras las abrazaba a ella y luego a Lucy.

Lucy, como si quisiera añadir un toque final, me miró de arriba abajo, evaluando cada detalle de mi traje.

—Vale… definitivamente puedes respirar tranquilo. Estás perfecto. Pero recuerda que la novia va a dejar a todos boquiabiertos. Así que intenta no parecer menos increíble, ¿vale?

—Intentaré no eclipsarla… demasiado —respondí con un guiño, y los tres soltamos una carcajada que llenó el piso de alegría y anticipación.

Después de unos minutos, Evelyn y Lucy salieron para dejarme solo unos instantes. Me quedé frente al espejo, ajustando la chaqueta, repasando mentalmente mis votos una vez más. Mi corazón seguía acelerado, pero había algo en la mezcla de humor, cariño y apoyo familiar que me hacía sentir listo.

Hoy no era solo el día de nuestra boda: era la culminación de meses de amor, complicidad y protección. De historias compartidas, de viajes, de cenas improvisadas en áticos y cocinas minimalistas, de risas en desfiles y abrazos robados tras bastidores.

El teléfono vibró en la mesa, y vi que era un mensaje de Camila. Probablemente algo del estilo: "¡Respira, guapo! Tranquilo, todo bajo control." Sonreí. Ella siempre encontraba la forma de tranquilizarme a su manera: con sarcasmo y palabras directas que no podían fallar.

—*Sí, todo bajo control* —murmuré para mí mismo, con una sonrisa.

Y entonces, el timbre del piso sonó. Mi corazón dio un salto. Sabía que era uno de los coordinadores de la boda, pero, en el fondo, esperaba que fuera ella. La emoción se mezclaba con los nervios y un cosquilleo constante que me recordaba que, en breve, la tendría a mi lado para siempre.

Respiré hondo, cerré los ojos y recordé aquellos momentos que habían definido nuestra relación: las cenas, los viajes, los desfiles, la foto viral que nos convirtió en noticia mundial y, por supuesto, aquella pedida en La Toscana. Todo había sido un camino hacia hoy. Y ahora no podía permitir que los nervios me derrotaran.

Abrí los ojos, sonreí frente al espejo y murmuré:

—*Vamos a por ella, Daniel. Vamos a por Valentina.*

Con la certeza de que, pasara lo que pasara, estos momentos con Lucy y Evelyn, estas risas y abrazos, serían el recuerdo que sostendría mi calma hasta que la viera caminar hacia mí.

Capítulo 39



Daniel

El aire del majestuoso salón de la ceremonia era cálido y perfumado, con ese aroma a flores frescas que se mezclaba con el ligero toque de madera y velas que habían colocado estratégicamente para dar intimidad y elegancia.

Desde el momento en que crucé la entrada, supe que iba a ser más difícil de lo que esperaba mantener la calma. No podía dejar de pensar en Valentina, en cómo la iba a ver caminar hacia mí, y en todo lo que habíamos pasado estos seis meses para llegar a este instante.

Me apoyé ligeramente en la barandilla que delimitaba el altar improvisado y respiré hondo. Ethan apareció a mi lado con esa sonrisa torcida y relajada que siempre parecía bromear con todo menos con las situaciones importantes.

—Tranquilo, O'Connor —dijo mientras ajustaba su chaqueta—. Respira, no es una operación encubierta, aunque admito que tu corazón late como si lo fuera.

—Gracias, Ethan —respondí, con una sonrisa forzada—. Nada de tu sarcasmo va a calmarme.

—Bueno, yo lo intento —replicó, divertido—. Solo quería decirte que te deseo lo mejor en esta nueva etapa de tu vida como hombre casado. Y que no me culpes si tu corazón se rompe en mil pedazos de felicidad mientras ella camina hacia ti.

Asentí, tratando de mantener la compostura, pero mi mirada se desvió hacia la puerta por la que sabía que iba a entrar Valentina. Cada segundo que pasaba, mi respiración se aceleraba un poco más.

Recordé nuestros seis meses juntos: los desayunos en su ático con café humeante y tostadas mientras hablábamos de cualquier tontería; las cenas improvisadas en mi piso, donde a veces cocinábamos juntos y otras veces pedíamos algo que nos llegara caliente y rápido; los fines de semana en los que nos perdíamos en la ciudad o en los que nos refugiábamos en silencio en su terraza, disfrutando de la tranquilidad y de la compañía mutua; los viajes a desfiles de moda por todo el mundo, donde yo la cuidaba, la protegía, y ella brillaba como siempre lo hacía, incluso cuando la prensa la perseguía.

Un leve murmullo recorrió la sala. Ethan me dio un codazo y susurró:

—Ahí viene la leona. Y si te desmayas, recuerda: tienes a Lucy y a tu madrastra para reanimarte.

—Muy gracioso —murmuré, con los nervios subiendo aún más.

La música comenzó a sonar, suave, romántica. Cada nota parecía acercarla más a mí, como si el universo hubiera decidido que el tiempo debía detenerse solo para nosotros. Y entonces la vi.

Valentina apareció del brazo de su padre, Isabelle y Camila a unos pasos detrás, todos sonriendo con orgullo. Y ahí estaba ella, la mujer que había cambiado mi vida, caminando hacia mí con la seguridad y elegancia que siempre la caracterizaban, y con una belleza que me dejó sin aliento.

El vestido de novia era sensual y elegante a partes iguales: el escote insinuante pero no vulgar, la tela que caía como un suspiro sobre su figura esbelta, la falda que se movía suavemente con cada paso y aquel velo ligero que flotaba detrás de ella como un halo de luz. Sus ojos verdes brillaban con emoción contenida y su sonrisa, esa que podía iluminar el mundo, estaba dirigida a mí.

Mi pecho se expandió y, de repente, todas las dudas, los nervios y la ansiedad desaparecieron. Solo quedaba ella. Solo quedaba este momento.

—Estás preciosa —susurré, sin poder evitarlo, mientras me acercaba un paso más hacia el altar.

Ella sonrió, y sus ojos parecieron brillar aún más.

—Tú también estás increíble —dijo con voz suave pero firme—. Más guapo de lo que recuerdo… y mira que te he visto elegante antes.

No pude evitar sonreír con ironía, intentando no parecer demasiado embobado.

—Si intento estar a tu altura, voy a fracasar y los dos lo sabemos —comenté, y ella soltó una pequeña risa que me atravesó como un rayo.

Camila e Isabelle intercambiaron una mirada cómplice detrás de ella, y supe que, de algún modo, nos estaban cuidando incluso a distancia.

—¿Estás listo, Daniel? —susurró Ethan, golpeándome ligeramente el brazo—. Que, si no, te van a empujar para los votos y tendrás que improvisar.

—Sí… —contesté, aunque mi voz temblaba un poco—. Más que nunca.

La ceremonia comenzó oficialmente, y el cura nos miró con una sonrisa cálida. Valentina se colocó frente a mí y cogí sus manos entre las mías. Sentí cómo su calor me recorría los dedos hasta el corazón. No necesitábamos palabras; la mirada, el contacto, todo lo que nos había unido en estos meses estaba contenido en aquel instante.

—Daniel… —susurró Valentina, con un hilo de voz lleno de emoción—. Estoy tan feliz…

—Yo también —dije, con la voz firme, aunque cargada de sentimiento—. Más feliz de lo que jamás imaginé.

Los votos llegaron, y mientras la miraba, sentí que cada palabra que iba a decirle era un reflejo de esos meses que habíamos vivido juntos, de mi amor absoluto y protector, de la certeza de que quería pasar cada día de mi vida a su lado.

—Valentina —comencé, con la voz cargada de emoción—, desde el primer día supe que eras la mujer con la que quería compartir mi vida. No solo por tu belleza, que me deja sin aliento, sino por tu valentía, tu inteligencia, tu humor y tu corazón. Prometo cuidarte, protegerte, reír contigo, llorar contigo y amarte cada día, en los buenos y en los malos momentos. Prometo ser tu compañero, tu apoyo y tu hogar.

Sus ojos se humedecieron y me apretó la mano con fuerza.

—Daniel… —dijo ella, con lágrimas brillando en sus ojos—. Prometo amarte con todo lo que soy, ser tu refugio y tu fuerza cuando lo necesites, apoyarte, cuidarte y nunca dejar que la vida nos separe. Eres mi amor, mi compañero, mi todo.

No pude contener la emoción y, cuando llegó el momento, la besé con ternura y pasión a partes iguales. El mundo parecía haberse detenido para nosotros. Cada segundo, cada respiración compartida, cada latido estaba lleno de amor.

—Te amo —susurré contra sus labios.

—Yo también. Siempre —respondió.

El cura sonrió, los invitados aplaudieron suavemente y, por primera vez desde que entró al salón, sentí una paz profunda. No había amenazas, ni desfiles, ni periodistas, ni acosadores. Solo nosotros, nuestra familia, nuestros amigos y el comienzo de un nuevo capítulo.

—Y ahora sí —dijo el cura—, tengo el honor de presentarles por primera vez como marido y mujer a Daniel y Valentina O’Connor.

El aplauso estalló, y nosotros nos miramos, aún cogidos de la mano, con sonrisas que no podían contenerse. Fue un momento perfecto, emotivo, lleno de amor y felicidad compartida.

Abandonamos el altar que habían puesto de la mano, y el murmullo del salón se transformó en aplausos y vítores. Había una sensación de felicidad colectiva, como si todos los presentes compartieran nuestro alivio y nuestra

emoción. Mi mirada estaba fija en Valentina; cada paso que daba junto a mí parecía sincronizado con mi corazón.

—¡Vamos a celebrarlo, señor y señora O'Connor! —gritó Leo, que ya estaba en su papel de maestro de ceremonias improvisado.

Valentina se rio y me lanzó una mirada que decía: "Ya sabes cómo son ellos". No pude evitar sonreír.

La zona estaba decorada con elegancia discreta pero espectacular. Mesas con manteles de lino blanco, candelabros altos y flores blancas y rosas perfumaban todo el salón. Luces cálidas que daban un brillo suave a cada superficie. Copas relucientes y platos invitaban a perder la noción del tiempo. Habíamos elegido algo íntimo, pero con un toque de lujo suficiente para sentirnos especiales sin sentirnos abrumados.

Camila fue la primera en acercarse, agarrándome del brazo como si fuera parte de su territorio.

—¡Te odio y te adoro al mismo tiempo, Daniel O'Connor! —exclamó—. Estás increíble, pero no tanto como Valentina. Y mira que ella está de infarto…

—Eso ya lo sé —dije entre risas, mientras le devolvía un abrazo.

Lucy apareció a nuestro lado, cargada de energía y felicidad contagiosa.

—¡Hermano! —gritó abrazándome con fuerza—. Cuánto me alegro por ti, de verdad. Ahora mismo eres el hombre más envidiado y odiado del mundo por sus fans —señaló a Valentina.

Exploté en carcajadas y la abracé fuerte.

—Te quiero, hermanita.

—Valentina, si me hubieran dicho que precisamente tú serías su esposa, pensaría que me estaban tomando el pelo. Pero sinceramente debo admitir que hacéis una bonita pareja.

—Gracias, preciosa —sonrió Valentina mientras abrazaba a mi hermana.

Nos quedamos unos segundos así, entre risas, abrazos y miradas cómplices, sintiendo que este era un momento que iba a permanecer intacto en nuestra memoria para siempre.

Pronto, los brindis comenzaron. Isabelle tomó la palabra primero.

—A Daniel y Valentina —dijo, levantando su copa—. Que vuestro amor sea fuerte, constante y lleno de alegría. Y que nunca os falte el sentido del humor.

—Y también —intervino Camila con una sonrisa pícara—, que nunca falte alguien que os saque de un apuro, como yo hoy —dijo levantando su copa también, provocando risas entre todos.

Leo se adelantó para agregar su toque personal.

—¡Y que la policía esté siempre del lado del amor! —gritó, causando aplausos—. Brindo por los recién casados, por su amor inesperado y porque tengan un futuro tan maravilloso como ellos merecen.

Cogí la mano de Valentina y la miré a los ojos mientras brindábamos. Cada sorbo de champán tenía un sabor más dulce por estar junto a ella, por compartir cada sonrisa, cada gesto, cada latido.

—Te quiero —le susurré mientras nuestras copas se encontraban—. Más de lo que nunca imaginé.

—Yo también —respondió—. Más de lo que las palabras pueden decir.

La música cambió y llegó el momento que todos esperábamos: el primer baile. Ethan, Isabelle, Camila y Leo habían elegido por nosotros *"I Will Always Love You"* de Whitney Houston. No pude evitar sonreír. Sabía perfectamente por qué lo habían hecho, con la gracieta de que yo había sido su guardaespaldas, y me encantaba que ellos formaran parte de estos momentos.

Valentina apoyó su mano sobre mi hombro y me entrelazó la mano con la mía mientras yo la rodeaba por la cintura y comenzábamos a movernos

suavemente al compás de la canción. Cada nota era un recordatorio de nuestro amor, de la pasión y del respeto que nos unía. Nuestros cuerpos se acoplaban con naturalidad, como si el mundo entero hubiera desaparecido y solo quedáramos nosotros dos.

—Nunca dejaré de amarte —le susurré al oído, y ella apoyó su frente contra mi pecho—. Y nunca dejaré que nada nos separe.

—Yo tampoco —contestó—. Siempre tú y yo, pase lo que pase.

Entre risas, bromas y miradas cómplices, recordamos a Ethan e Isabelle. Llevaban cinco meses saliendo y, curiosamente, Isabelle estaba embarazada casi desde el inicio de su relación. Yo no pude evitar reírme al recordar la primera noche que compartieron juntos. Habíamos estado los cuatro cenando en el ático de Valentina. Con un par de copas de más, las cosas se complicaron un poco... o más bien, se simplificaron de la manera más inesperada. Esa noche se acostaron dos y amanecieron tres, como había comentado Camila con su humor habitual cuando supimos que Isabelle estaba embarazada.

La música siguió, los invitados se unieron poco a poco, y el salón se llenó de risas, abrazos y alegría contagiosa. Cada brindis, cada palabra, cada gesto era un recordatorio de que este día era único y perfecto, no por la perfección en sí, sino por la autenticidad y la emoción que lo rodeaban.

En un momento, mientras bailábamos, pensé con ironía que, si tuviera que volver a ser confundido con un *stripper* para llegar hasta este instante, con la mujer que amo, no me importaría en absoluto. Todo, absolutamente todo, valía la pena por esta felicidad absoluta, por esta conexión que no se podía describir con palabras, y por la certeza de que Valentina y yo estábamos construyendo algo que duraría para siempre.

Me incliné un poco hacia ella y la besé suavemente mientras el salón entero parecía desvanecerse. Solo quedábamos nosotros, en nuestra propia burbuja de amor y risas, con la certeza de que, pasara lo que pasase, siempre tendríamos estos momentos, siempre nos tendríamos el uno al otro.

—Te amo —le susurré de nuevo, con una sonrisa que no podía contener.

—Y yo a ti —respondió, y en sus ojos brillaba todo lo que las palabras no podían decir.

La celebración continuó, llena de alegría, anécdotas, abrazos, fotos y música. La noche se convirtió en un recuerdo que permanecería grabado en nuestra memoria para siempre, un recordatorio de que el amor verdadero no solo se encontraba, sino que se construía, se protegía y se celebraba con todas las risas, lágrimas y momentos compartidos que la vida nos regalaba.

Y mientras bailábamos, riendo y abrazándonos, supe que este era solo el principio de nuestra historia. La historia de Daniel y Valentina O'Connor, juntos para siempre, en amor, en complicidad y en felicidad absoluta.

Epílogo



Valeria

Diez años después…

Diez años habían pasado desde aquel día inolvidable en el que Daniel y yo nos dijimos "sí, quiero" delante de todos nuestros amigos, nuestra familia y del amor que nos había unido desde aquel primer. Diez años llenos de cambios, de risas, de noches en vela y de descubrimientos que nunca imaginé que la vida pudiera regalarme.

Me senté frente a la ventana de nuestro salón en Central Park, mirando cómo la luz del sol de otoño se colaba entre los árboles y pintaba de dorado la alfombra de hojas que cubría la calle. A mi lado, Daniel preparaba el desayuno mientras Jake y Aileen discutían sobre si el cereal de hoy debía ser con leche entera o semidesnatada, y la escena me arrancó una sonrisa.

Recordé cómo, apenas un año después de casarnos, Daniel ascendió a inspector de policía, un reconocimiento más que merecido después de tantos años de servicio. Siempre había sido responsable, meticuloso y con un sentido de la justicia que nunca flaqueaba, incluso en los días más duros. Y Ethan, su amigo inseparable, había seguido su ejemplo; también se había convertido en inspector y ambos habían dejado atrás las patrullas de las calles para centrarse en casos más importantes, los que realmente marcaban la diferencia en la ciudad.

Ahora, en lugar de perseguir criminales a altas horas de la noche, Daniel y Ethan trabajaban con equipos especializados, resolviendo casos complejos y

coordinando operaciones que salvaban vidas. Aun así, cuando podían, disfrutaban de patrullas improvisadas solo por nostalgia o por el placer de recordar los viejos tiempos.

Recordé con cariño los años en los que nuestra vida se había asentado después de aquella locura que fue nuestra boda. Tras vender mi ático de Tribeca y el piso de Daniel, habíamos comprado un hermoso ático frente a Central Park. Tenía ventanales enormes, techos altos y una terraza donde los niños podían jugar sin preocupaciones. Nosotros, de vez en cuando, nos sentábamos solo para disfrutar del sol y de la ciudad desde la distancia, como si todo el bullicio del mundo se hubiera detenido para nosotros.

Cuando Jake nació, supe que mi vida cambiaría para siempre. Dejé las pasarelas, aunque muchas firmas de ropa premamá me ofrecían ser su imagen, porque necesitaba tiempo para él y para mí misma. Ese fue el momento en que decidí dar un giro a mi carrera y crear mi propia agencia de modelos, una agencia que no solo reflejara mi pasión por la moda, sino también los valores que había aprendido a lo largo de los años: respeto, autenticidad y seguridad.

Camila, mi amiga de toda la vida y mano derecha en la agencia, estaba a mi lado, igual que Leo, que con su ingenio y su sentido de la justicia nos ayudaba a mantener el orden incluso en los días más caóticos.

Isabelle y Ethan también habían formado su familia. Su hija Loren, de diez años, era la niña más dulce y adorable que pudiera imaginar. La mimaba su padre como solo Ethan podía hacerlo, con un amor protector y una paciencia infinita. Erik, su hijo de siete años, compartía la energía de su padre, y era capaz de hacer reír a todos incluso en los momentos más tensos. Nuestra familia había crecido, y a veces me sorprendía al ver cómo todos nos complementábamos: risas, juegos, cenas caóticas y discusiones ligeras que terminaban en abrazos interminables.

Lucy, la hermana pequeña de Daniel, había optado por estudiar diseño. Su pasión por la moda la había acompañado desde siempre, y había combinado su formación con los primeros pasos como modelo dentro de mi agencia. Verla crecer, aprender y experimentar era un orgullo que me llenaba de nostalgia y de alegría. Pensar que la adolescente alocada que reía Daniel diez años atrás ahora podía ser parte de nuestro sueño profesional era, en sí mismo, un milagro que me hacía sentir agradecida.

Diez años de matrimonio que no habían estado exentos de desafíos. Hubo noches en las que los niños no dejaban dormir, semanas de trabajo que parecían infinitas, decisiones difíciles sobre la agencia y sobre la familia, y días en los que me preguntaba cómo habíamos llegado hasta allí. Pero cada reto nos había hecho más fuertes, más unidos y más conscientes de lo que realmente importaba: el amor que nos teníamos, la seguridad de nuestra familia y la certeza de que, pese a los obstáculos, siempre elegiríamos el mismo camino, juntos.

Mirando atrás, aún recordaba cuando Daniel me pidió matrimonio, apenas dos meses después de la detención del acosador. Daniel se arrodilló frente a mí y las palabras que dijo, la manera en que me miró, la forma en que cogió mi mano entre las suyas… todo había sido perfecto. Y yo le había dicho que sí con la certeza de que no podía imaginar mi vida sin él.

Aquella certeza se había reforzado con cada cena improvisada en su piso, con cada fin de semana en el ático antes de mudarnos, con cada desfile al que Daniel había asistido, cuidándome y protegiéndome incluso cuando yo intentaba mantener la normalidad de mi trabajo.

Nuestra historia de amor se había hecho viral desde el primer momento, no solo por el beso que alguien capturó en aquel desfile, sino porque el mundo parecía emocionarse con la sinceridad de nuestro vínculo, con la manera en que nos mirábamos y nos apoyábamos.

Diez años después, esa emoción permanecía intacta. Mientras preparaba el desayuno, escuché a Jake y Aileen discutir sobre quién tenía que poner la mesa y quién debía elegir la canción para el camino al colegio. Daniel los regañó de broma, levantando las cejas y diciendo que no podían ser tan cabezones como nosotros, y ambos niños replicaron con risas y gestos exagerados.

—Papá, mamá, ¿qué haríamos sin vosotros? —preguntó Aileen mientras se sentaba frente a mí con los ojos brillantes.

—Probablemente viviríais en el caos absoluto —respondí con humor.

Daniel me lanzó una mirada cómplice, y supe que pensaba lo mismo: que cada momento, incluso los más simples, era un regalo que compartíamos

juntos.

Las tardes se llenaban de juegos en el parque cercano, de visitas a la agencia, de cenas familiares donde los padres de Daniel y los míos se turnaban para mimar a los niños y contarnos historias de su juventud. Mis padres seguían disfrutando de la Toscana y venían siempre que podían, mientras que Patrick y Evelyn aportaban la dosis perfecta de humor y cariño incondicional.

A veces, cuando me detenía a mirar a Daniel, observando cómo jugaba con Jake, cómo leía un cuento a Aileen o cómo simplemente me sonreía mientras tomábamos un café, me daba cuenta de lo afortunada que era. Cada momento compartido, cada pequeño gesto, cada conversación sin importancia aparente había construido este mundo que ahora nos pertenecía. Un mundo de amor, de confianza y de aventuras cotidianas que nunca habríamos imaginado cuando nos conocimos, aquella noche en la que le confundí con un *stripper*, pero que ahora era perfecto tal y como era.

Y como tantas otras veces, escuché a Jake y Aileen hablando sobre a lo que se dedicarían cuando fueran mayores.

—Yo seré policía —decía uno de lo más decidido—. Igual que papá.

—Pues yo modelo —contestaba el otro con el mismo entusiasmo—. Como mamá.

Daniel, con su sonrisa tranquila como siempre, les dijo:

—Todavía sois demasiado pequeños para saber lo que seréis de mayores, pero me encanta que tengáis sueños. Solo recordad que, pase lo que pase, podéis ser lo que queráis.

No pude evitar reírme por lo irremediable: con lo cabezones que eran, no me cabía la menor duda de que uno acabaría en el mundo de la moda y el otro sirviendo y protegiendo, aunque esa… esa será otra historia.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz